

se

ERIKA FIORUCCI

Pregúntame
mañana

Lectulandia

Aurora Haigh es hermosa, rica y tiene a la alta sociedad de Manhattan a sus pies. Eso, además de un matrimonio ventajoso, es todo lo que puede desear una joven de clase alta en la ciudad de Nueva York en 1890. Sin embargo, Aurora quiere más: lo quiere todo. Desea ir a la universidad y ser periodista, lo que constituiría un gran escándalo en la restrictiva Manhattan, donde las mujeres tienen un papel asignado desde el día en que nacen.

Tratando de evitar que la reputación y los negocios de su familia resulten dañados, Aurora lleva una doble vida. Durante el día es la perfecta señorita de sociedad que nunca levanta la voz; pero por las noches se infiltra en las oscuras calles del oeste de Broadway buscando las historias que se esconden tras la magia de las luces rojas.

En una de sus escapadas conocerá a Tristan, el hombre que puede darle lo que está buscando. Él tiene la llave de ese cofre de secretos que Aurora quiere descubrir para plasmarlos en papel y darlos a conocer a la opinión pública... siempre y cuando esté dispuesta a pagar el precio.

Lectulandia

Erika Fiorucci

Pregúntame mañana

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2018

Título original: *Pregúntame mañana*

Erika Fiorucci, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Nueva York, 1890

«Se me hizo tarde».

Era el único pensamiento que cruzaba la mente de Aurora Haigh mientras caminaba por las oscuras calles prohibidas del oeste de Broadway. Prohibidas al menos para alguien como ella, más cuando se encontraba sin compañía y ya el sol no se veía.

Pero no era solo el hecho de que fuera de noche lo que la incomodaba, aunque le hacía sentir una opresión poco familiar en el estómago, era también el haber traspasado esa línea imaginaria que la separaba de la Quinta Avenida, de estar en pleno centro del llamado Tenderloin. Se trataba de una adictiva mezcla de miedo, anticipación y triunfo.

Pero no eran sentimientos con los que una intrépida y arriesgada aspirante a periodista pudiera distraerse para descubrir las historias que se escondían en el conocido distrito de las luces rojas. Esa verdad oculta a plena vista, separada por una línea imaginaria de la sociedad donde ella se desenvolvía, la llamaba, como una especie de canto de sirena.

Mientras apuraba el paso, se empapó del ambiente, las risas, la música, los olores y comenzó a escribir en la mente. Ya tenía el entorno, solo le faltaba la historia central que, lamentablemente, tendría que esperar.

Se preguntó por enésima vez si a Nellie Bly, también conocida como Elizabeth Jane Cochran, la regañaban en casa cuando se presentaba tarde para la cena o si temía que la ira de la sociedad cayera sobre ella si la descubrían en sitios poco recomendables.

Seguramente no.

—Hola, muñeca.

Una voz con un fuerte acento irlandés sonó a sus espaldas, y aunque Aurora se debatió ante la posibilidad de darse la vuelta, encarar a la persona que la importunaba y tratar de disuadirlo con su mejor aire de «dama», se decidió por lo contrario. Algo le decía que eso le haría parecer una presa aún más apetecible.

Así que, tomando su segunda mejor opción, apuró el paso y decidió ignorarlo. Tal vez le brindara la misma cortesía en vista de que su ropa, la más sencilla que poseía, estaba cubierta con una capa negra que le ocultaba la mayor parte del rostro aunque, para horror de quien pudiera enterarse, la obligaba a prescindir del sombrero.

Seguramente no parecería alguien a quien valiera la pena robar.

—Te puedo invitar a tomar algo. Divertirnos.

El hombre la estaba siguiendo y, si su oído no la engañaba, debido al extraño eco

que generaban los estrechos callejones que la rodeaban, no estaba solo.

No se permitió dejarse llevar por el pánico. En su experiencia, eso te quitaba la habilidad de pensar y algo le decía que antes de que llegara a un lugar más concurrido donde pudiera contratar un coche que la llevara al otro lado de la ciudad, donde esas cosas no pasaban, iba a necesitar todo lo que su cerebro fuese capaz de producir.

Sin embargo, por fines prácticos, se permitió hacer un inventario de las cosas que podía perder si no tenía éxito: una delicada cadena de oro con un dije que le colgaba del cuello y unas cuantas monedas en el bolso.

No era mucho, a fin de cuentas.

—¿Tu madre nunca te dijo que es de mala educación no contestar cuando se te habla? —insistió él.

Las palabras tenían un dejo de broma, pero inmediatamente después de que su sonido se extinguió, el hombre la tomó por la muñeca, haciéndola voltear con brusquedad. No había nada ni remotamente divertido en la forma en la que el fuerte agarre hizo que los pequeños botones de sus guantes de cabritilla se le clavaran en la piel.

Su perseguidor era un hombre de mediana edad, con la piel ajada y el cabello ralo. Tenía unos ojos pequeños que le daban aspecto de alimaña. Del otro sujeto no pudo preocuparse: se había quedado medio escondido en las sombras y ella no se atrevió a desviar la vista de su más cercana amenaza.

—Mi madre murió hace años —respondió altiva, levantando la barbilla y logrando que su voz sonara más indignada que asustada—. Lo que sí me enseñó es que uno no debe hablar con desconocidos en la calle, ni mucho menos permitir que la toquen.

Para dejar claro el significado de sus palabras lanzó una mirada significativa al punto donde aún la tenía asida.

—Una damita con mucho espíritu. Veremos si eres tan batalladora como pareces —dijo el hombre y le apretó aún más el brazo—. Tenemos dinero.

Antes de que pudiera descifrar el significado oculto en sus palabras, el sujeto comenzó a halarla hacia uno de los callejones.

Más por un reflejo condicionado que por un ejercicio de intelectualidad, Aurora trató de plantar sus pies lo más firmemente que pudo, pero no fue de mucha ayuda. Podía ser todo lo batalladora que dijeran, pero la fuerza física era algo que no venía conjuntamente con la de espíritu.

Se le ocurrió que sería un buen momento para gritar, llamando la atención de aquellos que entraban y salían de los locales más alejados, pero no podía. Maldijo que su excelente educación se hiciera presente precisamente en momentos como este, pues una dama nunca hacía una escena, mucho menos en la vía pública y, aparentemente, ni aunque su vida dependiera de ello.

Sintió cómo el hombre la halaba y luego la empujaba, escuchó la risa de su atacante y también la de su compañero.

El pánico que había logrado mantener a raya todo ese tiempo comenzó a subir dentro de ella, como la espuma del champán emergiendo de una botella recién abierta, cuando se dio cuenta de que no estaba, precisamente, a punto de ser robada. Por segundos desfilaron por ella sentimientos que iban desde el miedo, pasando por la desesperación y la incredulidad.

«Esto no me puede estar pasando», pensó justo antes de que uno de los empujones la enviara directa al suelo.

El dolor de la caída, mezclado con el frío húmedo que pareció traspasar los linderos de las múltiples capas de ropa, la hizo despertar y un pensamiento nuevo apareció claro en su mente: «Esto no me va a pasar».

Estiró el brazo para estabilizarse y ponerse de pie mientras los hombres reían y hacían comentarios lascivos. Su mano chocó con algo duro y frío, algún pedazo de drenaje desechado o algún otro instrumento cilíndrico y metálico parecido. No podía estar segura debido a la poca iluminación y a lo difícil que era averiguar cosas por su textura cuando llevabas guantes. De todas formas, no le importaba.

Sin delatarse con ningún movimiento brusco, cerró la mano fuertemente sobre el objeto y lo movió ligeramente para asegurarse de que estaba suelto de cualquier agarre y esperó.

—Te quedaste muy quieta, dulzura —dijo el hombre mientras el ruido de sus pasos en el suelo mojado, producto de la nevada derretida, revelaba que se estaba acercando—. Veremos si podemos hacerte gritar.

Antes de poder decidir si era una buena idea, asió el pedazo de metal lo más fuerte que pudo y, girando su cuerpo con una violencia nacida de la desesperación, lo blandió contra el hombre.

El golpe lo acertó directamente en el estómago, dejándolo doblado en primera instancia y luego sus rodillas cedieron, enviándolo al suelo sucio en medio de exclamaciones guturales de dolor.

Por un momento Aurora se permitió alegrarse por la insistencia de su difunta madre en que aprendiera a jugar algo tan pasado de moda como el *cricket*.

¡Benditos fueran sus antepasados ingleses!

Aprovechando su exceso de adrenalina se puso de pie lo más rápido que fue capaz y dejó caer su improvisado armamento con un sonoro clank antes de darse cuenta de que aún le quedaba un obstáculo por sortear: el otro hombre tenía la boca abierta, pero poco a poco su expresión pasaba de perpleja a furiosa.

Era tiempo de idear otro plan, aunque estaba segura de que la suerte que había tenido hasta el momento se le iba a agotar tarde o temprano. Por lo pronto, el elemento sorpresa estaba descartado.

Escuchó entonces un ruido mecánico a sus espaldas y, aunque conocía el sonido —su padre tenía inversiones en Smith and Wesson—, tuvo que ver la cara alarmada de su segundo atacante para comprender que se trataba de un revólver siendo amartillado.

—Te sugiero que tomes a tu amigo y se marchen —dijo una voz—, antes de que a ambos les resulte imposible caminar sin cojear por el resto de su vida.

La voz era grave, segura y con el justo toque de ira para una situación así. El instinto la instaba a voltear y afrontar ese nuevo actor en el escenario, pero no se atrevía a quitar los ojos del otro hombre, ese que estaba atravesado en la salida del callejón que, a fin de cuentas, era su única vía de escape conocida.

—Lo siento señor —dijo el hombre casi tartamudeando mientras se inclinaba para ayudar a su cómplice a incorporarse—. No sabíamos que era suya.

—Fuera de aquí.

Medio doblados, uno por el dolor y el otro, evidentemente, queriendo parecer servil o pasar desapercibido, salieron del panorama sin atreverse a dar la espalda completamente en un ejemplo claro de respeto, sumisión y miedo.

—Eso fue... —Aurora volteó, ahora sí, para ver a su providencial salvador y poder agradecerle su oportuna intervención— impresionante.

El calificativo no era el que ella habría escogido para describir el caballeroso rescate. Simplemente se le había escapado como una única forma de describir al hombre que ahora tenía al frente.

Se trataba definitivamente de un hombre en toda la extensión de la palabra, no un muchacho como los que frecuentemente la acompañaban en los salones de baile. Tampoco tenía ese aire de noble inocencia de los héroes de las novelas —nada de Lancelot o Ivanhoe en este sujeto— y, sin duda alguna, no era un caballero, al menos si tomaba como punto de referencia la forma en que vestía.

Sin chaleco, ni sombrero, mucho menos corbata. Su camisa sin cuello estaba un poco abierta en el pecho de forma absolutamente escandalosa. El abrigo oscuro que le llegaba a media pierna tampoco estaba cerrado y le caía suelto alrededor del cuerpo casi como una capa, lo que, aunado a lo ajustado de sus pantalones, evidenciaba que debajo había unas piernas fuertes.

«No es momento para pensar en piernas», se dijo antes de recordar que ningún momento era el adecuado para tener esa clase de pensamientos sobre cualquier parte de la anatomía masculina.

Sin embargo, no podía evitarlo. Había en su postura y también en su mirada una especie de desafío que te retaba a verlo, a evaluarlo cuidadosamente para que concluyeras por tus propios medios que no podías ganar y no te quedara de otra que hacer una leve reverencia y salir de su campo de visión lo más pronto posible.

No, definitivamente no era un héroe que galopaba en un caballo blanco.

Si tomaba en cuenta el cabello rubio oscuro, tan largo que se le enroscaba caprichosamente en el cuello y le caía desordenadamente sobre la frente; la dura simetría de sus facciones y esa barba que le comenzaba a crecer sombreando de vello claro toda su mandíbula, podía mejor ser comparado con un vikingo parado en la proa de un barco, listo para saltar a tierra y saquear alguna aldea, asesinar unas cuantas personas y luego dejar el lugar ardiendo.

—¿Se encuentra bien señorita? —preguntó todavía con el arma en la mano dando un par de pasos hacia ella. No había nada de tentativo ni delicado en sus ademanes, tampoco en su voz.

Instintivamente Aurora retrocedió y se llevó la mano a la boca del estómago. No estaba segura de si su trabajosa respiración se debía a la caída, a que por fin su cuerpo estaba rindiéndose a los sentimientos usuales que una situación así producía o simplemente a que ese hombre le generaba al mismo tiempo fascinación y miedo.

Tampoco se iba a quedar para descubrirlo.

—Necesito irme, se me hizo tarde, pero gracias por su ayuda —dijo finalmente, y echó a correr.

A lo lejos escuchó la voz del hombre, ahogada entre el ruido de sus pasos apresurados sobre los gastados y húmedos adoquines, llamándola, recordándole que no era seguro estar sola allí. También había palabras que no comprendía, dichas en otro idioma y que sonaban como imprecaciones.

No le importaba.

Siguió corriendo como alma que lleva el diablo porque estaba segura de que si se quedaba en ese callejón, efectivamente, el diablo se la llevaría y, por muy tentador que pareciera, esa noche ya no tenía tiempo para visitar el infierno.

Capítulo 2

Los Cuatrocientos.

Así eran llamados los miembros más respetados de las familias más importantes de Manhattan, una cerrada élite que se jactaba de poder rastrear su linaje hasta aquellos días en los que Nueva York fue fundada como Nueva Ámsterdam.

A pesar de su aversión por lo que llamaban nuevos ricos, se permitían dejar entrar, una que otra vez, personas nuevas dentro del exclusivo círculo. El padre de Aurora, el liberal industrial del acero George Haigh, decía con burla que lo hacían para evitar que la endogamia comenzara a notarse a nivel físico.

Pero más allá del cínico comentario, había ciertos requisitos que no se basaban precisamente en lo que se pudiera aportar a los desgastados genes, para lograr esa entrada. El dinero importaba, sí, pero el factor más determinante era demostrar, por sobre todas las cosas, que no se era vulgar y seguir un estricto orden de comportamiento que era supervisado con un ojo que buscaba más condenar que aprobar, pues la sociedad de Nueva York, contradictoriamente, amaba los escándalos, pero nunca daba cuartel a aquellos que le proporcionaban su diversión favorita.

Una persona solo podía sentir que había sido definitivamente incluida dentro del exclusivo círculo si recibía una invitación para el tradicional baile que todos los febreros ofrecían los Astor para cerrar la temporada invernal. No en vano se decía que el apodo de Los Cuatrocientos venía dado por la cantidad de personas que cabían en el famoso salón de baile.

Los Haigh no esperaban invitación pues, aunque habían hecho todo lo posible por encajar por el bien de los negocios del patriarca de la familia, solo tenían cuatro meses en la ciudad.

—Esto es obra tuya —le había dicho George Haigh a su hija al recibir la invitación mostrando en su rostro una mezcla de fastidio y divertida admiración.

Sabía que la prosperidad de los negocios estaba íntimamente relacionada con el triunfo social, y aunque hasta ese momento no le había ido mal, mezclándose sin ningún problema con los políticos y la buena sociedad de Washington, estar cerca de la élite con más recursos de toda Norteamérica le abriría una fuente nueva a sus ganancias, acercándolo en igualdad de condiciones a otros hombres de negocios.

—Solo Dios sabe que he hecho hasta lo imposible por ser educada y convencional —le contestó Aurora con un suspiro mientras leía el *New York Tribune* medio acostada sin ningún tipo de reverencia en el sofá del recibidor familiar—. No obstante, debes darle crédito a que eres amigo personal del poderosísimo Robert Van Aken, estamos relacionados con la nobleza británica y, además, a que tengo dos hermanos ricos, solteros y bien parecidos.

—Estoy seguro de que yo no estoy invitado —dijo John sin levantar la vista del

libro que tenía en su regazo—. A fin de cuentas no soy un Haigh.

—Tú eres parte de la familia, así que irás con nosotros —afirmó severo George Haigh—, y los holandeses pueden pensar de ello lo que quieran.

Aurora sonrió.

Su padre podía estar dispuesto a bailar la música que los descendientes originarios tocaran para asegurar el bienestar de la fortuna familiar, pero no iba a permitir que nadie menospreciara al hijo de su fallecido mejor amigo, que había ido a vivir con ellos cuando era un niño y que, a fin de cuentas, era un hermano para Aurora y Thomas.

El dinero estaba bien siempre y cuando la forma de conseguirlo no afectara la felicidad de sus hijos a largo plazo.

—Alégrate, hermanito —dijo ella medio en broma o medio en serio—. Tal vez tengas la oportunidad de conocer a la bella y aburrida segunda hija de alguien que te maraville con su charla sobre el estado del tiempo, las regatas de Newport, los veranos en Saratoga o lo encantadora que fue la última velada en la ópera, donde nadie vio lo que pasaba en el escenario sino en los palcos. Tal vez hasta te enamores y te cases, asegurándote una vida de completo tedio.

—Y aun así eso no te salvaría.

Aurora le arrojó un cojín.

John tenía razón. Para salvarse eso tenía que ocurrirle a su hermano mayor Thomas. Si él conseguía una esposa, Aurora dejaría de ser la gestora de relaciones públicas de los Haigh, papel tradicionalmente reservado para la mujer de mayor edad en una familia cuando el patriarca era viudo. Tal vez, si eso llegara a concretarse, le permitirían regresar a su vida, con muchas menos reglas y más aventuras, en Washington. Incluso podría mudarse a un sitio nuevo, como Chicago, donde nadie la conocía, y buscar trabajo en un periódico o hacer algo realmente escandaloso, como conseguir ser admitida en una universidad mixta como Cornell.

No obstante, su hermano mayor, tercamente, se rehusaba a enamorarse y prefería dedicarse a entender el negocio familiar y a hacer las correspondientes conexiones para ser un digno sucesor de su padre. En tanto John, aprovechando los privilegios de su masculinidad, se iría a Columbia el próximo otoño y ella debería quedarse en casa, alimentando sueños que no eran otra cosa que sueños mientras enviaba notas de agradecimiento y acudía a tardes de té.

La noche del baile de los Astor, Aurora decidió dejar de lado por unas horas su inconformidad y se permitió disfrutar de unos momentos de frivolidad. A fin de cuentas, a qué muchacha de veinte años no le gustaba ponerse un hermoso vestido, arreglarse el cabello, beber champaña y bailar con apuestos jóvenes perfectamente bien educados.

Si al menos la conversación hubiese sido más interesante...

Después de que el siempre galante Elliott Van Bruggen la escoltara nuevamente hasta su asiento bajo la mirada atenta de su chaperona, la señorita Chardou, Aurora se

permitió echar una mirada de añoranza hasta el salón donde los señores bebían, fumaban y hablaban de temas, probablemente, más interesantes.

La política estaba prohibida, claro, pues no era una ocupación digna para alguien bien nacido; hablar de negocios en un evento social era considerado vulgar, y no había ninguna persona bohemía en la fiesta, por lo que cualquier discusión de índole intelectual o artística estaba descartada.

No obstante, estaba segura de que tenía que haber algo más interesante de lo que la esperaba junto a las damas, que no era otra cosa que el recuento de las actividades sociales de cada una de ellas y los consecuentes chismes sobre los escándalos pasados, presentes y futuros.

—Es la segunda vez esta noche que bailas con el señor Van Bruggen —dijo con suspicacia la señora Merrington a la que Aurora, por cierto, no soportaba.

Era aún una mujer hermosa de poco más de treinta años pero, a pesar de estar casada con un hombre de sesenta o tal vez por esa misma razón, prefería la compañía de mujeres solteras mucho más jóvenes para alimentar su hambre por el cotilleo y la vida privada de otras personas.

No era bien visto, claro, que una señora casada pasara su tiempo con señoritas, pero Merrington prefería centrar sus preocupaciones en los malos comportamientos de los demás.

Aurora había entendido, tal solo después de un par de conversaciones, que había dos cosas que fascinaban a Nancy Merrington, y no eran precisamente su vida marital ni su pequeño hijo, sino los escándalos y la gente acaudalada. Siendo los Haigh excesivamente ricos, desde su llegada a Manhattan los había vigilado celosamente esperando que se tambalearan para echar a correr las habladurías y poder tener así todo en un mismo paquete.

—¿Dos veces? —le preguntó Aurora sonriendo inocentemente, la máscara perfectamente colocada en su lugar—. Creo que esta fue la tercera.

—¿La tercera? —preguntó la mujer arqueando una ceja—. ¿Debemos esperar algún anuncio pronto?

«No es tu maldito asunto», le respondió en su mente, imaginando la expresión de los que estaban a su alrededor si se decidía a soltar esas palabras.

—El señor Van Bruggen es un querido amigo —explicó Aurora con una sonrisa plácida que nada tenía que ver con la carcajada que resonaba en su mente—. Esperar algo más sería impropio.

«Y además una completa pesadilla», terminó para sus adentros.

Elliott era un encanto de caballero que recién había heredado una fortuna proveniente de una compañía aseguradora, pero tan decente, serio y convencional que seguramente no apreciaría una esposa que le gustara participar en algo más que tardes de té y cotillones, que quisiera tener una ocupación más allá de ordenar la cena, escribir tarjetas de visitas, cartas de agradecimiento y organizar bailes.

—No te estás haciendo más joven, querida Aurora —le dijo la señora Merrington

con el justo toque de veneno que acompañaban los señalamientos de la edad de las mujeres que pisaban la veintena y aún no estaban comprometidas—. Elliott Van Bruggen es soltero, bien parecido y sin ningún tipo de escándalo en su haber, la combinación perfecta entre un viejo apellido y dinero joven. Tú eres la nueva beldad de la ciudad. Deberías aprovechar tu estatus actual y hacer una elección afortunada mientras puedas, a diferencia de las que está haciendo tu hermano.

Ante la sola mención de su hermano Aurora se puso en guardia y lo buscó con la vista.

Inocentemente Thomas estaba bailando con una hermosa jovencita de piel tostada, cabellos oscuros y pestañas imposiblemente largas. Era una de las pocas muchachas cuya compañía Aurora disfrutaba, pues siempre parecía tener una opinión relevante sobre el mundo que la rodeaba. Tal vez por eso generalmente se la veía orbitando cerca de las paredes de los salones de baile sin participar mucho en la diversión.

Bien sabía ella que la inteligencia en una mujer era algo que debía ser ocultado, como una mancha en un guante.

—Creo que Lavinia Walton es una joven preciosa y muy bien educada —dijo un poco a la defensiva, refiriéndose a la compañera de su hermano.

—Y de un origen escandaloso también —Merrington bajó la voz adoptando su conocido tono cotilla—. Aunque nadie hable de eso, todos los que han estado aquí el tiempo suficiente lo saben.

Rápidamente Aurora sacó la cuenta en su mente, algo que se había acostumbrado a hacer cuando las discusiones versaban sobre el intrincado linaje de los neoyorquinos y que, por lo general, le ocasionaba migrañas.

Lavinia era la única hija del señor León Walton y su esposa Leticia, hermana, por cierto, del socio y amigo de su padre Robert Van Aken, un hombre extremadamente respetado y cabeza de una de las familias más importantes.

Si bien los Walton no eran acaudalados, y todo el mundo lo sabía, estaban amparados bajo el poder de la familia de la señora Leticia, lo que los convertía en una pieza social prácticamente intocable. Incluso dentro de la buena sociedad había escalafones, y los Van Aken estaban junto a otras dos o tres familias en el tope de la pirámide.

—¡No puedo creer que haya venido!

El tono alarmado de la señora Merrington le indicó a Aurora que había otro cotilleo en progreso, afortunadamente, más interesante que el baile de Thomas con Lavinia.

Sin embargo, no se sentía con ganas de escuchar otra historia sobre personas inconvenientes, las equivocaciones de sus antepasados o las deudas que mantenían con el florista o la costurera. Por una de las pocas veces en su vida agradeció que la curiosidad fuese vista como un defecto en una mujer bien educada y se hizo la desentendida buscando con la vista a algún caballero que la rescatara de esa tortura,

escotándola a tomar algo o simplemente a dar una vuelta por el salón.

Tal vez hasta podría encontrar a algún extraño espécimen que pudiera hablar de alguna cosa que no fuera el estado del tiempo para las regatas, las actividades de verano en Saratoga o lo increíblemente hermosa que Aurora se veía esa noche. Incluso podía conformarse con una disertación académica sobre los estudios de Darwin o los descubrimientos de Tesla. Estaba dispuesta a hacerse pasar por una completa ignorante abriendo la boca en señal de sorpresa ante las revelaciones con tal de escuchar algo que no le generara un automático bostezo.

—Tristan Van Aken —susurró casi con reverencia otra de las señoritas que se sentaban a su lado justo en el momento en que la vista de Aurora se posó en un hombre que acababa de hacer su entrada al salón y pagaba sus respetos a la anfitriona, quien, como cada año, presidía las festividades desde su sillón rodeada de las afortunadas que habían sido seleccionadas.

Si no hubiese estado tan entrenada para mantener los músculos de su cara relajados, la espalda recta y las manos en su regazo, Aurora se hubiese caído de la silla en lo que pudo identificar a aquel que parecía generar en las cuatrocientas personas mejor educadas de toda Nueva York una especie de temblor nervioso que podía palpase.

A pesar de que ahora vestía con frac, pechera y corbata, y sus rebeldes rizos rubios estaban contenidos con suficiente gomina, era el mismo hombre del que había huido hacía un par de días en ese callejón. Incluso si no hubiera podido ver su cara, la gracia predatoria con la que se movía, la seguridad con la que estrechaba las manos y el aire de arrogancia que lo acompañaba hubiese sido señal suficiente.

—¿Familia de Robert Van Aken? —preguntó ocultando el temblor en su voz.

—Su hermano menor —dijo la señora Merrington en un tono que había dejado de ser chillón para volverse aterciopelado, casi un ronroneo.

—Nunca aparece en eventos de la buena sociedad —completó la señorita sentada a su lado.

—Simplemente porque Tristan Van Aken —intervino con tono de censura una de las señoras de mayor edad relegada al papel de chaperona— no es buena compañía para las personas decentes.

—¿Por qué está invitado, entonces? —preguntó Aurora manteniendo la esperanza de que, de un momento a otro, alguien viniera a escoltarlo fuera del salón antes de que la reconociera y le dijera a cualquiera que quisiese escucharlo que la dulce, fina e irreprochable hija de George Haigh deambulaba sola por la Sexta Avenida una vez que caía la noche atendiendo asuntos desconocidos.

—No necesita estar invitado. Es un Van Aken.

Tristan Van Aken recorrió con la vista el salón de baile y su mirada se detuvo abruptamente en lo que se encontró con la de Aurora. Por unos segundos nada ocurrió.

Luego una sonrisa terrible y al mismo tiempo fascinante apareció en su boca.

Capítulo 3

«Ahora sí me va a llevar el diablo».

Aurora no pudo evitar sonreír con desesperación al darse cuenta de que su pensamiento podía ser aplicado tanto en sentido literal como figurado, pues Tristan Van Aken avanzaba con evidente propósito hacia el lugar donde se encontraba sentada.

Le lanzó una mirada desesperada a la señorita Chardou quien, tras ser su institutriz y luego su dama de compañía, podía leer cada una de sus expresiones por más ocultas que estuvieran. Con un casi imperceptible asentimiento la mujer abandonó su silla. Seguramente iría por John o Thomas, el primero que encontrara disponible para que viniera a rescatarla, aun sin saber muy bien por qué necesitaba rescate.

Tal vez eso le compraría un poco de tiempo pues, según las normas de cortesía, Tristan Van Aken no podía dirigirse a ella directamente, pues nunca habían sido presentados. Claro, no podía estar segura de que un hombre como ese, que rescataba desconocidas con un arma en la mano en barrios de mala reputación, fuera a respetar cualquier norma establecida en un manual de buen comportamiento aun dentro de ese templo de las maneras refinadas y correctas que era el salón de baile de los Astor.

De todas formas evitó mirarlo, obligando a sus ojos a detallar los arreglos florales, las parejas que bailaban, la seda y el satén de los vestidos, los relucientes destellos de luz que salían casi como un arcoíris de los cristales en forma de lágrimas de la masiva araña que colgaba del techo, y, hasta los zapatos de los caballeros.

Cualquier cosa era buena para hacerse la desentendida.

—Señora Merrington, es un placer encontrarla aquí esta noche.

La voz de tenor del infierno pareció derretir a todas las mujeres presentes, chaperonas desdeñosas incluidas, e incluso el estómago de Aurora, el muy traidor, sufrió una pequeña contracción involuntaria.

—Tristan querido, qué delicia que hayas decidido venir esta noche. Ha pasado mucho tiempo.

—Estuve aquí el año pasado.

—Claro, y a todos nos fascinó verte bailar con Lavinia. ¡Qué jovencita tan encantadora se ha vuelto!

Aurora tuvo que reprimir por la fuerza el deseo de hacer una mueca acompañada de un sarcástico comentario sobre la hipocresía circundante.

—Y parece que ha habido unos cuantos cambios —continuó él—, para mejor, claro.

«Oh no. Por favor no. Soy invisible. Soy invisible», pensó Aurora cuando sintió la mirada de aquel hombre clavada en ella. La sentía en los pequeños cabellos de su

nuca, que se levantaron, en el silencio que pareció instalarse entre los que la rodeaban y en el calor que comenzó a subir por su cuello y que amenazaba con hacerse evidente a la vista de todos en cualquier momento.

—Aurora, querida —dijo la señora Merrington y, como no había forma de evitar lo que seguía, Aurora levantó la vista—, permíteme presentarte al señor Tristan Van Aken.

Como si fuese un respetable caballero, el mencionado hizo una leve reverencia con la cabeza.

—Tristan —prosiguió la señora Merrington con las formalidades—, la señorita Aurora Haigh, hija de George Haigh.

Fue el turno de Aurora de inclinar levemente la cabeza y sonreír tímidamente.

—Señorita Haigh, ¿le gustaría bailar?

Tristan le extendió su mano enguantada y Aurora pudo distinguir un brillo de burla en sus ojos.

Sabía que no podía negarse, a menos que estuviera previamente comprometida para bailar la próxima pieza, y no había un hombre en la cercanía al que aferrarse como una tabla de salvación. Incluso si John o Thomas aparecían no podía rehusar la oferta, porque bailar con los hermanos no era algo socialmente bien visto, simplemente era un último recurso.

—Encantada —respondió aún con la sonrisa plácida en su lugar y, posando delicadamente su mano en la de él, dejó que la llevara hasta el centro del salón.

Como si se tratara de su propia fiesta, Tristan hizo un leve gesto al director de la orquesta, quien inmediatamente puso a los músicos a trabajar y la melodía comenzó a sonar.

«Obviamente un vals», pensó Aurora con amargura mientras posaba la mano en el hombro de su compañero y dejaba que él deslizara la suya hasta su espalda, correctamente justo debajo de sus omoplatos.

Ahora tendría que pasar los próximos cuatro minutos pegada a él sin ese momento de escape que le hubiera permitido otra danza, como una cuadrilla, que impedía cualquier tipo de conversación prolongada.

Fijó entonces la vista en su corbata, blanca, de seda y perfectamente anudada, pues no pretendía darle la más mínima muestra de estar interesada en hacer conversación.

—Es una hermosa noche para un baile —dijo Tristan sin poder ocultar el dejo de burla en su voz.

El estado del tiempo era la opción más respetable y, por lo tanto, convencional, para iniciar una conversación con una dama y, aparentemente, él quería dejarle claro su desprecio por las convenciones.

—Preciosa —admitió ella de forma cortés, aunque sin levantar la vista—, como todas las noches de febrero.

—¿Fría, húmeda y miserable?

Tomada completamente desprevenida por tanta inusual sinceridad, Aurora levantó su mirada perpleja hacia su acompañante para encontrarse con unos ojos azules, tan claros que parecían casi desprovistos de color aunque, sin embargo, estaban llenos de cinismo. Tratando de corregirse, bajó la vista nuevamente pensando que la quijada sería un lugar más seguro de contemplar hasta que se dio cuenta de que tenía un pequeño hoyuelo allí que, por alguna extraña razón, le resultaba indecente, al igual que su boca.

«Un hombre no debería tener los labios tan gruesos», se sorprendió pensando, y nuevamente tuvo que recordarse que cualquier pensamiento sobre la anatomía masculina estaba prohibido. ¿Por qué cada vez que lo veía tenía que pensar en alguna parte de su cuerpo?

—¿Podemos dar por terminada la charla obligada y pasar al tema importante?

—¿Cuál tema importante? —preguntó ella inocente mientras repetía en su mente: «Niégalo, niégalo todo. Dile que debe estar confundido y muéstrate ofendida si insiste».

—El por qué la hija del magnate del acero, una señorita aparentemente de lo más correcta —en ese momento la mano de Tristan se deslizó desde del aceptado lugar justo en la parte alta de la espalda de su compañera hasta colocarse casi en su cintura y Aurora perdió el hilo de la conversación—, deambulaba de noche, sola, por una zona poco recomendable, cubierta con una capa, completamente indefensa y vulnerable...

—¡No soy indefensa ni vulnerable! —lo interrumpió ella asesinándolo con la mirada.

—No, no lo es —Tristan sonrió de lado y Aurora sintió la ira de la derrota a manos de su propio e impulsivo carácter. Había permitido que esa mano andariego le quitara la concentración—, pero ahora lo está, porque yo sé la verdad.

Y para probar su punto deslizó la mano un par de centímetros hacia abajo y la pegó más a él, acompañando el movimiento con una subida de cejas y una sonrisa traviesa.

—Ahora, dígame, señorita Haigh, qué la llevó a un lugar poblado de bares, garitos y burdeles.

—No es de su incumbencia señor Van Aken —le respondió cortante, aunque sin fallar ni uno de los pasos.

—Y ni siquiera se sonroja ante la palabra burdel —dijo él con una risa no disimulada—. Interesante.

—¿Por qué habría de sonrojarme? Es solo una palabra, como paralelepípedo o meñique. Las palabras solo dejan de tener un significado abstracto cuando conforman una historia que las respalda.

Por unos segundos la miró, perplejo.

—¿De dónde saliste?

—¿Nadie le ha explicado cómo vienen los niños al mundo? —y sonrió como el

gato que se comió al ratón.

Sonaron los últimos acordes del vals y con una expresión completa y absolutamente casta, que contradecía completamente su comentario anterior, Aurora hizo la reverencia de rigor.

Pensó que había ganado, al menos el primer asalto. Obviamente Van Aken no iba a delatarla en medio del salón de los Astor o ya lo hubiera hecho. Tal vez simplemente la acusara con su padre, y aunque probablemente este se enfadaría, estaba más que acostumbrado a las andanzas de su hija.

—¿Nos atenemos a lo usual y damos una vuelta por el salón? —le preguntó Tristan con mofa mientras la tomaba delicadamente por el codo para guiarla fuera de la pista de baile.

—Preferiría que no, si no le molesta, claro. El baile me ha dejado un poco exhausta —para rematar su afirmación, tomó una gran bocanada de aire y puso lo mejor de sí para que se viera lo más falsa posible.

—Voy a averiguar qué esconde —le advirtió mientras la conducía a su asiento—. Soy bueno para eso.

—No seré yo, entonces, quien le prive de su pasatiempo favorito —sonrió cándidamente, aunque intentó que sus siguientes palabras sonaran desdeñosas—. Creo que, de hecho, es el pasamiento más común de los neoyorquinos.

—¿Me está comparando con ellos? —le preguntó Tristan, y aunque nunca perdió la sonrisa, sus ojos se enfurecieron.

—Ciertamente no lo estoy comparando conmigo. Note que no le he preguntado qué estaba haciendo usted en ese lugar.

—Soy un hombre.

—Otro rasgo típico de los neoyorquinos. Son muy afectos a emplear el doble rasero.

La mano de Tristan se apretó más en su brazo y la sonrisa desapareció, transformando su boca en una línea dura. Si la forma en que su manzana de Adán subía y bajaba era algún indicador, Aurora había vuelto a tocar otro punto sensible.

—Si está tan exhausta, y en aras de cuidar su frágil constitución, creo que no debería bailar más esta noche —dijo cuando el asiento de Aurora estaba a la vista.

—Haré lo que pueda, pero no es propio rechazar peticiones en un baile.

—Me encargaré de eso.

La respuesta le generó a Aurora una especie de escalofrío en la espalda. Él no tenía ninguna influencia sobre sus acciones ni había forma socialmente aceptable para que se encargara de que ella bailara o no, pero no tuvo tiempo de darle más vueltas. Ya estaba de regreso y, por añadidura, bajo las miradas hambrientas de las mujeres que había dejado atrás y la preocupada expresión de su chaperona.

Tenía que comportarse como si nada fuera de lo común estuviese pasando.

Así que, por enésima vez en la noche, emplastó en su rostro su más plácida expresión.

—Muchas gracias —dijo antes de ir hacia su silla, pero él la detuvo.

Tomó una de sus manos entre las suyas, la volteó y le besó la palma, demorándose el tiempo suficiente para que pudiera escuchar los ruidos de sorpresa que emitían quienes la rodeaban.

Luego, simplemente, hizo una leve reverencia, le dio la espalda y se fue.

Aurora se quedó parada a centímetros de su silla y la indignación expresada en su rostro, por primera vez, iba en perfecta concordancia con lo que estaba sintiendo.

Nadie más la invitó a bailar esa noche.

Capítulo 4

Tristan sonreía al pensar en la expresión de la cara de su cuñada Caroline cuando traspasara la puerta de la residencia de los Van Aken el domingo justo después de la hora del almuerzo sin haber sido invitado.

Aunque la sobria mansión de ladrillos, una de las joyas ubicadas bastante al norte de la Quinta Avenida, era su residencia oficial, tenía más de diez años que no vivía allí.

Las normas de cortesía indicaban que cuando una persona de sociedad se mudaba tenía que mandar las tarjetas correspondientes a sus conocidos indicando su nueva dirección. Luego esos conocidos le hacían una visita informal que él debería devolver en un lapso apropiado.

Como, precisamente, entre las razones por las cuales se mudó estaba librarse de ese mundo de reglas absurdas donde nadie podía moverse fuera de un parámetro establecido de comportamiento, nunca notificó a nadie. De todas formas no creía que hubiese persona alguna dentro de la exclusiva élite de Nueva York que quisiese visitar a un soltero como él y, definitivamente, ninguno de sus antiguos conocidos estaba en la lista de personas con las que le gustaría pasar una tarde.

Obviamente, todo el mundo sabía que Tristan Van Aken vivía en una bien cuidada casa, aunque de modestas proporciones para alguien de su posición, en la conocidísima calle 34, llena de clubes de caballeros y lugares de entretenimiento. Pero como no existió nunca una notificación oficial, su correspondencia social (invitaciones a cenas, bailes, etc. que no le interesaban en lo más mínimo) seguía llegando a casa de su hermano. Allí también tenía una habitación, pues su cuñada, Caroline, vivía para aquello de guardar las apariencias.

Solo por ver sus expresiones le gustaba llegar sin avisar, abrir la puerta como si viviera allí y disfrutar de ese momento incómodo en el que Caroline no sabía si atenderlo como una visita o dejar que su hermano Robert lidiara con la oveja descarriada que había ayudado a criar.

Claro que su inoportuna visita de ese domingo tenía, además de la usual misión de mortificar a Caroline y ver a sus hermanos, el objetivo de obtener algún tipo de información adicional sobre esa niña contradictoria que podía defenderse igual de bien de las manos de unos malhechores de los barrios bajos como de las garras de las señoras de la buena sociedad.

«Y también de las tuyas», le dijo una voz en su cabeza.

Desde que lo dejó con la palabra en la boca en ese callejón había tratado de averiguar quién era. Incluso el par de idiotas que habían intentado hacerle daño habían sido hallados y pasados por el interrogatorio más severo impartido por él mismo. Pero la muchacha parecía ser un fantasma.

Cuando la vio sentada delicadamente en el salón de los Astor vestida de satén blanco y con su cabello cobrizo brillando hasta casi parecer indecentemente rojo, casi sufrió una apoplejía.

«Aurora».

El nombre evocaba al mismo tiempo la delicadeza del amanecer con la fuerza del sol levantándose sobre el horizonte, regio y peligroso.

Por alguna razón que aún no podía descifrar, esa mezcla de finura e imprudencia lo intrigaba, y si algo odiaba era estar intrigado, más cuando de una mujer se trataba. Las mujeres, según había comprendido con el paso de los años, siempre querían algo: matrimonio, dinero, trabajo, poder, un buen rato en el dormitorio...

Aurora no parecía querer nada de eso, al menos no de él. Ni siquiera pareció mortificada con la idea de que pudiera delatarla, por el contrario se mostró beligerante, cosa completamente fuera de lugar en una mujer con un secreto, y él sabía mucho de secretos.

Tras abrir la puerta del desierto vestíbulo, la visión de los pisos de mármol, los cuadros en las paredes que retrataban todos los Van Aken que habían pisado suelo norteamericano, e incluso la masiva escalera que se podía entrever al final del pasillo, espantó los pensamientos sobre Aurora, que fueron inmediatamente reemplazados por el recuerdo de la feliz infancia que había tenido en ese lugar.

Risas, juegos, música y mucho amor florecían por todas partes de la residencia Van Aken hasta que Tristan cumplió catorce años.

Luego su padre murió y su madre, devastada, lo siguió a la tumba meses después.

A partir de ese momento fueron solo Robert, Leticia y él y se las arreglaron bastante bien por un tiempo, uniéndose incluso más que antes, hasta que el escándalo más perverso les hizo una incómoda visita y el muy joven Robert tomó la única decisión que pudo como cabeza de la familia, sellando así el camino que los tres hermanos habían tomado desde ese entonces.

Tristan había vivido unos cuantos años más en la casa bajo la tutela de Caroline, quien intentó, sin mucho éxito, terminar de educar al difícil y rabioso adolescente de la única forma que conocía. A ella le debía, aunque nunca lo reconocería en voz alta, el que supiese comportarse, saber elegir la corbata adecuada y navegar fácilmente dentro de los mares de la vieja oligarquía, entenderla.

Pero con el paso de los años, que le proporcionaron una comprensión más profunda del mundo, afinando su oído para los cotilleos, sus ojos a las miradas de soslayo y su corazón a las decepciones, Tristan llegó a la conclusión de que no podía ser feliz allí. Estaba demasiado molesto con ese universo que lo golpeaba cada vez que intentaba levantar la cabeza y la presencia de la esposa de su hermano, que representaba todo lo que odiaba, le era absolutamente insoportable.

Simplemente se fue y aprendió a golpear de vuelta a los habitantes de Manhattan donde más les dolía. Guardaba la llave de la reputación de sus mujeres y de los desaguizados de sus hombres; poseía un cofre lleno de secretos y jugaba con él para

sacar provecho.

—Señor Tristan —el mayordomo lo interceptó aún parado en el vestíbulo. El viejo Burke, quien prácticamente formaba parte del inventario de las posesiones familiares, lo miraba con la no muy bien escondida molestia que su presencia representaba para la rutina perfectamente aceiteada de esa casa—, ¿puedo tomar su abrigo?

Sin darle tiempo a responder, le arrebató la prenda, así como los guantes y el sombrero.

—¿Me permite anunciarlo señor?

—¿Por qué? —le preguntó Tristan maliciosamente—. Esta sigue siendo mi casa.

Y sin más comenzó a caminar hacia el recibidor privado de la familia, ese al que las visitas no tenían acceso. Allí, como cada domingo, estaban su hermana Leticia y su cuñada Caroline dedicándose a alguna labor de costura, mientras que su sobrina Lavinia tenía la nariz enterrada en un libro. Un poco más retirados Robert y León bebían brandi mientras charlaban y Teresa, su otra sobrina, merodeaba en las cercanías tratando de captar algún detalle jugoso.

Parado en el umbral contemplando la escena, Tristan se preguntó cuánto de ese calor familiar era real y cuánto se había forjado gracias a la costumbre de un par de matrimonios forzados por las circunstancias. Por un momento incluso llegó a creer que esa forma de unión sin amor podía derivar en un compañerismo que, aunque sin la pasión inicial, perduraba porque estaba anclado en la necesidad humana de vivir en pareja y en el respeto que te inspiraba esa contraparte que, a fin de cuentas, se había embarcado contigo en un viaje para hacer perdurar la especie, los apellidos y las fortunas.

Claro que desestimó el pensamiento apenas se formó. Por su cama habían pasado muchas mujeres que, aun ateniéndose a la forma socialmente aceptada de casarse con un buen partido, terminaban buscando por fuera esa conexión que no encontraban en la alcoba matrimonial.

Incluso conocía casos de parejas casadas, en teoría por amor, cuyo sentimiento en común desaparecía más rápido que los restos del pastel de boda.

Robert y Leticia, y sus respectivos cónyuges, eran probablemente una aguja en un pajar. No podía estar seguro. Nunca les había preguntado si eran felices. Eso hubiera traído demasiados recuerdos de lo que pudo ser y no fue.

Definitivamente el matrimonio era una apuesta riesgosa, un juego de dados sin posibilidad de arreglar el resultado, y él no había llegado a ser quien era por perder en cualquier juego.

—¡El tío rebelde nos visita! —exclamó León Walton, el marido de Leticia, quien fue el primero en advertir su presencia, con su imperturbable buen humor—. Toquen las campanas, que estamos de júbilo.

—Debiste avisarnos que vendrías Tristan —con solo un movimiento de las cejas su cuñada le dejó saber, por enésima vez, cuánto odiaba que apareciera sin mandar

una nota con antelación—, te hubiéramos esperado para almorzar.

«Mentirosa», pensó él sabiendo muy bien que los horarios de las comidas en la residencia Van Aken no se alteraban por nada ni por nadie.

—No te preocupes por mí, Caroline —se inclinó y le besó la mano—, a fin de cuentas he llegado en el momento justo, es decir, cuando sirven el brandi.

De pasada dio un cariñoso beso en la mejilla a su hermana Leticia, sentada en el otro extremo del sofá tapizado de brocado, y tumbó el libro de las manos de Lavinia, lo que le ganó un suspiro de divertido fastidio que solo un tío juguetón podía obtener de una tímida sobrina de dieciocho años.

—Me alegra que mi selección de bebidas tiente tus visitas, Tristan —Robert ya llenaba una nueva copa ribeteada en oro desde una licorera de cristal tallado—, aunque, aparentemente, el champán de los Astor también lo hace.

—Tenía gente que ver, deudas que cobrar, personas que amedrentar —dijo tomando la bebida— y, además, siempre es bueno practicar cómo bailar. Espero estar en forma cuando Lavinia se case.

—Como si eso fuera a suceder pronto —exclamó Teresa con aire burlón. A sus quince años le molestaba terriblemente perderse los eventos sociales de la temporada y reprochaba constantemente a su hermana su falta de emoción ante ellos.

—Pero solo bailaste una vez, y no con tu sobrina —intervino Leticia mirándolo con suspicacia—, sino con Aurora Haigh.

—Los bailes son para conocer gente —respondió él despreocupado, tomando asiento en la primera silla disponible—, y ella era la única a la que no conocía. Linda chica. ¿De dónde salió? —preguntó haciéndose el inocente.

Él sabía quiénes eran todos, dónde gastaban su dinero y cómo iban sus negocios, aunque, en el caso de la gente nueva, la información no siempre tenía un rostro.

Los Haigh no estaban fuera de sus archivos aunque, sorprendentemente, había muy poco que saber de ellos, cosa muy extraña en una familia rica y con tres jóvenes. Confiaba en que mientras más tiempo estuvieran en la ciudad, más cosas se añadirían a esa montaña de secretos que toda familia de buena fortuna ciertamente tenía.

—Es la hija de George Haigh, el magnate del acero —explicó Robert no creyendo ni por un segundo en la pretendida ignorancia de su hermano—, uno de mis socios más importantes, si recuerdas bien.

—Ah —replicó Tristan con tono displicente mientras acercaba la copa de brandi a su nariz—. Nuevos ricos, entonces.

—No tan nuevos —le respondió Robert mirándolo con curiosidad—. Nuestro padre hacía negocios con los Haigh hace más de veinte años y, según recuerdo, su fortuna ya estaba construida en ese entonces.

—De todas formas me sorprende que los invitaran al baile de los Astor —Tristan se encogió de hombros y bebió un poco de Brandi—, ya que todos ustedes consideran vulgares a las personas que han hecho su propia fortuna.

—¡Los Haigh no son vulgares! —saltó Caroline indignada, como si el solo hecho

de que la asociaran con una persona así contaminara su impoluta reputación—. Claro, que estábamos atentos en lo que se mudaron.

—Obviamente —Tristan sonrió con sorna.

—Compraron una casa aquí en la Quinta Avenida, pero no hicieron ninguna renovación ostentosa, como acostumbra a hacer esa gente con dinero —prosiguió Caroline, y Tristan estuvo tentado a hacerle ver que si de «esa gente con dinero» se trataba, ella vivía en el epicentro del lugar donde nacían. No obstante, requería la información, así que se contuvo—. Como un favor a su padre, que siempre ha tenido buenas relaciones con Robert, invité a la señorita Haigh a una tarde de té un par de semanas después de que se instalaran, algo informal, claro, por si las cosas no salían del todo bien. Ella no tiene madre ni familiares en la ciudad, por lo que, de otra forma, sus posibilidades sociales hubiesen sido nulas.

Tristan se mordió la lengua. La escala de valores de su cuñada estaba tan errada que la tragedia no era que la pobre chica no tuviese madre, sino que ese hecho limitaba sus posibilidades sociales.

—No envidio para nada ese trabajo de ustedes las mujeres, sobre todo las que están en tu posición —dijo finalmente tratando de parecer impresionado—. Es demasiada responsabilidad ser árbitro del buen gusto y las maneras correctas, decidir quién entra y quién se queda fuera.

—Pero no hubo ningún tipo de problema —Caroline sonrió abiertamente como si el triunfo de Aurora fuera de ella por haberla introducido a la buena sociedad y complacida, una vez más, de haberse visto en la buena fortuna de emparejarse con un hombre cuya posición le permitía ser una de las guardianes más importantes de las puertas doradas de Manhattan—. Aurora tiene unos modales perfectos, seguramente aprendidos de su difunta madre, que era inglesa e hija de un conde.

—Y siempre va tan bien vestida. Todos sus trajes vienen directos de Worth —continuó León. Su rostro solo denotaba admiración y un poco de envidia. Era fácil saber de dónde había heredado Teresa su frivolidad—. Y la forma en que arregla su cabello... nadie hubiese imaginado que sería correcto combinar flores y delicadas perlas en el tocado de una chica soltera, pero se veía tan fina anoche, como una diosa de la mitología. El periódico de la mañana viene cargado de alabanzas, por lo que me imagino que dentro de poco todas las jóvenes la estarán imitando. Ni hablar de sus hermanos. ¡Qué porte! ¡Qué modales!

—¿Tiene hermanos? —preguntó Tristan. Sabía la respuesta pero quería parar a León antes de que comenzara a detallar los atuendos, la altura y hasta las medidas de los muchachos.

—Solo un hermano, Thomas Haigh —corrigió Caroline abruptamente—. El otro chico es un amigo de la familia, un pariente pobre, un huérfano o algo así. John algo...

—Sinclair —intervino Lavinia mostrando por primera vez interés en la conversación—. Asistirá a Columbia el próximo otoño.

—Exacto —dijo Caroline batiendo la mano en forma desdenosa—. El tipo de hombre que requiere una profesión, un trabajo y un salario.

—Yo tengo un trabajo —le recordó Tristan.

—Por más libertinos e ilegales que sean, tú tienes negocios no un trabajo —intervino León, siempre tratando de arreglar las cosas. A fin de cuentas ese había sido su rol desde el principio.

—La cosa, Tristan —le dijo Robert dirigiéndole una mirada cargada de intención —, es que si no conocías a Thomas Haigh o a John Sinclair es evidencia de que son a prueba de escándalos, al igual que su hermana, y preferiría que permaneciesen así, si no te molesta.

—¡Claro que me molesta! Tengo que ganarme la vida —exclamó Tristan con una sonrisa recordando las andanzas de Aurora. Al parecer los Haigh eran una cosa ante la sociedad y otra cuando no eran vistos, lo que los convertía, inmediatamente, en el tipo de personas que le interesaban—. Además, acaban de llegar. Solo dales tiempo de que conozcan bien la ciudad. Los jóvenes con dinero siempre consiguen el camino hasta mi puerta.

—Y esa puerta debe permanecer cerrada para ellos —ripostó Robert poniendo en su voz toda la inflexión de jefe de la familia.

—No soy Caroline. No me encargo de cerrar puertas sino de abrirlas.

Caroline lo fulminó con la mirada y Tristan se sintió nuevamente como un chiquillo reprendido por bajar a cenar sin corbata. Ya era un hombre, pero no había olvidado la dureza de la crianza de Caroline en sus años más rebeldes.

—Me atrevo a decir —dijo su cuñada en tono definitivo—, que Aurora Haigh es todo un modelo de decoro y tu conducta de anoche la debe haber importunado muchísimo. ¡Besarle la mano de esa forma! ¡Delante de todo el mundo!

—¿Crees que debí besarla en privado? ¿En algún rincón oscuro y apartado? —le preguntó sonriendo maliciosamente, recordando a Aurora en el suelo de ese callejón enfrentando a dos maleantes. Sin duda todo un modelo de decoro—. ¿Tal vez besarla en otra parte del cuerpo que no fuera la mano?

—¡Tristan, por favor! —le imploró su hermana lanzando una mirada de reojo primero a Lavinia, quien seguía absorta en el libro; y luego a Teresa, quien seguía la conversación con más interés del que mostraba en las columnas sociales del periódico, lo cual ya era mucho decir—. Mantente alejado de Aurora Haigh. No necesitamos esa clase de escándalo.

—Tranquila, Leticia —Tristan hizo un gesto indiferente con la mano—. Es bien sabido por todos que dedico mi atención a las mujeres, y Aurora Haigh aún es una niña ¿qué edad tiene? ¿Diecinueve?

—Veinte, por lo que es una sorpresa que, siendo hermosa y rica, todavía esté soltera —dijo Caroline en tono claramente reprobatorio, lo que hizo que algo en Tristan despertara con un ramalazo de animadversión.

—¿Y qué edad tenías tú cuando conseguiste al soltero más codiciado de

Manhattan? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis? Sin duda toda una solterona.

—¡Tristan! —lo amonestó Robert.

—Querida Caroline —intervino León con ese hablar calmo y juguetón que lo caracterizaba—, lástima que todos pasen por alto que junto con el bien parecido, rico y muy joven Robert, venía esta ingrata plaga —hizo un quiebre de muñeca hacia Tristan— que tuviste que terminar de criar. Yo —León señaló su propio pecho— no hubiese aceptado nunca porque el Tristan adulto puede ser encantador, pero todos recordamos lo odioso que era a los quince, a los dieciséis, y no me hagan hablar de cómo era a los diecisiete.

Tristan quería responder pero ¿qué podía decir? León también había aceptado una carga cuando accedió a casarse con Leticia y, aunque había resultado mucho menos pesada de lidiar que la de Caroline y fue recompensado enormemente por ello, ese asunto era algo de lo que nunca hablaban en voz alta, mucho menos si Lavinia estaba presente.

Atizar a Caroline era algo que podía hacer sin remordimientos, pero ese nunca sería el caso con León y su hermana. Desgraciadamente la historia de ambos matrimonios estaba tan entrelazada que era prácticamente imposible hablar de uno sin mencionar el otro.

—De todas formas —prosiguió Caroline lanzándole una mirada a Tristan que le dejaba claro que algunos asuntos era mejor que permaneciesen en el pasado—, he escuchado que es probable que Elliot Van Bruggen haga una oferta pronto.

—¿Una oferta? —preguntó Tristan confundido, pues había perdido el hilo de la conversación.

—De matrimonio, a Aurora Haigh —Caroline levantó una ceja—. Todos los domingos, que es el día que ella recibe visitas, le lleva un ramo de lirios blancos.

Tristan bufó involuntariamente incluso antes de que su mente retomara el tema que habían estado discutiendo.

—¿No te gusta Elliott Van Bruggen o tienes algo en particular en contra de los lirios? —le preguntó Leticia mirándolo como quien trata de encontrar algo escondido en una habitación desconocida.

—Elliott Van Bruggen no está en ninguna de mis listas, lo que lo convierte automáticamente en una persona sumamente aburrida —explicó Tristan—. Estoy seguro de que a la señorita Haigh y a sus domingos les haría mucho bien tener unas cuantas amistades más entretenidas.

Capítulo 5

Aurora sentía que cada segundo respirar era más difícil, cosa esperada cuando la eficiente señorita Chardou amarraba su corsé, pero no dijo nada. Se limitó a apretar aún más las manos en el poste de la cama del que se sujetaba y se permitió dar gracias, mentalmente, por el hecho de que ese fuera el primer vestido que se pondría ese domingo.

Una señorita respetable debía cambiarse de vestido al menos cinco veces al día: uno para bajar a desayunar, un vestido de mañana, el del almuerzo, el de tarde y el de la cena. Eso claro si no tenía que salir, lo que ameritaría un atuendo diferente y en concordancia con el lugar adonde se dirigía, con el aderezo adicional de los guantes y el sombrero.

Ese domingo, tras el baile de los Astor, era socialmente aceptable saltarse la iglesia, por lo que Aurora había pasado la mañana en bata y, después de desayunar con su familia, se había dedicado a la lectura de tres periódicos y a afinar el escrito que había preparado sobre lo que vio en su incursión nocturna.

El tiempo se le fue volando, y la señorita Chardou tuvo que ir a buscarla corriendo para ponerla presentable.

—Recuérdame, por favor, por qué decidí tener un día en el que recibo —preguntó mientras su dama de compañía apretaba los cordones cada vez más.

Precisamente ese domingo el hecho de recibir se sentía más constrictivo que el corsé, pues su cabeza estaba llena de ideas que necesitaban plasmarse en el papel y tenía miedo que el desfile de personas en su casa las espantara.

Además necesitaba planear su próxima escapada. Había una historia allá afuera e iba a descubrirla.

—Lo hizo porque era la única forma de saber cuándo alguien vendrá a importunarla —Chardou apretó más las cuerdas para demostrar así lo inconvenientes que le parecían sus costumbres—. De esa forma no sería una grosería que el mayordomo respondiera: «La señorita no está recibiendo», si alguien acude a su puerta cualquier otro día de la semana.

Lo que Chardou no dijo en voz alta era que a cambio de un domingo de tortura, Aurora tenía tiempo libre para hacer lo que le viniera en gana, como dejarse el cabello suelto, usar el corsé flojo o no ponerse zapatos en su propia casa, además de leer, escribir y, ocasionalmente, beberse un *whisky* o fumarse un cigarrillo.

Sabía que no era mucho, comparado con las libertades de las que sus hermanos disfrutaban, pero era más de lo que la mayoría tenía. Claro, había algunas excepciones: mujeres que iban a la universidad, trabajaban y hablaban de política, pero en el círculo en que ella se movía eso estaba fuera de toda discusión. Era como si las bendiciones vinieran contadas: si eras de clase media podías hacer cosas

interesantes, pero si estabas en el tope de la cadena alimenticia, intentando sacudir la etiqueta de nuevos ricos del legado familiar, estabas destinada a vivir en la ignorancia y el tedio.

Igual era enamorarse. Podías tener amor o libertad, nunca las dos cosas, porque el amor, invariablemente, llevaba al matrimonio y una mujer casada no era otra cosa que una posesión. Si se casaba bien, con un marido que la amara o al menos la respetara, sería una posesión querida y bien tratada, pero una posesión a fin de cuentas. Incluso aquellas que trabajaban o estudiaban tenían que dejar de hacerlo cuando el anillo se asentaba en su dedo.

«¿Por qué no puedo tenerlo todo?», se preguntó por enésima vez.

En el fondo Aurora sabía que para ella no habría universidad, ni trabajo, ni actividades políticas abiertamente reconocidas. No tuvo esa oportunidad en Washington, donde había menos ojos pendientes de ella que en Manhattan pero, al menos, mientras se mantuviera soltera tendría derecho a soñar, a leer tres periódicos por la mañana, a escribir artículos que nadie leería y a hablar de la ley Antimonopolios Sherman o del derecho de las mujeres al voto aunque fuera dentro de las paredes de su hogar.

Su soltería era su último bastión de independencia, y no lo dejaría ir tan fácilmente, por más que su padre insistiera en exhibirla, instándola a mantener en secreto sus pequeñas peculiaridades.

No estaba resentida por eso, no realmente. Entendía que era la forma como él veía al mundo: su princesa debía casarse con un hombre que la amara, que la cuidara cuando él no estuviera, que la hiciera feliz. No entraba en su pensamiento que la princesa quisiera tener su propia espada, cazar sus propios dragones y ser feliz por ella misma, no gracias a otra persona.

Finalmente, ya presentable, bajó al recibidor, donde sus hermanos la esperaban, tan resignados como ella a otra jornada de encantadoras conversaciones sobre la vida de los demás.

—Recuérdame otra vez por qué tenemos que hacer esto —le preguntó John mientras hojeaba un periódico.

Como hombres que habían hecho su fortuna inicial en el comercio, los Haigh estaban en constante búsqueda de información sobre nuevos negocios e inversiones que pudieran ser rentables a futuro, así como de los movimientos políticos que alentaran o enterraran cualquier tipo de iniciativa. Así fue como el abuelo Haigh había vaticinado que los ferrocarriles y el acero serían rentables y esa costumbre familiar de llenarse los dedos de tinta diariamente fue lo que hizo a Aurora adicta al periodismo.

—Deja de quejarte —Aurora inspeccionó el salón por si había algo que la incriminara, que podía ser desde un libro de mala reputación olvidado en un rincón hasta un cojín arrugado o una flor marchita—. Te irás a la universidad en unos meses a llenarte la cabeza de conocimientos increíbles...

—Para intentar ser tan inteligente como tú —la interrumpió—. No sé cómo entiendes nada de esto —y balanceó en el aire la sección financiera.

—Esconde eso —le dijo sin ocultar su satisfacción ante el cumplido—, algunos pueden considerar vulgar leer noticias. Recuerda que en el reino mágico de Manhattan todo es bello, pulido y perfecto; la gente es feliz, nadie pasa hambre o frío y las fortunas crecen gracias a verdes duendes que mágicamente las alimentan.

—Probablemente haya hadas escondidas en Central Park —y con una sonrisa, John empezó a doblar el diario.

—Tal vez hasta tengamos una aquí en la casa —intervino Thomas, quien había estado muy tranquilo frente a la chimenea. Sacudió el *New York Post* que tenía en sus manos y comenzó a leer—: «La siempre encantadora Aurora Haigh, hija del industrial del acero George Haigh y nueva beldad de Manhattan...».

—¿Por qué siempre la llaman «beldad»? —lo interrumpió John tratando de hacer pasar su expresión por una de atónita sorpresa—. Deberían haberla conocido cuando tenía doce años y era tan flaca como un renacuajo mal alimentado con el cabello rojo apuntando en todas direcciones.

—¡Oye! —lo interrumpió ella no del todo ofendida—. No es rojo, es caoba.

—Claro —John se puso una mano en el corazón como disculpándose—. Rojo sería indecente.

—Y vulgar —completó Aurora con una sonrisita.

—Shhh. Dejen terminar —los regañó Thomas, y retomó la lectura—: «La siempre encantadora Aurora Haigh, hija del industrial del acero George Haigh y nueva beldad de Manhattan, fue vista compartiendo un vals con el esquivo Tristan Van Aken durante el baile anual de los Astor. Teniendo en cuenta que el más joven del clan Van Aken no frecuenta eventos de sociedad y que solo estuvo allí un momento, aparentemente con el único propósito de bailar con la señorita Haigh entre sus brazos, hace preguntarse a esta cronista si la magia de la belleza del norte habrá capturado el ojo del eterno y más codiciado soltero que la ciudad recuerde».

—¡Por favor! —Aurora bufó con una mueca tratando de parecer medio indignada y medio hastiada, aunque ninguno de los dos sentimientos eran reales. Por alguna extraña razón se sentía complacida—. ¿Qué tiene de especial ese Tristan Van Aken para que estén tan pendientes de él? Llega y todo el mundo se pone nervioso, susurran a sus espaldas pero le rinden pleitesía y hasta escriben sobre él en el periódico por un baile de cuatro minutos.

—Tristan Van Aken, hermanita —dijo Thomas ahora sin sonreír—, es el amo y señor de los burdeles en el Tenderloin.

—Y de los garitos de apuestas, peleas ilegales o cualquier otra actividad ilícita que se lleve a cabo al oeste de Broadway —complementó John.

—Cualquier pequeño y sucio secretillo que tengan los señores de Manhattan.

—Y algunas señoras.

—Está en las manos de Tristan Van Aken.

—Y no duda en sacar provecho de ellos.

Thomas seguía mirándola ni molesto ni contento y Aurora hubiese, en otro momento, podido adivinar qué pasaba por su mente, incluso exasperarse por esa forma que tenían sus hermanos de contar historias en diálogo. No obstante, estaba muy ocupada con los engranajes de su cerebro, que comenzaban a dar vueltas.

Probablemente debería estar preocupada de que sus propios secretos estuvieran en manos de un rufián semejante, quizá un poco sorprendida de que alguien dedicado a negocios ilícitos fuera poseedor de un apellido tan ilustre, pero no. Lo que tenía sus activas neuronas trabajando a paso acelerado era que, por accidente, se había encontrado con el hombre que tenía la llave de esos secretos que buscaba descubrir y, como una tonta, había estado intentando deshacerse de él.

«Aparentemente vas a tener que bailar con el diablo más de una vez», se dijo, y sintió una especie de cosquilleo.

—¡Te gusta! —la acusación de John la trajo de vuelta al cálido y exquisitamente decorado recibidor, y fue cuando se dio cuenta de que, involuntariamente, había empezado a sonreír.

—¡Claro que no! —respondió ella, tal vez demasiado rápido, suprimiendo por la fuerza el movimiento hacia arriba que sus comisuras estaban experimentando.

—Nunca, en tu vida, te has quedado callada ante una información de este tipo.

—Nunca me habían contado una información de este tipo. ¿Burdeles? ¿Garitos? ¿Se olvidan que soy una dama?

—Nunca te habías quedado callada cuando se te ha vinculado con un prospecto masculino —prosiguió Thomas, retomando el argumento de John, sin morder el anzuelo de las protestas de su hermana—. Siempre tienes una opinión que, generalmente, incluye unas cuantas descalificaciones.

—Tristan Van Aken es muy viejo para mí —soltó lo primero que se le ocurrió. El corsé tan apretado no la dejaba pensar—. Es un delincuente y un truhan. ¿Cómo puede ser considerado un soltero codiciado? ¿Quién querría casarse con él?

—¿Una mujer muy peculiar? —John se encogió de hombros—. Un hombre con un lado oscuro puede ser extrañamente seductor, más para una jovencita inocente.

—No soy una jovencita inocente.

—Al lado de Tristan Van Aken eres un bebé —le advirtió Thomas—. Ten cuidado Aurora, recuerda que si juegas con fuego te quemas.

—Creo que me diste un discurso similar cuando tenía como seis años.

—Y, si recuerdo correctamente, de todas formas tocaste el carbón para constatar que muy rojo significaba muy caliente.

—No vale la pena vivir a través de las experiencias de otro —Aurora le guiñó un ojo.

—El señor Elliott Van Bruggen está aquí —anunció Fraser, el mayordomo, entrando al salón. Aprovechó para fulminar con la mirada a John, quien se encontraba relajado en su silla con las piernas estiradas hacia el frente y las manos detrás de la

nuca, y luego a Thomas, quien aún tenía el *New York Post* en su regazo.

—Hazlo pasar, por favor —Aurora le sonrió a Fraser como asegurándole que en pocos segundos todos estarían compuestos y presentables—, y dile a la señorita Chardou que venga, en caso de que este par decida abandonarme, pero que antes ordene que traigan el té.

El mayordomo hizo una leve reverencia antes de salir por donde había entrado y Aurora se sentó en el sofá color perla cubierto de cojines de seda, cruzando las manos sobre el regazo.

—Ese sí es un soltero codiciado —le dijo a sus hermanos con expresión presumida.

—¿Fraser? —preguntó Thomas con sorna dejando su asiento frente a la chimenea y parándose cerca del sofá.

—Elliott.

Van Bruggen hizo su entrada impecablemente vestido con una chaqueta de vicuña y pantalones milrayas. El cabello, como de costumbre, perfectamente engominado y ese andar calmo de un caballero. Traía, al igual que cada domingo, un ramo de lirios blancos en una mano.

—Señorita Haigh —dijo dirigiéndose inmediatamente hacia ella con una sonrisa radiante en el rostro—, está muy hermosa el día de hoy. Es una visión de pureza en medio de esta contaminada ciudad.

Tratando de parecer complacida ante el mismo cumplido que escuchaba de cada domingo, Aurora extendió su mano.

—Señor Van Bruggen.

Elliott la besó delicadamente en los nudillos. Incluso sin guantes apenas había sentido el contacto con sus labios. Nada que ver con otro beso, en otro lugar de su mano, separado por una capa de seda...

—Son para usted —le ofreció las flores y sonrió aún más, obviamente creyendo que el rubor que comenzaba a aflorar en las mejillas de la chica tenía algo que ver con él.

Eran exactamente el mismo tipo lirios que traía cada domingo, arreglados, por cierto, de la misma manera. No había nada ni remotamente sorprendente en las visitas semanales de Elliott Van Bruggen.

—Muchas gracias —Aurora tomó el ramo y, como cada domingo desde hacía dos meses, lo miró apreciativamente—. Son encantadoras.

Inmediatamente, entrenada también en ese baile que se repetía cada ocho días, la señorita Chardou apareció seguida con la mucama que traía el servicio de té. Una vez que lo dejó sobre la mesa, la muchacha tomó las flores de los brazos de Aurora y salió del salón mientras la chaperona se sentaba cerca de la chimenea a bordar alguna cosa.

Las flores serían arregladas en un jarrón de cristal tallado que ya estaba preparado y traídas de vuelta al salón, donde reposarían en la mesita de mármol que la joven de

la casa tenía a su derecha y que estaba vacía para ese propósito.

—Haigh —Elliott le estrechó la mano a Thomas, que pacientemente había esperado su turno y luego salió al encuentro de John, que ya se acercaba para cumplir con las formalidades—. Sinclair.

—¿Quiere sentarse? —Aurora señaló la silla que estaba frente a ella con un ligero ademán de su mano—. ¿Té?

Durante doce minutos, ni uno más ni uno menos, pues era lo socialmente aceptable para una visita de día, charlaron de los temas usuales: el baile de la noche anterior, el tiempo frío, la ópera y los planes para el verano que involucraba una regata o un paseo en el velero propiedad de los Van Bruggen, Aurora no estaba segura.

Ella solo tenía que sonreír, asentir y contestar con frases cortas y aun así cada visita la dejaba completamente agotada, eso sin mencionar que sentía algunas de sus neuronas morir con un grito agónico de dolor.

Definitivamente era más cansón permanecer sentada derechita, sonriendo y hablando poco, que asaltar a un par de maleantes en el lado poco recomendable de la ciudad.

Intentó concentrarse en los ojos café de Elliott y en su cabello castaño, invocar algún pensamiento sobre la calidez que esos colores normalmente evocaban, pero no vino ninguno. Por el contrario, solo podía pensar en unos ojos azules tan claros y fríos como el cielo invernal en París.

En lo que el impecable Elliott Van Bruggen abandonó el salón, escoltado por el siempre eficiente Fraser, Aurora se derrumbó en el sofá y comenzó a masajear sus mejillas entumecidas de tanto insinuar una sonrisa. Carcajearse hasta que le salieran lágrimas y le doliese el estómago era mucho más vigorizante pero, claro, una dama nunca se carcajeaba, mucho menos en público. Incluso reír muy alto era vulgar.

—Voto porque te cases con él —soltó John mirando hacia la puerta del recibidor.

—¿Con Fraser? —le preguntó ella aún dándose un masaje.

—Con Van Bruggen —aclaró mientras volvía a estirar las piernas frente a la silla —, así no tendríamos que verlo más ni soportar otra visita de domingo. Aliéntalo o deséchalo, Aurora, pero hazlo pronto —extendió las manos en posición de plegaria—. ¡Por caridad! Termina con la miseria de ese hombre y con la nuestra.

—No puedo rechazarlo hasta que él haga algún tipo de avance y, definitivamente, no lo he alentado —dijo Aurora tratando de contener la risa—. No me veo casada con alguien como Elliott Van Bruggen.

—¿Y con quién te ves casada, hermanita? —le preguntó Thomas afilando la vista como si así pudiera obtener una respuesta escondida debajo de su piel.

—El señor Tristan Van Aken —anunció Fraser desde el umbral.

Capítulo 6

«Es tiempo de jugar un poco», pensó Tristan Van Aken al entrar en el recibidor de los Haigh.

La nueva familia que parecía concentrar todos los ojos de Manhattan no podía seguir siendo un misterio para él, unas palabras frías en un archivo sobre sus estados financieros y lugares de residencia. Su éxito estaba en saber más, y para eso necesitaba conocerlos. Así que, convenciendo a su hermano de que era de buena educación presentar sus respetos a la familia después de haber bailado con Aurora, y llevando a Lavinia como prueba de que su comportamiento sería respetable, decidió jugar un rato al caballero que hace visitas.

—Señorita Walton —dijo uno de los jóvenes, alto y de cabello rojizo, tomando la mano que Lavinia le ofreció y llevándosela delicadamente a los labios—, su visita es una maravillosa sorpresa.

—Gracias, Thomas —Lavinia se volvió hacia Tristan recordando que él nunca se había encontrado previamente con los Haigh y al ser el hombre de mayor edad y rango en el salón debía ser presentado a sus anfitriones con deferencia—. Tío, permíteme presentarte a Thomas Haigh —e hizo el gesto correspondiente—. Thomas, él es mi tío, Tristan Van Aken.

—Señor Van Aken —Thomas estrechó su mano y Tristan lo evaluó. El apretón era fuerte, no tanto para significar una amenaza pero sí para dar a entender que estaba seguro de su posición. Su mirada era directa, franca, no del todo amistosa aunque no abiertamente antagónica. Educada. Aparentemente Thomas Haigh era todo un caballero, no un tontuelo con dinero—. Hemos escuchado mucho de usted.

—Espero que las historias hayan sido, al menos, interesantes.

Thomas no contestó.

—Señorita Walton —interrumpió otro muchacho, evidentemente más joven que Thomas, al aproximarse para besar la mano de Lavinia.

—Tío, permíteme presentarte a John Sinclair —con una sonrisa tímida, Lavinia señaló al joven que, evidentemente, no estaba emparentado con Thomas y Aurora. Haciendo una comparación shakesperiana, los hermanos Haigh parecían la representación de Oberón y Titania, regios y elegantes; mientras que Sinclair podría pasar por Puck, con su cabello oscuro ligeramente desordenado y unos ojos vivarachos que parecían encontrar una broma en todo lo que lo rodeaba—. John, él es mi tío favorito, Tristan Van Aken.

—Me encantaría tener un tío favorito —John estrechó su mano—. O cualquier tío, para ser exactos. Como ya debe saber soy un pobre huérfano sin familia que vive de la caridad de los Haigh.

Tristan tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarse con la boca

abierta. Esa introducción tan directa, alejada de los buenos modales de Manhattan y hecha sin ningún subterfugio, lo había tomado completamente por sorpresa. Era como si el joven, no estaba seguro si por instinto o inteligencia, hubiese decidido usar sus carencias como armadura evitando que cualquiera pudiese usarlos en su contra.

Todavía estaba buscando algo que decir cuando su mirada se encontró con la de Aurora y todo lo demás quedó eclipsado.

Sentada en el borde del sofá con las manos en el regazo parecía toda una recatada dama de sociedad con su vestido color azul pastel de mangas largas y cuello alto, pero su mirada estaba cargada de fuego.

No era pasión, lujuria o deseo, esos sentimientos los conocía suficientemente bien para identificarlos al vuelo; tampoco rabia o antagonismo. Simplemente estaba viva, más que cualquier otra persona que Tristan recordara, y parecía que toda esa vivacidad se rehusaba a ser contenida y buscaba una salida fuera de los confines del constrictivo vestido y el recatado peinado, encontrándola finalmente a través de sus ojos.

Ahora no solo quería, por pura diversión, interés mercantil o conveniencia familiar, descubrir los secretos de Aurora Haigh y guardarlos en su caja de tesoros para ser usados en el momento más conveniente. Lo necesitaba.

Intuía que esa jovencita sería lo más interesante que había pasado en la ciudad desde que el hijo menor de un millonario de cuna se dedicó a negocios poco recomendables.

—Señorita Haigh —caminó hacia ella y sin esperar que se la ofreciera, Tristan tomó su mano y la besó, demorándose a propósito unos segundos de más en ese beso.

Por un momento no pudo recordar por qué había prometido portarse bien, tampoco la razón por la que las jovencitas de sociedad lo aburrían.

—Señor Van Aken, es un placer tenerlo aquí —le respondió ella sin inmutarse, recuperó su mano y se volvió hacia su sobrina—. Lavinia, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me visitaste.

Lavinia se unió a Aurora en el sofá, y después los caballeros tomaron asiento. Aurora sirvió el té y, para sorpresa de Tristan, evitó diestramente que sus dedos se rozaran cuando le pasó la taza.

—Veo que el señor Van Bruggen se me adelantó —dijo Lavinia lanzando una mirada a los lirios ya dispuestos en el florero.

—Se acaba de ir. Es raro que no lo vieran en la puerta.

—¿Le gustan los lirios señorita Haigh? —interrumpió Tristan mirando primero las flores y luego a Aurora.

—Son unos hermosos lirios.

—No me refiero a estos lirios en particular —hizo un ademán hacia el florero—, sino a que si el siempre correcto señor Van Bruggen se ha tomado la molestia de preguntarle si le gustan las flores.

—No tengo nada en contra de las flores —respondió ella con cautela—. Creo que

es un gesto hermoso...

—No está respondiendo a mi pregunta, Aurora —dijo llamándola por su nombre a propósito.

—¿Cuál era la pregunta? —respondió evidentemente haciéndose la tonta.

—¿Cuál es tu flor favorita? —insistió inclinándose hacia adelante, mirándola directamente para que el trato familiar tuviese el efecto que esperaba.

—Las margaritas.

Una sonrisa lenta hizo su aparición en la boca carnosa de Tristan.

—Silvestres, salvajes, perfectas —dijo más para sí mismo, pero el comentario fue escuchado por todos, lo que generó el más incómodo silencio.

Una aguja cayendo sobre la mullida alfombra hubiese hecho más ruido.

—Pero van tan mal con la decoración de este salón —intervino John haciendo que todos volvieran a respirar— y, además, son baratas y no creo que a Elliott Van Bruggen le agrade dar regalos baratos. Así que le agradecemos profundamente los lirios que combinan con los muebles y le dan al salón cierto aire de romántica distinción.

—Además —dijo Thomas mirando directamente a Tristan—, ¿quién querría una flor de verano ocasional cuando puede tener lirios todo el año?

Tristan sonrió complacido. La información siempre encontraba el camino hacia su puerta.

La advertencia solapada de Thomas le demostraba que los hermanos Haigh eran unidos. Aunque ese tipo de camaradería fraternal le agradaba, suprimió el sentimiento y lo sustituyó por el cálculo: «con toda seguridad en una situación extrema, por salvar a uno, los otros dos se sacrificarían». Ese era un dato con el que le gustaba trabajar.

—Creo que Aurora tiene derecho a decidir por su cuenta cuáles son las flores que le gustan —dijo mirando a Thomas con diversión.

—Y esa ha sido la conversación más extraña e incómoda sostenida jamás sobre flores —interrumpió John, cortando de plano la inminente exhibición de testosterona—. ¿No te parece, Aurora?

—Nunca tengo la menor idea de las cosas a las que se refieren los hombres —contestó mirando a Tristan de forma inocente—. Dejé de escucharlos hace rato porque sus conversaciones van más allá de mi escasa comprensión. ¿Podemos hablar del ancho de las solapas para la próxima temporada? ¿Botones?

Tristan trató de aguantar la risa.

—Aunque siento un gran respeto por las solapas, también podríamos disfrutar de un poco de música —Tristan señaló el piano que reposaba tranquilo en un rincón—. ¿Han escuchado tocar a Lavinia?

—¡Tío! —protestó la muchacha, seguramente queriendo asesinarlo.

La compensaría luego, un viaje a París, un guardarropa nuevo, joyas, todos los libros que quisiera, pero ahora tenía una idea y necesitaba a su sobrina para saber si Aurora era una chica buena tratando de ser mala o una chica mala aparentando ser

buenas.

Ella era el punto débil de la cadena de los Haigh. Por ser mujer, cualquier indiscreción tendría diez veces más valor que cualquier desaguisado de sus hermanos.

—No hemos tenido el placer —intervino Thomas, aparentemente siempre el caballero, haciendo que la pobre Lavinia se sonrojara hasta más no poder.

—¿Te gustaría tocar algo? —le preguntó Aurora tomándole las manos y sonriendo cómplice—. Piensa que de hacerlo tendrías algo con que hacer sentir mal a tu tío después. Te debería un favor.

—Y yo siempre pago los favores que recibo —declaró Tristan a nadie en particular.

Lavinia miró alternativamente a todos los presentes, suspiró resignada y con pasos tímidos se acercó al instrumento.

Tal y como Tristan había previsto, inmediatamente Haigh y Sinclair acomodaron sus sillas para quedar frente al piano y él, tratando de no ser muy evidente, ocupó el lugar vacío al lado de Aurora en el sofá.

Solo quedaba al azar la elección de su sobrina. Si tocaba algo lento y suave sus esfuerzos servirían de poco, pues necesitaba que el sonido llenara la habitación para poder susurrar unas cuantas palabras a su anfitriona.

Cuando Lavinia comenzó a tocar *El vals del minuto* de Chopin se dio cuenta de que debía trabajar rápido.

—Tienes un secreto —le dijo a Aurora en susurro inclinándose lo más que pudo para hablar en su oído y tratando de sonar ligeramente amenazador.

—Tienes algo que yo quiero —le respondió sin mirarlo.

Tristan se sorprendió, sintiendo la ausencia del ceremonioso «señor Van Aken» como un latigazo placentero en la espalda.

Hacía tiempo que nadie era capaz de sorprenderlo de esa forma. Las mujeres como Aurora no solían ser tan directas, el enfoque solapado era el más usado entre las de su clase.

Era tiempo de volverse más atrevido, de buscar el punto donde se quebraría.

Todas lo hacían.

Con movimientos calmos y pretendiendo seguir la actuación de su sobrina, Tristan sacó del bolsillo una de sus tarjetas. No eran las usuales tarjetas de visita que los hombres como su hermano o su cuñado poseían. Eran unas más pequeñas, hechas para negocios, en las que solo ponía la dirección de su casa, esa que todos sabían pero nadie parecía reconocer.

Puso la tarjeta sobre el sofá y la tapó con su mano. Lentamente la fue deslizado sobre la superficie de brocado hasta que quedó escondida en los pliegues de la falda de Aurora.

Hubiese debido dejarla allí, pero nunca hacía las cosas a medias. Su mano siguió avanzando hasta colarse debajo de la pierna de la muchacha.

Aun con las capas de tela de por medio la sintió dar un respingo. Tal vez había

sido él. No tenía tiempo de averiguarlo, tampoco para ponerse a analizar el por qué su corazón se había acelerado de esa forma por algo mucho más inocente que sus prácticas usuales.

Retiró poco a poco la mano asegurándose que la tarjeta quedara allí, bajo el muslo de Aurora, escondida entre sus faldas.

—Ven mañana a las cinco —le dijo entre dientes, aparentando dedicar toda su atención a la música—, y dime lo que quieres. Podemos negociar.

Capítulo 7

Aurora estuvo en un estado de completa euforia desde que tuvo la ocasión de ver lo que Tristan dejó entre sus faldas.

Desde el primer momento supo que iría, ni siquiera tuvo un momento de duda. Había sido tan fácil...

Las veinticuatro horas siguientes a que los Van Aken dejaran la residencia Haigh, Aurora no pudo comer, dormir, leer ni mucho menos escribir. Incluso mientras recibía las visitas del domingo, que ese día parecieron duplicarse debido a que todos querían comentar el baile de los Astor, su mente estaba haciendo planes y su mirada contaba los minutos que pasaban en el reloj colocado sobre la chimenea.

El cómo saldría sola de casa, la forma en que llegaría a la calle 34, incluso la ropa que usaría eran las cuestiones que la mantenían inquieta. Ni una sola vez pensó en lo impropio, peligroso y, por sobre todas las cosas, escandaloso, que era visitar a un soltero en su residencia, sola, en una zona poco respetable y casi al borde de la noche.

Después de todo el tiempo que había perdido dando golpes a ciegas, por fin iba a tener la oportunidad de conseguir una historia, y eso hacía suficiente ruido en su mente para ahogar las hipotéticas reglas que la sociedad imponía.

Se escapó por las ventanas que daban al jardín trasero y caminó, fingiendo un despreocupado paseo por la Quinta Avenida. Incluso pasó por la denominada Milla de las Damas y echó una miradita a las vidrieras de Lord and Taylor aparentando interés.

Cualquiera que la hubiese visto pensaría que era otra de las tantas niñas mimadas de Manhattan que iba de compras, pues la costumbre de salir con carabina durante el día estaba casi en desuso.

Las jóvenes solteras de Manhattan tenían a sus madres que las acompañaban a los bailes y a la ópera, y eso era suficiente, por lo demás caminaban solas. El que ella estuviese siempre acompañada de Chardou era atribuido a que no tenía madre y, también, a su vinculación con la nobleza británica, sin mencionar que le había hecho ganar unos cuantos puntos en aquello de ser, o lo que era más importante, parecer respetable.

Tras pasearse un rato y no encontrar a nadie conocido cayó en la cuenta de que las probabilidades de que alguien notara su presencia eran escasas. Tristan había calculado la hora a la perfección: las señoritas decentes ya se habían retirado y era muy temprano para cruzarse con alguien camino a una cena en Delmonico's o a la ópera.

Era como estar oculta en medio del crepúsculo que se avecinaba, camuflada entre la masa de personas que iba o venía de su trabajo, llevando encargos o terminando la jornada.

Cruzó la línea imaginaria que separaba la Quinta Avenida, se internó en las calles del oeste de Broadway otra vez y finalmente llegó a la casa que buscaba. Era una construcción mediana de piedra amarilla que destacaba entre las que la rodeaban porque no era un local de diversión, al menos no lo parecía. A diferencia de las otras residencias, estaba bien mantenida: la piedra limpia al igual que las ventanas, y los escalones que llevaban a una puerta de madera eran tratados, aparentemente, con la misma dedicación que el resto de la fachada.

Con un último suspiro para descartar cualquier impulso nervioso, o más bien para intentar calmarse porque sentía que de un momento estallaría de excitación desde dentro de su piel, llamó y esperó cambiando el peso de un pie a otro.

Finalmente la puerta se abrió y un hombre joven le sonrió casi perezosamente desde el umbral.

—Hola —le dijo sin mayores reverencias, y se recostó en el marco de la puerta.

No era un mayordomo, tampoco parecía un criado. Vestía pantalones de lana, una camisa limpia, aunque se veía que había vivido mejores tiempos, y un chaleco de cuero. Tenía ojos y cabello castaño claro y una expresión amable.

—Buenas tardes. Estoy aquí para ver al señor Tristan Van Aken.

—Y eres hermosa —le dijo el hombre con una sonrisa cálida y un acento extraño—. Yo soy Florian.

—Un placer —le respondió algo desconcertada. No era usual ser recibida de esa forma en la puerta de una casa. Ni siquiera la había invitado a entrar lo cual, además de una descortesía, era cruel pues el frío comenzaba a ser incómodo.

—¿No me vas a decir tu nombre?

—Aurora.

—Ah. —El hombre hizo una mueca—. Pasa adelante Aurora Bonita Haigh. ¿Lista para venderle tu alma al diablo?

—Si el diablo está dispuesto a pagar el precio adecuado... —le respondió sin dejar ver su sorpresa de que ese hombre supiera su apellido.

—En mi experiencia el precio no es nunca suficiente.

Aurora entró, tratando de descartar el tono ominoso de Florian, y una vez en el vestíbulo se quitó los guantes, el sombrero y comenzó a desabotonarse el abrigo. En vista de que nadie le ofreció ayuda, colgó sus pertenencias en una percha que había en un rincón.

—Por acá —y con un gesto Florian la invitó a que lo siguiera.

Por lo que podía ver aquello era simplemente una casa, tal vez una un poco vacía y con una necesidad imperante de algún toque femenino, ya que no había flores ni ningún tipo de ornamento que le diera color, pero definitivamente no era el antro de perdición con el que se asociaba a Tristan Van Aken.

—¿Sabía que vendría, señor Florian? —le preguntó a su guía tratando de desentrañar la facilidad con que la había reconocido.

No le respondió. Solo se detuvo a verla cuando llegaron frente a una puerta

cerrada.

—Última oportunidad de salir huyendo.

—¿Está tratando de asustarme señor?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo un mal presentimiento.

Aurora puso los ojos en blanco. No era un gesto muy femenino ni tampoco educado pero, obviamente, con Florian las convenciones sociales no importaban mucho.

Con un suspiro resignado, Florian dio un par de golpes a la puerta y sin esperar respuesta abrió.

—Jefe, Aurora Bonita está aquí.

Sin darle tiempo a sorprenderse por el inusual anuncio le hizo una seña con la cabeza invitándola a entrar.

La habitación, una mezcla de despacho con recibidor, era la más cálida de las que había podido observar en su breve paseo por la casa. El fuego estaba encendido en la chimenea y un sofá cubierto con tejidos de colores vivos que invitaban a tocarlos descansaba sobre una alfombra persa. Había una biblioteca con libros que se veía eran movidos regularmente, un sillón orejero en una esquina con un abrigo dejado aparentemente al descuido en el respaldo y una mesa de centro con más libros.

Las pesadas cortinas estaban corridas y, además del fuego, solo una lámpara de gas sobre un escritorio de nogal atiborrado de papeles iluminaba el espacio, lo que, conjuntamente con los tapices en las paredes, la hacía sentir como dentro de una tienda en medio del desierto.

No era que nunca hubiese estado ni en una tienda ni mucho menos en el desierto, pero leía bastantes novelas.

Tristan estaba sentado tras el escritorio en mangas de camisa, con la corbata desanudada y el cabello desordenado.

En lo que Aurora pisó la habitación, levantó la vista y sonrió poco a poco, como sin darse cuenta, reflejando triunfo y un poco de peligro a través de sus ojos. Era como un gato echado frente al fuego, calculando sus posibilidades de atrapar el ratón con el menor esfuerzo.

Ese era el diablo, el Tristan que había conocido en un callejón, tentador y oscuro. Mientras bailaba en el salón de los Astor vestido de etiqueta o conversaba sobre flores sentado correctamente entre cojines brocados, había una especie de velo que mitigaba el efecto; pero aquí, en su casa, era como si la niebla se hubiese disipado y pudiese verlo con claridad. Lo curioso era que en vez de estar asustada, Aurora estaba intrigada, como si él fuese el actor principal de esa historia que buscaba en las calles.

—Señorita Haigh —dijo poniéndose de pie, y el estómago de Aurora dio un par de saltos—. Por favor, pase adelante. Tome asiento.

—Gracias.

Tratando de aparentar que visitaba a hombres peligrosos y mayores en su casa casi como una rutina, Aurora caminó con gracia al interior de la habitación y se sentó en el llamativo sofá, que era tan mullido que imposibilitaba casi cualquier intento de sentarse derecha y en el borde, que era lo apropiado. Era como si el mueble estuviera diseñado para que te relajaras, cosa que no era posible cuando usabas un corsé.

—¿Té? —le ofreció Tristan aún de pie detrás del escritorio.

—Café, si no es molestia —y tuvo que refrenar el impulso de sonreír al ver que un destello de curiosidad apareció momentáneamente en los ojos de Tristan.

No era una elección común, no para una dama como ella que debía siempre preferir té o chocolate. El café en su mayoría era cosa de hombres, pero a ella le encantaba. Con un poco de brandi era aún mejor.

—Florian, pide a Berta que prepare un poco de café para la señorita Haigh.

El sonido de la puerta al cerrarse a pesar de ser casi imperceptible la recordó a Aurora el sonido de una guillotina, final, definitivo. Ya era lo bastante malo estar allí, pero reunirse con un hombre a puertas cerradas, era más que escandaloso.

Por unos segundos todo pareció quedarse estático, con una quietud pesada que nada tenía que ver con las ajetreadas calles que estaban más allá de las ventanas. Todo se sentía lejano, el tiempo suspendido, atrapados ambos en el silencio.

Pero Aurora no quería sentirse atrapada. No le gustaba. Se parecía mucho a su vida cotidiana. Ella quería seguir avanzando, siempre.

—¿Por qué me invitó a venir aquí, señor Van Aken? —dijo finalmente, todavía aparentando un aplomo que no sentía, confiando en que regresaría en algún momento.

—Dijo que necesitaba algo de mí —Tristan rodeó el escritorio lentamente, con cierta gracia felina. Se recargó al frente del mueble y cruzó los brazos sobre el pecho, una media sonrisa bailándole en los labios—, y la experiencia me ha enseñado que cuando una dama necesita algo de mí, es conveniente para todos que ese deseo sea expresado en privado.

Aurora suprimió por la fuerza un erizamiento en su nuca que amenazaba con extenderse a lo largo de su cuerpo. Tristan estaba allí, frente a ella, solo en pantalones y camisa y esas piernas, esas que la primera vez que le habían generado tanta curiosidad, estaban justo a la altura de sus ojos. Parecía una estatua, marcada, definida, y tuvo el extraño impulso de estirar la mano y tocar, a ver si todo era tan duro como parecía ser.

—¿Estamos negociando? —le preguntó obligándose, porque a fin de cuentas era una muchacha decente, a dejar de ver donde estaba viendo y mirarlo a la cara.

No hizo las cosas más fáciles. Había algo en los ojos de Tristan, una especie de sombra contenida a pesar de lo claro de su color, una advertencia mezclada con burla, aunque ella se negara por pura fuerza de voluntad a dejarse amilantar.

—¿Qué es lo que más desea, señorita Haigh?

—Suena como un demonio tratando de tentar a un pobre mortal.

—¿Está dando resultado? —le preguntó él aún sonriendo.

—Creo que se está volviendo demasiado obvio —Aurora arrugó la nariz y decidió que ya bastaba de juegos. A fin de cuentas bailar con el diablo, por más divertido que sonara, no era su objetivo, sino un medio. Tenía una misión, y si se entretenía demasiado podría terminar con esas horribles quemaduras que provocaba el hielo—. Hay una información que necesito y que solo puedo encontrar en el Tenderloin.

—¿Qué tipo de información?

—Lo sabré cuando la vea —se encogió de hombros—. Desafortunadamente, no pude entrar a ninguno de los clubes. Aparentemente las mujeres no tenemos el mismo derecho a divertirnos que los hombres.

—Las mujeres no entran por la puerta principal. Tienen un discreto acceso en los laterales. No deben vestir de forma recatada —levantó una ceja—, y necesitan una invitación que solo yo otorgo. Esas invitaciones tienen un precio.

—Lo supuse. Imagino que ese precio no se paga en dinero.

—Claro que no. Después de todo el dinero es algo tan vulgar... —dijo con sorna, y comenzó a caminar hacia ella.

—Y aun así todos lo desean.

—Obviamente. Así pasa con todo lo vulgar —Tristan se sentó a su lado en el sofá y se inclinó hacia ella, poniendo las manos en las piernas—. Veamos entonces. Quiere una información pero no sabrá cuál es hasta que la vea.

—Exacto.

—¿Eso es todo?

—Claro que no —Aurora lo miró como si fuese estúpido—, pero si se lo digo sabrá mi secreto y no tendré nada con que negociar.

—Tal vez no tenga ningún secreto. Tal vez solo está aparentando para conseguir un pase exclusivo al mundo del vicio.

—Tal vez —Aurora hizo una mueca despectiva—, y aun así sería bueno para usted. «Aurora Haigh en un club en el Tenderloin» —movió las manos en un gesto de exagerada conmoción—. Todos saben que comercia con secretos de ese tipo, señor Van Aken.

—Buen punto —Tristan se puso de pie con un grácil movimiento y fue hasta su escritorio, de donde extrajo una tarjeta de un cajón. Luego la firmó, caminó de vuelta y se la ofreció a Aurora—. Aquí tiene una invitación firmada que servirá para cualquier club de mi propiedad en esta zona.

Aurora tomó la tarjeta como si se tratara de las llaves del paraíso y no de una puerta al purgatorio de las almas que buscaban la condenación eterna.

—Es su turno, señorita —Tristan volvió a sentarse a su lado, indecentemente repantigado, aparentemente obedeciendo los dictámenes del sofá, y la miró curioso y no de una forma cándida. Más bien parecía hambriento—. Hay un propósito real detrás de esas visitas o simplemente quiere ser una niña mala por unas horas, probar

qué se siente, buscar un poco de...

—Quiero ser periodista —le cortó levantando la barbilla, desafiante.

Esperaba la usual risa o expresión despectiva que, por lo general, ocasionaría una declaración como esa viniendo de alguien como ella. Estaba preparada para ello. Sin embargo, no la obtuvo. No obtuvo nada.

—Nueva York es una ciudad extraña —prosiguió ante la falta de reacción—. El Tenderloin está a la vista de todos, al oeste de la Quinta Avenida. No es algo remoto y sórdido como Los Cinco Puntos, y aun así la sociedad parece no mirarlo nunca, como si estuviese cubierto con una especie de manto de invisibilidad. Yo quiero obligarla a que lo vean.

—Créame, señorita Haigh, saben muy bien que está allí.

—No de la manera correcta.

—¿Y cuál es la manera correcta?

—Hay vidas allí. El Tenderloin no es solo un barrio, está conformado por personas y mientras un señor muy importante gasta sin pensarlo en una noche cientos de dólares en un juego de cartas o en los dados, la mujer que le trae la bebida o se sienta en su regazo probablemente resolvería muchos de sus problemas con una pequeña parte de lo que él está tirando. Es muy fácil tratar a las personas como objetos, instrumentos, condenarlos y luego voltear la cara para no ver la realidad —Aurora se dio cuenta que estaba desbocada, pero no podía parar. Casi nunca hablaba de estas cosas, sus hermanos ya estaban cansados de escucharla—. Gracias a que se ha creado conciencia, en Chicago hace poco una organización abrió una residencia que se encarga de cuidar durante el día a los niños de las mujeres trabajadoras, que incluso enseñan un oficio a estas mujeres; el reportaje reciente sobre las casas de vecindad en la parte baja de Manhattan ha impulsado una legislación para hacer más decentes esos lugares, y el trabajo de Nellie Bly descubrió la verdad sobre cómo son tratados los enfermos mentales en las instituciones que los acogen. Cuando la gente es forzada a ver la realidad, no tiene más remedio que reconocerla. Solo hay que obligarlos a mirar de la manera correcta.

Y precisamente hablando de miradas, la de Tristan había mutado de un azul vacío hacia una mezcla de sorpresa con molestia que probablemente tendría un calificativo conocido pero que Aurora, en ese momento, no podía recordar.

—Tú... —comenzó a decir, pero fue interrumpido por Florian quien entró, sin llamar, con una bandeja que dejó sin ceremonia en la pequeña mesa.

Aurora agradeció la interrupción. Ya había dicho demasiado, y aunque mientras las palabras brotaban de su boca sin control, estaba consciente de que probablemente había tomado el camino equivocado para la negociación que había anticipado, no podía parar. Quería demostrarle a Tristan Van Aken, sin saber bien por qué, que no era una niña tonta jugando con fuego, que tenía un propósito más allá de ser un objeto decorativo.

Claro, teniendo en cuenta la forma en que Tristan Van Aken había levantado su

fortuna, probablemente le había dado demasiada información.

Florian sirvió la bebida humeante en una de las tazas y luego miró fijamente a Aurora, como buscando algo. Aparentemente lo encontró, pues tras asentir satisfecho salió de la habitación.

Durante todo el rato, Tristan no había dicho nada, tampoco se había movido. Simplemente se le quedó mirando con una expresión indescifrable.

—Devuélvame la invitación —dijo finalmente, alargando la mano e inmediatamente Aurora salió del sofá escondiendo la tarjeta, que había permanecido todo el tiempo en su regazo, tras su espalda.

—¿Por qué? —preguntó lanzándole una mirada de soslayo a la puerta, preguntándose si podría ser más rápida que él y huir—. Lamento decepcionarlo, señor Van Aken. Sé que mi secreto no es muy importante, pero nunca dijo que habría una evaluación posterior de su valor. Tengo la invitación y no la voy a devolver. Puede hacer con la información que tiene sobre mí lo que quiera.

Con cada palabra, que no eran más que nada una maniobra de distracción, se había ido acercando poco a poco a la puerta.

—No va a ir sola a ninguno de esos clubes, señorita Haigh —adivinando sus intenciones, Tristan se puso de pie y en dos zancadas le cerró el paso—. Nadie hablará con usted y se meterá en problemas, otra vez.

—Ese no es su asunto.

—Claro que es mi asunto.

—¿Tiene miedo que lo exponga? ¿Que su pequeño imperio del vicio se derrumbe?

Tristan estalló en una carcajada.

—Nada de lo que poseo es pequeño —le dijo desafiante y con una pizca de otra cosa que ella no entendió— y, además, si consigue publicar algo, no haría otra cosa que darme publicidad. El vicio siempre estará allí, y las personas solo tendrán mucha más curiosidad. Deme la tarjeta.

—¡No!

—No pisará el Tenderloin sola otra vez.

—Creo que ya establecimos que eso no es su problema.

—Va a ir conmigo.

Por un momento Aurora pensó que había escuchado mal. Hasta tuvo que pestañear un par de veces para ver si al tiempo que aclaraba su vista también lo hacía su entendimiento.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—No necesita ver al «señor muy importante» en medio de sus depravaciones libertinas, y eso es lo que encontrará si va por su cuenta, además de exponerse —suspiró exasperado—. Lo que necesita es hablar con la chica que limpia porque tiene que darle de comer a su hijo y no sabe hacer más nada o con la que sirve las bebidas y permite que le deslicen las propinas por el escote porque tiene que comprar la

medicina para su hermana enferma. ¿Quiere a las personas detrás de la magia de las luces rojas? Yo voy a enseñárselas si tiene el valor suficiente para enfrentar sus historias.

Aurora no pudo contenerse. Sin pensarlo y en medio de un arrebato salvó el espacio que los separaba y le echó los brazos al cuello, poniéndose de puntillas para abrazarlo y darle un beso en la mejilla.

Cuando se separó para hablarle fue que se dio cuenta de la posición en la que estaba, mucho más cerca que cuando bailaron, mucho más cerca que lo que era socialmente aceptable. Las manos de Tristan estaban en sus caderas y la miraba desde arriba con la cabeza ladeada y una pizca de diversión en los labios.

—No sé si es muy inocente o muy valiente, señorita Haigh —dijo bajito, y la soltó, apartándose respetuosamente un par de pasos.

—Tal vez un poco de ambas —le respondió sonriendo.

—Sí, tal vez un poco de ambas —dijo él pensativo, y luego negó con la cabeza, como sosteniendo una conversación consigo mismo—. Hay una berlina afuera que la llevará a una de las calles laterales poco concurridas cerca de su casa. En ese mismo lugar la recogerá mañana a las once de la noche.

Tristan dejó de bloquear la puerta y se retiró nuevamente a su escritorio, obviamente dando por terminado el encuentro y Aurora, sin ganas de presionar más su suerte, se dispuso a irse.

No obstante, una pregunta se formó en su mente, y no era buena en eso de quedarse sin respuestas.

—¿Por qué lo hace? —le preguntó antes de abrir la puerta—. ¿Por qué me ayuda?

—Pregúnteme mañana —Tristan no levantó la cabeza de los papeles que estudiaba—. Ahora no tengo la menor idea.

Capítulo 8

La noche siguiente Aurora escapó, como era usual, por las puertas del jardín trasero a la hora indicada, y una vez que estuvo fuera de la propiedad, segura de que nadie había notado su acto de desaparición, cubrió, bajo el calor reconfortante de la anonimidad que le proporcionaba su capa negra, el vestido de tul verde manzana, nada apropiado por cierto para el invierno debido a su falta de tela en el escote y su tejido ligero, pero que en algún momento pensó que era el que necesitaba para adentrarse en los bajos fondos.

Nuevamente sin sombrero, cubrió su cabello, recogido en un moño no muy serio, con la capucha de la capa y comenzó a caminar apresurada hacia el lugar donde la habían dejado la noche anterior.

No pudo evitar sonreír con alivio al ver la berlina parada en la calzada y a Florian de pie, recargado de forma casi holgazana, como parecía ser su costumbre, en una de las ruedas traseras.

Él la vio venir, y descuidadamente dio un pequeño golpe a su sombrero volviendo su rostro hacia la luz como para que ella estuviese segura de quién la estaba esperando.

Cualquier caballero sabía que al encontrarse a una mujer en la calle debía descubrirse. No obstante, solo con su previo encuentro, Aurora había entendido que Florian no era un caballero, y el hecho de que no se esforzara en aparentarlo le agradaba.

—Aurora Bonita —la saludó en lo que estuvieron cerca—. Eres muy puntual. ¿Sabes que eso no está bien visto en las mujeres de tu clase?

—Yo creía que lo que no estaba bien visto era encontrarse con desconocidos en medio de la noche para ser llevada a Dios sabe dónde —contestó Aurora sarcástica—, pero claro, hay tantas cosas que no son bien vistas que puedo estar equivocada. Siempre pierdo la cuenta.

Florian abrió la puerta del coche ofreciéndole su mano para ayudarla a subir.

—¿Sabes que estás segura verdad? —le preguntó perdiendo su característico dejo de broma una vez que Aurora estuvo dentro de la berlina—. No dejaríamos que...

No tuvo tiempo de completar la frase. Una voz en alemán habló desde dentro del coche y, en contra de su voluntad, Aurora enderezó la espalda.

Florian cerró la puerta, aunque se tomó su tiempo como para demostrar que las imprecaciones le importaban poco, y Aurora quedó envuelta en la sombra con la presencia de otra persona a la que, gracias a la oscuridad, no podía ver pero sí sentir en cada uno de sus poros.

Poco a poco sus ojos se fueron adaptando a la penumbra, y pudo adivinar la figura de Tristan sentada frente a ella en el otro extremo. Debía estar vestido de

negro, pues no podía adivinar dónde terminaba el terciopelo que tapizaba el interior y comenzaba él. La pechera y la corbata blanca daban a entender que estaba en atuendo de gala, como para asistir a un baile, y el bulto que reposaba evidenciaba un sombrero de copa.

La berlina comenzó a moverse con una leve sacudida y Aurora comprendió finalmente, más allá de las explicaciones escasas y retóricas, por qué era socialmente escandaloso ir en un coche cerrado, sola, con un hombre que no era de su familia. Ni siquiera era bien visto en las parejas comprometidas.

Ella había estado sola con Tristan en su casa, en aquella habitación que te invitaba a librarte de cualquier atadura; habían bailado en el salón de los Astor, lo que ponía sus cuerpos incluso más cerca; eso sin mencionar aquel impulsivo abrazo con el que se despidieron la última vez. Creía que, de alguna forma, ya se había hecho inmune a esa sensación de estar caminando sobre una cuerda floja que él le producía. No obstante, había algo diferente en estar encerrada con alguien del sexo opuesto en un espacio tan pequeño y a oscuras que, más allá de las recomendaciones morales, se sentía ilícito; sobre todo cuando su acompañante era un hombre que a la fuerza y sin decir palabra, podía hacer notar su presencia hasta en un gran salón lleno de personas.

—Buenas noches, señor Van Aken —dijo finalmente tratando de sonar como si no estuvieran encerrados a oscuras sino que se hubieran topado en la entrada de la iglesia—. No esperaba su presencia.

—¿Estaba flirteando con Florian, señorita Haigh? —dijo sin mediar saludo.

—¿Qué le dio esa impresión? —ripostó ligeramente ofendida.

—Es muy amable con él.

—Amable es un sustantivo, flirtear es un verbo. La última vez que leí el diccionario tenían significados distintos.

—Usualmente, cuando una mujer es excesivamente amable con un hombre implica coquetería.

—¡Claro que no! —respondió indignada—. ¿Acaso cuando un hombre es amable con una mujer significa que tiene motivos ocultos?

—Florian puede ser muy atrayente con sus maneras suaves, su familiaridad y sus cumplidos —siguió él sin responder a su pregunta—. Eso lo hace bueno para el tipo de negocios que llevamos. Pero no se engañe, señorita Haigh, a pesar de su encanto, y precisamente gracias a él, es un hombre peligroso.

—¿Más peligroso que usted? —le preguntó desafiante, pero él no le respondió, y ella necesitaba que siguiera hablando. Era lo único que podría distraerla del simple hecho de estar allí con él—. Por cierto, me ofreció la invitación a cambio de un secreto, pero no me ha dicho qué me va a costar su compañía.

—Pregúnteme mañana —y le pareció ver la insinuación de una sonrisa—. Todavía no lo he decidido.

—¿Y si el precio es más alto del que estoy dispuesta a pagar? —insistió.

—¿Teme que pida su virtud a cambio? —la sonrisa de Tristan se ensanchó.

—¿Mi virtud? —Aurora bufó muy a pesar del temblor nervioso que comenzó en el medio de su estómago y se extendió hasta la punta de sus pies. Eso ni siquiera había cruzado por su mente—. Nunca entenderé por qué es considerado algo tan importante, de todas formas —Tristan la miró ladeando la cabeza—. Estoy segura de que nadie se preocupa por su virtud, señor Van Aken.

—Claro que no —Tristan rio como si ella hubiese dicho la tontería más grande—. Esa se perdió hace mucho tiempo. Creo que no recuerdo cuándo ni dónde.

—¡Exacto! A nadie le preocupa la virtud de los hombres, pero cuando se trata de las mujeres es un gran escándalo —Aurora hizo una mueca—. Ustedes son instados a practicar, las mujeres a esperar. ¿No es eso un desequilibrio? ¿Con quién se supone que deben practicar los hombres?

—La virtud en una mujer no puede recuperarse una vez que está perdida.

—Estoy segura que la de un hombre tampoco.

—La de la mujer es algo tangible.

—Eso tiene que ver con la biología, no con la moral —Aurora se encogió de hombros con un gesto despectivo.

—Las mujeres que comprometen su virtud son las que afrontan las consecuencias —dijo molesto—. Le guste o no, señorita Haigh, la biología dice que son ellas las que pueden quedar con un hijo dentro si no son cuidadosas.

—¿Y quién pone el hijo allí? —le dijo ella igualando su tono irritado—. Me parece que enseñar a los hombres a ser responsables con sus acciones y obligarlos a afrontar las consecuencias de sus actos, resultaría en menos problemas.

Tristan volvió a musitar algo en alemán que parecía una maldición, y Aurora recordó su voz en el callejón llamándola mientras ella huía.

—¿Siempre habla en alemán cuando está molesto? —lo picó. Sabía que la discusión había ido ya demasiado lejos, pero era una especie de reflejo condicionado: él la amedrentaba y a ella no le gustaba. Así que como nunca le venía bien la estrategia de huir hacia adelante—. Si lo hace para evitar maltratar mis sensibles oídos con el significado de sus palabras le informo que no está dando resultado.

—Mi madre era alemana —aunque era una simple declaración, tan casual e intrascendente como cualquier conversación de salón, fue hecha con cierto recelo lo que, obviamente, despertó su curiosidad—. Fue el primer idioma que aprendí, y suelo regresar a él en ciertos momentos.

—Eso explica bastante.

—¿Exactamente qué es lo que cree que explica? —le preguntó demasiado irritado para la inocente afirmación.

—¿Además de sus imprecaciones en lengua extranjera cuando uno menos lo espera? Su apariencia, claro está —respondió dándose cuenta que atizar a Tristan Van Aken podía ser extrañamente adictivo—. La primera vez que lo vi pensé que parecía un vikingo a punto de asaltar una aldea.

La carcajada de Tristan reverberó tan fuerte que, de seguro, cualquier transeúnte

hubiese podido escucharla con claridad.

—¿Siempre dice exactamente lo que está pensando?

—Eso sería de muy mala educación —sonrió porque las carcajadas de Tristan la habían contagiado—. Imagino entonces que su hermano Robert se parece a su padre porque en un principio no pensé, ni siquiera, que estaban emparentados.

—Sería muy extraño que Robert tuviese algún rasgo vikingo. No tuvimos la misma madre.

—No sabía.

—Es raro —aunque su tono trataba de aparentar frivolidad, había algo guardado tras sus palabras—. Todos en Nueva York se mueren por hablar de mi madre a la menor provocación.

—No me interesan los comentarios de los salones —Aurora se encogió de hombros—. Cada persona es una historia y una historia es mucho más que una serie de hechos puestos uno tras otros —Tristan la miró nuevamente como aquella vez en el salón de los Astor. Una mirada que estaba a medio camino entre la sorpresa y el deleite. Como si ella fuese la ocurrencia más extraña en un mundo del que lo sabía todo y, por lo tanto, había perdido toda capacidad de impresionarlo—. Si me cuenta de su madre, señor Van Aken, yo le contaré de la mía. Le aseguré que mi historia no la escuchará en ningún salón de baile.

—¿Estamos negociando? —le preguntó con un dejo de curiosidad—. Tenga cuidado conmigo, señorita Haigh.

—Lo tengo señor, Van Aken —y levantó un hombro, coqueta.

Tristan suspiró antes de comenzar a hablar:

—Mi padre, Robertson Van Aken, se casó por primera vez a los veintitrés años con una debutante de una de las familias más importantes, una princesa de sociedad. Nunca supe si fue un matrimonio por amor o por negocios, pero por un tiempo representaron la cúspide de todo lo que se podía aspirar en esta ciudad. Dos años después de su boda nació Robert, pero la esposa de mi padre nunca pareció recuperarse totalmente. Se volvió frágil, enfermiza, y cuando Robert tenía siete años murió. Mi padre guardó dos años de luto y pasado ese tiempo decidió tomar a su hijo y llevárselo a Europa para pasar unas largas vacaciones. Allí conoció a mi madre, una cantante de ópera muy joven y con un brillante futuro, se enamoraron y se casaron.

—Suenan muy romántico.

—La vida no es romántica, señorita Haigh, menos en Manhattan —Tristan hizo una mueca antes de continuar—. Las grandes familias nunca perdonaron no haber sido consultadas ante tan inusual unión, pero tampoco quisieron darse el lujo de aparecer fracturados ante la sociedad bajo la cual reinaban. Mi madre fue tolerada pero nunca totalmente aceptada por la cúspide social, y el resto siguió el ejemplo. Casi veinte años después de su muerte, Leticia y yo somos conocidos como «los hijos de esa cantante alemana».

—¿Cuál era su nombre?

Tristan la miró extrañado. Como si esa pregunta que humanizaba a la persona más importante de su vida fuera la última que esperaba.

—Silvia —Aurora nunca pensó que escucharía la voz de Tristan suavizarse tanto. Había amor, reverencia y añoranza resumidos en apenas seis letras y un hombre que amara a su madre de esa manera no podía ser tan peligroso—. Su turno, señorita Haigh.

—Mi madre, como seguramente ya ha escuchado, era la hija del sexto conde de Shurland. Eran tiempos difíciles, económicamente hablando, para la nobleza, pero a pesar de su situación, mi abuelo se negó a que su hija tuviese algún tipo de relación con un almacenero norteamericano que conoció casualmente, a pesar de todo su dinero —Aurora negó con la cabeza e hizo una mueca de hastío—. En un gesto absolutamente romántico, mis padres se fugaron y no se casaron hasta que llegaron aquí, lo que constituye un escándalo intercontinental pero, aunque estoy segura de que muchas de las buenas gentes de Manhattan lo saben, se hacen de la vista gorda.

—Es que ser «la nieta de ese conde arruinado» no suena tan mal como «el hijo de esa cantante alemana» —declaró Tristan con sorna.

—La cuestión es —Aurora se puso seria—, que tanto el caso de su madre como el de la mía demuestran que la gente ve lo que quiere ver, y la verdad les importa poco. Solo pretenden hacer encajar la realidad en ciertos estándares que creen correctos y según les convenga a sus intereses. Es por eso que las habladorías de los salones no me importan, sino los hechos que cuentan una historia. Me basta mi juicio, no necesito que nadie más me explique los suyos.

Tristan sonrió, ahora sí, de manera indulgente.

—Señorita Haigh, es usted demasiado inteligente para ser...

—¿Una mujer? —lo interrumpió sardónica.

—Iba a decir para ser tan bonita.

—Otro doble rasero, señor Van Aken —le dijo pasando por alto el cumplido—. Aparentemente si eres mujer no puedes ser inteligente y bonita al mismo tiempo. Es como ser un objeto, algunos son decorativos; otros funcionales.

—Mis disculpas, señorita Haigh —y las disculpas sonaban sinceras.

—Disculpas aceptadas —Aurora encogió un hombro—. Al menos no parece estar a punto recomendarle a mi padre que me case rápidamente con un hombre de mano dura.

—Pagaría muy buen dinero por ver al hombre que intentara ponerle mano dura — y se inclinó hacia ella con gesto cómplice— y apostararía todo lo que tengo por usted.

Capítulo 9

Tristan Van Aken entró a su club más famoso, The Gents, sintiéndose, al mismo tiempo, feliz como un niño que ha robado una galleta sin ser descubierto y molesto por estar en ese estado sin razón aparente; e intrigado por la mezcla.

Siempre entraba a su club por la puerta principal, era la mejor manera de tener la misma experiencia que sus clientes y notar cualquier fallo.

A primera vista, parecía cualquier otro respetable club para caballeros: mesas donde algunos jugaban cartas y cómodos sillones desde donde se cerraban negocios con el sabor del buen brandi y el olor de finos cigarros. Una escalera daba a un conocido restaurante donde se podía tener una buena cena cocinada por un chef francés y si se seguía subiendo había habitaciones, baños privados y un ejército de mayordomos bien entrenados para atender los caprichos de los miembros.

Al adentrarse más las cosas cambiaban. Unas masivas puertas de roble daban paso a la mayor sala de juegos que existía en la ciudad. Allí, diariamente, entre el lujo casi decadente de una decoración que pocos podían costear, fortunas cambiaban de manos, buenos nombres eran consumidos por las deudas y los verdaderos rostros de aquellos estirados que lo habían visto por encima del hombro toda su vida salían a la luz.

Todo ocurría entre risas y diversiones, con mujeres escasamente vestidas que repartían bebidas y expertos crupieres que sabían cuándo presionar a un apostador para que lo dejara todo y cuándo retirarlo de la mesa haciéndole creer siempre que había sido su decisión.

Tristan paseó por la enorme sala decorada con columnas de mármol y frescos en las paredes, dándole la bienvenida a esa sensación de ser el regente del infierno, el amo de los vicios ocultos, de tener el control de los deseos y puntos flacos de cada ser humano bajo su techo. Nada que ver con perder discusiones hipotéticas sobre la virtud con una niña que, en circunstancias normales, debió sentirse al menos recelosa de estar encerrada con él en un carruaje oscuro y jamás atreverse en voz alta a sostener un debate sobre relaciones íntimas entre hombres y mujeres y sus consecuencias.

Aurora no lo hacía sentir temido ni respetado, no como un truhan pero tampoco como un caballero, ni siquiera como un hombre; simplemente lo hacía sentir como una persona. Una sin pasado, sin expectativas que llenar ni máscaras que utilizar y eso era, extrañamente, liberador. Con ella no había silencios temerosos, ni siquiera respetuosos. Nunca se callaba.

Era una mujer como ninguna otra que hubiese conocido: terca como una mula, curiosa como un gato y hermosa como la más exótica ave. En ocasiones actuaba como una dama, en otras como una reformista de clase media y ciertamente podía

hablar como una intelectual estudiada, porque no cabía duda de que tenía opiniones y no le azoraba compartirlas. Sin embargo, todas sus afirmaciones parecían estar exentas de cinismo, cubiertas en un fino manto de inocencia.

Tristan era lo suficientemente mayor y experimentado para admitir que le gustaba, mucho más que la primera vez en el callejón; que quería seguir disfrutando de su compañía, conversar de temas poco apropiados y hasta discutir. Tal vez, incluso, otras cosas que involucraran mucho menos ropa para poder comprobar cuál de las Auroras afloraría en esos momentos o si era una mujer distinta cada vez. De hecho había imaginado algunos escenarios desde que lo abrazó.

Sin embargo, era también lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que no iba a hacer nada para llevar a término esos escenarios y descubrir si en la intimidad Aurora era una dama, una niña curiosa o una fierecilla apasionada.

Por razones estrictamente personales, las señoritas solteras de sociedad nunca habían sido su blanco. Tuvo una amante, por varios años, que le ayudó a construir su imperio. Giselle tenía las conexiones y el conocimiento que lo ayudó a entender la forma de moverse en los bajos fondos. Una vez que su imperio estuvo consolidado, la relación física terminó y ahora sus intercambios eran únicamente de negocios, pues ella regentaba una de sus casas de mala reputación.

Desde hacía unos cuantos años Tristan se entretenía con mujeres casadas. Era menos complicado y nadie poseía tanta información útil como las señoras de sociedad y no dudaban en compartirla en conversaciones sobre la almohada cuando estaban satisfechas.

Aurora Haigh podía gustarle, pero no le generaría ningún beneficio, solo problemas y un cargo de conciencia, y no le agradaba particularmente despertar su conciencia, que tenía tanto tiempo enterrada. Silenciarla nuevamente sería mucho trabajo.

Por eso en lo que llegaron a The Gents, la envió con Florian por la puerta lateral hasta la cocina, donde podría recolectar la famosa historia que estaba buscando, y esperaba que la consiguiera pronto.

A medida que recorrió el salón algunos de los clientes se acercaron a saludarlo. No era que estuvieran alegres de verlo. Muchos solo esperaban ampliar su línea de crédito, otros comprar un poco de tiempo para pagar unas deudas, y no faltaban los que buscaban capital para algún negocio.

—Señor —lo saludó el encargado del piso esa noche. Michael Straddle era un hombre joven, tal vez demasiado para este tipo de trabajo, pero con una habilidad única para los números. De Tristan haberlo requerido le hubiese dado un informe completo de cuánto dinero se había ganado y perdido hasta ese momento y un aproximado bastante certero de cómo iba a terminar la noche—. Creo que debería ir a felicitar al comisionado de policía Bougartt. Tiene una extraordinaria racha esta noche.

—Envía a Sherry con una botella de champán para que brindemos por su buena

fortuna entonces —ordenó, entendiéndolo inmediatamente el mensaje.

Sin apurarse, se detuvo en algunas mesas en el trayecto, saludó, felicitó y evitó con precisión quirúrgica a aquellos que venían a rogar, como pedigüños bien vestidos, la oportunidad de recuperarse.

—Comisionado Bougartt —llamó la atención del susodicho con una palmada en la espalda en lo que estuvo frente a su mesa y todos a su alrededor dejaron de hacer lo que estaban haciendo: las cartas quedaron en las manos, el crupier dejó de repartir y las conversaciones cesaron.

—¡Van Aken! —lo saludó el hombre vivamente, obviando la quietud que se había hecho presente a su alrededor como si alguien hubiese dado una mala noticia. Esa falta de enfoque conjuntamente con su nariz enrojecida y sus ojos borrosos hablaban de que ya había disfrutado de unos cuantos tragos de más—. Creo que hoy haré de ti un hombre menos rico.

«Lo dudo», pensó Tristan, pero ni por un segundo en su rostro vaciló la sonrisa del perfecto anfitrión. Charles Bougartt tenía una gran deuda en The Gents, y esperaba que siguiera así. Solo eso le garantizaba la cortesía de mantener las narices de la ley fuera de todos sus asuntos.

Era mejor que Bougartt le debiera algo que tener que pedirle un favor.

—Supongo entonces que debemos brindar por su noche de suerte.

En el momento preciso Sherry se aproximó a la mesa. Era una joya que había descubierto por accidente lavando ropa para Giselle.

Su cabello casi rubio y unos enormes ojos marrones le daban un aspecto de niña inocente. A diferencia de otras de las mujeres que iban y venían entregando bebidas, los vestidos de Sherry eran siempre recatados.

Gracias a la instrucción que él mismo le había dado, sus modales eran perfectos, y como elemento adicional entendía las probabilidades de un juego de cartas mejor que la mayoría de los hombres sentados en las mesas, empleados incluidos.

Aunque su aspecto podía resultar muy suave para los clientes más jóvenes, que encontraban en ella distintas versiones de la misma mujer con las que se codeaban día a día en los salones de baile y en las regatas de Newport, era perfecto para los caballeros como Bougartt que, debido a su edad y a su posición social, ya habían descartado lograr interesar a alguien tan suave, educada y dulce.

Sherry no era una prostituta. Ninguna de las mujeres que trabajan allí lo era. Su labor era tentar, insinuar, distraerlos del juego y hacerlos gastar más. Si uno de los miembros se propasaba era expulsado; si alguna de las chicas creía que podía ganar unas monedas extras levantando sus faldas también era despedida.

Tristan creía firmemente en la diversificación: tenía locales para todas las necesidades que atendían a los públicos más diversos. The Gents era solo para el juego. Si alguien quería algo más, eran remitidos a la casa de Giselle.

Además, al saber sus clientes que las chicas estaban fuera del límite de lo permitido, les interesaban aún más.

—¿Al señor le apetece un poco de champán? —ofreció Sherry con su voz dulce y perfectamente modulada.

La atención de Bougartt se desvió inmediatamente de las cartas, como si la chica le hubiese ofrecido tomar la bebida directamente de su ombligo.

—La casa invita —dijo Tristan para llenar el atónito silencio de Bougartt, y procedió a llenar las copas de la bandeja que Sherry aún sostenía.

—¿Te apetece una copa, niña? —ofreció Bougartt sin despegar la mirada de la chica.

—No sé si debería —y a pesar de la pesada bandeja en su mano consiguió bajar la vista en un gesto recatado.

—Tonterías —intervino Tristan—. Mi amigo está en una buena racha finalmente y todos deberíamos celebrar.

Como por arte de magia dos ayudantes aparecieron con una pequeña mesa, liberaron a Sherry de la bandeja y se ocuparon de dejar todo al alcance de la mano del cliente. Así, en una danza perfectamente coreografiada para parecer casual, los tres brindaron.

Tristan se despidió después de darle solo un sorbo a su copa y dejó a Bougartt en las capaces manos de Sherry.

Una vez hechas sus rondas, iba camino a su oficina cuando fue interceptado nuevamente por Michael Straddle.

—¿El comisionado Bougartt va a perder todas sus ganancias esta noche? —le preguntó sin censura, solo con curiosidad matemática.

—¡Por supuesto que no! —Tristan logró lucir ofendido—. Se irá de aquí esta noche con la mitad de lo que me debe, que es una cantidad considerable. Si matamos la esperanza de nuestros clientes los espantamos, Straddle.

—Sí, señor.

—Asegúrate de que Sherry sepa la cifra exacta para que no se extralimite y dile que si hace bien su trabajo recibirá el cinco por ciento de lo que Bougartt pierda.

Con un leve asentimiento de cabeza para dar a entender que había recibido el mensaje, Straddle siguió su camino.

En silencio Tristan abandonó la sala de juego desapareciendo por unas enormes escaleras de mármol que daban al segundo piso.

Desde la galería contempló con no poca satisfacción su palacio, una pequeña muestra del imperio que había levantado sin compasión por amigos de la infancia o viejos conocidos, sin respeto alguno por venerables apellidos, honor o legalidad y sin temor a ensuciarse las manos, ni en el sentido figurado ni en el literal, con rufianes o señores según fuera el caso.

Solo así se había convertido en el hombre al que todos acudían y temían; odiado y respetado al mismo tiempo, incluso por las bandas más sangrientas de Los Cinco Puntos. Una especie de leyenda urbana muy alejada del «hijo de esa cantante alemana» con el señor de sociedad que había hecho una desafortunada elección.

Nunca más comparado con el medio hermano perfecto nacido de la unión ideal, ni tampoco con Leticia, la mujer del matrimonio apresurado y la reputación eternamente en entredicho.

En la puerta de la oficina administrativa, donde eran almacenadas las ganancias y llevados los libros, lo esperaba Florian, solo.

Quería preguntarle por Aurora, pero refrenó el impulso hasta que entró en el despacho y cerró la puerta.

—¿La señorita Haigh? —preguntó finalmente fingiendo desinterés, como si por mencionar su nombre tras una puerta cerrada los pensamientos sobre ella podrían ser igualmente bloqueados.

—Aprendiendo a cocinar y a preparar bebidas en la cocina.

Muy a su pesar, Tristan sonrió imaginándola en esos menesteres. Cualquiera otra dama en la cocina de su club, oyendo las conversaciones que tenían lugar allí, hubiese salido corriendo o, al menos, arrugado la nariz. Aurora, por su parte, seguramente, estaba aprendiendo más de lo que necesitaba saber.

—¿Encontró la historia que buscaba? —preguntó enterrando por la fuerza la sonrisa que, obviamente, no se había escapado de los astutos ojos de su asistente.

—Todo el mundo está hablando con ella —Florian se encogió de hombros—. Es como si no pudieran evitarlo.

«Si lo sabré yo», pensó Tristan, pero se cuidó bastante de decirlo en voz alta.

—Mantente atento —fue lo que dijo antes de rodear el pesado escritorio y sentarse tras él, pretendiendo estudiar las cifras de los últimos días—. Ella puede llegar a ser...

—¿Encantadora? ¿Atrayente? ¿Interesante?

—Exasperante —lo cortó Tristan levantando la vista de las hojas que no estaba leyendo—, y en exceso curiosa.

—¿Curiosa? —Florian sonrió y levantó las cejas.

—¿Algunos asuntos que debemos ventilar esta noche? —Tristan optó por un cambio de tema. No le gustaba hacia dónde iba la conversación. Mejor dicho, no le gustaba hacia dónde iban sus pensamientos con esa conversación.

—Dos solicitudes de ingreso que debería considerar.

Normalmente Florian se encargaba de seleccionar a los interesados. Solo acudía a Tristan cuando pensaba que alguna de las personas que solicitaba ser admitida como miembro en The Gents podría tener un valor especial, más allá del dinero que dejaban en las mesas.

—Elliott Van Bruggen —anunció Florian entregándole un archivo.

—Muy rico, extremadamente convencional, sin deudas de juego ni ningún otro vicio conocido. Su padre y su hermano mayor murieron recientemente, apartándolo de la vida de reserva social que había llevado hasta ese entonces —recitó Tristan sin leer el archivo, tratando de contener la sensación belicosa que lo había tomado por asalto al solo escuchar el nombre—. No imagino qué pueda querer aquí.

—Tal vez —y Florian hizo un gesto con las manos como si no fuera la mayor cosa—, quiere tener vigilado a cierto hombre que ha mostrado un inusual interés en la mujer con la que, según comentarios de las altas esferas, pretende casarse.

Tristan acusó el golpe sin inmutarse. Siempre olvidaba que Florian era muy bueno en cada una de las ramas que su trabajo implicaba. El periódico había hablado del baile que él y Aurora habían compartido y, también, una columna de chismes mencionó la visita que le hizo al día siguiente. Las habladurías habían comenzado a rodar casi de inmediato.

—No estoy interesado en ella —respondió calmado—. No de esa forma.

—Así como yo no estoy interesado en el pastel de chocolate que prepara *monsieur* Hilaire a pesar de su dulzura y su suave textura. Nunca me imagino a qué sabrá darle una probadita, dejar que se derrita en mi lengua y obsesionarme recordando su sabor durante días. No, ni siquiera pasa por mi mente —Florian suspiró.

—Necesito deshacerme de ella. Es demasiado riesgoso tenerla por aquí.

—¿Para ella o para usted? —Florian levantó una ceja.

—Para todos en Manhattan.

—¿Negamos la solicitud de Van Bruggen entonces?

—No. Déjalo venir, déjalo gastar.

—¿Déjalo saber quién es el mejor? —Florian le guiñó un ojo.

—¿La otra solicitud? —Tristan preguntó pasando por alto el gesto.

—Este sujeto. Inicialmente me pareció una buena idea —Florian lanzó el archivo sobre el escritorio—, pero ahora, en vista de que no queremos más pastel de chocolate por el bien de la humanidad, no sé si servirá de algo.

—¿Otro chef?

—No, el editor de un periódico.

No dijo más. Ningún resumen sobre sus estados financieros, ni sus hábitos de juegos u otras indiscreciones que, por lo general, adornaban los informes. Solo una sonrisita medio de burla, medio de reto.

—¿Por qué pensaste que sería una buena idea? —Tristan intentó hacerse el despistado—. Los periodistas no tienen mucho dinero que gastar.

—Me pareció una especie de señal del destino —continuó Florian sin inmutarse—, eso de tener un editor en nuestro poder precisamente cuando una amiga quiere ser periodista. Eso la haría feliz, y cuando las mujeres están felices y se sienten agradecidas...

—Cállate, Florian —Tristan no levantó la voz, pero precisamente su tono calmo borró el gesto presumido de la cara de su asistente. Era precisamente el que usaba antes de partirle las manos a sus rivales—. Acéptalo y déjalo endeudarse más allá de sus posibilidades, porque siempre es bueno tener a la prensa de nuestro lado, por nada más —Tristan se levantó de la silla, apoyó los puños sobre el escritorio y se inclinó hacia Florian—, y nunca vuelvas a escuchar mis conversaciones privadas.

—Es mi trabajo cuidarlo, jefe —Florian levantó las manos en señal de rendición.

Tristan comenzó a rodear el escritorio. Necesitaba salir de allí, aclarar sus ideas, bajar al salón de juego y recordar quién era y cuáles eran las motivaciones que lo hacían salir de la cama cada día. Debía convencerse, tal como intentó hacerlo con Florian, que el aceptar al editor en su club era una decisión de negocios que nada tenía que ver con Aurora.

—Una cosa más —lo interrumpió Florian cuando iba ya camino a la puerta—. El sobrino de Paolo Viscutti sigue causando problemas. Dejó la banda de su tío, creó la suya propia y quiere expandirse.

—¿Expandirse adónde exactamente?

—Los Cinco Puntos le ha quedado pequeño, demasiadas pandillas, muy poco espacio. Tiene intenciones de comprar el club de boxeo de la calle 24.

—¿Mi club de boxeo en la calle 24?

—¿Es que hay otro? —Florian bufó—. Hablé con Viscutti. Le dije que si no le ataba una correa al cuello a su sobrino se lo devolveríamos por partes.

—¿Y?

—No surtió efecto. El muchacho ha estado hablando, diciendo que ningún niño mimado de Manhattan le va a decir qué hacer. Ha prometido matarte.

—No soy un niño, y hace tiempo que nadie me mima —Tristan sonrió de esa forma que hacía a muchos perder el valor—. Déjalo que lo intente. A los jóvenes hay que recordarles cómo funcionan las cosas.

Capítulo 10

Aurora probó su primera jarra de cerveza en la cocina de The Gents. Aunque el trago inicial le había resultado desagradable, una bebida amarga que le raspaba la lengua, ya a la mitad del primer vaso estaba convencida de que, como muchas cosas en la vida, se trataba de un gusto adquirido.

Además, a su juicio, combinaba perfectamente con el calor y el ritmo ocupado del lugar. Había bebidas que eran para disfrutarlas poco a poco mientras uno dejaba que los pensamientos inundaran la mente; otras que eran para reír y divertirse. La cerveza, definitivamente, era una bebida para ser consumida mientras se trabajaba, y había mucho trabajo en ese lugar.

Florian la había dejado en la cocina con un solo anuncio: «Ella es Aurora y está aquí para aprender». Fue puesta a trabajar pelando patatas y rebanando cebollas; también lavó vasos y arregló botellas. Había sido la ocupación perfecta para aprender no solo sobre la labor que estas personas realizaban, sino también sobre sus vidas.

Monsieur Hilaire, el chef, trajinaba incansablemente preparando platos de alta cocina y refrigerios para el bufé de la sala de juegos, pero no lo hacía calladamente. Como todo genio, gustaba de explicar sus creaciones y, entre medidas de mantequilla y cucharadas de harina, le contó que había emigrado de París tras un duelo con un cocinero rival por una mujer que no terminó bien. Una vez en Nueva York apostó a los dados todo lo que tenía, y fue así como terminó trabajando para Tristan.

La señorita Lewis se encargaba de cosas menos finas, como hacer el pan, los vegetales, y otros asuntos para nada glamurosos, como desplumar gallinas y sacar cortes de carne. Había trabajado antes en Manhattan en la casa de una familia importante y fue acusada injustamente de robarse unas botellas cuando rechazó los avances de uno de los jóvenes de la familia. Fue despedida sin referencias, lo que la dejó sola con su orgullo y sin un centavo para pagar la renta del pequeño cuarto de vecindad en Los Cinco Puntos, donde vivía con un primo y dos hermanos pequeños. Una noche, desesperada por el hambre, trató de robar a Florian en un callejón, y aunque terminó en el suelo y despojada del cuchillo de cocina que había usado como arma, él no intentó abusar de ella. La llevó con Tristan y ahora tanto ella como su primo estaban a su servicio. Unos meses después habían logrado mudarse del pequeño cuarto donde vivían a un lugar más decente y ahorraban para poner su propio restaurante.

También había decenas de mujeres que entraban y salían con botellas y bebidas preparadas, todas con una historia que podía ser triste, desesperada o hermosa pero sin duda alguna humana, real.

La más amable era Sherry. Fue ella quien le dio su primera cerveza asegurando que merecía un descanso. Le contó que su hermana menor tenía los pulmones débiles

y que, aunque era una gran costurera, no podía aguantar el rigor que suponía trabajar para los grandes ateliers de la ciudad. Sherry había comenzado como fregona, pero nunca conseguía conservar los trabajos. La despedían por ser demasiado bonita, lo que actuaba en detrimento de esa máxima que rezaba que los sirvientes deberían ser prácticamente invisibles y jamás llamar la atención.

—Aquí gano suficiente dinero para comprar la medicina para mi hermana — Sherry le ofreció un cigarrillo que Aurora tomó con gusto—. Ella hace mis vestidos y también los de algunas de las chicas que trabajan para *Madame Giselle*.

—¿Quién es *Madame Giselle*?

Sherry la miró sorprendida.

—Si no lo sabes es mejor para ti.

—Sherry —y ante el sonido de esa voz todo el ruido de la cocina quedó opacado—, ¿el comisionado ya perdió su dinero?

Tristan estaba parado en medio de la cocina y todo el ajetreo había cesado. No se trataba del temblor temeroso e incómodo que generaba su presencia en los salones de Manhattan, era más bien un ceremonioso respeto con bastante de admiración.

—Está ganando ahora, jefe. No queríamos que pensara que soy de mala suerte — Sherry saltó de la mesa de picar donde había estado conversando con Aurora luego de apagar su cigarrillo en la jarra de cerveza ya casi vacía—. Ordenó más champán para todos sus compañeros de juego y en breve estará suficientemente borracho para seguir ordenando burbujas y demasiado distraído para ganar —pasó las manos por su cabello poniéndolo en orden—. Tratará de impresionarme y perderá aún más. Bougartt carece de la disciplina para esperar una buena mano.

—No exageres.

—No se preocupe. Ya Straddle me dio la cifra.

Volteándose para despedirse de Aurora con la mano, Sherry fue hasta la barra de bebidas donde una botella helada esperaba en una bandeja su turno de ir al salón.

Tristan se quedó parado en medio de la cocina con las manos en los bolsillos. Miró alternativamente del cigarrillo que Aurora sostenía en una mano a la jarra de cerveza a su derecha. Luego pareció sonreír con curiosidad. Aunque el gesto fue leve, tanto que no se podía estar seguro sobre si realmente había ocurrido, Aurora le sonrió de vuelta.

—¿Encontró su historia, señorita Haigh? —le preguntó acercándose.

—Sí, más de una. Gracias.

—No me agradezca —delicadamente tomó el cigarrillo de la mano de Aurora y se lo llevó a los labios—. Teníamos un trato.

Ella lo escuchaba, sí, pero su voz sonaba lejana. Estaba demasiado concentrada en el cigarrillo en aquellos labios que seguían pareciéndole demasiado gruesos para pertenecer a un hombre, en los movimientos que hacían para sostener el pitillo y luego aspirarlo. La noción de ese cigarrillo, conectándolos de alguna forma, casi como un beso nunca dado pero que de todas formas estaba allí, la hacían perder la

capacidad de formar algún pensamiento coherente, adentrándola en otro mundo rodeado de humo donde solo habían labios encontrándose y...

Aurora se esforzó en dejar atrás su estado de embeleso y todo a su alrededor volvió a tener forma sólida y sonido.

—Todavía no me ha dicho el precio de su asistencia.

—¿Qué tal si me quedo con el cigarrillo? —Tristan le sonrió—. Así quedaríamos a mano.

—Debería irme —Aurora saltó de la mesa como hacía un momento lo había hecho Sherry y en lo que pasó frente a Tristan, en un impulso no meditado, le arrebató el cigarrillo de las manos. No estaba lista para saldar su deuda y finiquitar definitivamente su conexión con Van Aken—. Voy por mis cosas.

Apenas pusieron un pie en el callejón lateral que daba a la entrada de servicio de The Gents, Aurora comenzó a extrañar la cocina.

El frío la golpeó de forma casi violenta en el rostro, al igual que los olores. Una mezcla fuerte, astringente y al mismo tiempo dulzona que hablaba de pobreza, frío y desesperación.

Era tarde y, a pesar del silencio, podía sentir palpitar la ciudad con una especie de zumbido vivo debajo de la quietud, un susurro de advertencia que le recordaba que en los callejones oscuros había alimañas que eran despertadas por el miedo.

Tristan le ofreció el brazo y estaba tranquilo, con todo el aspecto de ser él quien atemorizaba las sombras y las mantenía en su sitio, apartadas de la luz.

—Cuando construí The Gents —explicó en tono conversacional mientras la guiaba hacia la boca del callejón— no había suficiente espacio para establos. No quise sacrificar mis planes de diseño, así que compré otro lugar a una calle de aquí. Allí están los coches y caballos, tengo empleados que se encargan de mandar a traerlos cuando los clientes han terminado. El arreglo resultó bueno para los cocheros. No tienen que esperar en el frío.

—¿Le manda café caliente mientras esperan? —le preguntó Aurora imaginando ya la respuesta.

—Algunas veces algo de comer también.

—Si la gente se enterara de que es una buena persona, sería terrible para su reputación, señor Van Aken.

—No lo soy —le dijo sin mirarla—. Las buenas personas no sienten placer cuando cometen actos terribles.

Aurora quería preguntar qué actos terribles había cometido pues, hasta donde había podido ver, solo era responsable de dar una mejor vida a los poco afortunados, pero no tuvo tiempo. Un par de sombras pareció tomar vida frente a ellos.

Sintió el brazo de Tristan tensarse pero su andar casual no se detuvo.

Las sombras también siguieron avanzando hasta estar lo suficientemente cerca para que no quedara lugar a duda que eran dos hombres. No parecían ser ladrones. Sus ropas no estaban sucias y su expresión era de guardada calma. No obstante, había

algo en sus rostros, una marca de viruela por aquí y una cicatriz por allá, que contaba la historia de una vida no muy brillante.

—Caballeros —dijo Tristan a modo de saludo, aunque siguió caminando.

—No somos caballeros —dijo uno adelantándose en un intento por cerrarle el paso—. Venimos a entregar un mensaje.

—Mil disculpas —Tristan se detuvo e inclinó la cabeza—. ¿Cuál es el mensaje?

Aurora pudo ver cómo, poco a poco, el nerviosismo se apoderaba de los dos hombres. Obviamente, si habían anticipado algún escenario, no era el de una educada bienvenida.

—El señor Viscutti dice que debe retirarse, que tomará posesión de todo lo que hay entre las calles 22 y 30, incluyendo el club de boxeo.

—¡Qué extraño! —Tristan no sonaba sorprendido sino divertido—. Paolo Viscutti es un gran amigo. Él no me faltará al respeto mandando dos mensajeros, me invitaría a su casa, comeríamos raviolis hechos por la encantadora Anna y discutiríamos de negocios como tantas otras veces bebiendo *chianti*.

—No, no Paolo Viscutti —aclaró el otro hombre, que parecía mucho más joven, tratando de no enredarse con las palabras—. Fabio Viscutti.

—¡Ah! El muchacho —Tristan estampó en su cara una sonrisa condescendiente—. ¿Cómo te llamas?

—Carlo —dijo el primero que habló, el mayor, dando dos pasos al frente tratando de demostrar que él estaba a cargo.

Tristan soltó el brazo de Aurora y avanzó también un par de pasos.

—Espero que no te moleste, Carlo, enviarle un mensaje a Fabio de mi parte.

Tristan se quitó el sombrero y se lo dio a Aurora, sin verla. Luego procedió a hacer lo mismo con el abrigo y los guantes. Se estiró y flexionó los dedos como si acabara de salir de la cama.

—¿Cuál es su mensaje? —preguntó el más joven, evidentemente nervioso.

—Ese club de boxeo fue mi primer negocio —continuó Tristan casual mirando a Carlo—. Lo gané en una pelea y peleando lo conservé. Si el niño Viscutti quiere salir de la sombra de su tío deberá empezar a pelear también, con sus propias manos.

Nadie, mucho menos Aurora, pudo anticipar lo que vino. La postura de Tristan era relajada y su tono se asemejaba a un consejo paternal. Lo último que cualquiera esperó fue que su puño se moviera con la rapidez y fuerza necesaria para impactar en la mandíbula de Carlo y enviarlo directo al piso.

No estaba segura, pero creyó escuchar algo crujir.

Como si no fuera suficiente la sangre que manaba de su boca, Tristan tomó a Carlo de la camisa y lo levantó para luego estampar otro puñetazo en su estómago.

—El mensaje va a estar escrito en tu cara, en tu cuerpo —su voz era fría, llena de una ira que no quemaba sino que congelaba—. Dile al pequeño Viscutti que si quiere mi club o tan siquiera una parte de mi territorio tendrá que venir a arrebátarmelo personalmente.

Carlo lanzó un golpe que impactó en las costillas de Tristan, quien perdió momentáneamente el agarre de la camisa, lo que le dio a su oponente la movilidad necesaria para intentar otro. Tristan paró el puño a centímetros de su cara y con sorpresiva agilidad movió su agarre a la muñeca del oponente y le torció el brazo hacia la espalda.

Aurora dio un respingo, conjuntamente con un par de pasos de retirada. Si la mueca en la cara de Carlo y la forma en que el hueso del hombro sobresalía de una forma extraña, no quedaba duda de que su brazo estaba a punto de ser dislocado.

Sorprendida, fascinada y al mismo tiempo horrorizada, por la escena de violencia que tenía lugar frente a sus ojos, olvidó al otro hombre, el más joven, que ahora había sacado un arma y apuntaba directamente a ella.

—Suéltelo o la mato.

A Aurora le tomó un momento pasar de la incredulidad al *shock* y otro más para sentir esa rabia que nace de la impotencia.

No quería ser una damisela en apuros, no quería ser la debilidad de nadie, pero en un escenario como ese, donde se rompían mandíbulas y se sacaban brazos de sus articulaciones, no tenía forma de luchar, y eso la frustraba.

—¿Sabe realmente quién es él? —le dijo Aurora al joven, mirándolo directamente, dejando fluir su irritación—. Es Tristan Van Aken, no un caballero de nobles sentimientos. ¿Nunca ha escuchado las historias? —de hecho, era ella quien no había escuchado las historias, pero al ver la sorpresa en el rostro del joven decidió continuar por ese camino. Estaba comprando tiempo. No sabía si le serviría para algo concreto, pero era mejor que nada—. Para él soy solo una distracción, una de tantas mujeres, no le importará si me mata porque me reemplazará en dos segundos. Así que adelante, dispare. Todavía tendrá el trabajo de salir de este callejón, y le aseguro que no lo hará con vida. En vez de llevar un mensaje se convertirá en el mensaje, señor. ¿Es eso lo que quiere?

—Tristan Van Aken cuida de sus mujeres —dijo el muchacho con voz temblorosa—. Todo el mundo lo sabe.

—¿Pero son más importantes que su orgullo? —le preguntó de vuelta, reservando aquello de «cuida de sus mujeres» para examinarlo en un momento de menor riesgo.

—Ya escuchaste a la señorita —dijo Tristan divertido, y apretó más el brazo de su oponente, lo que le arrancó un nuevo grito de dolor—. Dispara, prueba tu suerte, apuesta y descubre si vas a ganar o a perder. Te prometo que será la sensación más aterradora y edificante que sentirás, porque estarás jugándote la vida con un solo movimiento de tus dedos. Vamos, dispara de una vez.

—¿Entonces, qué va a ser? —atacó nuevamente Aurora, sin permitirse ni un segundo para examinar si Tristan, siguiéndole el juego, exponiendo su vida, le gustaba o le desagradaba—. Tome una decisión señor, me estoy congelando.

El joven parecía estar sopesando todas sus opciones. Aurora pudo ver en su rostro el momento en el que desistió de la idea y comenzó a bajar el arma. Sin embargo, un

movimiento en la periferia rompió la decisión.

Carlo, al que aún Tristan tenía sujeto, movió su mano libre. Todo pareció ir lo suficientemente lento como para que Aurora pudiera ver el filo del cuchillo emerger y, al mismo tiempo, más rápido que la facultad de su garganta de emitir el grito de advertencia.

El cuchillo hizo el viaje hacia atrás, directamente al abdomen de Tristan, quien se movió hacia un lado jalando aún más el brazo que tenía sujeto.

El hombro cedió, un segundo después vino el grito y luego Carlo cayó al suelo, sujetando su extremidad inerte.

Aurora trató de volver a respirar, tomando una copiosa bocanada, pero no tuvo tiempo de exhalarla. El sonido del disparo reverberó en el callejón con su ruido seco y definitivo.

No pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos.

Esperó sentir el dolor, tal vez el calor viscoso de su propia sangre, pero nada de eso llegó.

Abrió los ojos y el joven estaba en el piso acunando, en medio de un río de sangre, la mano que hasta hacía un momento había tenido el arma.

Nunca había visto sangre, al menos no así, manando espesa y roja sin nada que la contuviera.

—¡Aurora! —la voz de Tristan tenía cierta urgencia y se volvió a verlo, era imposible no hacerlo. Estaba en el mismo lugar, a fin de cuentas habían pasado solo segundos, aunque a ella se le hacían una eternidad, con el cuchillo de Carlo en la mano y su oponente sorprendentemente quieto a sus pies—, ve con Florian.

Entendió el significado de las palabras pero no pudo hacerlas acción. Su mente aun parecía estar atorada en ese espacio sin nombre que solo se encuentra entre la conciencia y el sueño.

No ayudaba que todo volviera a estar en silencio después del atronador ruido del disparo. Demasiado en silencio, como si incluso ese zumbido vibrante de la ciudad hubiese corrido a esconderse.

—Aurora Bonita —siguió con la vista el lugar de donde provenía la voz. Florian estaba parado en la boca del callejón, el arma levantada—, ven conmigo.

Comenzó a caminar hacia él, aún con los sentidos dormidos o sobrecargados, tal vez las dos cosas. No obstante, con cada paso sentía que la sangre volvía a circular por sus venas, que su corazón volvía a funcionar después de estar paralizado y su mente recuperaba en pequeños pasos su normal ritmo de trabajo.

Poco a poco, como armando un rompecabezas, entendió que el sonido había salido del arma de Florian y la bala había ido directa a la mano del joven. Trató de hacer el cálculo de la distancia, pero las matemáticas le fallaron. Aun sin una respuesta expresada en números, se dio cuenta de que debía ser un excelente tirador para haber acertado en el blanco casi en la oscuridad.

Tuvo el impulso de volver la cabeza para constatar que lo que quedaba atrás no se

había desvanecido, que sus suposiciones eran auténticas.

—No mires, Aurora Bonita —le advirtió Florian con su acento extraño y por una vez en su vida, no quiso contradecir.

«Truhan», «delincuente», «peligroso» antes eran solo palabras, advertencias. Ahora tomaban contexto, eran parte de una historia llena de violencia y sangre y eso, al menos para ella, era lo que lo hacía fascinante, real.

Escuchó a Tristan hablar bajo, lo suficiente para que no pudiera distinguir las palabras. Luego otro disparo y un grito de dolor.

Por instinto hizo amago de voltear, pero ya Florian la había tomado por los hombros y no se lo permitió.

—Eres demasiado bonita para ver las cosas que pasan en los callejones oscuros.

—¿Qué tiene una cosa que ver con la otra? —le preguntó molesta. Las palabras sacudiendo de golpe lo que quedaba de estupor—. ¿Es que la belleza debe ser ciega? ¿Estúpida?

—Suéltala, Florian.

La voz de Tristan sonó a sus espaldas e inmediatamente las manos de Florian dejaron de estar en contacto con su cuerpo. Respetuosamente dio dos pasos hacia atrás.

—¿Qué le hizo? —le preguntó Aurora volviéndose violentamente. Lamentablemente Tristan obstruía su campo de visión.

—Carlo se desmayó del dolor, no es mi culpa.

—¡Le arrancó el brazo! ¡Con sus propias manos!

—Se lo disloqué —Tristan se encogió de hombros y dio dos pasos hacia adelante. Instintivamente Aurora retrocedió—. Trató de matarme.

—¿Y al otro? ¿Le disparó?

—En la rodilla —Tristan siguió avanzando y Aurora retrocediendo—. Probablemente cojeará por el resto de su vida si logra salir de aquí antes de desangrarse.

—¡No le hizo nada!

—Apuntó un arma en tu dirección. Eso es suficiente.

—Pero estaba herido, ya no era una amenaza, Florian se encargó...

—Nadie pelea mis batallas —la interrumpió—. Se lo dije, señorita Haigh, no soy una buena persona, hace tiempo que no tengo remordimientos. Necesitaba enviar un mensaje y necesitaba hacerlo con mis propias manos.

Aurora estaba a punto de protestar, de embarcarse en una airada discusión, pero notó que el chaleco blanco de Tristan estaba teñido de rojo y que la mancha seguía expandiéndose como la tinta volcada en un pañuelo.

—Está herido —dijo sin poder dejar de ver la mancha—. ¡Oh, por Dios! Pensé que el cuchillo no le había alcanzado, que...

Tristan levantó la mano y delicadamente puso dos dedos sobre la boca de Aurora. Ella dejó de respirar.

—No dejes que se enteren.

Aurora se dio cuenta de que, gracias a su avance, Tristan la había empujado hasta salir del callejón. Ahora estaban en la vía principal y la entrada de The Gents, a su izquierda, rebozaba de gente que entraba y salía, de mozos que corrían a traer los coches, de risas y despedidas.

—Señor Florian —llamó Aurora tratando de no sonar alarmada.

—A sus órdenes —dijo apareciendo a su lado.

Aurora lo miró y luego señaló con la cabeza el chaleco de Tristan.

Con un leve asentimiento, Florian tomó el abrigo y el sombrero que Aurora todavía sujetaba como una línea de salvación y caminó hacia esa berlina, que se había vuelto tan familiar y que los esperaba a unos pasos.

—Señorita Haigh —la llamó tras abrir la puerta y dejar dentro el abrigo y el sombrero extendiéndole la mano.

Solo el título le hizo comprender lo urgente de la situación. Por primera vez desde que lo conocía, Florian no se dirigía a ella por su nombre, ni bromeaba. Ni siquiera con un arma en la mano instándola a que no mirara le había parecido tan serio.

La ayudó a subir e inmediatamente Tristan la siguió. Solo cuando la portezuela estuvo cerrada, Van Aken se permitió derrumbarse sobre el asiento. La cabeza hacia atrás y el rostro contraído.

Aurora tampoco desperdició el tiempo. Inmediatamente, arrodillándose en el pequeño espacio que los separaba, comenzó a desabrocharle el chaleco y a tirar de la camisa.

—Aurora —dijo Tristan, y su voz sonaba más grave que de costumbre—, de todas las veces que he imaginado una situación como esta, te aseguro que las circunstancias eran enteramente distintas.

Las manos de Aurora se paralizaron, su mente buscando una explicación a las palabras y luego simplemente se rio, aliviada.

—Está bromeando —dijo tratando de contener la risa y regresar a lo que estaba haciendo—. ¡Gracias a Dios que está bromeando!

Terminó de levantar la camisa dejando al descubierto una fea herida aún abierta. Por lo que podía ver, el movimiento evasivo de Tristan sirvió para que el cuchillo no penetrara de forma profunda, pero facilitó que el corte lo rasgara desde el ombligo hasta casi la cintura.

—Es más grande de lo que imaginé —dijo para sí misma mientras buscaba en el abrigo de Tristan un pañuelo con el cual contener la sangre.

—Y lo vuelves a hacer —Tristan trató de contener la risa, aunque no era una de tipo alegre sino cansada, como si poco a poco hubiese perdido la energía para divertirse—. Dices algo perfecto completamente fuera de contexto.

Confundida, Aurora presionó el pañuelo en la herida y Tristan siseó como una serpiente acorralada, todo mínimo rastro de diversión borrado del rostro. Estaba sudando, pálido, y por primera vez en la vida de Aurora el miedo no se iba y estaba

dando paso al pánico.

Capítulo 11

«No voy a desmayarme», se repetía Tristan una y otra vez.

Era tentador, más cuando las fuerzas parecían abandonarlo poco a poco, gracias a lo que intuía era una significativa pérdida de sangre. Cerrar los ojos y dejarse llevar garantizaría que ese pulso en su costado desaparecería. No obstante, eso significaría que también dejaría de sentir las manos de Aurora en su cuerpo, y ese pequeño placer era el único que podía permitirse con respecto a ella.

Los comentarios se le habían escapado sin ninguna intención ulterior. Tenía la esperanza de que no los hubiese comprendido, no en toda su magnitud, pero con ella nunca podía estar seguro. Era atrevida para unas cosas e inocente para otras.

La recordó en ese callejón, valiente ante el peligro, sin gritos ni desvanecimientos. Apostando como él en cada paso como si hubiesen enfrentado ese tipo de peligros juntos decenas de veces. Un equipo.

No sintió cuando el coche se detuvo, aunque no había forma de escapar a la tortura de ser sacado casi en volandas por Florian y llevado al interior de su casa.

—*Whisky* —dijo cuando sintió su cuerpo conectar con lo que parecía una cama.

—¿Para el dolor?

La voz de Aurora le taladró el pecho. Sonaba asustada.

Abrió los ojos y notó que estaba pálida, con los labios apretados. Por primera vez en mucho tiempo sintió remordimiento. No quería que estuviera preocupada por él, no quería causarle ninguna incomodidad.

Le gustaba la Aurora feliz, despreocupada.

—Es para la herida —dijo haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban para sonreír—. No tengo forma de saber dónde estuvo ese cuchillo y una infección sería inconveniente. Fiebre, tiempo perdido y el consecuente malhumor.

La vio sonreírle de vuelta pero solo pudo disfrutar de ello unos pocos segundos. La quemazón del *whisky* en la herida lo obligó a cerrar los ojos nuevamente y también a apretar los dientes para que no se escapara ningún sonido que hiciese desvanecer la poca tranquilidad que sus palabras podían haberle dado.

—El doctor llegará en breve —anunció Florian.

—Lleva a la señorita Haigh a su casa —dijo, echando mano a una reserva de energía que ni siquiera sabía que tenía.

—¡No! —la escuchó protestar—. Florian debe estar aquí cuando llegue el doctor.

—Alguien más puede llevarte.

—No me obligues a irme Tristan, por favor.

El sonido de su nombre en esa boca le robó la capacidad de recordar por qué debía irse.

—Está bien —concedió, porque no tenía fuerzas para discutir con ella. En

condiciones normales era un reto; en su estado actual, una pérdida de tiempo. Además, tenía la esperanza de que volviera a decirle «Tristan»—, pero no puedes estar en esta habitación cuando llegue el doctor. No sería correcto.

No se le escapó la ironía de la situación. De poder se hubiese reído a mandíbula batiente. Nunca le había importado lo que era correcto a los ojos de otras personas. Es más, le gustaba hacer exactamente lo opuesto y dejar que el mundo lo supiera.

Estuvo entrando y saliendo de la consciencia por un tiempo sin poder constatar si fueron minutos u horas. El doctor Shultz, cliente habitual de su club y como tal, discreto, llegó y ya no hubo manera de seguir ausente. A pesar de la morfina que le aplicaron para el dolor, fue imposible no sentir cuando la herida fue limpiada, cosida y vendada.

Creía recordar que el doctor Shultz le aseguró que en unos días estaría bien, que no era una herida profunda de la que preocuparse, que no debía excederse para permitir que la carne se cerrara y que debía limpiarla regularmente para evitar infecciones. Tal vez era solo su mente recordándole una información que ya sabía.

Las heridas, los huesos rotos y la pérdida de sangre no eran asuntos nuevos en su vida. Nadie se convertía en un señor de los bajos fondos sin ganar su lugar con sangre.

No volvió a despertarse hasta que sintió unas suaves manos acariciarle el cabello y el rostro, y un olor que lo llenaba todo recordándole el aire libre y el mar cuando te alejas lo suficiente de la ciudad para que su aroma vuelva a ser puro y limpio.

—Tienes que comer algo, Tristan.

El nombre que estaba esperando escuchar otra vez de esa voz bien podía ser parte de un sueño inquieto inducido por la droga para el dolor, al igual que la sensación de ese tacto de terciopelo. Hacía tanto tiempo que no se sentía así: consentido, amado por alguien que no fuera de su familia, por alguien que no quisiera nada de él.

A medida que los contornos de la habitación se tornaron reales también lo hizo la sensación de que no estaba en un sueño inducido. Ella estaba allí, sentada al lado de su cama, preocupada.

La luz suave, el roce, la mirada atenta, envolvían el ambiente de cierta intimidad que no se había permitido con nadie en mucho tiempo.

—Todavía estás aquí —dijo más para sí mismo—. Pensé que estaba soñando.

—Normalmente los hombres de mi vida piensan que soy una pesadilla —sonrió y, aunque Tristan quería saber exactamente a qué se refería con aquello de «los hombres de mi vida», sus pensamientos estaban demasiado dispersos y su mente demasiado distraída por una situación poco común de la que quería beber hasta la última gota—. El doctor dijo que perdiste mucha sangre y necesitas recuperar las fuerzas.

Estuvo a punto de decirle que era bueno no tener fuerzas. Al menos en su estado actual, su cuerpo y lo que quería hacer no representaban ninguna amenaza para ella. Todas las imágenes estaban atascadas en su mente sin posibilidades de ser llevadas a término. No obstante, ese crudo comentario hubiese arruinado la magia del momento.

—Toma esto —Aurora acercó una taza a sus labios.

—No necesitas preocuparte por mí. Tienes que volver a tu casa —dijo sin mucho convencimiento entre un trago y otro de caldo de pollo. La quería allí con él y no porque era algo incorrecto que escandalizaría a todo el mundo o porque sirviera a algún propósito ulterior, sino simplemente porque se sentía bien. Pero conjuntamente con el deseo de conservarla estaba también el de protegerla del mundo, de la sociedad, de él mismo—. No es la primera vez que estoy en una situación así. Te aclaré que no soy un buen hombre. Sangre, violencia, vicios, manipulación son mi aire, mi alimento.

—¿Por qué? —preguntó esta vez acunando su cabeza y obligándolo a tomar hasta el último sorbo—. Tienes dinero desde que naciste, un apellido importante que por sí solo constituye una declaración en esta ciudad. No necesitas arriesgarte así para construir una reputación.

—Esta es la reputación que quiero y solo así se consigue.

—¿Por qué? —insistió.

—¿Por qué lo haces tú? ¿Por qué te arriesgas? —le preguntó de vuelta. Los porqué no le gustaban, sonaban mucho a justificarse y responderlos significaba revelar mucho más de lo que hasta ahora se había permitido—. Las mujeres hermosas y ricas no necesitan una profesión. Podrías casarte bien, que alguien cuide de ti.

—Quiero ser capaz de cuidar de mi misma —suspiró frustrada—. Me niego a que un esposo, hijos y atender una casa sean mi única opción. No digo que esté mal, mi madre lo hizo, pero debería haber algo más, debería existir la posibilidad de decidir, de escoger.

—Siempre puedes decidir.

—No si eres mujer. No podemos votar, tampoco recibir la misma educación de los hombres, escoger la carrera que más nos guste, manejar dinero, hacer inversiones. En algunos estados incluso está prohibido que tengamos dinero en los bancos. Por Dios, ¡ni siquiera podemos ir a visitar a un hombre! Tenemos que esperar sentadas a que nos seleccionen. Todas las decisiones nos fueron arrebatadas —sonaba más que molesta, indignada—. Un hombre, por el contrario, puede ser todo lo que quiera: un señor de los bajos fondos, un promiscuo, hasta un divorciado —continuó contando cada ítem con el dedo y hablando más alto de lo que una dama debería—. Puede emborracharse en una cena formal, hacer comentarios vulgares, tener hijos fuera del matrimonio y aun así ser aceptado en la buena sociedad.

—Nunca pensé que te importara mucho la buena sociedad —respondió con amargura, el dolor en su costado volviendo por oleadas y con él desaparecía esa cualidad onírica que los envolvía trayéndolos de vuelta a la injusta realidad.

—No me importa, pero los grandes negocios están fundamentados en la respetabilidad y mi familia tiene grandes negocios. Una mujer percibida como rebelde o descarriada... —negó con la cabeza y se puso de pie. Tristan pensó que finalmente se iría, pero solo dio unos pasos sin rumbo por la habitación—. No lo

puedes entender.

Las palabras de Aurora acompañadas del dolor punzante sacaron a la superficie un pasado nunca olvidado del todo pero cuyas imágenes había desterrado. Prefería quedarse con la rabia, con el resentimiento. Era lo que lo impulsaba cada día, una especie de combustible hecho más de sensaciones que de recuerdos.

—Créeme, lo entiendo —dijo entre dientes, controlando las palabras.

—No me refiero al escándalo como una forma de sacar provecho —Aurora bufó de una manera bastante impropia antes de lanzarle una mirada claramente reprobatoria—. Hablo de la mujer que está en el otro extremo, la que es castigada injustamente precisamente por otras mujeres por hacer lo que para los hombres es práctica diaria, la que tiene que escoger entre la mentira o la vergüenza como si esas fueran las dos únicas opciones en el universo.

—¿Y tú entiendes mucho de eso? —le preguntó airado, el dolor mezclándose con la rabia—. Vives en un lecho de rosas Aurora, jugando a la reformista en la oscuridad sin atreverte realmente...

—Eres hombre —lo interrumpió—. No tienes idea...

—¿No tengo idea? —ahora fue el turno de Tristan de interrumpirla bruscamente—. Mi madre tuvo que abandonar una carrera que amaba porque no se puede ser una dama de sociedad y una artista; y mi pobre hermana, una niña llena de sueños y esperanzas, tuvo que casarse antes de cumplir diecisiete años con un hombre al que nunca había visto porque estaba embarazada de otro que ni siquiera tuvo la decencia de admitir su responsabilidad.

Las palabras se le escaparon a Tristan sin darse cuenta, y no había forma de regresarlas al baúl cerrado donde debían reposar por el bien de todos.

El dolor físico, los medicamentos y sobre todo ella, Aurora, le hicieron olvidar que tenía un papel que desempeñar, y un secreto, el más oscuro de la historia de los Van Aken, que defender con su reputación y hasta con su vida.

Siempre supo que sería peligrosa, para él, para su familia.

—Tristan... —Aurora se acercó tentativamente. Él ni siquiera se había dado cuenta de que en medio de su diatriba se había incorporado hasta quedar sentado en la cama—. La herida está aún abierta, tienes que acostarte, descansar.

Pero no quería descansar, no quería sumergirse nuevamente bajo el peso de los recuerdos. Por primera vez en dieciocho años había hablado de ello y, aunque sabía que estaba mal, al revelar el secreto sintió que la oscuridad que normalmente le rodeaba retrocedió un poco.

—Cuando mi madre murió quedamos solos —se dejó caer nuevamente en la cama. Aurora no pareció sorprendida o contrariada por la revelación. Simplemente preocupada por él—. Robert era muy joven para enfrentarse a la responsabilidad de dos hermanos adolescentes y muchos negocios que no entendía. Trató de mantener las piezas juntas, pero eran demasiadas y se caían en distintas direcciones —se quedó en silencio, el mismo silencio nacido de la impotencia que se apoderó de él cuando se

enteró. Era todavía un niño en aquel entonces pero eso no evitó que quisiera pelear por su hermana, defenderla, y sin embargo, no tenía ningún arma para hacerlo—. La familia del muchacho que cortejaba a Leticia no quiso saber nada del asunto. Dijeron que su único heredero no se uniría a la hija de una cantante alemana, que obviamente Leticia había sacado lo peor de nuestra madre, que no se podía esperar nada bueno de unos genes mezclados. Le dijeron a Robert que si insistía en demandar algo expondrían la condición de Leticia ante todo el mundo, la destruirían.

Creyó escuchar una maldición de la boca de Aurora. Le hubiese gustado verla indignada, molesta, sabiendo que no censuraba a su hermana sino que se ponía de su lado. Sin embargo, mantenía los ojos cerrados porque era más fácil de esa manera convocar esa historia enterrada durante muchos años bajo el odio.

—Robert estaba preocupado por Leticia y sobre todo por el bebé. Un hijo sin padre tiene incluso menos oportunidades que una mujer —sonrió casi con vergüenza y Aurora comenzó a acariciar casi de forma distraída sus cabellos—. Recurrió a las grandes familias en busca de apoyo, de justicia. Obviamente ellos también culparon a Leticia y a la educación que había recibido de nuestra madre, pero sin embargo ofrecieron una solución: proveerían un esposo que aceptaría al bebé como suyo, sin preguntas, sin indiscreciones. Un hombre poseedor de un buen apellido pero que necesitaba desesperadamente dinero.

—León Walton —dijo Aurora casi en susurro sin que sus manos se detuvieran ni un momento.

—Leticia no obtuvo justicia por sus sueños rotos, solo un marido pobre que casi le doblaba la edad y Robert, además, tuvo que pagar un precio por ese favor: su futuro. A cambio de Walton, mi hermano tuvo que acceder a casarse con una mujer seleccionada para él y así asegurarles a las damas que controlan las reputaciones en Manhattan que se convertiría en el chico dorado que mi padre estuvo destinado a ser, sin oportunidad de rebelarse, de buscar su propia felicidad —Tristan abrió los ojos y su mirada se encontró con la de Aurora—. El día en que se casaron, en una pomposa boda doble, juré que nunca estaría en la posición de requerir algo de la sociedad. Por el contrario, serían ellos los que necesitarían algo de mí. No guardarían mis secretos porque exhibiría lo que soy. Yo poseería los suyos, los más ocultos, los más vergonzosos, y los haría pagar por su hipocresía cada día de mi vida.

—Y en el proceso harías que se olvidaran de tu hermana y de Lavinia, que no escudriñaran más en la vida de los Van Aken porque estarían demasiado ocupados hablando de ti —no era una pregunta, y nuevamente Tristan se sorprendió por la capacidad de Aurora de adivinar lo que se escondía bajo la superficie—. Después de todo, solo puede haber una oveja negra por familia, y está mejor visto cuando es un hombre.

Capítulo 12

Pasaron cuatro días antes de que Berta y Florian le permitieran a Tristan salir de la cama para trabajar en algunas cifras y asuntos pendientes en sus establecimientos. Parecía que había pasado una eternidad desde esa noche que reveló unos secretos que no eran suyos para contar.

Bajo las protestas de todos, había acompañado a Aurora hasta la calle cuando el alba comenzó a despuntar y tras cerrar la puerta de la berlina y ver partir del coche decidió dejarla ir a ella también. Era lo mejor.

Si tan solo su mente hubiese estado en concordancia con sus intenciones...

Cada día había albergado la secreta esperanza de que regresara y cada día se decepcionaba.

«Ya consiguió su historia. No te necesita», se decía al fin de cada noche tratando de enmascarar la amargura con pragmatismo. No estaba acostumbrado a estar del otro lado de la ecuación.

No obstante, siguiendo un impulso nacido, se repetía, del aburrimiento que implicaba estar encerrado, ordenó una máquina de escribir, la más moderna que pudo encontrar. Una Smith Premier que recién había salido al mercado y que contaba con letras mayúsculas y minúsculas en teclas separadas y que, seguramente, acumularía polvo y telarañas en su despacho, pues no era apropiado que un hombre le hiciese regalos costosos y personales a una mujer soltera.

De todas formas su mente, la muy traidora, la imaginaba allí, escribiendo historias mientras él acumulaba secretos que vender al mejor postor; repitiendo con la fuerza de la imaginación esa intimidad nacida de actos cotidianos que había sentido en su compañía.

Sonrió.

Sería maravilloso que pudieran escandalizar a Manhattan juntos.

Él podía tentarla, sabía cómo. A pesar de todo su fuego y pretendida independencia, Aurora no poseía ni una décima de las armas que él tenía en su arsenal. Tal vez si...

«Basta», se dijo como cada vez que un pensamiento de ese tipo, o incluso peor, rondaba su mente.

Mujeres como Aurora no estaban hechas para ser entretenidas en el dormitorio un par de veces y luego descartadas, y si continuaban viéndose, si insistía en atraerla, así terminarían las cosas, porque él la deseaba y ella era curiosa e irreverente. Podría convertirla en su amante por algún tiempo ¿y qué clase de hombre sería entonces?

«El mismo tipo de hombre que arruinó a tu hermana», se dijo, odiándose por tan solo haberse permitido con el pensamiento llegar tan lejos.

Escuchó la conmoción y no tuvo tiempo de procesar de dónde provenía tanto

ruido hasta que la puerta de su despacho se abrió y su hermana Leticia entró furiosa como una valquiria ofendida.

Siempre le sorprendía lo mucho que se parecía a su madre. El cabello rubio, la tez pálida y los ojos azules eran una marca, una especie de señal externa de lo que ambos eran: «los hijos de esa cantante alemana».

—¿Cómo pudiste? —prácticamente le gritó.

Había centenares de sus asuntos, pasados, presentes y futuros, que podían generar esa pregunta.

—Vas a tener que ser más específica —le respondió poniéndose de pie y tratando de evitar en el proceso dar evidencia de la incomodidad que aún ese acto le producía.

En ese momento captó a otra figura entrando por la puerta: su hermano Robert, luciendo por cierto una expresión más seria de lo habitual.

La gente solía decir que Robert era igual a su padre, el mismo cabello castaño, los mismos ojos cálidos, hasta llevaban la barba de la misma forma. Sin embargo, el viejo Van Aken mantuvo hasta sus últimos días una actitud afable, cariñosa. Robert había perdido esa calidez hacía algunos años siendo sustituida por el aparente desapego de un caballero de sociedad.

—Específicamente te pedimos —siguió Leticia casi gritando mientras Robert, en aras de la propiedad, cerraba la puerta a sus espaldas— que te mantuvieras alejado de Aurora Haigh.

Tristan sintió que la sangre que corría por sus venas se transformaba en hielo, congelando todo su interior.

—No sé de lo que estás hablando.

—Hace un par de días la viuda Green fue a visitarme para contarme que una de sus criadas vio a la señorita Haigh abandonar tu casa al amanecer sin compañía y que ambos lucían como si acabaran de salir de la cama —su hermana lo miró desafiante—. Te he estado enviando notas y mensajes, pero no me has respondido.

—No he visto los mensajes —contestó distraído. Estaba tratando de recordar todos los detalles de esa mañana, si había otras personas cerca, en la calle; pero solo había estado concentrado en ella, en Aurora, en verla partir y convencerse de que sería la última vez—. ¿Cuánto quiere la viuda Green por quedarse callada? —preguntó, sin dejar que ninguna emoción se reflejara en su rostro.

—Entonces es cierto —Robert habló por primera vez, mirándolo con censura—. Cruzaste la línea para seducir a la hija de mi socio más importante...

«¿Seducirla?, ¿seducirla?», pensó indignado. Merecía un premio por no haber caído en la tentación que representaba Aurora Haigh con su cabello de fuego, su actitud irreverente y su deseo de filtrarse en los bajos fondos.

—Eso no fue lo que sucedió —dijo con autoridad porque sus deseos y los hechos eran, en esta oportunidad, cosas muy diferentes.

—¿Y qué sucedió? —insistió Robert.

No quería decirles. Aurora, sus ansias de ser diferente, sus motivaciones, eran un

asunto entre ellos. Algo que solo él sabía y que no estaba dispuesto a compartir costara lo que costara.

—Me hirieron y Aurora, la señorita Haigh —se corrigió—, estaba conmigo y se quedó a cuidarme. Es todo.

Los miró alternativamente, aparentando una seguridad que no sentía, pero Leticia parecía incrédula y Robert suspicaz. Con un suspiro de hastío se levantó la camisa, dejando al descubierto el vendaje.

—¡Por Dios, Tristan! —inmediatamente Leticia estaba sobre él, obligándolo a sentarse y tratando de quitar el vendaje para inspeccionar la herida.

—¿Te vio un doctor? —preguntó Robert sin moverse, su tono de voz subiendo.

—Estoy bien.

—No fue mi pregunta, Tristan.

—El doctor Shultz me atendió —dijo con fastidio. El problema ahora no era la herida, había asuntos más importantes, pero si no le daba todo el parte médico, Robert lo arrastraría hasta uno de su confianza—. No he tenido fiebre, la herida no se ha infectado, no es profunda y está prácticamente cerrada.

—¿Cómo pasó? —preguntó aún serio, incluso furioso.

—Riesgos laborales —Tristan se encogió de hombros, pretendiendo que la autoridad de su hermano, su rabia, su reprobación, no lo afectaban.

—Algunas veces me pregunto —Robert cerró los ojos presionando el puente de su nariz como si estuviera a punto de atacarlo una jaqueca— qué demonios hice mal.

—No hiciste nada mal —no era la primera vez que Robert se culpaba por los negocios de Tristan y eso lo carcomía—. Tomo mis propias decisiones. No tienes de qué preocuparte.

—¡Claro que me preocupo! —gritó Robert perdiendo su cuidada compostura—. Eres mi hermanito.

—Soy un hombre adulto, con más experiencia del mundo que tú.

—Y aun así, siempre serás mi hermanito... —y Robert sonrió triste.

—Todos saben que fue mi culpa que resultara así —dijo Leticia con un suspiro para luego poner nuevamente el vendaje en su lugar.

—Tú tampoco hiciste nada malo —Tristan tomó la cara de su hermana entre las manos y la obligó a verlo—. Yo nunca le haría nada a una jovencita como Aurora Haigh, no la usaría, no jugaría con ella, no la arruinaría, no después de todo lo que hemos pasado. ¿Lo sabes, verdad? ¿Me crees?

Leticia asintió, pestañando para evitar las lágrimas.

—¿Qué estaba haciendo contigo entonces cuando fuiste herido? —preguntó Robert más tranquilo ahora al ver que su hermano menor no estaba en peligro de muerte, lo que le permitía sortear mejor cualquier asunto emocional—. Porque imagino que no ocurrió a la luz del día, ni tampoco en un sitio respetable.

—No es tu problema.

—Pero se quedó aquí toda la noche —insistió Robert pasando por alto la

impertinencia—, sola, contigo.

—¡Por todos los cielos, Robert! Estaba herido, perdí sangre y hasta me desmayé —Tristan se puso de pie escapando de las manos de Leticia, tomó la botella que estaba sobre el escritorio y se sirvió un trago en un vaso sin adornos—. Ni aun queriendo hubiese podido hacer nada impropio, ni siquiera con la boca o las manos.

—¿Tienes que decirlo en esos términos? —Leticia arrugó la nariz. Luego miró a su hermano menor con lo que quería pasar por un gesto maternal y seguidamente a la botella—. No creo que debas beber en tu condición.

—No tengo ninguna condición más allá de estar sediento —Tristan se recostó en el escritorio y, mirando a Leticia con una mueca, dio una probada a su *whisky*—. Volviendo al tema en cuestión, la viuda Green necesita dinero. Tiene una hija soltera y pocos prospectos. Paguémosle una buena suma, aseguremos unas cuantas invitaciones para ella y dejemos morir este asunto.

—La cosa puede no ser tan sencilla —Robert caminó hasta el escritorio, tomó un vaso sin usar y lo extendió hacia su hermano.

—Yo no fui la primera persona a la que la viuda Green le contó —Leticia miró a Tristan, ahora con expresión seria—. Vino a mi casa porque Nancy Merrington la trajo.

Tristan hizo lo mejor que pudo para evitar decir en voz alta la ristra de maldiciones que le vino a la mente. El asunto había pasado de ser una incomodidad a un serio problema que requeriría para su solución algo más que unas cuantas monedas.

—Yo me encargaré de Nancy Merrington —señaló finalmente, y terminó de servir a su hermano.

—¿Cómo? —le preguntó Robert.

—Quiere algo de mí y finalmente voy a dárselo.

—Pongamos esto en blanco y negro —Robert caminó hasta el sofá, se sentó y cruzó las piernas—. Nancy Merrington te quiere en su cama desde que se casó...

—¿Tú también vas a hablar así, Robert? —Leticia suspiró molesta y fue a sentarse en el sillón orejero—. ¿Es que ninguno de ustedes ha pensado en usar algún eufemismo para referirse a esas cosas?

—Creo que las delicadas maneras de León ya se te pegaron —bromeó Tristan—. Melindrosa.

—Rufián.

—Nunca has cedido a los deseos de Nancy Merrington —continuó Robert pasando por alto el juvenil torneo de palabras entre sus hermanos—. ¿Por qué?

—Lo quiere demasiado —una sonrisita malévola apareció en la boca de Tristan—. Es bueno hacerse desear.

—Y ahora estás dispuesto a dárselo, sin ningún beneficio para ti.

—No voy a permitir que esa bruja se salga con la suya y perjudique a la señorita Haigh y con ella a tus negocios.

—¿Y si hay una forma de salvar a la señorita Haigh del escándalo, mis negocios y, al mismo tiempo, dejar a Nancy Merrington aún más frustrada? —Robert balanceó lo que le quedaba de bebida en el vaso, la imagen perfecta del hombre de negocios que pocas veces salía a flote, escondido bajo la impresión del noble caballero de sociedad—. Incluso retirar algunos de sus privilegios sociales por tan solo atreverse a pensar en hacer una marioneta de un Van Aken.

—Te diría que soy todo oídos —Tristan volvió a recostarse en el escritorio—. Me gusta cuando dejas salir a jugar al malvado Robert.

—Cásate con Aurora Haigh.

—¿Qué? —Tristan abandonó de golpe su cómoda posición en el escritorio. Todos sus sentidos rebelándose—. ¿Te volviste loco? He luchado toda mi vida para no ser un esclavo de los convencionalismos que ustedes veneran y no voy a serlo ahora. Nada irreparable sucedió, nada que justifique...

—Antes de que continúes con tu usual retahíla sobre lo terrible que es la sociedad y nos des detalles que no nos interesan sobre tu encuentro clandestino —tranquilo, Robert colocó su vaso vacío sobre la mesa—, tómate un segundo para analizar los hechos: Nancy Merrington cree que te tiene en sus manos junto con la reputación de la joven más interesante que ha pisado Nueva York en mucho tiempo y que es una pieza importante para nuestra familia.

—Ella no es una pieza.

—Está bien —Robert levantó las manos en un gesto de paz y sonrió—. La hija de mi más importante socio, de mi amigo. ¿Sabías que George Haigh fue la única persona que me ayudó cuando yo era demasiado joven para entender el mundo de los negocios?

—No.

—Es bueno saber algo que tú no sabes —con una sonrisa presumida Robert cruzó las piernas—. Me importan los Haigh, pero más me importas tú. Eres mi hermano, te admiro, te quiero, y no deseo verte convertido en el juguetito de dormitorio de Nancy Merrington.

—¿Y casarme es la solución? —preguntó Tristan con sorna—. Podría simplemente no hacer nada.

—¿Y dejar que la pobre chica asuma toda la culpa? —le preguntó Leticia con una sonrisa triste.

—No hay culpas porque nada pasó.

—Sabes que eso no es lo más importante en estos casos.

—Usa la imaginación —Robert le sonrió—. Nancy no hará nada apresurado, quiere torturarte un rato y por eso llevó a la viuda Green a ver a Leticia, para hacerte saber lo que viene, pero tú te le vas a adelantar. Anunciarás tu compromiso con la señorita Haigh dejando a Merrington sin nada y antes de que pueda elaborar otro plan estarás casado. Incluso puedes invitarla a la boda y reírte en su cara —se encogió de hombros—. Simultáneamente Caroline comenzará a cerrar puertas para ella sin nada

que indique que es una retaliación, pero Nancy lo sabrá y no podrá hacer nada al respecto.

Por un momento Tristan se dejó tentar por la idea. Vengarse de cualquiera que intentara hacerle daño a él y a los que quería, tomarlos por sorpresa y destruirlos había sido su *modus operandi* durante mucho tiempo. Era un escenario en el que se sentía cómodo. No obstante, el solo hecho de saber que tendría que hacerlo siguiendo los dictámenes de otros, le hacía sentir como si lo hubiesen encerrado en un pequeño armario sin ningún tipo de ventilación.

—Si lo hago me convertiría en un peón de la sociedad, decidiendo mi vida de acuerdo a los cánones que ellos dictan.

—No. Simplemente estarías torciendo esas pautas y usándolas según mejor te conviene, como siempre has hecho —Robert hurgó en el bolsillo y sacó una cigarrera de plata—. Sería un golpe magistral. Ya puedo ver los titulares: «El polémico Tristan Van Aken se queda con la nueva belleza de la ciudad». Los sorprenderías, otra vez, te burlarías de sus expectativas, como siempre y, en el proceso, salvarías a Aurora Haigh, a su familia y a mis negocios, lo que no es menos importante, por cierto.

¿Casado? ¿Él?

Con Aurora.

Solo así la idea no parecía tan aterradora.

—Ella nunca accederá —dijo recordando de golpe sus impresiones sobre ser una esposa—. No la conocen, no como yo. Ella quiere ser... —Tristan buscó una palabra con la que definirla sin descubrirla totalmente— libre.

—Lo que la hace la elección perfecta para ti —vanidosa, Leticia estiró la falda de su vestido. En algunas ocasiones se comportaba todavía como aquella adolescente que tuvo que abandonar los juegos y la coquetería para dedicarse a ser madre y esposa antes de tiempo—. No creo que una dama tradicional sea capaz de mantener tu interés.

—No se trata de lo que yo pueda querer, Leticia, ni de lo que sea conveniente para mí o para nosotros. La cuestión aquí es que Aurora Haigh no puede ser forzada a nada que no quiera.

—Tienes que convencerla entonces —Robert dejó el cigarrillo en el cenicero, se puso de pie y estiró su chaqueta, como si toda la situación estuviese resuelta—. Todos saben que serías capaz de convencer a una monja de hacer la voluntad del diablo. ¿O acaso has perdido tu toque especial?

Capítulo 13

Aurora estaba sentada en el recibidor rodeada de hojas a medio escribir, descartadas. Tenía el sofá lleno de papeles, al igual que el suelo a su alrededor.

No podía concentrarse. No podía escribir.

Estaba preocupada por Tristan.

Hacía casi una semana que había llegado a su casa de madrugada y, aunque hizo todo lo posible por no ser vista, ya había sirvientes en los pasillos, así que no podía estar segura de si su aire de «vengo de dar una caminata matutina» había convencido a alguien.

El vestido, sucio, quemado por el trabajo en la cocina y con la sangre de Tristan en el corpiño, lo había escondido en el fondo de un baúl, pero Chardou la había estado mirando de forma extraña, por lo que su mejor curso de acción fue aparentar que no pasaba nada y dedicarse a hacer visitas sociales con mejor disposición de la que había tenido nunca.

No podía escaparse, tampoco enviarle una nota, menos cuando estaba segura de que estaba siendo vigilada más de cerca que de costumbre.

Tristan Van Aken había probado ser un hombre mucho más intrigante de lo que había anticipado. Hasta que lo conoció había pensado que las personas del sexo opuesto eran unidimensionales: malos, buenos, caballeros, canallas, etc. Nunca había encontrado uno que fuese todos y ninguno.

No podía apartar de su mente la escena en el callejón, su violencia y esa calma fría que lo hacía parecer carente de todo sentimiento y, al igual que su incursión en los bajos fondos, no era algo que la espantaba, no del todo, porque al igual que con las historias que había encontrado, ese exterior duro solo resguardaba un interior hermoso y vulnerable.

Tampoco podía olvidar su pecho desnudo, con cicatrices que relataban la vida que vivía, el contorno de los músculos de sus brazos, y ese vello un poco más oscuro que su cabello que se deslizaba desde su ombligo hacia abajo, marcando un camino en el que no podía pensar sin experimentar un caso de vapores que, durante toda su vida, le habían sido ajenos. No era más seguro recordar sus labios, el pequeño hoyuelo en el mentón o la suavidad de su rostro cuando dormía, esa que revelaba al hombre bajo la máscara.

Aunque, estaba segura, no había prestado mucha atención a esos detalles ese día, pues estaba más preocupada porque le sobreviniera un acceso de fiebre o una infección, aparentemente su memoria había tomado detalladas notas, las suficientes, para torturarla durante una semana.

Tan concentrada estaba tratando de evitar el involuntario sonrojo y desterrar esa imagen de Tristan medio desnudo durmiendo indefenso y, al mismo tiempo, de

entender en toda su magnitud por qué la violencia que lo rodeaba no la horrorizaba, que no se dio cuenta de que alguien había entrado al recibidor y cerrado las puertas correderas de madera pulida que delimitaban su espacio personal.

Solo cuando un movimiento en su visión periférica le advirtió de que alguien se acercaba levantó la mirada.

—¿Tristan?

No sabía si dar crédito a sus ojos o si simplemente la figura que se acercaba se había materializado a fuerza de pensar en ella.

Estaba más serio que de costumbre, su boca contraída. Aurora había aprendido que había varios Tristan: el peligroso que daba miedo sin ni siquiera moverse, ese de su primer encuentro; el que bromeaba y sabía ser dulce; el furioso que dislocaba brazos y disparaba sin compasión... Este Tristan grave, preocupado, era nuevo.

—Aurora.

Pronunció su nombre como un enunciado, sin embargo, no continuó con el discurso. Se quedó parado allí, cerca de la puerta del salón, mirándola fijamente como si ella fuese una experta en leer su mente.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Aurora dejó el sofá y caminó hacia él. Solo en ese instante se percató de que Tristan había entrado por su cuenta sin ser anunciado, cosa que Fraser nunca hubiese permitido, más cuando sabía que ella no recibiría visitas ese día—. ¿Cómo entraste aquí?

—Nos descubrieron.

Esas palabras podían significar mucho y nada, pero por alguna razón un peso extraño se instaló en su estómago.

«No entres en pánico, Aurora», se dijo. «Averigua los hechos y luego piensa. Tal vez está bromeando para ver tu reacción».

—¿A qué te refieres? —le preguntó logrando que su voz sonara, no calmada, pero al menos lejos de la histeria dramática que tanto despreciaba.

—Fuiste vista abandonando mi casa al amanecer. El escándalo está a punto de estallar en todos los recibidores de Manhattan.

Quería protestar, decir que solo lo había estado cuidando, que los pensamientos que había tenido eran solo de ella y no significaban nada; pero sabía bien que eso serviría de poco. La gente, como siempre, vería lo que quería ver: una joven que pasó la noche en casa de un hombre soltero y no cualquier hombre soltero, sino un confeso mercader de vicios.

No importaba la realidad, sino lo que parecía ser.

Bajo ese razonamiento estaría socialmente arruinada. No era que le importara mucho, pero al ser mujer sus acciones no tenían un peso únicamente en ella, eran el reflejo de su familia.

Un hombre libertino podría ser tolerado y sus relaciones continuar, incluso en algunos casos llegaba a ser objeto de admiración. En cambio, una mujer con un mal comportamiento involucraba en el escándalo a todos los que, en teoría, debieron

educarla y cuidarla.

Su padre y sus hermanos serían tachados de irresponsables, pues no supieron vigilar una ficha de cambio tan importante como era una joven y hermosa heredera. ¿Cuál sería el futuro en los negocios de hombres considerados imprudentes?

Thomas, aunque nunca lo reconocería, amaba Nueva York y las oportunidades que presentaba; John iría a Columbia y no tenía a más nadie, por lo que era conveniente que la familia estuviera cerca; y su padre, tras enviudar, se había dedicado al trabajo como única opción de vida, tratando de aumentar su fortuna y contruir un nombre respetable que dejarle a sus hijos.

Y ahora ella, simplemente por el hecho de ser una mujer con un sueño, sería la responsable de arruinar la vida de todos: su padre debería romper su relación comercial con los Van Aken, pues se vería terrible que la continuara, y sin esa pieza muchas otras alianzas quedarían destruidas; sus hermanos no serían recibidos en ciertos círculos por tener una hermana escandalosa y, en caso de lograrlo, tendrían que enfrentar las eternas habladurías.

Todos habían estado esperando una falta por parte de los Haigh, y ella se la había servido en bandeja de plata.

—¿Aurora? —Tristan dio dos pasos hacia ella.

—Estoy bien —Aurora puso una de sus manos en la boca del estómago, tratando de encontrar el ritmo de su respiración. Quería mandarlo todo al infierno, ser finalmente la mujer que quería ser, pero no podía ser tan egoísta—. Regresaré a Washington. Tal vez si no estoy aquí, si desaparezco de la vista de todos, la historia ya no sea tan atractiva de divulgar.

—Huir te hará parecer culpable.

—Es un riesgo que debo tomar. No tengo otra opción.

—Hay otra opción.

Tristan salvó el espacio que los separaba y tomó las manos de Aurora entre las suyas.

—Cásate conmigo.

—¿Qué? —Aurora retrocedió abruptamente—. ¿Perdiste el juicio?

—Piénsalo, es la solución perfecta —insistió él, pero no se acercó—. Acabaríamos con las habladurías antes de que se produzcan.

—No —negó con la cabeza lentamente—. Eso es corregir un error con otro.

—¿Sería tan malo estar casada conmigo?

Tristan la miró casi suplicante y Aurora tuvo que tomarse unos segundos, conjuntamente con unas cuantas bocanadas de aire, para recordarse el por qué acceder a esa propuesta sería una terrible idea.

—Tengo un serio respeto por el matrimonio y como ocurre con todas las cosas que respeto de forma casi reverencial, prefiero mantenerme alejada de ellas —se encogió de hombros y trató de sonreír—. Tú sabes, para que el exceso de respeto no interfiera con mis acciones irrespetuosas.

—Puedo darte lo que más deseas —continuó Tristan sin morder el anzuelo de su intento de broma—, lo que tu familia, aunque quiera, no puede darte; lo que la sociedad te niega.

—¿Y qué es eso?

—Libertad.

Aurora estalló en una carcajada. Sabía que no era el momento para reír, pero la tensión y lo absurdo del comentario generaron la reacción.

—Matrimonio y libertad son conceptos opuestos —dijo finalmente tratando de controlar su hilaridad antes que la risa se tornara en amargura.

—Un matrimonio con Elliott Van Bruggen, seguramente. Un matrimonio con un escritor pobre al que tengas que mantener, tal vez. Nunca un matrimonio conmigo —Tristan volvió a tomar las manos de Aurora entre las suyas—. Estarás protegida socialmente por el apellido Van Aken, las puertas de Manhattan siempre abiertas para ti y tu familia, Robert y Caroline se encargarán de eso. Al ser yo tu esposo, nadie esperará que organices bailes o cenas frecuentemente, ni que aparezcas en cada evento social al que te inviten, pero cuando quieras hacerlo siempre atenderán tu llamado y te celebrarán. Te prometo que iré contigo y pondré buena cara. Me sentaré a la cabeza de la mesa y seré educado con tus invitados cuando desees ser la anfitriona. Incluso bailaré con mi esposa si así ella lo quiere y escandalizaremos a todos con nuestro mal comportamiento.

—Tristan...

—Sé mi esposa y podrás investigar los bajos fondos, escribir todos los artículos que quieras, tener una profesión, beber *whisky* con tu café y cerveza en una taberna en la calle 28. Será lo más cercano a la vida que has soñado sin afectar a tu familia.

Aurora estaba a punto de ofrecer otra excusa, no sabía muy bien cuál. Era demasiado pragmática para traer algo tan etéreo como el amor a la conversación, pero aún no podía encajar en su mente dos conceptos tan opuestos como matrimonio y libertad, ni siquiera con alguien tan poco convencional como Tristan.

—¿Y tú qué ganas con todo esto? —preguntó finalmente.

—Pregúntame mañana...

Las puertas del salón se abrieron abruptamente y su hermano Thomas entró hecho una furia seguido de su padre y Robert Van Aken.

—Creo que se me olvidó comentarte —le dijo Tristan casi en susurro—, Robert fue a darle la noticia a tu padre.

Aurora quería estar molesta con Tristan, llamarlo traidor, era un asunto entre ellos y nadie más; pero Thomas se aproximada con más ira de la que ella podía acumular y palabras un poco más altisonantes.

—Voy a matarte —anunció, y por la expresión de su rostro el anuncio no era una afirmación retórica—. ¿Cómo te atreves a enredar a mi hermana en medio de tu libertinaje?

—Te prometo —Tristan dio un par de pasos atrás, poniéndose fuera del alcance

de la ira de Thomas—, que tu hermana abandonó mi casa en el mismo estado en que estaba cuando entró.

—Eso no sonó muy alargador —le reprochó Aurora indignada.

—Me acabo de dar cuenta —Tristan se encogió de hombros y solo tuvo un segundo para esquivar el golpe que le lanzó Thomas.

«Esto es una locura», pensó Aurora mientras veía a su hermano lanzarse nuevamente sobre Tristan y este, otra vez, esquivarlo con facilidad.

Ella había visto al amo y señor de los bajos fondos romperle el brazo a un hombre casi sin ningún esfuerzo, dispararle a otro a sangre fría y esquivar cuchilladas. No era como si su hermano, por muy puras que fueran sus intenciones, estuviese a punto de recuperar su honor o cualquier cosa que estuviese intentando hacer mientras lanzaba golpes a diestra y siniestra sin que el blanco le permitiera ser el receptor de los embates. Es más, lo único que lograría Thomas sería avergonzarse, porque Tristan se cansaría tarde o temprano y con un solo porrazo podría dejarlo en el piso.

—Thomas, ya basta de esta tontería —le dijo cansada. Toda la exhibición le estaba restando un tiempo precioso que necesitaba para poner en orden sus ideas—. No es necesario...

—¡Claro que es necesario! —gritó Thomas al tiempo que lanzaba otro golpe a un desprevenido Tristan que en esa oportunidad no tuvo tiempo de esquivarlo.

El puño impactó en el costado, justo donde estaba la herida del cuchillo. Aurora vio el rostro de Tristan contraerse y sintió una especie de dolor fantasma en su propio costado.

—Vamos a casarnos —soltó abruptamente.

No se dio cuenta de las palabras, que escaparon de su boca en medio de una preocupación más allá de cualquier análisis, hasta que notó todos los ojos de la habitación en ella y el silencio que ahora reinaba en el lugar.

Hasta el reloj sobre la chimenea parecía haberse detenido.

—No tienes que hacerlo, cariño —su padre dio dos pasos hacia ella rompiendo el silencio—. Podemos volver a Washington.

—Las habladurías nos perseguirán.

—Y en un tiempo lo olvidarán. Créeme, lo sé. Tengo experiencia en esas cosas.

—Padre, eres hombre. Tu escándalo te convirtió en una especie de héroe y mi madre dejó las habladurías en otro continente. —Aurora sonrió de forma triste—. Además, te casaste.

—Estaba enamorado.

Ese era un argumento con el que Aurora no podía discutir. Iban a arruinarse por su culpa y su padre, un romántico empedernido, no dejaría que ella intentara arreglar las cosas con un matrimonio pragmático.

—Estamos enamorados —sintió las manos de Tristan posarse en sus hombros al tiempo que su afirmación venía a rescatarla. Sabía que no era cierto, pero en ese momento lo amó por saber exactamente la mentira que necesitaba ser dicha por el

bien de todos, y eso también tenía su valor sentimental—. No podría pasar mi vida al lado de otra mujer.

—No la conoces —escupió Thomas aún sudoroso por la frustrada pelea.

—Aurora es inteligente, no pierde la compostura ante situaciones incómodas, sabe comportarse como una dama de sociedad, pero no es prejuiciosa. Tiene una opinión sobre todo y no le teme a nada, ni siquiera a mí, por lo que siempre estaré seguro de que me dirá lo que está pensando, quiera escucharlo o no, y esa es una cualidad muy difícil de encontrar en una mujer.

Por alguna razón, esa declaración llenó a Aurora de una tibieza reconfortante como la que se siente al tomar un vaso de leche caliente en una noche fría. No era una declaración de amor, ella lo sabía, pero era la más halagadora descripción que alguien le había endilgado.

—Te conozco, Tristan Van Aken, sé que tus palabras son conocidas como «el susurro del diablo» porque le dices a todos lo que quieren escuchar para que hagan tu voluntad —George Haigh dijo muy serio—, pero no olvides que sé bien cómo te ganas la vida, la forma en que has hecho tu fortuna, las vidas que has destruido. ¿Qué pasaría si te informo que ni un centavo de la herencia de Aurora irá a un contrato matrimonial? ¿Que todo el dinero irá a su nombre cuando yo muera y sus gastos serán supervisados por su hermano para que no te dé ni un céntimo?

—¡Eso es inconcebible! —trató de protestar Robert—. Ni siquiera estoy seguro que sea legal.

—El concepto de *female covert* se usa porque es tradición pero ya fue abolido por la ley —explicó Aurora indignada. No era que en ese instante estuviera pensando en cuestiones crematísticas, pero siempre había achacado a la ignorancia el hecho que las mujeres no pelearan por los pocos derechos que la ley les concedía. Era su deber promulgar ese conocimiento, pues estaba convencida de que los derechos que no se usaban eventualmente, se perdían—. Es más, las mujeres tienen permitido tener dinero a su nombre en algunos estados, y eso pasará con mi herencia. Ya ha sido estipulado.

—Y sus asignaciones mensuales —continuó Thomas desafiante—, que continuarán después de que se case, serán solo para ella y yo supervisaré que así sea.

—No me interesa el dinero de Aurora, tengo el suficiente para los dos —intervino Tristan sin apartar los ojos de George Haigh tratando de entregar el mensaje con algo más que solo palabras—. Busque un abogado de su confianza que redacte el contrato matrimonial según sus términos, yo lo firmaré.

—Mi hija no vivirá en el Tenderloin —objetó Haigh quedándose cada segundo con menos argumentos.

—Compraré una casa donde a usted le parezca.

—¿Aurora? —George Haigh miró a su hija casi de forma suplicante.

—Voy a casarme —y aunque quería sonreír, poner una especie de rúbrica gestual a un asunto para el que no había salida aceptable, lo único que salió de ella fue un

suspiro cansado—. No puedes impedírmelo.

—Entonces tenemos un acuerdo —dijo entusiasmado Robert Van Aken aprovechando que el recibidor quedó momentáneamente en silencio, robándole la oportunidad a las partes de encontrar nuevos argumentos—. El compromiso será anunciado formalmente en el periódico del domingo y la boda será...

—Dos semanas después —completó Tristan.

—Una boda apresurada traerá rumores —protestó el padre de Aurora tomando un segundo aire.

—No olvides, George —lo atajó Robert—, que estamos tratando de evitar un escándalo mayor. Las pequeñas habladurías son inevitables —luego miró a su hermano, pensativo—. ¿Qué dices de una boda en Tuxedo Park?

—No voy a casarme con Aurora a las afueras de Manhattan en una boda pequeña como si tratara pasar desapercibido. Quiero la iglesia de la Gracia, doscientos invitados y todo el lujo posible. Todos apareceremos felices y sonriendo —Tristan señaló a su hermano—, y quiero a todas las grandes matronas en la primera fila aplaudiendo cada detalle.

—Dalo por hecho —Robert hizo un gesto displicente—. El desayuno de bodas se hará en la residencia Van Aken.

—Pero cocinado por mi chef francés.

—Las invitaciones deberán ser hechas a mano —Robert se rascó la barbilla pensativo—, y entregadas por mensajeros contratados. No hay tiempo para otra cosa.

—Florian tiene una hermosa caligrafía —Tristan hizo un gesto indolente—, y tengo personal que se encargará de la entrega.

—¿Y el vestido?

—La hermana de Sherry.

—Perfecto —Robert Van Aken aplaudió sonoramente y, culminado el diálogo con su hermano volvió a percatarse de que había más personas en la habitación—. Mi esposa y mi cuñado vendrán mañana a trabajar en los detalles, aman este tipo de eventos y, George, ve a mi oficina con tu abogado para que repasemos el contrato.

Satisfecho, como un gato que se comió un tazón entero de crema, Robert Van Aken salió de la habitación y todas las miradas lo siguieron.

Solo Tristan se volvió a ver a Aurora.

—¿Estás bien con todo esto? —le preguntó tomándole la mano.

—¿Lo estaba? No lo sabía. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Aurora nunca había sido del tipo de mujer que soñó con el día de su boda desde que pisó la pubertad, tampoco estudió a los caballeros solteros que la rodeaban intentando imaginarlos como maridos, por el contrario siempre los había analizado tratando de catalogar las razones por las que nunca debía unirse a ellos. Por eso, no tenía ninguna idea preconcebida sobre el evento como muchas otras chicas que conocía. Lo que sí había deseado desde que podía recordar era la necesidad imperiosa de dejar atrás las ataduras de la sociedad y ser algo más que el simple rol

predestinado para ella.

Nunca pensó que la libertad le sería ofrecida por medio del matrimonio.

Así que no sabía, exactamente, cómo se sentía, pero no iba a tener a Tristan parado en su recibidor mientras lo descubría.

—Pregúntame mañana... —le respondió haciendo amago de una sonrisa, y Tristan abandonó el recibidor tras apretarle cariñosamente la mano.

—¿Son ideas mías o los hermanos Van Aken deberían escribir un manual sobre bodas relámpago? —preguntó John, quien había permanecido callado parado cerca de la chimenea durante todo el intercambio—. ¿Nadie notó cómo parecían tenerlo todo resuelto? Creo que deberían llamarlo «cásate hoy y preocúpate mañana» por Robert y Tristan Van Aken.

Con una risa cansada, Aurora se dejó caer en el sofá.

Capítulo 15

Flores, telas, menús, listas y más listas. Aurora nunca pensó que una boda requiriera el trabajo de tantas personas.

Caroline Van Aken y León Walton habían invadido su casa por tres días para discutir millones de detalles que no podían importarle menos y su padre había desaparecido por la misma cantidad de tiempo para reunirse con Robert Van Aken por el contrato matrimonial.

Hasta ese momento, para Aurora, un matrimonio no era otra cosa que un negocio muy importante cuidado con los detalles de un baile de inicio de temporada.

El anuncio del compromiso saldría publicado en el periódico el domingo y, tal como era la costumbre, un día antes debía hacerse una especie de declaración informal, por lo que los Haigh y los Van Aken asistirían juntos a la ópera, con Tristan y Aurora a la cabeza.

Con la sincronía de algo perfectamente planeado, los Haigh llegaron a la Ópera Metropolitana en el Garment Distric, momentos después que los Van Aken y fueron conducidos al palco privado. Allí, en los cómodos sillones de la antesala, los esperaban todos dispuestos en perfecto orden: Tristan, Robert y León de pie y las damas sentadas.

Apartados así de las miradas curiosas de aquellos que en otros palcos y en la platea no esperaban que el espectáculo de esa noche fuese a ser presentado en el lugar distinto al escenario, ambas familias intercambiaron las cortesías de rigor con una rigidez que nunca antes había existido entre ellos.

—Necesito hablar con Aurora —anunció Tristan sin dirigirse a nadie en particular—, a solas.

—Eso no es apropiado —soltó Caroline antes que las palabras de Tristan dejaran de resonar en el palco.

—¡Por todos los cielos, si ella ya pasó la noche en mi habitación!

El rostro de Thomas se encendió y la boca de George Haigh se convirtió en una línea dura.

—¡Encantador! —John aplaudió jocoso, mitigando de alguna forma la nube negra que se había instalado, sin intenciones de desaparecer, entre las rojas cortinas de la antesala del palco de los Van Aken—. ¿Ahora podría pedirlo de una forma que no nos provoque asesinarlo mientras duerme, señor Van Aken? Mi hermanita sería una encantadora viuda.

—Tal vez podríamos lanzarlo ahora mismo por el balcón —completó Thomas entre dientes—. Así Aurora no tendría que casarse.

Tristan suspiró y, contrariamente a lo esperado, no contraatacó.

—Como saben, es tradición que la novia desaparezca de toda actividad social dos

semanas antes de la boda —dijo, nuevamente, sin dirigirse a nadie en particular—, y tanto Aurora como yo estaremos muy ocupados con los preparativos, por lo que a partir de mañana será muy difícil discutir algunos asuntos necesarios —lanzó una mirada llena de intención a George Haigh—... por favor.

—Si lo pides de tan buena manera... —dijo Leticia poniéndose de pie con gracia, ya que George Haigh no parecía inclinado a dar ninguna respuesta a la petición—. Nosotras iremos al salón de damas a darnos un último retoque y los caballeros pueden ir a tomar una copa antes de que empiece el espectáculo. Nadie sería capaz de negar algo tan inocente a un par de enamorados. ¿Verdad, Robert? ¿Señor Haigh?

Leticia se adelantó y estiró el brazo en dirección a George Haigh esperando que le ofreciera el suyo.

—Sí, seguro —George Haigh sonrió a Leticia antes de ofrecerle el brazo, pero antes de salir no dejó de brindar su opinión entre dientes—: Aunque el enamorado en cuestión merezca un golpe por su falta de tacto.

Robert le lanzó una mirada de reproche a Tristan y a regañadientes siguió al resto de la comitiva.

Aurora abrió la boca para fustigar a Tristan, pero apenas tuvo tiempo de tomar aire.

—¿Cómo estás llevando todo esto? —él se le adelantó y se veía tan genuinamente preocupado que no tuvo corazón para regañarlo. No mucho, al menos.

—Si tengo que asistir a otra discusión entre Caroline y León sobre si los regalos de boda deben ser expuestos en el recibidor de la familia Van Aken como manda la moda, o apartados de la vista del público como ordena el buen gusto, creo que voy a recluirme voluntariamente en un asilo.

—Solo tienes que soportarlo dos semanas más. Luego —y sonrió triunfante—, serás libre.

—Nunca me dijiste por qué estás haciendo esto.

—Porque me gusta cómo suena mi nombre en tus labios.

—Tristan...

—Exacto —sonrió aún más e hizo un gesto hacia uno de los sofás y Aurora se sentó, recelosa—. Compré una casa en la Quinta Avenida, quería llevarte a que la vieras pero...

—No sería apropiado... —completó ella—, lo entiendo.

—Espero que te guste, aún está vacía. Trataré de no comprar muchas cosas para que puedas decorarla como gustes —Tristan miró un poco a su alrededor, como recordando el lugar en el que se encontraba y contrajo la boca, luego dio dos pasos hacia el sofá donde Aurora estaba sentada—. Esto es para esta noche.

Sin ceremonias le tendió una caja de terciopelo rojo y los ojos de Aurora se agradaron en lo que vio el contenido.

—¡Por todos los cielos! Es enorme.

—Y lo vuelve a hacer... —Tristan sonrió de lado, negó con la cabeza y luego se

frotó los ojos con los dedos, como apartando una idea—. Era el anillo de compromiso de mi madre. Mi padre lo mandó hacer especialmente para ella.

Eso era obvio. Una joya tan escandalosa no se encontraba por casualidad en los aparadores de Tiffany. Era un rubí grande, casi del tamaño de un frijol, montado al aire en una base de oro.

—Es una tradición Van Aken —Tristan continuó—. Caroline usa el anillo que fue de la madre de Robert y que antes perteneció a nuestra abuela paterna. Tú tendrás ese —miró hacia el palco, como si desde la antesala pudiera ver a todas las personas que estaban a esa hora en el teatro—. Toda la élite conoce el anillo, fue muy comentado en su momento, así que cuando lo vean hoy sabrán que voy en serio.

—¿Solo debo usarlo esta noche? —preguntó ella, aún sin atreverse a sacar la joya de la caja, recordando por un instante el tono dulce que una vez había empleado Tristan al decirle el nombre de su madre y que no había reaparecido en la presencia de una joya que debía recordársela.

Tristan la miró y sonrió débilmente.

—Es tu anillo de compromiso, Aurora. Según está estipulado en el contrato matrimonial es tuyo, pero al ser una herencia Van Aken y, como tal, parte del patrimonio de la familia, no podrás venderlo ni regalarlo y deberá pasar a nuestros hijos, si es que los tenemos.

—Pero no te gusta la idea de que lo use ¿no es así?

Tristan suspiró cansado, como quien admite una derrota.

—Quiero que lo tengas, Aurora, y me haría muy feliz que lo uses cada día de tu vida, es solo que hoy... hoy es el día necesario pero no el adecuado para esto —Aurora lo miró confundida—. Hoy debemos hacer una declaración y al hacerla con ese anillo y precisamente aquí...

—¿Por qué precisamente aquí?

—¿No dejas escapar nada? —Tristan hizo un gesto de negación y se sentó en el sofá junto a Aurora. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Amo la ópera, me recuerda a mi madre. Ella solía cantarnos, también nos llevaba al teatro. No aquí, claro, la Ópera Metropolitana no estaba construida. Íbamos a la Academia de la Música —el tono de dulce añoranza había regresado—. Cuando murió no pude disfrutarla más, no aquí, no en un lugar donde la gente viene a ver y a ser vista en vez de apreciar la belleza de la música y lo que ocurre en el escenario. Tengo años que no vengo. Ellos lo saben. Preferiría que hubiésemos hecho esto de otra forma, en otro lugar, pero estar aquí hoy, contigo, con la familia entera, es importante. Envía un mensaje que te protege.

Tristan abrió los ojos nuevamente y ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada dulce de Aurora y su rostro adornado por una sonrisa triste. Solo con ella se sentía capaz de despojarse de las armaduras, solo con ella estaba lo suficientemente cómodo para contarle su vida sin siquiera reparar en ello.

¿Cuándo había ocurrido?

Tal vez era porque era tan joven, tan inocente para muchas cosas. Era la última persona del mundo que podría tramar algo raro.

—Será un honor usar el anillo de tu madre —le dijo con voz suave, y Tristan comenzó a sonreír pero, para su sorpresa, Aurora cerró la caja y se la devolvió—, pero vas a tener que pedírmelo apropiadamente.

—¿Me vas a obligar a hacerlo?

—Es el anillo de tu madre, Tristan, no un pañuelo que le prestas a alguien porque estornudó —lo miró muy seria—. Dale un poco del respeto que se merece.

Con un suspiro Tristan se puso de pie, estiró su frac y, tras echarle una mirada breve a la caja de terciopelo aún en su mano, volvió a sonreír, esta vez con el gesto de malicia que lo caracterizaba.

—No puedo creer que vaya a hacer esto —musitó antes de hincarse en una rodilla a los pies de Aurora—. Señorita Aurora Haigh, ¿me haría el inmenso honor de poner fin a mi sufrimiento y consentir ser mi esposa?

—No sabía que estaba sufriendo, señor Van Aken —lo picó para evitar reconocer el cosquilleo que recorría su cuerpo, esconder con sarcasmo la sonrisa enorme que se instaló en sus labios y que amenazaba con tragar todo su rostro. A fin de cuentas, real o no, era una proposición hermosa, hecha en un lugar muy romántico con el sonido de fondo de violines que afinaban.

—Mi orgullo está severamente golpeado y mi rodilla no está enteramente cómoda en esta posición, así que sí, es un sufrimiento muy grande que me causa, señorita Haigh.

—Ahora que lo menciona, señor Van Aken —continuó ella dándose un golpecito en el mentón—, si hacerme una proposición como Dios manda es un riesgo para su salud...

—Solo di que sí.

—Sí.

—Gracias.

Tristan tomó el anillo, lo deslizó en el dedo de Aurora para luego inclinarse un poco más y besar su mano.

Así los encontraron los Haigh y los Van Aken cuando regresaron al palco, y si eso no convencía a su padre de que estaban enamorados, Aurora no sabía qué más podía hacerlo. Seguramente las lágrimas que disimuladamente tanto Leticia como Caroline trataron de ocultar ante la escena, así como la sonrisa enorme de Robert Van Aken, ayudarían.

¿Es que acaso ellos también creían que era real?

No los culpaba, cuando ella misma se había dejado arrastrar por la posibilidad.

No obstante, ahora había otras cosas de qué preocuparse. El espectáculo estaba por comenzar y no se trataba únicamente del que tendría lugar sobre el escenario.

Tristan tomó su mano y la apretó ligeramente. También le dedicó una sonrisa cómplice que se quedó en sus labios únicamente el tiempo necesario para que Aurora

la viera. Luego se transformó nuevamente en ese hombre que era la mayor parte del tiempo: altivo, imponente, atemorizante, sin una onza de compasión en ninguno de sus huesos.

Con Aurora del brazo dejó la antesala y ambos hicieron su entrada al palco; el resto de la familia entrando detrás en una composición arreglada.

Poco a poco las conversaciones cesaron y todas las miradas en la platea, en los palcos e incluso más arriba donde aquellos con menos recursos se sentaban, se centraron en ellos.

Algunos intentaban disimular, ocultando sus labios y expresiones tras los abanicos de plumas; otros simplemente abandonaron toda pretensión y tomaron sus binoculares dorados para estudiar la escena más de cerca.

Era como si fueran ellos los que estuvieran sobre el escenario, iluminados por brillantes luces, interpretando un papel lo suficientemente bien para que todos los creyeran.

Tal vez lo eran.

Aurora puso su mejor aire de niña inocente mientras Tristan aparecía arrogante, como un rey burlándose de unos súbditos poco inteligentes.

—Tienes que poner tu mano en la baranda —le dijo él en un susurro inclinándose hacia ella.

—¿No sería eso demasiado obvio? —le preguntó también en voz baja, tratando de mover los labios lo menos posible. Estaba casi segura de que más de uno estaba tratando de adivinar qué se estaban diciendo el uno al otro.

—Seguro se están preguntando por qué no llevas guantes —Tristan miró a la gente, sonrió de forma cruel y luego volvió a inclinarse hacia Aurora—. Dales los que están esperando para que finalmente nos dejen en paz.

Lentamente, como si fuese un gesto casual, Aurora puso su mano sobre la baranda de bronce y se inclinó ligeramente, como si quisiera apreciar mejor los cortinajes o los destellos que las luces arrancaban de las gargantillas y las diademas de diamantes de los asistentes.

Cuando consideró que ya todos habían visto el enorme rubí y, con toda la delicadeza posible, Tristan la ayudó a sentarse en la primera fila del palco para luego besar nuevamente su mano.

Casi se escuchó un suspiro colectivo de asombro en la sala.

Capítulo 16

La noticia del enlace Van Aken-Haigh tomó a la sociedad de Nueva York casi por asalto. El anuncio oficial del compromiso publicado en el periódico fue solo la confirmación de la noticia que se comentaba en todos los salones de la ciudad desde que ambas familias aparecieron juntas en el palco de la ópera.

Desde ese día, y por dos semanas, cada señora, y también algunos señores, revisaba su correspondencia con ansias esperando encontrar la invitación en el correo. Nadie quería quedarse sin asistir a lo que ya había sido denominado «la boda del año», pues quedar fuera era considerado una especie de muerte social.

Los chismes no fueron pocos. A fin de cuentas el hombre más temido y deseado, el soltero más codiciado y criticado, no anunciaba su compromiso de una forma tan pública con una de las damas más castas y pasaba desapercibido.

Nancy Merrington trató de desperdigar su veneno, pero no tuvo una gran audiencia que la escuchara pues, poco a poco, y sin ninguna explicación aparente, dejó de ser admitida en los recibidores de Manhattan. Pudo, sí, echar a correr alguna habladuría entre la escasa audiencia que le quedaba, insinuando motivos para la rapidez del enlace, pero las matronas de la sociedad le salieron al paso afirmando que fueron ellas quienes recomendaron una boda rápida, teniendo en cuenta la reputación de Tristan Van Aken y la inocencia de Aurora Haigh.

Nadie quería escuchar a Merrington cuando había algún Astor o Vanderbilt que se encargara de desestimar sus comentarios. Además, el hecho de que el tradicional viaje de bodas hubiese sido pospuesto y que ya fuera del conocimiento público que la pareja se instalaría inmediatamente en su nueva casa en la Quinta Avenida, demostraba que la joven Haigh no estaba escondiendo nada bajo los pliegues de sus faldas.

Para sellar los comentarios definitivamente, el tío de Aurora, el ahora séptimo conde de Shurland, había enviado sus felicitaciones y bendiciones a la nueva pareja en un telegrama (que fue convenientemente filtrado a la prensa), lamentando que la rapidez del enlace le imposibilitara asistir e invitando a la futura señora Van Aken y a su esposo a visitarlos en lo que les fuera posible.

Mitigados los escándalos, todo Manhattan se concentró en otro tema: el vestido de novia.

En todos los salones, en los pasillos de la ópera, en las cenas en Delmonico's e incluso en los periódicos se manejaban diversas teorías, y ninguna se acercaba a la realidad.

El vestido era uno de los modelos que Aurora había encargado en Worth para la temporada, pero que nunca había encontrado el momento para usar. Era de una seda pesada color marfil, con una amplia falda, mangas largas, cuello alto y un talle tan

ajustado que hacían falta dos personas para atar su corsé.

Sin embargo, eran las alteraciones hechas por la hermana de Sherry al modelo original lo que lo hacían llamativo y muy distinto a lo que tradicionalmente llevaban las mujeres el día de su boda: la cinta de raso en la cintura, los ribetes de las mangas y el cuello, incluso los sesenta y cinco pequeños botones en la espalda eran rojos.

Había sido idea de León realzar la pureza de Aurora en contraste con la mala reputación de Tristan.

La iglesia estaba decorada con rosas blancas y rojas, a juego con el anillo de compromiso y el color del cabello de la novia; las invitaciones en el más fino papel habían sido lacradas en rojo con el sello Van Aken, dándole a todo el asunto un dejo de distinción antigua. Incluso el pastel de bodas, elaborado por el mismísimo *monsieur* Hilarie, había sido cubierto de fresas sobre el blanco betún.

Hecho por cualquier otra persona habría sido considerado vulgar, hasta escandaloso, apartarse de los parámetros tradicionales de una boda en Manhattan donde los colores fuertes eran solo para los asistentes, pero León y Caroline consiguieron una mezcla perfecta entre la distinción y lo prohibido. Una novedad que no lucía ofensiva para aquellos de buen gusto, sino que reflejaba lo que todo ciudadano de Nueva York pensaba del enlace.

Los detalles de la decoración también habían sido convenientemente filtrados a un columnista que se deshizo en alabanzas ante la idea, y las damas de las grandes familias ya se preparaban para entrar a la iglesia luciendo sus rubíes o cualquier otro toque de rojo en sus vestidos o tocados. Los caballeros llevarían rosas en las solapas.

La mañana de la boda todos en la residencia Van Aken hacían lo posible para mantenerse apartados de Tristan. Había dormido allí para supervisarlos todo y no había dado tregua ni a Caroline ni a León; tampoco al inocente que llevó las flores, al cochero, a las mucamas ni al mayordomo, repitiendo hasta la saciedad a qué temperatura debía descorcharse el champán.

Tras rehusar el ofrecimiento de su hermano para que el viejo Burke lo ayudara a vestirse, argumentando que se vestía solo desde los diez años, Tristan desapareció en su habitación entreteniéndose la idea de montar a Aurora en un tren y dejar a todos esperando.

«Eso invalidaría el por qué estás haciendo esto», se recordó mientras comenzaba a vestirse con el traje de levita gris claro designado para la ocasión.

Tres golpes secos en su puerta fueron suficientes para agotar su paciencia, ya desmejorada con los botones, pero antes de que pudiera ladrar a quien osara molestarlo, Caroline entró cargando una bandeja con un servicio de té y con toda la severidad que normalmente la acompañada.

Ya estaba lista para asistir a la iglesia con un pesado vestido color vino y un discreto peinado. Todo en ella era discreto: sus joyas, sus sonrisas... hasta sus regaños solían ser discretos. Tristan no podía recordar una sola ocasión en la que Caroline, exasperada, le hubiese reñido en público o le hubiese golpeado, ni siquiera

aquella vez que arruinó una de sus visitas arrojándole a la anfitriona...

—Pensé que te gustaría tomar algo mientras te preparas —dijo Caroline dejando el servicio sobre la cómoda e interrumpiendo los recuerdos de Tristan.

—*Whisky* hubiese sido mejor —le respondió él con una mueca, aún tratando de ponerse la corbata.

—¡Ni hablar, Tristan! —y comenzó a servirle una taza de té—. El novio no llegará a la iglesia achispado, no si puedo evitarlo.

—¿Vas a vigilarme toda la mañana?

—Si es necesario —momentáneamente Caroline frunció el ceño—. ¿Necesitas ayuda con la corbata? Tu hermano está buscando unos gemelos que eran de tu padre para que los uses hoy, seguro estará aquí en cualquier momento.

—No necesito ayuda —con un par de movimientos Tristan terminó de arreglar la corbata—. Crecí contigo, eso me enseñó unas cuantas cosas sobre corbatas, sombreros, tenedores y la manera correcta de sentarse en un sofá cuando se tiene compañía.

—Al menos te quedó la información, aunque no la uses.

Caroline no pudo resistirse y en dos pasos estaba frente a Tristan, dándole unos cuantos toques innecesarios a la corbata hasta considerar que estaba perfecta.

—Espero que finalmente seas muy feliz, Tristan —le deseó Caroline con una voz cargada de emoción mientras estiraba por enésima vez su camisa—. Tendrás una boda muy hermosa.

—Supongo que debo agradecértelo —le respondió sin saber muy bien qué hacer con las atenciones de su cuñada.

—Ni lo menciones. Era mi deber —Caroline dio dos pasos atrás como para apreciar mejor el estado del traje de Tristan y algo en su rostro cambió—. Tú... tú eres lo más cercano a un hijo que tengo, y organizar tu boda ha sido un hermoso privilegio, uno que nunca pensé que tendría la oportunidad de disfrutar. A pesar de todo, estoy muy orgullosa de ti.

Tristan sintió algo muy parecido a ese remordimiento que usualmente mantenía a raya, no podía estar seguro, tenía muchos años que no se permitía esa emoción. Sin embargo, recordó que en todos los momentos que pasó intentando hacer rabiar a Caroline, llegando borracho o ensangrentado tras una pelea callejera, e incluso después, cuando ya no vivía con ella, irrumpiendo en sus cenas y recepciones haciendo sentir incómodos a sus invitados, nunca se molestó en pensar que sus fiebres las cuidó ella sentada en vela al pie de la cama, que era ella quien lavaba sus nudillos ensangrentados y enviaba por el médico a las tantas de la madrugada, que cada vez que salía de viaje le traía un regalo, incluso cuando ya era un adulto, y en la cocina Van Aken, por órdenes de Caroline, siempre había esas galletas de almendras que le fascinaban.

No era su madre, pero al menos se había preocupado por «el hijo de la cantante alemana» cuando nadie más lo había hecho.

—Gracias, Caroline —tenía esa extraña sensación de que algo intangible se acomodaba en su interior—, por todo.

Incapaz de aclarar a qué se refería con «todo», pero esperando que quedara claro que no se trataba únicamente de la boda, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Un poco sorprendida por el inusual gesto de afecto, Caroline se separó nerviosa e hizo lo mejor que pudo por enjugar las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos.

—Bueno, ahora apresúrate —y comenzó a caminar hacia la puerta—. Sería una terrible descortesía que el novio se presente tarde a la iglesia. No me avergüences, Tristan.

Abrió la puerta para encontrarse con Robert, que venía entrando seguido de Leticia.

—¿Caroline, estás bien? —Robert la miró preocupado.

—Creo que Tristan ha estado fumando en este cuarto —sin mirarlo mucho salió murmurando algo sobre pedirle a la sirvienta que aireara la habitación y sacudiera las cortinas porque las alergias iban a matarla.

—¿Qué le hiciste? —Robert se acercó a su hermano mirándolo con reproche—. Ya estás bastante crecudito para continuar esa guerra absurda con Caroline. ¡Madura, Tristan!

—¡No hice nada! —Tristan levantó las manos—. Le agradecí su esfuerzo de tantos años.

—Ahora lo entiendo —Leticia entró y tomó la taza que Caroline había dejado servida—. Seguro cree que estás tramando algo y llora porque teme que arruines la boda —dio una probada al té y se sentó en una poltrona—. León también llorará por días si haces alguna de las tuyas, así que, por favor...

Tristan puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Toma esto —Robert le dio una caja de terciopelo—. Los estaba guardando por si acaso un día como este llegaba antes de mi muerte.

Curioso, Tristan abrió la caja y no pudo evitar que la sorpresa coloreara sus facciones. Eran unos gemelos que conocía muy bien, de oro blanco y rematados con un rubí.

—Me había olvidado de ellos.

—Papá los mandó hacer especialmente a juego con el anillo de mamá —Tristan sonrió como cada vez que Robert usaba ese título para referirse a Silvia. Desde que Robert tenía nueve y por catorce años siempre la llamó de esa forma, pues era la única madre real que había tenido. Luego las grandes damas de la sociedad le recordaron que tenía una madre biológica y que debía honrarla. A partir de ese momento solo usaba el título en privado—. No hay mejor día para regalártelos, hermanito.

—Gracias —Tristan sacó los gemelos de la caja y comenzó a trabajar en los puños de su camisa.

—¿Necesitas algún consejo para tu noche de bodas? —preguntó Robert con sorna mientras ocupaba la poltrona junto a la de Leticia, y Tristan resopló con desdén.

—¿Con cuántas mujeres has estado Robert? —le preguntó de vuelta levantando una ceja.

—Un caballero nunca cuenta, y yo soy un caballero.

—Yo no —Tristan terminó de colocarse los gemelos en los puños y estiró su camisa—, lo que me hace estar más capacitado que tú para estas cosas.

—¿Necesitas algún consejo para mantener a tu esposa feliz después de la noche de bodas? —preguntó Leticia levantando una ceja.

—Me extraña que no lo sepas, hermanita —Tristan tomó la levita del perchero y se la colocó, dándose otra mirada en el espejo—, pero excedo en eso de hacer feliz a las mujeres.

Robert se le acercó por detrás y le puso las manos en los hombros.

—Un matrimonio feliz no se trata únicamente de noches de pasión y habilidades entre las sábanas, Tristan —lo miró a través del espejo, sus ojos encontrándose en ese campo hecho de reflejos—. Se trata de una colección de pequeños momentos, casi imperceptibles, pero que al mirar atrás y recordarlos siempre traen una sonrisa a nuestros labios.

Horas después, Tristan no estaba seguro si entre esos momentos felices que había mencionado su hermano podía contar estar parado en esa iglesia repleta, con todas las personas importantes sonriendo embobadas; la expresión de funeral de Elliott Van Bruggen o el llanto que imaginaba estaba derramando Nancy Merrington, pues el no haber sido invitada a la boda había puesto la lápida a sus actividades sociales.

Seguramente no, pues no era simple felicidad lo que surcaba por sus venas, sino algo más parecido al triunfo. Todos esos rostros, todas esas personas, en menor o mayor medida, lo habían condenado alguna vez, y ahora estaban sentados rindiéndole pleitesía en el día de su boda; una boda con una mujer que ninguno de ellos imaginó que aceptaría a alguien como él.

Les había robado a su nueva princesa sin que se dieran cuenta.

Un ramalazo de pánico le apretó el pecho. ¿Qué tal si ella no se presentaba? ¿Si alguno de sus hermanos la había convencido finalmente de escapar en último minuto? ¿Y si Elliott Van Bruggen decidía dejar de ser un pusilánime y trataba de impedir la boda? Y así su mente siguió divagando, imaginando miles de improbables escenarios, cada uno peor que el otro, hasta que sonó la música y la vio entrar de la mano de su padre en la iglesia.

Ese, seguramente, sí contaba como uno de los momentos de Robert, porque justo en ese instante ya no estaba embriagado por el triunfo ni entreteniendo posibles eventualidades; se trataba de un sentimiento que no experimentaba desde que era niño: una inexplicable, pura y sencilla felicidad.

Capítulo 17

La nueva casa de la recién estrenada pareja Van Aken en la Quinta Avenida estaba prácticamente vacía. Nadie abrió la puerta a los nuevos señores cuando llegaron pasadas las once de la noche y sus pasos retumbaron gracias a la acústica que la falta de mobiliario producía.

Tristan se disculpó por ello, pero Aurora estaba demasiado cansada para prestar atención.

Había sido un día muy largo: levantarse al amanecer para prepararse, la boda, la recepción que se extendió por horas y luego la ruidosa fiesta en The Gents que los empleados ofrecieron a su jefe, donde bailó con todo el que se lo pidió, bebió más cerveza de la recomendable y rio tanto y tan ruidosamente que hasta a ella le pareció inapropiado.

Subir la escalera fue todo un reto que solo logró completar gracias a que se recargó en Tristan durante todo el trayecto.

—Esta es tu habitación —Tristan se adelantó, abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza invitándola a entrar—. Espero que te guste.

Los adormecidos sentidos de Aurora se despertaron como si alguien le hubiese echado un balde de agua fría encima.

Era la única habitación de la casa que había visto iluminada y completamente amueblada, y el contraste resaltaba como una margarita en medio de un campo de lirios blancos.

El tapiz de las paredes era de rayas de un verde oscuro, exactamente del mismo tono de los ojos de Aurora, y hacía juego con una poltrona que estaba en un rincón, cerca de la ventana y con la colcha de una cama enorme con dosel.

Adentrándose en lo que ahora sería su espacio más personal, notó una delicada peinadora de caoba artísticamente pintada a mano con motivos de pequeñas hojas verdes que parecían crecer sobre la superficie; igual que el armario, la cómoda y las mesas de noche. Una mullida alfombra cubría casi todo el espacio, y un gran espejo ovalado en un rincón completaban una decoración perfecta.

Todo era hermoso, de buen gusto y parecía haber sido pensado especialmente para ella.

Se volteó sorprendida, pero Tristan ya no estaba allí.

Continuando con su exploración, con sorpresa descubrió que toda su ropa había sido cuidadosamente dispuesta en los espacios destinados para ella, al igual que algunos de sus libros favoritos.

Había una puerta a cada extremo de la habitación. La de la derecha estaba cerrada mientras que la de la izquierda daba paso al cuarto de baño más grande que hubiese visto en su vida y con todas las comodidades.

Regresó a la habitación totalmente despierta. No era el lujo lo que la había sorprendido, a fin de cuentas había crecido con él, sino lo delicado de todos los detalles. No era una habitación cualquiera deliciosamente decorada como la de un hotel o la que le asignarían en una gran mansión si fuese a pasar unos días, era una habitación en la que podría sentirse cómoda, y eso era reconfortante, especialmente en su primer día fuera de casa.

Le costó un poco de trabajo, pero consiguió desvestirse sin ayuda y eligió uno de sus viejos camisones de batista para sentirse más en casa. Deshizo su peinado, se cepilló el cabello y lo trenzó.

El agua fría con la que se lavó la cara y las manos terminó de despertarla, por lo que se envolvió en un chal de encajes y encontró los periódicos de esa mañana colocados en una de las mesas de noche. Se sentó en una de las poltronas y se dispuso a leerlos ya que, con todo el trajín del día, no había tenido tiempo de dedicarse a una de sus más sagradas tareas.

Todo se sentía al mismo tiempo familiar y extraño. Algo tan cercano y simple como el día siguiente era una incógnita aterradora y el más excitante reto.

—Solo tienes que acostumbrarte a la idea —se dijo en voz alta, tratando de darle sentido a todos esos sentimientos tan opuestos que tiraban de ella en distintas direcciones—. Esta es tu nueva casa, tu nueva habitación y poco a poco tendrás una nueva rutina, una nueva vida... libre al fin.

Trató de concentrarse nuevamente en el periódico y casi lo logró hasta que unos pequeños golpes provenientes de la puerta cerrada de la derecha le hicieron levantar la vista.

La cabeza rubia de Tristan apareció por la puerta, hasta ese momento misteriosa, y sus pies descalzos entraron sin esperar invitación.

También se había cambiado. Estaba cubierto con una bata de seda y lo que parecía ser un pantalón de dormir.

Lo familiar de toda la escena, tomando en consideración que Aurora podía contar con una mano las veces que habían estado solos, extrañamente no le incomodó. Ni siquiera pensó en ello. Su única reacción fue una sonrisa involuntaria.

Esa sensación intimidante, hasta de miedo, que él le causaba en un principio se había mitigado poco a poco al igual que dejabas de sentir el frío tras estar mucho tiempo enfrentando una ventisca. Ayudaba el hecho que el Tristan que había llegado a conocer no solo era aterrador e implacable, también podía ser divertido, amable y protector.

—¿Te gustó la habitación? —le preguntó recostándose en uno de los postes de la cama.

—Es encantadora, gracias.

—No sabía si ya estabas dormida.

—Estaba un poco cansada cuando llegamos, pero el sueño parece haberse hartado de esperar que le prestara atención y me abandonó.

Tristan asintió con la cabeza.

—¿Nerviosa?

—No, ¿por qué habría de estarlo? —le respondió sonriendo, y Tristan la miró de esa forma particular, ladeando la cabeza como si estuviese buscando la manera de descifrarla.

—Tal vez —Tristan se sentó a los pies de la cama— porque la mayoría de las mujeres están un poco nerviosas en su noche de bodas.

Como impulsada por un resorte Aurora se levantó de la poltrona. Las hojas del periódico cayeron a sus pies al igual que el chal de encajes y, por primera vez desde que Tristan entró a la habitación, se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda. Toda la comodidad que había sentido hasta hacía un segundo se borró de un plumazo, siendo sustituida por un sentimiento que le era ajeno: inseguridad.

Bruscamente cruzó los brazos en el pecho.

—Creo que no entiendo.

—Hoy fue nuestra boda —explicó Tristan sonriendo de lado—, y ya es de noche.

—Obvio —y no estaba segura si estaba hablando con Tristan o con ella misma.

¿Por qué no había pensado en esa posibilidad? ¿Por qué nadie se lo había recordado? Era un asunto obvio, sí, y también completamente descabellado teniendo en cuenta el porqué se habían casado. Aun así, ahora que era consciente de que era una opción, estaba extrañamente agitada.

Lanzó una mirada furtiva al chal en el piso y se debatió unos segundos sobre si recogerlo. Por alguna razón, inclinarse no le pareció una buena idea, aunque tampoco lo era quedarse allí parada. No era mucho lo que sus brazos podían ocultar.

—Es que no pensé que tendríamos ese tipo de matrimonio —dijo finalmente, quedándose donde estaba.

—¿Qué tipo de matrimonio?

—Uno real.

Tristan rio por lo bajo.

—Estamos realmente casados, Aurora. El sacerdote era de verdad, no un acto, y el contrato matrimonial es completa y absolutamente legal, pregúntale al abogado —la miraba directamente a la cara, pero mantenía la postura relajada, sentado en la cama, como si estuvieran hablando de las incidencias del día—. Recitamos unos votos en los que prometí quererte y serte fiel y, al menos de mi parte, era verdad.

Sus palabras surtieron un efecto que no había esperado: un hormigueo tibio que se extendía desde el centro de su pecho hasta la punta de sus dedos.

—Si esperé tanto para casarme pensé que podía hacer las cosas correctamente, para variar —Tristan se encogió de hombros—. Quiero ser tu esposo, Aurora, tu esposo de verdad, si eso es lo que quieres.

Aurora tomó una bocanada de aire esperando que la circulación de oxígeno aliviara la presión que sentía en el medio del estómago.

No funcionó.

Probó nuevamente, descruzando los brazos.

—¿Necesitas tiempo para considerarlo? —le preguntó, sin que otra expresión, más allá de un ligero tinte de diversión, pasara por su rostro—. No tiene que ser hoy. No tiene que ser nunca. No te obligaría a nada, Aurora.

—Lo sé —el corazón de Aurora amenazaba con salirse del pecho y sus rodillas con traicionarla. Lo peor era que estaba convencida de que la sensación no desaparecería a menos que tomase una decisión, y no cualquier decisión, una que ya había tomado aunque permaneciese enmascarada dentro de los pliegues de su extraña inseguridad—. Confío en ti.

Y antes que le flaquera, ya fuera el valor o las piernas, antes de que su mente elaborara algún pero que con seguridad encontraría, caminó hacia la cama. Se sentó en un costado y respiró un par de veces más antes de acostarse mirando al techo. Por instinto cruzó las piernas en los tobillos antes de recordar que eso era una mala idea, tampoco sabía dónde colocar los brazos.

Al cabo de un momento, la cama se hundió a su lado y sintió el calor de otro cuerpo deslizarse cerca, sin tocarla. Era solo una presencia, una especie de corriente eléctrica.

Esperó.

No ocurrió nada.

Como siempre le sucedía, la curiosidad le ganó al miedo y volteó.

Tristan estaba acostado a su lado, mirando también al techo y con los brazos cruzados detrás de su cabeza. Se había despojado de la bata, por lo que mucha piel estaba a la vista, muy cerca, y era más hermoso de lo que recordaba, con cada cicatriz dándole una cualidad mortal a su perfección. Solo así parecía real, y no una estatua tallada en mármol.

Por un momento se sintió más ahogada que con el apretado vestido de novia, por lo que decidió ir a un terreno más seguro. Con la vista buscó la herida más reciente, esa de la que había sido testigo, y se concentró en ella, tratando de separarla del torso desnudo que estaba a su lado.

La carne ya se había cerrado, pero aún era una viciosa línea de grueso cordón rojo que atravesaba su costado.

Delicadamente estiró los dedos y apenas la rozó.

—¿Todavía duele? —preguntó.

—Ya no —la voz de Tristan sonó más grave de lo usual, oscura, y algo dentro de Aurora se tensó, anticipando, temiendo y deseando al mismo tiempo—. ¿Aurora?

—¿Sí?

—¿Has hecho esto antes?

La pregunta la tomó por sorpresa. Su primer impulso fue dar una respuesta corta, directa; también una risa nerviosa subió por su garganta amenazando con escapar.

—¿Te importaría? —dijo sin dejar que su vista se distrajera de la cicatriz.

—Yo lo he hecho antes. Varias veces —dijo divertido—, y me casé con una mujer

que cree en la igualdad, así que no, no me importaría —se quedó callado unos cuantos segundos—. Pero necesito saber antes que nada ocurra. No quiero hacerte más daño del necesario.

Si acaso era posible, el estómago de Aurora se le arrugó aún más, tanto que ya le dolía.

—No —respondió, y aguantó la respiración. Casi deseaba que todo terminara de una buena vez o, al menos, empezara—. No lo he hecho antes.

—¿Sabes qué esperar?

Aurora volvió la cabeza nuevamente hacia el techo y cerró los ojos, recordando esa conversación. Sin proponérselo, sonrió.

—Unas semanas antes de morir, mi madre quiso hablar conmigo. Se disculpó porque no podría estar presente el día de mi boda y me explicó detalladamente cómo sería. No quería dejar nada por fuera en caso de que más adelante tuviera dudas y nadie adecuado para responderlas. Siempre fue una mujer muy directa, para ser inglesa —la sonrisa se le ensanchó. Era el último recuerdo feliz que tenía de su madre. Ese día compartieron secretos, risas y confidencias acostadas en la misma cama. Ella se sonrojó y abrió los ojos como platos y su madre rio mucho, con picardía, con alegría—. Al final del día, cuando ya no había más explicaciones, me dijo que más allá de la mecánica, de la incomodidad que inicialmente sentiría, podía llegar a ser algo realmente hermoso si se estaba enamorada.

Aurora sintió los dedos de Tristan tocar los suyos en una caricia tan delicada que parecía un accidente, un roce fortuito, pero que a pesar de su levedad, o precisamente por ella, generó una especie de sobresalto que se manifestó únicamente por debajo de su piel.

—¿Puede ser así para nosotros, Tristan? ¿Hermoso? —preguntó abriendo los ojos, pero sin verlo.

El rostro de Tristan apareció sobre el suyo tan cerca que podía sentir el calor de su aliento.

—Te prometo que haré todo lo que pueda para hacerte sentir así cada día que estemos juntos.

Tristan salvó el pequeño espacio que los separaba y rozó sus labios, una, dos, tres veces, cada vez permaneciendo allí más tiempo, hasta decidirse a ir más profundo, presionando con su lengua para que lo dejara entrar, explorando el interior de su boca hasta que ambos estaban sin aliento y aun así no se detuvo.

Cada espacio de piel disponible en su rostro y en su cuello fue depositario de un beso distinto. Algunos eran leves, apenas una caricia; otros húmedos y persistentes con un poco de dientes o algo de succión.

También estaban sus manos, explorando sus brazos, su torso, sus piernas; dejando a su paso más piel descubierta donde seguir besando.

Y con cada toque de dedos, boca, piel, el calor aumentaba, el corazón de Aurora latía más deprisa y el aire que entraba en su cuerpo parecía insuficiente. Aun así era

una deliciosa tortura. No quería que terminara.

—Ven aquí —Tristan se incorporó, arrodillándose en la cama y tomándola de la mano la ayudó a levantarse hasta que quedó también de rodillas frente a él—. Quiero abrazarte.

La ciñó por la cintura y la pegó a él volviendo a besarla. Aurora pudo entonces sentirlo completamente, ese pedazo de carne viva y ardiente que se pegaba a su estómago. Fue inevitable el suspiro de sorpresa que brotó de sus labios.

—¿Puedo? —preguntó él sosteniendo entre sus dedos la fina cinta de raso que mantenía cerrado su camisón justo debajo de la clavícula.

Aurora no confiaba en su voz, por lo que solo asintió y lentamente Tristan tiró de la cinta.

La tela se partió, convirtiéndose en cómplice, cayendo más de un lado que de otro en un desbalance muy parecido al que ella sentía en su interior. La siguiente parada de la boca de Tristan fue su hombro, y desde allí descendió, dejando un rastro marcado con su aliento hasta el valle entre sus pechos. No intentó interferir con el libre albedrío de la tela que aún la cubría, y sobre ella también aterrizaron sus labios, justo en el pico de sus senos.

La humedad, la fricción de la tela a través de la lengua de Tristan, la hicieron gritar. Era algo muy parecido a la frustración, tener su boca allí pero no directamente. Todo le generaba una sensación de pesadez debajo del ombligo que demandaba desaparecer y, en protesta, su cuerpo se revolvía inquieto.

—Tranquila, amor —susurró Tristan en su camino de regreso, y le dio un beso rápido en los labios. Luego tomó la parte baja del camisón, que se le había enrollado hasta los muslos—. ¿Me dejas verte?

Esta vez no esperó respuesta.

Comenzó a subir la tela por sus costados tocando todo a su paso, convirtiendo el hecho de desvestirla en una caricia.

Solo después de que la prenda había salido sobre su cabeza, Aurora fue consciente de que ahora sí estaba desnuda. Se sentó sobre los talones y pegó las rodillas en un vano intento por ocultar algo. Sus manos no parecían ser suficiente.

—Falta algo —anunció él, y Aurora trató de cubrir más con sus manos tratando de disminuir cualquier carencia—. El cabello.

Tristan tomó delicadamente la trenza en la que estaba contenido su cabello y comenzó a desarmarla lentamente, sin prisas, disfrutando cada segundo, hasta que la cascada de rizos rojos estuvo libre sobre sus hombros. Tomó unos cuantos mechones enrollándolos entre sus dedos como si estuviera viendo una maravilla que sus ojos habían pasado por alto.

—Rojo —musitó como si no se hubiese percatado hasta el momento. Luego se separó y la recorrió con la vista, varias veces, deteniéndose en algunos lugares, y le tomó las manos para descubrirla completa—. Rojo en todas partes.

Aurora hizo un leve intento de recuperar sus manos para volver a cubrirse, pues

estaba segura de que el rojo se había extendido hacía bastante rato hacia su cara y el último comentario amenazaba con extenderlo hasta su pecho.

Tristan la detuvo.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo maravillado—, y me gustaría mucho, si te sientes cómoda con ello, que me tocaras.

No era una orden, tampoco una invitación. Era más bien una súplica.

Tentativamente Aurora estiró una de sus manos y deslizó sus dedos por uno de sus brazos, sintiendo la dureza debajo de la piel, recorriendo cada hendidura, cada marca, deleitándose en la sensación de suave cosquilleo que le producía el vello de sus brazos cuando pasaba delicadamente el dedo por encima. Luego hizo lo mismo con su pecho y estómago, una y otra vez, hechizada por el rastro que dejaban sus manos en la piel brillante por la transpiración, por los músculos que se contraían a su paso haciéndole comprender que para él también era una deliciosa tortura.

—No solo con las manos —dijo Tristan con una voz ahogada, y Aurora levantó la vista.

Se veía tan hermoso. Allí, de rodillas y las manos apretadas sobre los muslos, con los ojos cerrados y el rostro contraído, sin moverse, solo esperando... por ella.

Incluso en ese momento la hacía sentir libre: era su decisión.

Se inclinó y lo besó primero en ese hoyuelo en su quijada que tanto la hipnotizaba; luego en el hombro, tal y como él había hecho con ella, y poco a poco imitó cada uno de los besos que le había dado: suaves, fuertes; húmedos, breves. Era como una niña golosa en una tienda de dulces, probando todo, saboreando, deleitándose. Besó también sus pezones, los rodeó con su lengua sorprendiéndose de su superficie rugosa, de su dureza, hasta que Tristan la tomó de los hombros y la separó de su cuerpo.

Su mirada era dura y movía la mandíbula como si estuviera masticando sus propias muelas.

—¿No te gustó? —le preguntó preocupada. Lo había disfrutado tanto que nunca pensó que estuviera haciendo algo que no debía.

—Me gustó demasiado —hizo un esfuerzo por relajar el rostro, incluso trató sonreír—, y ahora demasiado no es bueno para mí, solo para ti.

No entendió, y estaba a punto de preguntar, pero delicadamente Tristan la guio nuevamente hacia la cama hasta dejarla acostada.

«Ahora sí. Llegó el momento», pensó Aurora, aunque no entendía bien cómo ocurriría lo que se suponía que debía ocurrir si él todavía tenía puesto el pantalón.

Cuando Tristan se acostó a su lado, descansando en uno de sus costados, Aurora creyó que iba a gritar de frustración. Se sentía como un pez capturado en un sedal, jalado por momentos y dejado libre por otros. Nunca nadie le dijo que para llegar a ello habría tanto preámbulo. Nunca había sido de las que apreciaban los prefacios, y no tenía la suficiente información práctica para ponerle fin a la espera.

Se volteó también sobre su costado hasta quedar frente a él. Tal vez algo se le

ocurriría, pero todo volvió a comenzar.

Si bien Aurora pensaba que ya había tenido suficiente de aquello, el pensamiento quedó para el olvido cuando Tristan empezó a deslizar un dedo por su cuerpo. Con una caricia andariega, ese dedo jugó cerca de su ombligo, antes de seguir descendiendo y quemándola de adentro hacia afuera.

No pudo evitar una instintiva retirada cuando ese dedo se sumergió allí donde nadie nunca la había tocado.

—Tranquila —le susurró Tristan mientras continuaba moviendo el dedo, recorriéndola—. No te va a lastimar. Estás cremosa, lista para esto.

No era mentira. No le hacía daño, no realmente, pero era algo parecido al dolor, que la hacía querer gemir, incluso gritar.

El dedo de Tristan se deslizó entre sus capas con facilidad, como si fuera una superficie resbaladiza, hasta que lo sintió entrar en su cuerpo y gritó no de incomodidad, tampoco por la sorpresa. Fue un grito instintivo, primario, una nueva manera que su cuerpo tenía de expresarse sin su permiso.

—No tengas miedo —le dijo entre besos, insistiendo dentro de ella mientras la palma de su mano rozaba un lugar que la volvía loca—, no pienses en nada, solo siente y permite que suceda.

«¿Qué tiene que suceder?» se preguntó, pero la respuesta estaba en ella, solo que no tenía palabras con que expresarla. Esa sensación de urgencia dejaba un rastro, y seguirlo daba miedo porque si ahora sentía que su cuerpo estaba a punto de desintegrarse no sabía si podía soportar lo que sucedería.

Pero Tristan continuó hablándole, alentándola, describiéndole cada una de sus sensaciones, y se dejó arrullar. Permitió entonces que su cuerpo respondiera a ese diálogo de emociones hasta que sus extremidades, y todo lo que había en medio, se tensaron como si hubiese sido alcanzado por un rayo; los sonidos dejaron de existir y su visión perdió, por un momento, la facultad de distinguir los colores. Luego colapsó sobre la cama sintiéndose al mismo tiempo cansada y relajada, sin respiración pero contenta, en paz y agitada.

Cuando Tristan apareció sobre ella, cuando sintió sus piernas desnudas sobre las suyas, no estaba en capacidad de sorprenderse por nada más. Le hizo espacio, acunándolo en ella.

Solo tenía un vago remordimiento por no haber visto lo que ahora estaba, duro y caliente entre sus muslos, que acariciaba sus capas con mucha más insistencia de la que habían empleado sus dedos.

Cuando lo sintió en su entrada, inconscientemente levantó sus caderas, pues algo en su cuerpo le decía que allí era donde lo necesitaba, adentro y profundo. Inmediatamente él se retiró.

—Por mucho que me mata la idea de hacerlo lentamente, esta vez tiene que ser así —volvió a colocarse y esta vez Aurora trató de no moverse.

Poco a poco fue presionando, luego retirándose. Con cada milímetro que la

penetraba Aurora sentía que moría, que no podía esperar un segundo más; y cuando se retiraba quería golpear algo.

—Aurora, abre los ojos.

Lo hizo sin recordar cuándo los había cerrado y se encontró con un Tristan que luchaba por controlar su respiración, con unos ojos de un azul mucho más oscuro de lo que recordaba, con unas facciones tan marcadas y afiladas que por un segundo le recordó a ese de su primer encuentro solo que más brutalmente hermoso.

—¿Esposa? —le pregunto y, aún en ese estado, en el fondo de su mirada pudo encontrar picardía y también una plegaria.

—Esposo —y lo dijo con toda la seguridad y el deseo que estaban en ese momento dentro de su cuerpo.

Tristan la besó con fuerza al tiempo que terminaba de penetrarla y el dolor más agudo que había sentido en su vida la tomó por asalto.

Sollozó como una niña pequeña y trató de separarse, de huir, pero estaba atrapada entre el cuerpo de Tristan y la cama, por lo que solo pudo revolverse, tratando de encontrar un resquicio por donde desaparecer.

—Lo siento, lo siento tanto —le dijo Tristan con una voz áspera, y comenzó a besar los restos de las lágrimas que Aurora ni siquiera se había dado cuenta que había derramado—. No volverá a ser tan terrible, con el tiempo... no quería... lo siento tanto, amor.

Había tanta pena y remordimiento en su voz que Aurora trató de sonreír y verlo a la cara. Estaba transfigurado, sudoroso, cada uno de los tendones de su cuello tensos.

—¿También te duele?

—Es otro tipo de dolor —tomó dos bocanadas de aire—. Necesito...

Lentamente comenzó a retirarse, y Aurora sintió una quemazón desagradable que la hizo sisear. Tristan soltó lo que parecían ser maldiciones en voz baja.

Él sabía que no iba a ser cómodo para ella, sabía que habría dolor, pero nunca pensó que le taladraría el pecho partiéndole el corazón en dos. La había hecho llorar. Lo peor era que a su cuerpo parecía no llegarle el mensaje, quería seguir adelante como el desgraciado que siempre había sido. Su alma se había desinflado, pero sus otras partes no se amilanaban.

—Está bien —le dijo ella. Le dio un tímido beso que sabía a llanto y se agarró de sus hombros, no estaba seguro si para ofrecer resistencia o para soportar lo que estaba por venir.

—Sé que es horrible para ti —comenzó a moverse nuevamente. No mucho, pequeñas y secas acometidas, rotando al mismo tiempo sus caderas como para hacerse más espacio y rozar ese punto que había aprendido le gustaba ser acariciado y así darle un poco de placer, una pequeña parte de lo que él estaba recibiendo—. Pero se siente maravilloso estar dentro de ti, estás húmeda, tibia, apretada. ¡Dios! —continuó moviéndose, sin poder evitar lo gruñidos de placer que le producía inclusive esa pequeña fricción—. Aurora, amor...

Fue entonces cuando Tristan lo sintió y pensó que su mente le jugaba una mala pasada: en su mínima retirada, Aurora había levantado sus caderas para perseguirlo.

La siguiente vez trató de retirarse más, y allí estaba otra vez. Cuando volvió dentro de ella con más intensidad que antes, se movió con él, acompasando el movimiento de sus caderas.

La besó otra vez, con un hambre renovada, alimentada por lo gemidos bajitos, casi tímidos, que escapan de la garganta de Aurora. Sonaban involuntarios, y eso los hacía mil veces más hermosos.

—Sí, así, amor, muévete así —susurró contra sus labios. Recargó todo su peso en uno de sus antebrazos y con su mano libre buscó la unión de sus cuerpos. Estaba tan cerca del final, pero no podía robarle ese momento, no después de todo el dolor que le había causado—. Siente donde estoy entrando en ti, siente la humedad allí donde estamos unidos, cómo me muevo —con su dedo empezó a acariciar ese punto donde sabía por experiencia se concentraba el placer femenino—. ¿Lo sientes, mi amor?

—Tristan... —dijo en medio de un suspiro.

—Dilo otra vez —y su voz salió más áspera de lo que esperaba, pues podía sentir cómo empezaba a contraerse a su alrededor y era la sensación más deliciosa que había experimentado.

—¡Tristan!

Fue más un sonido a medio camino entre un grito y un gemido.

El cuerpo de Aurora se tensó como la cuerda de un violín, y sus caderas comenzaron a moverse en espasmos descontrolados, demandando algo de él que no estaba en capacidad de darle.

No todavía.

Tal vez nunca.

Cuando sintió que no podía soportarlo más se retiró, y bastaron un par de apretones de su puño para que finalmente terminara derramándose sobre el estómago de Aurora con una sola palabra en sus labios: «Hermoso».

Capítulo 18

Tristan Van Aken nunca, ni aun en su juventud, había comprendido aquella tontería poética con la que algunos describían ver a alguien dormir; pero la mañana siguiente a su boda, sentado en una silla cercana a la cama, fue sorprendido por un largo estado de embeleso al ver la mata de rizos rojos sobre la almohada, el cuerpo de su esposa dibujado bajo las sábanas, su hermoso rostro en reposo.

Su esposa.

Tras hacerle el amor, había colapsado sobre la cama con esa familiar sensación de paz, de estar flotando fuera de su cuerpo hacia un lugar inexistente donde los problemas desaparecían, solo que en esta oportunidad esa sensación de desapego no era lo más importante. El objetivo que siempre perseguía al estar en la cama con una mujer se había convertido en una etapa, minimizada además por todo lo que había pasado y sentido desde que entró en la habitación.

Si alguien le hubiese dicho que su mejor rato en una cama lo iba a tener en su noche de bodas con una esposa virgen se habría reído hasta más no poder. Nunca pensó que al tratar de convertir la experiencia en algo no muy terrible para ella, entre ambos, habían logrado hacer algo realmente hermoso.

En ese instante, con Aurora desnuda tan cerca, muchos pensamientos cruzaban su mente y todavía más sensaciones danzaban dentro de su cuerpo, pero no prestaba demasiada atención a ninguno, pues no había nada mejor que dejarse consumir por la mezcla de ellos, esa que impulsaba la enorme sonrisa bobalicona que tenía en la boca.

No le apetecía analizar nada, tampoco darle un nombre. De lo contrario, se hubiese sentido amenazado por algo que estaba más allá de su esfera de comprensión.

La noche anterior la había metido en una bañera para limpiar el desastre que había dejado sobre ella y luego la acostó en su propia cama, argumentando que el estado en el que habían dejado los cobertores de la habitación de ella no era el más adecuado para una tranquila noche de sueño.

Lo que no dijo, ni siquiera a sí mismo, era que quería el olor de Aurora entre sus sábanas, dormir sintiendo su calor y tenerla al alcance de su mano para guardarla de cualquier peligro.

Finalmente los ojos de Aurora comenzaron a moverse bajo sus pestañas cerradas, antes de abrirse de forma perezosa. Por un segundo, Tristan sintió un ramalazo de pánico al anticipar la mirada que podría recibir: vergüenza, timidez, incomodidad. Se permitió elevar una plegaria silenciosa para que lo mirara aunque fuera con una pequeña parte de la tranquila felicidad que él estaba sintiendo.

Aurora abrió los ojos y por un instante pareció confundida, como si no lo conociera o no entendiera qué hacía él allí, y luego su rostro se dulcificó, adornándose con esa sonrisa perezosa de quien acaba de despertarse.

—Buenos días —le dijo Tristan sin poder, ni querer, limitar la expresión que le había generado ser visto de ese modo.

—Buenos días —respondió ella incorporándose un poco en la cama, la sábana deslizándose hasta dejar a la vista la curva de su seno—. ¿Qué haces allí sentado?

—Esperando a que despertaras —Tristan se forzó a ponerse de pie y darle una bata. Su bata—. Quiero enseñarte algo.

Curiosa, como siempre, Aurora se puso de pie revelando su cuerpo desnudo.

Con un gesto brusco, Tristan se volteó. Su acción podría haber sido interpretada como una de respeto para con la modestia de su esposa pero, en realidad, sabía bien que si seguía contemplando cada una de sus curvas por un momento más, ninguno de los dos dejaría la habitación en las próximas horas.

Una vez que Aurora estuvo presentable recorrieron el pasillo principal del piso superior hasta llegar a unas puertas dobles.

—Tengo que darte tu regalo de bodas —le dijo Tristan antes de abrir la puerta de un luminoso salón decorado con motivo de margaritas: el tapiz de las paredes, la alfombra amarilla, la tapicería de los muebles y los cojines—. Es tu recibidor privado, solo para ti. Puedes hacer en él lo que quieras.

—¿Me diste un salón? —le preguntó frunciendo el ceño—. Lo diamantes son más fáciles de envolver.

Tristan apuntó hacia una esquina, donde había decenas de cajas cerradas.

—Esos son nuestros regalos de boda. Te dejo el honor de abrirlos y decidir qué hacer con ellos.

—¿Me estás dando como regalo los presentes de otras personas? —insistió ella antes de poner los ojos en blanco—. ¡Tacaño!

Sin responderle pero con una sonrisita misteriosa, Tristan siguió caminando por la habitación hasta llegar a un pequeño y femenino escritorio con algo encima que estaba cubierto por un paño.

—Este es tu regalo de bodas —y con una floritura, como un mago haciendo un truco, Tristan retiró el paño.

Aurora contuvo la respiración en una mezcla de sorpresa y apreciación al ver el objeto: era una máquina de escribir nueva y reluciente.

Corrió hacia ella y comenzó a tocar las teclas, primero con timidez y miradas furtivas, como si esperara algún tipo de catástrofe; luego con más fuerza, riéndose divertida con cada sonido.

—¿Te gusta?

—Creo que estoy enamorada.

Y sin esperar ni un segundo más se echó en sus brazos dándole un emocionado beso en los labios.

Tristan era consciente de que su afirmación era retórica y se refería únicamente a la máquina, pero nuevamente sintió un movimiento en el centro de su pecho, como si sus órganos se reacomodaran para dar espacio a algo intangible pero que a cada

segundo requería más espacio.

—Hay otra cosa —Tristan no pudo resistirse a darle otro beso antes de separarse y buscar el segundo regalo en el bolsillo de sus pantalones—. Un complemento.

Le dio una tarjeta de negocios.

—¿Milton Crawford? —leyó Aurora en voz alta.

—Es uno de los editores del diario *The Sun*. Me debe bastante dinero, por lo que estuvo de acuerdo en hacerme un pequeño favor a cambio de la mitad de su deuda.

—¿Qué pequeño favor? —le preguntó recelosa—. No me digas que...

—No te va a dar trabajo, amor —la tranquilizó—. Lo único que acordamos fue que leería tus artículos y te daría una opinión honesta, algunos consejos si veía potencial. Algo como un tutor.

Contradictoriamente Tristan sintió que los pulmones se le llenaban de aire cuando su esposa lo abrazó nuevamente apretándolo con fuerza y diciendo un casi inaudible «gracias» en su oído.

Hubiese podido seguir así por horas sintiendo su cuerpo amoldándose con el suyo a través de la seda de la bata, apretándola en sus brazos con una sensación de propiedad que nunca antes había sentido hacia otro ser vivo, pero un ruido en forma de tos discreta los interrumpió.

—Buenos días, jefe —saludó desde el umbral un hombre joven y extremadamente fornido que, a pesar de sus dimensiones, parecía incómodo, tímido. Inclino la cabeza hacia Tristan y luego hacia Aurora—. Señora...

—Buenos días, Beauford —respondió Tristan dejando finalmente ir a Aurora, quien cruzó los brazos sobre su estómago como para asegurarse de que la bata permaneciese cerrada.

—Berta quiere saber si van a desayunar.

—Dile que mande café para la señora y unas tostadas. Yo ya voy de salida.

Con un asentimiento, Beauford desapareció.

—¿Tenemos personal? —preguntó Aurora con una mueca.

—Solo Berta, mi cocinera; una chica llamada Marie para la limpieza; y Beauford, que será tu acompañante.

—¿Mi acompañante?

—Básicamente tu cochero si tienes que salir, pero te acompañará donde vayas. Tiene órdenes de no perderte de vista —Tristan metió las manos en los bolsillos de los pantalones y suspiró—. Tengo un trabajo que me genera más enemigos de los que puedo contar y...

—Lo entiendo —Aurora levantó las manos y sonrió—. Lo he visto de primera mano y no me importaría nunca más repetir la experiencia —miró hacia el punto donde hasta hacía segundos Beauford había estado—. ¿Qué tan peligroso es Beauford? ¿Tanto como Florian?

—Beauford es muy capaz. Florian tiene otras habilidades que prefiero mantener lejos de ti y enfocadas en los negocios.

—¿Como cuáles? —Aurora se sentó en el sofá tapizado con pequeñas margaritas y subió las piernas hasta que quedaron escondidas debajo de la bata—. Además de su talento con las armas, claro.

—Es bueno obteniendo información —Tristan se sentó al lado de Aurora—, encontrando personas —le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su pecho—, seduciendo mujeres —Aurora lo miró levantando una ceja—. No lo quiero cerca de ti.

—¿Celoso? —le preguntó con coquetería.

—Precavido.

Una chica de no más de quince años, con delantal y cofia blancos, entró con un servicio de café y un plato a rebosar de tostadas. Sin decir palabra, como si intentara ser invisible, lo dejó sobre la mesa y salió rápidamente.

—Marie es tímida —Tristan reveló, señalando hacia el lugar por donde había salido la muchacha, y luego sonrió de forma feroz— y me tiene pánico.

—No entiendo por qué —Aurora se inclinó y tomó una tostada que comenzó a morder de forma ausente—. Eres muy dulce cuando quieres.

—Vas a arruinar mi reputación si dices esas cosas en público —Tristan se puso de pie, estiró su traje y le dio un beso a Aurora en la cabeza—. Sé buena hoy.

—¿Y tú que vas a ser? —le preguntó mientras llenaba una taza de café.

—Mi usual *alter ego* malvado, cruel y desgraciado.

—Pensé que el amo de los bajos fondos solo trabajaba de noche.

—El amo de los bajos fondos es también un hombre de negocios que debe revisar libros, contar dinero, hacer inversiones legales y visitar a sus empleados enfermos; tareas que por cierto llevan varios días descuidadas porque estuve planeando una boda.

—¿Y yo qué se supone que haga?

—Todo, nada, lo que quieras. Sé libre Aurora.

Y guiñándole un ojo, se fue.

Capítulo 19

Florian recibió a Tristan sentado plácidamente en el sillón orejero del despacho en la calle 34, las botas sobre la mesa y una expresión confundida en el rostro.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

—Esta es mi casa —le respondió lanzándole una mirada cargada de intención a los pies sobre la mesa.

Florian sonrió y dejó los pies donde estaban.

—Tiene una nueva casa.

—Y esta todavía es mía.

Tristan se quitó la chaqueta y lo dejó sobre el respaldo de la silla de su escritorio.

—Se casó ayer.

—Lo que significa que tengo una esposa que mantener y cuidar. Para lo primero necesito dinero, y para lo segundo mis negocios funcionando.

—¿No le fue bien anoche? —insistió Florian con una mirada llena de curiosidad.

—¿Dónde están los reportes de los últimos días? —Tristan revolvió algunas de las hojas que habían sido dejadas sobre el escritorio.

—No hay por qué avergonzarse. La desfloración es un asunto complicado —Florian bajó los pies de la mesa y apoyó los antebrazos en las piernas, inclinándose hacia adelante sin perder de vista a su jefe, que aún seguía buscando entre los papeles—. ¿Se dio placer usted solo antes?

Tristan levantó la vista bruscamente y lo miró con una expresión a mitad de camino entre la ofensa y la sorpresa.

—Es recomendable —Florian hizo una mueca—. Así uno prolonga el desempeño y es más fácil...

—¡Los reportes, Florian!

Florian levantó las manos en un gesto de paz.

—Solo digo que pongo todo mi cuidadoso entrenamiento en las artes amatorias a su disposición en beneficio de Aurora Bonita...

—¡Señora Van Aken para ti! —rugió Tristan antes de rodear el escritorio y comenzar a caminar hacia Florian con una furia asesina en los ojos—. Esta tontería de Aurora Bonita se termina ahora ¿entendiste?

—Pero se llama Aurora y es tan bonita... —Florian continuó sentado sin mover ni una pestaña. Toda la furia de Tristan únicamente había conseguido arrancarle una leve sonrisa de diversión.

—Es mi Aurora Bonita.

Florian lo miró desde abajo y ladeó la cabeza.

—Pudo haber dicho lo bien que le fue en su noche de bodas apenas entró o, si no quería compartir detalles porque de pronto se volvió un caballero, al menos pudo

haber sonreído. Eso me hubiera ahorrado el trabajo de sacarle la verdad.

—Vamos a trabajar —dijo Tristan negando con la cabeza—, y dejemos mi vida marital y, sobre todo, a mi esposa fuera de esto.

—Señora Van Aken, mi Aurora Bonita, mi esposa —Florian contó con los dedos—. Alguien tuvo una noche de bodas de esas que cambian las perspectivas. Lo suponía... —y antes de recibir otra reprimenda, Florian se puso de pie, caminó hasta el escritorio y arregló los papeles que Tristan había revuelto sin ver—. Todo está aquí organizado por fecha, el dinero está en la caja fuerte y los reportes de sus inversiones deberán llegar al final de la semana.

Tristan regresó al escritorio, se sentó y ojeó los informes.

—¿Algo que requiera mi atención? —preguntó tras asegurarse de que todo estaba en orden.

—Viscutti sigue presionando —Florian se inclinó sobre el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho—. Ha estado llevando peleadores casi profesionales al club de boxeo y apostando fuerte, como si quisiera quebrarnos o mermar nuestras fuerzas. Tal vez las dos cosas.

—El informe no dice nada de pérdidas importantes —Tristan volvió a tomar el archivo correspondiente.

—Porque no hemos perdido, no dinero, al menos —Florian encogió un hombro—. Sus hombres han defendido el fuerte. Steve, por ejemplo, recibió una fea paliza anoche y estará fuera de comisión por un tiempo.

—¿Lo vio el médico?

—Arrastré a Shultz allá esta mañana y le dejé un buen bono a la esposa de Steve para que pasen sin problemas las siguientes semanas.

—Algo cambió —Tristan arrugó la cara como tratando de colocar las piezas en un rompecabezas— ¿Quién está financiando la aventura de Viscutti? El muchacho no tiene ese tipo de capital ni la inteligencia para crear un plan a largo plazo. Mandar un par de matones, como al principio, es más su estilo...

—Y no está en Los Cinco Puntos, tampoco en el Tenderloin. No podría ocultarse de mí tanto tiempo si estuviera en nuestra área —Florian completó—. ¿Quién lo está escondiendo?

Tristan arrojó los papeles que sostenía sobre el escritorio.

—Quiero a Viscutti pronto, Florian, y lo quiero vivo —para completar su petición, lanzó una mirada llena de significado a su asistente—. Necesito hacerle unas cuantas preguntas, personalmente.

—La única que parece saber algo es Giselle —Florian hizo un mohín de disgusto—. No quiso compartir la información conmigo, como era de esperarse. Dijo que esperaría que usted volviera al trabajo.

—Y si conozco a Giselle, debió enterarse el momento exacto en el que salí de mi casa y estará tocando la puerta en cualquier momento.

—No me gusta esa mujer.

—Fue tu mentora.

—Y no solo me enseñó cómo follar.

—A mí tampoco —Tristan miró a Florian con una expresión divertida—. ¿Cuál es la enseñanza principal de Giselle?

—La gente habla cuando está contenta y lo que dicen es de más valor que las monedas que dejan.

—Pero uno debe escuchar más allá de las palabras —un insistente golpeteo sonó en la puerta principal, y Tristan sonrió—. Una mujer que piensa de esa forma demuestra que el poder le importa más que el dinero, y a lo largo de estos años me he asegurado de que el poder de Giselle dependa de que yo esté contento con ella.

—No, contento, no —Florian negó con la cabeza—. Creo que Giselle lo prefiere molesto.

La puerta del despacho se abrió y una mujer de mediana edad y muy hermosa, con el cabello oscuro y los ojos almendrados, pasó la vista por ambos hombres antes que una sonrisa burlona se instalara en su boca pintada de rojo.

—¿Dónde está la servidumbre de esta casa? —contoneándose entró—. Llevo rato llamando a la puerta.

—El personal trabaja ahora para la señora Van Aken —dijo Florian altivo.

—Bien hecho querido —dijo la mujer sin dedicarle a Florian ni una miradita. Toda su atención concentrada en Tristan—. Ambos sabemos lo peligrosas que se vuelven las señoras de sociedad aburridas: engañan a sus maridos, toman amantes y gastan demasiado dinero de sus esposos en esos jugueticos. Es bueno que la tengas vigilada —llegó frente a Tristan y le dio un beso húmedo en la mejilla—. Muy bien pensado también el dejar a Florian aquí. Todos conocemos de sus habilidades.

—Giselle, querida —tras devolverle el beso, Tristan hizo un gesto hacia el sofá invitándola a sentar—. No fuiste a mi fiesta anoche.

—¿Me extrañaste? —preguntó con coquetería.

—Enormemente.

—La cuestión es —echó una mirada al sofá y sonrió, como queriendo dejar claro que el mueble le traía recuerdos—, ¿la querida y la esposa en la misma fiesta?

—Tú no eres su querida —intervino Florian con una mueca—. Dejaste de serlo hace años.

—Igual es de mal gusto —Giselle se sentó en el sofá haciendo de ello todo un espectáculo de seducción—. Además ¿quién repara en fechas cuando hay verdadero cariño de por medio?

—Déjanos, Florian —con una sonrisa malévola Tristan también hizo un espectáculo del simple hecho de ir hasta el sofá y sentarse—. Giselle y yo tenemos asuntos privados que tratar.

Tras un bufido Florian salió del despacho, cerrando la puerta tras él y murmurando entre dientes algo sobre lo sagrado de los votos matrimoniales.

—Nunca entenderé tu fascinación por el muchacho... —Giselle sacudió la cabeza

mirando la puerta cerrada.

—No hay nadie como él con un arma y es muy bueno haciendo hablar a la gente.

—Sí, sí —Giselle movió la mano con un gesto despectivo—, pero su mayor atributo está entre sus piernas. Produciría mucho dinero trabajando para mí.

—Pero no quiere hacerlo —Tristan se encogió de hombros—, y las personas son más productivas cuando están felices con el trabajo que hacen.

—Siempre fuiste un buen estudiante, querido —afectuosamente, Giselle tocó la mejilla de Tristan y la acarició—, por lo que me extraña que hayas dejado crecer tanto un problemilla menor como el sobrino de Viscutti.

—Deja los rodeos —Tristan quitó la mano de Giselle de su mejilla y le besó la palma—. ¿Qué sabes, cariño?

—No mucho —negando con la cabeza chasqueó la lengua—. Solo que estás quedando como un idiota y si no solucionas esto rápido, unido con tu pomposa boda, perderás el respeto que te costó tanto construir.

—No puedo encontrar a este Fabio —exclamó Tristan exasperado—. No está en el Tenderloin ni en Los Cinco Puntos, y tiene dinero. Es como si alguien lo estuviese ayudando.

—¿Su tío?

—Paolo no me haría eso. Creo más bien que es alguien poderoso, alguien de la élite —Tristan se puso de pie y comenzó a caminar por la sala—. Teniendo en cuenta la lista de mis enemigos podría ser cualquiera, lo cual hace muy complicado elegir cuál secreto voy a cobrar a cambio de información.

—No descartes a Paolo tan rápido.

Tristan la miró pensativo.

—Hemos mantenido una tregua beneficiosa para los dos durante muchos años. Tiene que ser alguien más.

—Pero siempre le ha importado su familia y es codicioso —Giselle hizo un gesto coqueto—. Tú, a pesar de todo, eres un caballero, y no todo el mundo juega con tus mismas reglas.

Tristan miró por la ventana cerrada, como si a través de las cortinas pudiera distinguir la vida que transcurría afuera. Luego de unos cuantos minutos comenzó a caminar hacia Giselle, y tuvo la satisfacción de verla encogerse en el asiento.

—Podría ser cualquiera —dijo con una sonrisa macabra—. ¿Tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. Las agresiones han sido peores desde que se anunció mi compromiso —Tristan se inclinó sobre el sofá, poniendo ambas manos en la parte superior del respaldo atrapando a Giselle. Luego se inclinó aún más hasta que sus rostros estaban a unos pocos centímetros de distancia—. Te voy a preguntar esto solo una vez. ¿Te sientes amenazada por mi esposa?

—¿Debería?

—No.

Giselle sonrió.

—Si tuviera algo que ver ¿por qué vendría a darte información?

—No me has dado nada.

—Yo te hice Tristan Van Aken, te enseñé todo lo que sabes y me superaste. Ahora todo lo que tengo: mi casa, mis chicas, mi negocio es tuyo.

—Una razón para estar molesta.

—Si te hundes, me hundo contigo —Giselle levantó la barbilla—. Además, no tengo los recursos para mantener a Viscutti fuera de tu alcance ni para financiar su aventura, pues tú controlas todos mis ingresos.

—Dame algo concreto —Tristan se inclinó y le dio un beso en la frente—. De lo contrario pensaré que viniste aquí con algún interés oculto, aunque solo sea el de regodearte.

—Nadie gasta tanto dinero como Viscutti sin dejar un rastro —dijo Giselle apresurada—. Sus hombres están gastando dinero en alcohol y mujeres y si recuerdas bien, cuando los hombres están felices...

—Hablan —completó Tristan antes de liberar a Giselle, aunque permaneció de pie frente a ella—. ¿Alguna de tus chicas?

—Son estúpidos, pero no tanto. Saben dónde está mi lealtad, aparentemente mejor que tú —le lanzó una mirada afilada—. Sin embargo, las chicas hablan entre ellas y tengo algunos nombres.

—Supongo entonces —Tristan caminó hacia su escritorio y tomó su chaqueta—, que es momento de hacer algunas visitas.

Capítulo 20

Las oficinas del diario *The Sun* eran todo lo que Aurora había imaginado y mucho más. Todo estaba envuelto en la energía de una actividad constante que no solo se podía apreciar en ese flujo continuo de personas que caminaban apresuradas de un lado a otro, entrando y saliendo por la puerta principal con ese aire de tener un propósito, del ruido de las máquinas de escribir, de conversaciones demasiado altas, demasiado excitadas; podía sentirlo incluso haciendo eco en cada uno de sus huesos.

Sentada en la puerta de la oficina del señor Milton Crawford, uno de los tres editores que controlaban la publicación, Aurora no pudo evitar sonreír ante el deseo de formar parte de todo aquello aunque fuera de forma indirecta.

—¿Señora Van Aken?

Le tomó unos segundos darse cuenta de que el hombre de un poco más de cuarenta años con la camisa arrugada y la corbata suelta se refería a ella. Sin embargo, contrario a lo que pudo haber esperado, el título la llenó de una sensación de pertenencia para nada desagradable.

Simplemente asintió con una sonrisa.

—Soy Milton Crawford —y sin esa venerada prosopopeya de los recibidores de Manhattan, el hombre se acercó tendiéndole la mano a modo de saludo—. No la esperaba tan pronto.

—Nunca he sido una persona muy paciente, señor Crawford —Aurora se puso de pie y le estrechó la mano.

—Pase adelante entonces —Crawford señaló la puerta de su oficina.

Era el lugar más encantadoramente desordenado que ella hubiese visto. Montañas de papeles y periódicos viejos se amontonaban en cada superficie disponible, que no eran muchas debido al limitado espacio. En la pared de la derecha estaban desplegadas las primeras páginas del día de los otros periódicos de la ciudad con marcas y anotaciones hechas a mano.

—Su esposo mencionó que quiere mi opinión sobre un asunto...

—Sí —Aurora dejó de fijarse en los periódicos y sus anotaciones y avanzó hacia el escritorio—. ¿Puedo sentarme? —le preguntó señalando la única silla disponible que, a simple vista, dejaba ver que tenía ya muchos años en servicio.

—Sí, claro, por supuesto.

Tomó asiento y esperó que Crawford hiciera lo propio justo detrás del escritorio.

—Me ayudaría mucho saber su opinión —de un pequeño portafolios de cuero que había comprado en Washington hacía algunos años en un impulso, sacó unas cuantas hojas que había pasado toda la mañana mecanografiando en su regalo de bodas y se las ofreció.

Sin querer perder tiempo, Crawford tomó las hojas, bajó sus gafas desde el tope

de su cabeza —donde habían reposado tranquilas hasta ese momento— y comenzó a leer.

Aurora trató de obtener alguna pista de lo que pensaba a través de su expresión facial, de una ceja que se arqueaba o unos labios que se fruncían, pero esos gestos podían significar cualquier cosa, para bien o para mal, al igual que el tamborileo ausente de sus dedos sobre el escritorio.

Crawford terminó el primer artículo, ese que hablaba de la hipocresía de Manhattan que desdeñaba a algunas mujeres por trabajar en sus bajos fondos cuando era su maltrato, su falta de oportunidades y su baja paga, lo que las había puesto allí, y sin decir nada siguió con el otro.

Ese estaba dedicado a Sherry, a las distintas perspectivas de la belleza, celebrada en los salones como un atributo único y desdeñada en una sirvienta por la tentación que producía.

Finalmente, Crawford terminó la última hoja y la miró curioso a través de sus gafas.

—¿Escribió usted esto, señora Van Aken?

—Con mis propias manos —le respondió ella levantando los dedos, y estuvo tentada de quitarse los guantes para que viera las uñas rotas que la máquina de escribir había dejado a su paso antes de que consiguiera cogerle el golpe.

—A lo que me refiero —continuó él condescendiente—, es a que si estos artículos son su creación, sus palabras.

—Claro que no, señor Crawford —le respondió ella con su mejor expresión de niña de sociedad, incluso soltó una risita antes de volver a ponerse seria—. Esos artículos no son mi creación, son hechos. No son mis palabras, son las voces de personas reales. No es ficción, es la realidad que está allá afuera, esa que nadie se molesta en ver porque es incómoda. Lo único que hice fue —Aurora se encogió de hombros— pulirlas un poco, darles un orden lógico.

—Es usted mucho más de lo que esperaba, señora Van Aken.

—Me pasa a menudo —Aurora sonrió complacida—. ¿Debo inferir que no son muy terribles?

—Puedo ofrecerle veinte dólares.

—¿Perdón?

—Está bien —Crawford levantó las manos—, veinticinco por cada uno.

—¿Quiere publicarlos?

—Quiero comprarlos, asegurarlos para *The Sun* —Crawford puso los brazos sobre el escritorio y se inclinó—. Si son publicados o no, eso lo decidirá el Comité Editorial, pero, y de acuerdo con mi experiencia, debería comenzar a buscar un pseudónimo y trabajar en una próxima pieza, señora Van Aken. Esto —Crawford dio un golpe a los papeles sobre el escritorio—, es algo que estábamos buscando. ¿Tenemos un acuerdo?

—Un momento —Aurora levantó un dedo y cerró los ojos para tratar de ganar

algo de compostura ante el maremágnum de emociones que estaba sintiendo. Debía conectarse con esa cualidad que hizo a los Haigh tan buenos en el comercio, debía cuestionar esta situación que le caía del cielo en vez de hacer caso a su primer instinto y gritar sí—. No puede ser tan fácil.

—¿Fácil? —Crawford se rio un poco—. Es una escritora sagaz, señora Van Aken, eso no es fácil de encontrar en una mujer, si me disculpa. Puede moverse con facilidad en varios círculos, cosa que no todos logran; y llega en un momento en que necesitamos algo diferente. Usted es una combinación inusual de talento, suerte, género y posición social, y aun así, le advierto, al comité editorial podría no gustarle o el público podría odiarla. El éxito en este trabajo depende de cuán largo sea el viaje, no de una publicación.

—¿Y aun así cree que debo preparar mi próximo artículo?

—Sí, lo creo.

—Le haré una contraoferta, señor Crawford: lleve los artículos al comité editorial y si gustan aceptaré su dinero y le dejaré publicarlos, no antes —Aurora levantó un hombro con coquetería—. No me ataré a un contrato posible si, como usted dice, soy tan talentosa. ¿Tenemos un acuerdo?

Crawford estalló en una carcajada.

—En efecto, es mucho más de lo que esperaba —Crawford se puso de pie y Aurora lo imitó—. Tenemos un acuerdo —y le ofreció su mano—. Ahora entiendo por qué Tristan Van Aken perdió la cabeza y se casó con usted. Ningún hombre en su sano juicio se arriesgaría a dejarla escapar.

—El matrimonio no es una prisión, señor Crawford —Aurora estrechó la mano del editor—. Tampoco un safari en África.

—Le avisaré la decisión de nuestro comité.

Con un asentimiento de cabeza a modo de despedida y evitando mostrar que estaba tan contenta que quería saltar, dar giros y hasta correr descalza en medio de la calle, Aurora salió de la oficina y regresó a su casa con miles de ideas más en su cabeza.

Capítulo 21

A pesar de que se lavó y cambió de ropa en The Gents, Tristan no podía sacudirse el olor de la miseria y la violencia. Prostitutas llenas de perfume barato, maleantes borrachos a los que tuvo que sacudir un poco, y las viviendas más destartadas de Los Cinco Puntos habían estado en su agenda de visitas del día.

Había esperado en su club el mayor tiempo posible con la esperanza de que Aurora estuviese dormida cuando regresara. Además, encerrado en su oficina, con los ruidos amortiguados de la decadente diversión que tenía lugar un piso más abajo, pudo darle unas cuantas vueltas más al asunto.

Incluso una vez que llegó a su nueva casa y comenzó a subir las escaleras de mármol seguía ordenando los hechos: había confirmado que Viscutti actuaba bajo el patrocinio de alguien con dinero, quien lo mantenía a buen resguardo. Sin embargo, los hombres de más confianza de Viscutti no habían regresado al oeste de Broadway y a los que tuvo acceso no eran más que intermediarios y no sabían el nombre del misterioso benefactor. Ni siquiera podían afirmar o negar que Paolo estuviese detrás de las andanzas de su sobrimo.

Después de un intenso interrogatorio, lo único adicional que pudo averiguar fue que estaba previsto un ataque simultáneo en varios frentes: insistirían en el club de boxeo, porque era el objetivo de Viscutti; pero también irían contra lo que más quería.

La misma amenaza en boca de tres hombres diferentes interrogados por separado.

Tristan nunca pensó ser un hombre de muchos afectos. No obstante, al tratar de identificar lo que más quería, algo que, al perderlo, lo haría enloquecer, distintos rostros aparecían en su mente. Incluso hasta la fachada de The Gents hizo una visita a sus pensamientos.

Solo cuando llegó al piso superior, y gracias a un ruido rítmico y amortiguado, sus andanzas del día pasaron a un segundo plano. Desde el recibidor de Aurora se escuchaba el tac, tac, tac de la máquina de escribir.

Antes de que su acción fuese ordenada por un pensamiento coherente, los pies de Tristan comenzaron a moverse sin su permiso.

Y allí estaba Aurora, con su bata puesta, inclinada sobre la máquina, tecleando al tiempo que movía los labios como si estuviese recitando las palabras que su mente producía.

Lo que más quería.

—Dime que no has pasado allí todo el día —dijo recostado en el umbral, desterrando por la fuerza todo pensamiento sobre Viscutti y la investigación que había llevado adelante durante el día.

Aurora levantó la cabeza sobresaltada y luego simplemente sonrió.

Él podía sostenerse con la fuerza de esa sonrisa.

—¡Claro que no! —puso los ojos en blanco—. De hecho, tuve un día muy productivo.

—¿En serio? —y, nuevamente, sin hacer ningún esfuerzo consciente sus pasos lo llevaron a entrar a la habitación como atraído por una fuerza desconocida.

—Pareces cansado.

—Lo estoy —Tristan se agachó hasta quedar al mismo nivel que su esposa—, pero no puedo esperar por saberlo todo de tu día.

—Soy una esposa terrible —dijo negando con la cabeza—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—Estoy bien. Solo cansado.

—Ve a la cama, Tristan —delicadamente posó su mano sobre su mejilla. Era la misma caricia de Giselle, pero se sentía completamente distinta, sin ninguna intención de provocar. Un simple gesto de afecto—. Yo iré en un rato.

Las palabras golpearon a Tristan como un latigazo. No se había atrevido a esperar, tampoco a imaginar... Claro, que esas palabras podían significar simplemente que «iría a la cama», no necesariamente a la cama con él.

—Y te contaré todo sobre mi día... —prosiguió Aurora—. Solo necesito unos momentos más para terminar esto —señaló la máquina de escribir—. No quiero que se me escapen las ideas.

Tristan se inclinó para depositar un beso lento y suave en la sien de su esposa.

—Ideas, no se atrevan a irse —susurró apenas separándose del punto que había besado—. De lo contrario se las verán conmigo.

—¿Estás amenazando a mis ideas? —le preguntó divertida.

—No cuestiones mis métodos, Aurora.

—No me atrevería —con una mueca divertida volvió al trabajo, mientras Tristan salía del recibidor, todavía cansado, pero de mucho mejor humor. Ella parecía limar las asperezas a su alrededor y convertirlas en bordes redondeados.

Lo que más quería.

Aurora apareció en la habitación de Tristan una hora después y lo encontró vestido únicamente con sus calzoncillos largos, dormido sobre los cobertores. Una vez más quedó fascinada por sus formas y, sobre todo, por la fragilidad de su rostro cuando estaba en reposo.

Lentamente se acercó y tuvo que resistir el impulso de inclinarse y besarlo en los labios, en el hoyuelo de la barbilla; también de deslizar delicadamente los dedos por su cuerpo para comprobar si las sensaciones de la noche anterior eran algo más que un recuerdo exacerbado.

Él le fascinaba en todos los sentidos: la hacía sentir cómoda y al mismo tiempo, cada vez que lo veía, o simplemente lo recordaba, el corazón le saltaba dentro del pecho. Por eso había decidido usar su bata aquella noche, era una manera de sentirlo con ella aunque estuviese lejos, porque aun sin darse cuenta lo extrañaba.

Ahora, más que antes, estaba convencida de que había tomado la decisión adecuada, pues le era imposible imaginarse compartiendo su vida con otra persona, envejecer al lado de alguien más.

¿Sería posible que estuviera...?

—No estoy dormido —Tristan habló con los ojos cerrados y una media sonrisa en los labios—. Todavía estoy esperando las historias de tu día.

—Son casi las tres de la mañana.

—Soy una criatura nocturna. —Tristan dio un par de golpes al espacio vacío a su lado—. Ven a la cama, Aurora, cuéntame tus aventuras.

Aurora rodeó la cama y trepó hasta el sitio que Tristan había señalado. Allí se sentó, apoyando la espalda en la cabecera de madera, y escondió los pies debajo del camisón que usaba bajo la bata.

—Bueno, exploré la casa —comenzó, lanzándole una mirada de reojo, pero él seguía con los ojos cerrados—. Es una casa grande. ¿Hasta tenemos un invernadero!

—¿En serio?

—Necesitamos más gente, Tristan: una lavandera, un par de fregonas, otra mucama, un jardinero... La señorita Chardou dice que una casa de este tamaño no puede funcionar con menos de doce personas.

—Lo que quieras.

—¿Así de simple? —preguntó Aurora, y Tristan se limitó a asentir sonriendo, todavía con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el estómago—. ¿Exactamente cuán rico eres?

—Esa es una pregunta muy vulgar, señora Van Aken. ¿Qué diría su institutriz?

—Que una esposa debe hacer de su casa un oasis para el descanso del marido tras un largo día de negocios y jamás aburrirlo con cuestiones domésticas. ¿Te estoy aburriendo con toda esta charla doméstica?

—Me gusta el sonido de tu voz, me calma —Tristan estiró el brazo y comenzó a acariciar distraídamente con el dorso de su mano el muslo de Aurora—. Además, nunca pensé que lo diría, pero acabo de descubrir que me gusta tener charlas domésticas contigo.

—Prosigo entonces —dijo Aurora tratando, sin saber por qué, de esconder una sonrisa involuntaria. A fin de cuentas no la estaba viendo—. El señor Walton me escribió. Dice que puede ayudarme a decorar la casa.

—No te dejó ni un día de descanso —Tristan suspiró y las comisuras de sus labios se movieron en un gesto que bien podría ser de disgusto o satisfacción escondida—. Si no quieres hacerlo tú, deberías dejar que León lo haga. Decoró su casa de Gramercy Park con cosas que sacó del ático Van Aken y todos dicen que le quedó preciosa. Parte de la casa de la calle 34 la decoró él, así como tu habitación y el recibidor.

—¿Lo hizo él? —Aurora se sintió decepcionada. Ambas habitaciones se habían sentido tan familiares que el hecho que la casualidad estuviese involucrada les restaba

parte de su magia.

—Yo solo le dije que deberías tener un espacio privado rodeado de margaritas que se sintiera fresco y libre, como tú; y una habitación del color de tus ojos, delicada pero con personalidad. Así es como yo te veo.

La decepción desapareció entonces para dar paso a un sentimiento burbujeante que subía por su garganta. Así era su vida con Tristan, siempre sus sentimientos corriendo en direcciones opuestas sin el menor aviso, lo que le hacía preguntarse hacía dónde irían sus sentimientos con la próxima confesión.

—Fui a ver al señor Crawford —dijo, y aguantó la respiración.

Tristan abrió los ojos de golpe y ladeó la cabeza para verla.

—¿Beauford te acompañó?

—Claro.

—¿Y?

—¡Le gustaron! —Aurora no pudo suprimir más su alegría y la sonrisa iluminó todo su rostro, incluso rebotó un poco sobre la cama—. Va a llevar mis artículos al comité editorial, y si gustan tendré mi propia columna y me pagarán...

Aurora no pudo terminar. Tristan se incorporó, la abrazó fuerte y la besó en los labios.

—Estoy tan feliz por ti.

—Tengo que empezar a buscar un pseudónimo —dijo ella todavía entre sus brazos y sin poder controlar la risa que se escapaba en cada una de sus palabras.

—No me importaría que escribieras con tu nombre.

—Es mejor que no, por mi familia y por la tuya. Además, si nadie sabe quién soy podré investigar mejor.

—Soy afortunado —dijo, y volvió a besarla—. Tengo una esposa trabajadora que, algún día, podrá mantenerme.

—Sí, claro —esta vez fue ella quien lo besó y luego era imposible distinguir quién comandaba las acciones. Los besos escalaron en intensidad hasta que ambos estaban casi sin respiración.

Las manos de Aurora acariciaban el torso desnudo de Tristan intentando coaccionarlo para que cubriera su cuerpo con el suyo.

—Aurora, amor —le dijo con voz entrecortada tratando de poner distancia entre ellos—, no.

Inmediatamente Aurora dejó de tocarlo y dejó que las manos de Tristan la separaran de su cuerpo.

Feliz en un momento y al siguiente avergonzada. Sensaciones opuestas separadas por segundos.

—¿No? —preguntó con un hilo de voz sintiendo que la vergüenza estaba tornando su rostro casi del mismo color que su cabello.

—Ayer fue tu primera vez y sé que fue muy doloroso. No quiero someterte a eso nuevamente tan pronto...

—¡Mi Dios! —dijo escondiendo la cara entre las manos—. Lo lamento. Fue estúpido de mi parte suponer...

—Suponer qué —lentamente Tristan retiró las manos de su rostro.

—Que había estado bien y, como, es evidente que no estás interesado en tener familia ¿para qué molestarse?

—¿De qué estás hablando?

—No soy estúpida, Tristan, sé que por eso te retiraste al final —Aurora comenzó a apartarse de él—. Está bien. Sé que ninguno tenía en sus planes casarse y lo de ayer fue una formalidad, una manera de ir con la tradición, pero que no tiene por qué repetirse. Lo entiendo.

—Aurora, escúchame —la dijo muy serio, deteniendo su retirada solo con la fuerza de su mirada—. Anoche te dije que quería ser tu esposo en todo el amplio sentido de la palabra y no estaba mintiendo. Te deseaba esta mañana y te deseo ahora. Dejarte hoy y apartarme de ti ahora requiere una gran fuerza de voluntad que ni siquiera sabía que poseía.

—Pero...

—Si te tomo ahora tal y como quiero seguramente volverá a doler, no tanto como anoche pero será incómodo. No quiero que ninguna parte de ti aprenda a temer, ni por un segundo, el estar de forma íntima conmigo, porque planeo hacerlo muchas veces en un futuro muy próximo —los ojos de Aurora se agradaron por la sorpresa—. Siempre y cuando me recibas en tu cuerpo, claro.

—Entonces por qué no... —pareció dudar y luego levantó la barbilla— terminaste.

—Ciertamente lo hice —sonrió de forma pícara antes de emitir un suspiro resignado—. Ven aquí —Tristan se dejó caer nuevamente en la cama sobre su costado y acarició lentamente el lugar a su lado. Tras un segundo de duda Aurora lo siguió, quedando frente a él—. Eres tan joven, amor, y tienes tantos planes, tantas cosas maravillosas y rebeldes que quieres hacer con tu vida. Si te doy un hijo ahora solo lograría detenerte —Tristan comenzó a acariciar su pierna, dejando un poco de piel descubierta en cada caricia—. Nunca dudes que te deseo, mi pequeña, subversiva y combativa esposa; y me complace enormemente que me desees también.

Sin dejar de acariciar su pierna, Tristan la besó delicadamente, breve, comprobando si todavía se lo permitiría.

—¿Crees que esto califica como nuestra primera pelea? —le preguntó ella besándolo de vuelta, demorándose más tiempo.

—Estoy dispuesto a decir que sí, solo por tener el placer que implica que tendremos la oportunidad de reconciliarnos —lentamente y sin dejar de besarla tomó su pierna y la colocó sobre su cadera, pegando todavía más sus cuerpos y haciendo que el camisón de Aurora subiera todavía más dejando al descubierto la parte inferior de su cuerpo—. Podemos probar, pero si te duele debes decirme.

Sin esperar respuesta, comenzó una caricia metódica por sus piernas subiendo un

poco cada vez hasta llegar hasta el centro de su placer donde continuó acariciándola de forma holgazana, como si no fuese un preámbulo sino una meta.

Cuando la sintió revolverse ansiosa paró y llevó sus manos más arriba, acariciando entonces su vientre y su cintura por encima de la tela. Tomó una de las manos de Aurora, la besó y lentamente la guio hacia abajo, precisamente al punto donde lo necesitaba. Guiando sus dedos comenzó a enseñarle la forma de deslizarse entre sus propias capas.

—¿Sientes lo suave que eres? ¿Notas cómo te vas poniendo más húmeda cada vez? —le dijo al oído—. Enséñame cómo te gusta más, la forma menos incómoda. Eres la única que puede...

Mortificada, Aurora trató de retirar la mano, pero Tristan se lo impidió.

—No puedo, no sé.

—Sabes lo que quieres, amor, solo necesito que me lo enseñes para dártelo.

Tristan continuó moviendo la mano de Aurora, indicándole el camino, hasta que poco a poco fue retirándose dejándola jugar con ella misma. Se dedicó entonces a besarla en los labios, en el rostro, en el cuello, con mucho más ardor cada vez que un gemido le recordaba lo que ella estaba haciendo. En medio de su desenfreno descubrió que un poco de dientes le gustaba, al igual que la fricción de la barba que durante la madrugada había empezado a crecer.

Cuando creyó que no podía resistirlo más, torpemente debido a la urgencia, sacó su miembro por la abertura de su ropa interior y fue en búsqueda de la mano de Aurora. Ella hizo un pequeño sonido de protesta al ser privada de su propio placer, pero un suspiro de sorpresa se hizo presente cuando Tristan cerró sus dedos sobre su erección enseñándole cómo le gustaba ser acariciado.

—Y este soy yo. ¿Te gusta?

—Sí —le dijo en medio de un jadeo, aumentando la presión como si entendiera lo que él necesitaba—. Es duro y suave al mismo tiempo y más grande de lo que suponía.

—Me gusta cómo suena eso —y para demostrárselo, Tristan comenzó a moverse al ritmo que lo hacía la mano de Aurora.

Cuando el juego estaba a punto de dejar de ser divertido para convertirse en una tortura insoportable, Tristan reposicionó la pierna de Aurora sobre su cadera, acomodándola contra su cuerpo, y cerró su mano sobre la de ella para ayudarla a colocarse en su entrada.

—Aquí es donde nos unimos —dijo penetrándola lentamente al tiempo que dejaba escapar un suspiro casi agónico—. Debes decirme si te duele.

—No lo hace.

Solo cuando estuvo completamente dentro, Tristan puso su mano libre sobre el trasero de su esposa, enseñándole la forma de moverse: poco a poco, sin apuros juveniles ni desenfrenos. Era una forma distinta de pasión: administrada para que durara, contenida, pero no por eso menos deliciosa.

Así cada uno sobre su costado, mirándose a la cara con las piernas entrelazadas, esa sensación de intimidad que siempre parecía rodearlos se incrementó, encerrándolos en un espacio ardiente en el que solo existían ellos, conectados en forma física como lo estaba en otros aspectos.

Tristan sintió cada movimiento de Aurora, la forma en que parecía acelerarse por oleadas y luego volver al ritmo lento, como administrando su propio deseo, hasta que poco a poco toda precaución quedó abandonada para abrazar una especie de frenesí cuyo único propósito era alcanzar el objetivo.

Ella sabía lo que quería, y él haría todo lo posible para que lo obtuviera: en la cama y en la vida...

Aurora se contrajo a su alrededor, atrapándolo, diciendo su nombre, y cuando sabía que no duraría mucho más Tristan la tendió de espaldas y buscó su propio final. Casi se le olvidó detenerse, las manos de Aurora en su espalda, su voz diciéndole que no parara, eran demasiada tentación. Solo en el último momento pudo retirarse dejando su rastro en los muslos de su esposa.

Le preocupaba darle un hijo, pero no se trataba solo de ella. Tristan había sido testigo de la discriminación que tener un padre inconveniente generaba dentro de la sociedad, y él era una de las personas más inconvenientes en el círculo donde ambos habitaban.

No estaba listo para que otro Van Aken fuese señalado en los pasillos por culpa de la persona que le había dado la vida.

Capítulo 22

Fabio Viscutti parecía siempre escaparse entre sus dedos.

Por tres semanas Tristan había sido implacable en su persecución. Cerró todos sus caminos, cercó sus contactos e incluso conversó, dejando una amenaza velada, con las mujeres que sabía le importaban. Sin embargo, siempre que sentía que lo tenía al alcance, Viscutti desaparecía sin dejar rastro.

Tampoco había podido encontrar nada sobre su misterioso benefactor.

«Me falta algo», se repitió Tristan, y no era la primera vez.

Muchas veces sentía que una idea se formaba en su mente y comenzaba a aclararse hasta ser casi una imagen precisa, pero cuando estaba a punto de revelarse, desaparecía.

Estaba tan concentrado en sus pensamientos, tan enfocado en clarificar esa pista que podía sentir en la punta de sus dedos, que no sintió a Florian entrar a su oficina.

—Jefe.

Tristan levantó la vista ante el tono lleno de urgencia de su asistente y lo que vio no lo tranquilizó: Florian estaba más pálido que de costumbre, con una expresión que anunciaba malas noticias incluso antes de emitir una palabra.

—¿Qué pasó? —preguntó deseando saber de una buena vez y, al mismo tiempo, esperando poder retrasar el momento en el que llegarían las malas noticias.

—Su hermano —consiguió decir Florian. El siempre compuesto e inalterable Florian, parecía tener problemas para encontrar las palabras adecuadas—. El señor Robert fue atacado en un callejón saliendo de Delmonico's, la policía lo encontró, fue llevado a la residencia Van Aken.

Tristan se quedó petrificado en el escritorio. Las palabras sonaban lejanas, relatando una desgracia de alguien más, una historia ajena...

Robert.

Lo que más quería...

—¿Jefe?

La voz de Florian lo obligó a regresar a ese momento en el que no quería estar, a recordar que no sabía nada, que debía moverse, hacer algo...

—¿Cómo está? —consiguió decir aún sin poder moverse. No era que sus extremidades no les respondieran, simplemente su cerebro se negaba a funcionar dando la orden necesaria.

—No lo sé, jefe —Florian acompañó su vacía respuesta moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué sabes? —Tristan se puso de pie, finalmente, y lo hizo lentamente, como quien despierta de un sueño.

—Fue atacado a puñaladas. Es todo lo que sé. El doctor acaba de llegar a la

residencia Van Aken.

Atacado.

A puñaladas.

Lo que más quería.

Por un segundo Tristan se quedó simplemente allí, parado detrás de su escritorio, con esos tres escenarios bailando en su mente una y otra vez. Luego comenzó a caminar hacia su asistente, la realidad y todas sus consecuencias finalmente alcanzándolo.

—Encuentra a quien hizo esto Florian. Hoy, esta noche, ya. Necesito saber si fue un robo o... —por un momento Tristan se negó a decir las palabras, y tras un segundo brotaron de su boca cargadas de furia, tanto que por primera vez desde que se conocían Florian retrocedió ante su presencia— si fue Viscutti. Si ese maldito tuvo algo que ver voy a matarlo con mis propias manos y voy a disfrutar cada segundo.

De pasada y sin detenerse Tristan tomó su abrigo y justo antes de salir de la oficina se volvió para dar una última instrucción:

—Manda gente a mi casa, también a la casa de mi hermana. Todos deben estar protegidos, sobre todo Aurora. No debe salir de la casa.

Florian simplemente asintió y Tristan abandonó The Gents con la furia alimentándose gracias al miedo.

Durante todo el trayecto hasta la residencia Van Aken millones de imágenes inundaron su mente, y en todas y cada una de ellas estaba Robert: la cuidadosa manera en que le enseñó a atarse los zapatos; las veces que jugaron con pequeños soldaditos de plomo, a pesar de que Robert ya estaba en la edad en que esos juegos le resultaban aburridos; la paciencia que demostró al enseñarle a bailar; su mano en la de él en el funeral de su madre...

Su hermano mayor, su figura paterna durante sus años más complicados, el único hombre en el que confiaba ciegamente.

No podía perderlo.

No podía dejar que fuera su hermano el que pagara por la vida que había decidido llevar. Robert ya había sacrificado lo suficiente por Leticia, por él, por Lavinia.

Tristan no podía recordar cómo fue su entrada a la residencia Van Aken. Presumiblemente había sido interceptado por Burke en algún momento, pues ya no tenía consigo ni su sombrero ni sus guantes, aunque obviamente el mayordomo no había podido detenerlo lo suficiente como para despojarlo del abrigo.

La habitación del segundo piso era su objetivo, y se dirigió allí subiendo las escaleras de dos en dos y a la carrera, como si solo el llegar allí resolviera todo.

Cuando estuvo frente a la puerta vaciló, dándose cuenta de que no estaba preparado para ninguno de los escenarios que podía encontrar, que no podía resolverlo todo, que en casos como este ni los secretos ni el dinero podían ayudarlo, que el poderoso Tristan Van Aken no era nada más que un simple mortal, atado como todos los demás a las leyes de la vida y la muerte.

Si era posible, su furia creció todavía más.

La puerta del dormitorio se abrió y el doctor Fringer, ese que había estado al servicio de la familia por más de tres décadas, salió con expresión grave.

Tristan quería preguntar pero las palabras se quedaron en medio su garganta, nuevamente atascadas entre el miedo y la rabia; entre la impotencia y la tristeza.

—Tu hermano te está esperando —le dijo el viejo Fringer con esa familiaridad que le daba el derecho de haberlo visto nacer y tratado en todas sus enfermedades infantiles, pero esas palabras fueron suficientes para que Tristan respirara.

Si Robert lo estaba esperando era porque estaba consciente y la situación no era tan grave.

—¿Está bien? —preguntó solo para confirmar sus esperanzas.

—No —esa sola palabra surtió el mismo efecto que ser sumergido en hielo. Por un momento Tristan dejó de respirar y pudo escuchar sus esperanzas derrumbarse, haciendo el mismo ruido que un castillo de naipes al caer—. Sufrió varias puñaladas en la zona abdominal. Pudimos cerrar las heridas pero el daño interno es extenso. Robert Van Aken no verá un nuevo día.

—¡No! —Tristan reaccionó como si hubiese escuchado la mentira más absurda de todos los tiempos. Su hermano era una constante en su vida, la roca a la que se amarraba para no divagar, ese punto invisible que los mantenía a todos unidos. Un universo sin Robert era aterrador. Lo hacía sentir incluso más perdido que cuando su madre murió—. Está equivocado. Buscaré otro doctor. Alguien que no esté senil y tenga alguna idea de lo que está haciendo.

Con brusco ademán, Tristan se volvió para desandar sus pasos, dejar la residencia Van Aken y sacar de la cama a todo médico existente en Nueva York sin importar a quién tuviera que golpear en el camino.

—Tristan —la mano del doctor Fringer lo detuvo no por la fuerza sino por la delicadeza con la que se posó en su hombro, como si le estuviese ofreciendo unas condolencias anticipadas—. Robert te está esperando. Rehusó cualquier droga que lo hiciera estar más cómodo solo para estar consciente cuando llegaras. Huir no resolverá nada. Déjalo despedirse.

Tristan necesitó de toda sus fuerzas para no derrumbarse, correr a esconderse en un armario como un niño asustado. No podía despedirse, no de Robert, no de su hermano. Hubiese sido más fácil despedirse de él mismo, a fin de cuentas lo había hecho unas cuantas veces.

La única forma que conocía para enfrentar esas situaciones era desconectarse completamente de sus sentimientos. Solo así pudo darse la vuelta y abrir la puerta de la habitación.

Caroline estaba allí, sentada al lado de la cama con las manos de Robert entre las suyas. Su dignidad característica derrumbándose un poco más a cada instante.

Ambos levantaron la vista en lo que Tristan entró. Ella tratando de compartir la pena a través de la mirada, él simplemente lucía aliviado.

—Finalmente —dijo Robert en medio de un suspiro—. Llegas tarde incluso para visitar a tu hermano en su lecho de muerte. Eres incorregible.

Tristan trató de reír ante el intento de broma, hacer uso de esa actitud desapegada que lo caracterizaba, pero Robert de verdad lucía como si estuviese muriendo: su piel estaba pálida, un fino sudor le cubría la frente y sus ojos parecían haberse hundido, perdiendo ese brillo inteligente que le recordaba tanto a su padre.

—Déjanos, Caroline —delicadamente Robert besó la mano de su esposa.

—No —susurró ella.

—Necesito hablar con este bueno para nada —nuevamente le besó la mano, esa vez demorándose unos segundos más—. ¿Recuerdas lo que te dije?

Caroline tuvo que tomar un par de bocanadas de aire antes de poder hablar.

—Para mí también, Robert —le dijo finalmente con voz quebradiza mientras asentía con la cabeza—. Para mí también ha sido un hermoso viaje.

Caroline soltó la mano de Robert, se puso de pie y se inclinó para darle un suave beso en los labios. Luego, delicadamente, retiró un mechón de cabello que se había pegado en la frente de Robert, convirtiendo a Tristan un testigo incómodo de algo que no había presenciado nunca: afecto entre Robert y su esposa.

—Ven aquí, Tristan —dijo Robert una vez que Caroline salió de su campo de visión—. Estoy cansado y quiero terminar con esto para dormir un rato.

Lentamente, midiendo cada una de sus reacciones al tiempo que trataba de enterrar profundamente cualquier emoción, Tristan se acercó a la cama y ocupó la silla que Caroline había dejado vacante.

—Tenía todo este discurso preparado —dijo Robert en medio de un suspiro que se quedó atorado en su garganta—, pero no sé por dónde comenzar.

—No tienes que decir nada ahora —le respondió Tristan con una media sonrisa mantenida a la fuerza en su cara—. Podemos hablar mañana, cuando te sientas mejor.

—No creo que haya mañana, hermanito —Robert cerró los ojos por unos segundos y el gesto era tan definitivo que Tristan no pudo protestar, pues cualquier cosa que intentara decir seguramente se convertiría en un gemido—. Cuando Leticia nació yo recién había cumplido diez años —continuó Robert tras unos momentos de silencio—. Era tan hermosa como una princesa, y tranquila. Nunca lloraba, nunca se quejaba, siempre sonreía. Mamá me dejaba cargarla, contarle historias y yo estaba feliz de tener una hermanita tan mona que llenara esta casa tan grande con sus risas. Cuando llegaste tú un año después la historia fue diferente. Se notaba que el mundo no te gustaba, desde que naciste estuviste en guerra, llorando, formando escándalos...

—He mejorado —dijo Tristan, y su voz sonó más áspera de lo habitual.

Robert volvió la cabeza solo un poco, lo suficiente para ver a su hermano, y sonrió tiernamente, como si estuviera viendo al niño que había sido y no al hombre que tenía al frente.

—Solía colarme en tu habitación, sacarte de la cuna y sentarme contigo en un rincón para tratar de convencerte. Las niñeras me dejaban porque era el único que

podía calmarte. «No llores más, Tristan», te decía, «nuestra casa es bonita y tendrás muchos juguetes. Papá te quiere, mamá te quiere y yo te quiero más que nadie. Necesito que crezcas rápido y me ayudes a cuidar de Leticia, que seas mi mejor amigo porque no quiero volver a estar solo nunca más».

—Robert... —tal y como había anticipado la voz de Tristan se quebró.

—No se lo digas a Letty, pero siempre fuiste mi favorito, mi decidido y brillante hermanito. Todo lo que he hecho en mi vida ha sido para tratar de cuidarlos a ambos y preservar lo mejor posible nuestra imperfecta pero hermosa familia, y créeme nunca he resentido ni un solo día porque los problemas, escándalos y dolores de cabeza que ustedes dos me han dado han sido un maravilloso recordatorio de que nunca más estuve solo —Robert volvió a ver a Tristan, pero esta vez su mirada estaba cargada de pena—. Lamentablemente creo que no podré seguir haciéndolo y, odio pedírtelo, pero necesito que crezcas Tristan, que cuides a nuestras princesas, que se han multiplicado a lo largo de los años. Leticia, Lavinia, Teresa, Caroline y ahora tu Aurora son la única razón por la que todo esto vale la pena.

—Lo haré —Tristan tomó la mano de su hermano apretándolo con fuerza como si de esa forma pudiera mantenerlo a su lado—. Lo haré. Yo las mantendré a salvo.

—No sabes cómo —Robert lo miró desesperado— y no sé si tengo el tiempo para enseñarte.

Tristan quiso protestar, pero al ver a su hermano allí postrado en una cama, con las líneas del dolor que debía estar sintiendo marcadas en el rostro, con la muerte orbitando encima esperando el momento para arrebatárselo, se dio cuenta de que no tenía idea. A fin de cuentas, la muerte de Robert, de una forma u otra, era su culpa.

No sabía mantener a nadie a salvo más que a sí mismo.

Lo que más quería.

—El dinero es importante, Tristan, y sé que eres lo bastante hábil para hacer el suficiente para proveerlos a todos, porque solo Dios sabe que León, a pesar de sus buenas intenciones, no es capaz de ver una buena inversión ni aunque la tenga parada al frente —Robert suspiró—. Pero al igual que esos secretos que coleccionas, te has acostumbrado a usar el dinero como una espada y, en la vida, algunas veces, tener un escudo es más importante —Robert tomó una bocanada de aire y su rostro se contrajo como si el simple hecho de respirar fuese una tarea titánica—. Nuestro escudo es el apellido, la familia. Es lo que mantuvo a salvo a Leticia y lo que mantiene a salvo a Lavinia. No puedes pasar tu vida cargando contra la sociedad con una espada, porque tarde o temprano la sociedad querrá defenderse. Es más fácil y más efectivo presidir sobre ella. Puedes decirle qué comer, cómo vestir, a quién recibir, con quién hacer negocios... y cuando tengas todo ese poder nadie se atreverá a atacarte, ni a ti ni a los tuyos.

—¿Yo? —Tristan bufó—. La sociedad me desprecia, Robert.

—Manhattan te ama, Tristan, por eso has podido salirte con la tuya tantas veces. Padre fue el Van Aken rebelde, al menos después de que se casó con Silvia; yo el

dorado; tú eres el peligroso, y la gente siempre ha estado atraída al peligro. Asume tu lugar como cabeza de familia, hermanito, no hay nadie más —Robert aumentó un poco la presión en la mano de Tristan, pero era un intento flojo, como si la fuerza se le escurriera por minutos—. Tienes que hacerlo por Letty, por Lavinia, por Teresa, por Aurora, necesitan estar a salvo de las víboras que nos rodean. Si los Van Aken caen como familia, como símbolo, no tendrás suficientes secretos para protegerlos a todos.

Con tan solo la mención del nombre de su esposa, Tristan sintió que lo invadía la intranquilidad. La fuerte, independiente y temeraria Aurora podía terminar como Robert, mortalmente herida en una cama en medio de un espiral de venganza.

Lo que más quería.

Ahora estaba sobre aviso y los mantendría a todos a salvo.

—¿Recuerdas esa aria que mamá te cantaba para ponerte a dormir? —le preguntó Robert con los ojos cerrados.

—*Va', pensiero?*

—Solías cantar, antes... ópera, con mamá.

—No era muy bueno.

—Me gustaba. Parecías feliz cuando lo hacías —Robert suspiró—. Tienes que practicar, para cuando nazcan tus hijos. Lamento no tener el tiempo suficiente para conocer a mis nuevos sobrinos, cargarlos entre mis brazos y contarles historias como hice con Lavinia y Teresa. Será tu trabajo, y cuando tengas a tu primer pequeñín Van Aken entre los brazos, entenderás mejor.

—*Va', pensiero, sull'ali dorate* —comenzó a cantar Tristan bajito, casi como un arrullo, tal y como la había escuchado tantas veces en la voz de su madre, aunque le supuso un esfuerzo extraordinario evitar que su voz se quebrara. Robert sonrió complacido—; *Va', ti posa sui clivi, sui colli. Ove olezzano tepide e molli...*

Cuando Tristan terminó todo «*Va', pensiero*» de Nabucco, el aria favorita de su madre que hablaba de una patria lejana que más nunca pudo ver, Robert Van Aken había abandonado el mundo con una sonrisa plácida en la boca.

Capítulo 23

Nuevamente Aurora tuvo que escaparse.

Se había despertado en medio de la noche para descubrir que Tristan no había regresado y al bajar, esperando encontrarlo en algunas de las habitaciones de la casa recién terminada, solo encontró hombres que no conocía resguardando las puertas.

Protestó, amenazó y demandó respuestas hasta que algunas frases sueltas tomaron sentido: Robert herido, el doctor llamado de urgencia a la residencia Van Aken.

Los desconocidos intentaron impedirle que saliera, pero no estaban preparados para los trucos de Aurora, quien finalmente escapó a través de las ventanas del recibidor del primer piso solo para encontrarse con Florian parado fuera de la reja que delimitaba la propiedad.

—Aurora Bonita —la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Vas a detenerme? —le preguntó levantando la barbilla.

—Eso sería como tratar de evitar que la brisa nos acaricie la piel —hizo un ademán con la mano invitándola a continuar su camino y comenzó a andar a su lado.

—¿Por qué no les dijiste que me dejaran salir? —le preguntó Aurora en lo que estuvo segura que no iba a detenerla—. Hubiese sido más fácil y rápido.

—La orden del jefe fue que no podían permitirte salir de la casa, y no puedo rebatir sus órdenes —Florian se encogió de hombros—. Yo sabía que lograrías salir por tus propios medios, y decidí esperarte fuera para cumplir la segunda parte de la orden, que era mantenerte protegida.

—¿Protegida de qué? ¿Qué está sucediendo, Florian?

—El señor Robert Van Aken fue atacado en un callejón.

—¡Por Dios!

—No conozco el estado de sus heridas pero sí conozco este tipo de ataques. Tienes que prepararte para lo peor, Aurora Bonita.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio, aunque no era uno de tipo plácido. Había en sus pasos cierta urgencia y el aire de la desgracia danzaba entre ellos como la brisa helada que los hacía encogerse dentro de sus abrigos.

Más hombres desconocidos estaban apostados a las puertas de la residencia Van Aken, lo que hizo que esa incomodidad sin nombre que sintió Aurora desde que descubrió extraños en su casa se incrementara.

Lo que fuera que estuviese detrás del ataque a Robert era más que cualquier cosa que su mente hubiese podido anticipar.

Florian se quedó con los otros hombres que estaban apostados en la verja y a pesar de la hora a Aurora le bastó llamar un par de veces para que un mayordomo le abriera con una expresión que no decía nada.

—Buenas noches, señora Van Aken —la saludó con una leve inclinación de

cabeza, invitándola a entrar, como si fuese lo más normal del mundo llamar a la puerta de una casa decente en horas de la madrugada—. La familia está reunida en el recibidor privado —continuó mientras la ayudaba a despojarse de su sombrero y recibía sus guantes—. La acompaño.

Con un leve gesto de la mano, el mayordomo le indicó que lo siguiera por las amplias escaleras que daban hacia el segundo piso. Todo pausado, todo calmado, lo que, contradictoriamente, aumentaba la desesperación.

A mitad del trayecto, un grito femenino pero que más parecía pertenecer a un animal herido retumbó en las paredes de la casa, penetrando hasta los huesos de Aurora.

Abandonando toda propiedad, comenzó a correr escalera arriba sujetando sus faldas entre las manos a una altura que era casi indecorosa. Un largo pasillo la recibió y al final de él una escena que parecía tener lugar antes sus ojos, muy despacio, a pesar de que su carrera no se detuvo.

Un nuevo grito, esta vez quebrado, salió de la boca de Caroline, quien parecía haber perdido todas sus fuerzas, porque simplemente cayó al piso, no desmayada, sino de rodillas, como si sus piernas se hubiesen dado por vencidas en esa tarea que era sostenerla. Leticia, silente, echó a correr hacia una puerta cerrada y tuvo que ser detenida por la fuerza por León Walton, quien se abrazó contra su espalda pegándole los brazos al cuerpo y susurrándole algo al oído.

Presidiendo toda la escena estaba Tristan, guardando como un apático Cancerbero esa puerta que parecía liberar trozos de pena por oleadas. En contraste con el evidente dolor que se desenvolvía ante sus ojos, parecía sereno; o más bien, carente de toda emoción, tanto que al llegar hasta ellos el primer impulso de Aurora no fue acercarse a su esposo, quien lucía distante de toda la escena, como uno de los cuadros de las paredes o el sereno mayordomo.

Aurora se arrodilló al lado de Caroline y la abrazó, acariciándole la espalda. Para su sorpresa, la siempre rígida señora Van Aken recargó su peso en ella, escondiendo el rostro en la curva del cuello de Aurora, para dejar fluir un mar de lágrimas silentes, interrumpidas en algunas ocasiones por un sollozo que intentaba ser controlado.

Las siguientes diez horas de la vida de Aurora se convirtieron en un borrón de acciones: Robert Van Aken había muerto y le tocó a ella consolar a Caroline, asegurarse de que descansara, responder a cientos de preguntas por parte de la servidumbre que involucraban cosas tan absurdas como si el desayuno del día siguiente se serviría como de costumbre o cada quien lo tomaría en su habitación, si los señores Walton se quedarían a dormir y qué habitación deseaba que le prepararan para pasar la noche.

En ningún momento estuvo a solas con Tristan, en ningún momento tuvieron la posibilidad de hablar. Eso la carcomía.

En vano esperó que apareciera en la habitación que le habían asignado hasta que finalmente fue vencida por el sueño.

A la mañana siguiente las cosas no mejoraron: el lugar a su lado en la cama no había sido ocupado por nadie y la sirvienta que vino a ayudarla a vestir (y le trajo un vestido de luto que aseguró pertenecía a la señora Caroline) no supo darle mayores detalles, simplemente le informó que la estaban esperando en el recibidor del primer piso.

Así, guiada por la mucama, de la cual desconocía hasta el nombre, caminó por los silenciosos pasillos de la ancestral residencia de una de las familias más poderosas de todo Manhattan, y lucía muy diferente al lugar donde su banquete de bodas había tenido lugar.

No era solo que todas las cortinas estuviesen corridas, sumergiéndolo todo en una penumbra lúgubre; tampoco que los vistosos arreglos florales hubiesen desaparecido o que los sirvientes con sus brazaletes de duelo tuviesen expresiones demacradas y susurraran como si cualquier sonido fuese blasfemo; era algo más. Una especie de pesadez en el ambiente, de tristeza suspendida que lo llenaba todo aun cuando no hubiese signos tangibles de su presencia.

Aurora traspasó la puerta del recibidor y pudo ver el único punto luminoso de su vida en las últimas horas: su padre y sus hermanos.

—Cariño mío —George Haigh se puso de pie y se aproximó a abrazar a su hija. Aurora sintió el peso de su padre recargarse en ella y cuando se separaron pudo ver sus ojos vidriosos—, esto es una tragedia. Asesinado, el pobre Robert...

Aurora recordó que George Haigh y Robert Van Aken habían sido amigos por casi veinte años aunque, por cuestiones geográficas, ambas familias nunca habían tenido mucho contacto hasta que los Haigh vinieron a vivir a Nueva York.

—Tristan nos escribió esta mañana —intervino Thomas mirando a su hermana de esa forma tan particular, como si quisiera escarbar debajo de su piel buscando algún secreto, y por esto Aurora tuvo que poner en práctica esas viejas habilidades de relajar el rostro, pues no quería reconocer que no había tenido la ocasión de hablar con su esposo—. Necesita ayuda.

—¿Ayuda con qué? —preguntó ella controlándose.

—Sucesiones, testamentos... —John, quien había permanecido en el sofá, se encogió de hombros—. Los negocios de Robert Van Aken son extensos y complicados y Tristan no confía mucho en los abogados de su hermano.

—Además, dejó entrever que tenía otros asuntos, más personales, de los cuales ocuparse —Thomas completó, haciendo sonar su frase como una pregunta y levantando una de las cejas.

—¿Como cuáles?

—No dijo —John hizo un gesto vago con la mano.

—Aunque cuando eres el señor de los bajos fondos y tu hermano es asesinado en un callejón es de suponer...

—¡Suficiente! —George Haigh interrumpió a su hijo mayor—. Esta es una familia en duelo y tu hermana no necesita más preocupaciones.

Aurora estaba a punto de protestar, de decir que le preocupaba más no saber qué podía estar oculto tras la muerte de su cuñado, pero León Walton entró al salón acompañado de un mozo vestido con librea de terciopelo.

—Tristan los está esperando —anunció—. Benjamín los acompañará.

Tras darle un beso en la mejilla George Haigh salió seguido por Thomas y John, este último lanzándole a Aurora una mirada indescifrable.

Ella se quedó allí parada en medio del salón, sin saber exactamente qué debía hacer a continuación, adónde ir, en medio de esa casa extraña, llena de gente y a la vez tan vacía.

—Menos mal que ya estás aquí —León cerró las puertas del salón y le hizo un gesto a Aurora para que lo acompañara a una pequeña mesa al fondo llena de papeles—. Tenemos mucho trabajo por hacer.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó Aurora un poco más relajada. Tener algo que hacer era bueno, mejor sin duda que esa sensación de estar a la deriva. Además, le gustaba León. Ambos habían pasado mucho tiempo juntos decorando la nueva casa y sus maneras divertidas y relajadas la hacían sentir cómoda, aunque ahora en sus ojos solo había cansancio.

—Tenemos que planear un gran funeral.

León la ayudó a sentar y señaló una gran cantidad de correspondencia que había comenzado a apilarse.

—Esas son notas de condolencias, pero pueden esperar. Por ahora, debemos decidir qué queremos, comenzar a escribir decenas de cartas desde la iglesia hasta los floristas, y cuando tengamos un panorama más o menos claro enviar la información a unos amigos que tengo en los periódicos para que salga publicado mañana —León se pasó la mano por los ojos y no había nada en él que evidenciara el tipo de sujeto que era normalmente: alegre, jovial y divertido, mucho más de lo aceptable para un hombre de sociedad que ya pasaba de los cincuenta—. Nunca pensé que tendría que planear el funeral de Robert, y no sé si podré hacerlo solo. Fue el mejor hombre que he conocido y me dio la única familia a la que he querido pertenecer, aun cuando yo no estuviera a la altura.

La voz de León se quebró, y Aurora estiró la mano y le apretó el brazo. Ella no recordaba mucho de toda la logística que rodeó el funeral de su madre, simplemente se había encerrado a llorar. Ahora tenía que agradecer que alguien se hubiera ocupado de todo en ese momento.

—¿Cómo está Leticia? —preguntó.

—Peor que Caroline, lo que es mucho decir —León suspiró y cerró los ojos en un inútil intento de ocultar la humedad que había comenzado a acumularse y que amenazaba con rebozar sus pestañas—. Letty adoraba a su hermano, y nunca dominó esa habilidad social de ocultar sus sentimientos. Ella ama, odia, se enfurece y se entristece con una profundidad que la consume. Mi esposa, ¡Dios la bendiga!, lo siente todo con la intensidad de una jovencita.

—No he visto a Tristan —confesó Aurora casi con vergüenza.

—Y es mejor así —León posó su mano sobre la de Aurora, que aún continuaba sobre su brazo—. Tristan está en un estado muy violento. No es que se haya manifestado de alguna forma, pero puedes verlo en el fondo de sus ojos. Su estado de ánimo no es triste, ni desesperado, ni siquiera totalmente iracundo. Se trata de una mezcla ponzoñosa con la que él debe luchar y creo que hace bien al no intentar contaminarte.

—¿Qué sucedió realmente?

—No tengo detalles, pero parece que la muerte de Robert tiene algo que ver con los negocios de Tristan.

—¡Por Dios! —Ahora Aurora sabía que debía ir en búsqueda de su esposo e incluso hizo amago de abandonar la silla. No había nada más peligroso que la culpa y la ira revolcándose juntas en el alma de cualquier ser humano.

—Déjalo estar, Aurora —León la detuvo tomándole la muñeca e instándola a regresar nuevamente a la silla—. No creo que Tristan pueda lidiar ahora con la culpa en los ojos de otras personas y yo, yo realmente, necesito tu ayuda. La logística de la muerte es una tarea pesada.

Capítulo 24

Los funerales de Robert Van Aken se celebraron tres días después con toda la sobriedad y el lujo que requería el hijo dorado de la sociedad de Nueva York. Fue un trabajo titánico y doloroso para León y Aurora, algo de lo que les era imposible sentirse orgullosos debido a la tristeza que rodeaba la escena; pero las personas más frías de Manhattan, aquellas que sin importar la tragedia tenían siempre los ojos bien abiertos para criticar cualquier desaguisado, no pudieron sino reconocer que todo había sido digno de un príncipe.

Los carruajes con los paños negros cubriendo las ventanas, los caballos con sus adornos de plumas negras, el coro en la iglesia, los asistentes con sus ropas de luto y sus ojos vidriosos; incluso la suave llovizna que los acompañó parecía haber formado parte del plan.

Aurora estuvo al lado de Tristan en cada paso de la solemne conmemoración, pero no habían sido una real compañía el uno para el otro, solo dos figuras de cera colocadas hombro a hombro, desconectadas. Ella intentó tender una mano, pero solo se encontró con esa pared fría, con ese rostro sin expresión, con esos ojos helados que nunca había visto, ni siquiera en aquellos primeros momentos, cuando se conocieron.

Solo dos destellos de dolor tuvieron la osadía de aflorar en los ojos de su esposo: cuando ayudó a sacar en hombros el féretro de la iglesia y cuando los restos de Robert Van Aken descendieron a las entrañas de la tierra. Sin embargo, fueron tan breves que cualquiera menos pendiente de cada mínima variación en su expresión seguramente no los notó, y era mejor así. Tal y como había dicho León, lo que Tristan guardaba dentro era venenoso.

Solo después de que todos los compromisos sociales, que implicaban presencia de los deudos y en los que tanto Tristan como Aurora representaron perfectamente su papel, concluyeron, pudieron regresar a su casa.

Aurora encontró algo de comodidad en esas paredes que ya se sentían propias, que la abrazaban prometiéndole seguridad y calor, un regreso a esa vida perfecta que había disfrutado por un breve lapso; pero aún echaba en falta a Tristan.

Convencida de que ya era suficiente, que ese veneno fermentado en culpa que su esposo mantenía dentro debía salir y cubrirlos a ambos para que juntos buscaran el antídoto, Aurora esperó su regreso.

Tristan había estado en la casa únicamente el tiempo suficiente para cambiar su exquisita ropa de lujo por una más acorde con sus actividades nocturnas y luego se marchó sin decir ni una palabra.

Lo esperó sentada junto a la ventana de su habitación. Lo vio regresar, seguido por un par de hombres y Florian, y esperó. Escuchó sus pasos por la escalera, también detenerse unos breves segundos frente a su puerta —lo que le dio una breve

esperanza de que fuera él quien tendiera los puentes—, y luego seguir su camino hasta que el ruido sordo de la puerta al cerrarse le indicó que estaba en la habitación contigua.

Por un breve lapso Aurora se debatió acerca de sus acciones y contradictoriamente lo que la hizo decidirse fue que, nunca antes, le había tenido tanto miedo, nunca se había sentido tan pequeña e intimidada en su presencia y, como siempre, por pura fuerza de voluntad Aurora Haigh se negaba a dejarse intimidar ni por Tristan Van Aken, ni por las tragedias de la vida, y ahora más, cuando ya había probado a lo que sabía la felicidad.

Con decisión caminó hacia la puerta que unía ambas habitaciones y la abrió.

La visión que tenía ante sí la golpeó con la saña de una cuchillada en medio del pecho, alcanzando su corazón y dejándolo unido solamente por una fibra de tejido que representaba el cariño que le tenía a ese hombre que era mucho más que su cómplice, su amigo, su esposo y su amante. Tristan era todo eso y había llegado a representar para ella mucho más que la suma de las diferentes situaciones que habían compartido.

Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, las piernas dobladas y los antebrazos descansando sobre las rodillas. La cabeza le colgaba entre los hombros y a sus pies había una botella destapada aunque prácticamente llena.

Aurora avanzó lentamente porque lo que tenía al frente era un animal herido y sabía que podía espantarse con facilidad y levantar ese muro que la mantenía distante y que justo en ese momento parecía más bien un cortinaje de fina seda el cual podía, con un poco de suerte, atravesar sin mucho esfuerzo.

Sin decir palabra se sentó a su lado, imitando su posición. Cerca pero sin tocarlo, haciéndole saber que estaría allí cuando él estuviera listo, que no hacía falta que la apartara, que esperaría junto a él el tiempo que fuera necesario.

Con dolor miró sus manos. Tristan nunca había tenido las manos pulcras de un caballero. Eran duras y marcadas como el resto de su cuerpo, pero ahora sus nudillos estaban en carne viva y restos de sangre adornaban el cuello de la botella a sus pies como un collar grotesco.

Estudió su rostro, sus antebrazos, cualquier pedazo de piel a la vista. También sus ropas. Buscaba algún indicio de que el daño podría extenderse, pero a excepción de algún salpicado de sangre seca, no encontró nada; lo que la dejó con una conclusión mucho más aterradora que las marcas de sus manos: Tristan había golpeado salvajemente a alguien que no había podido defenderse.

Lentamente esa mano ensangrentada se movió y Aurora siguió su trayecto hipnotizada. En un gesto que le cortó la respiración Tristan acarició sus dedos, como aquella primera vez, y luego tantas otras veces.

Era un toque tan sutil, pero a la vez tan cargado de significado, que todo el horror y la tristeza se borraron de su mente y solo quedaron la ternura y el cariño.

Aurora apretó con sus dedos los de Tristan tratando de transmitirle todo con ese

contacto: «estoy aquí», «déjame entrar» y así finalmente esa barrera que la había forzado a mantenerse alejada dio una fuerte sacudida, derribándose finalmente.

Tristan comenzó a llorar, y no era un llanto digno y silencioso. Parecía un niño sollozando desesperado, su cuerpo sacudido por la fuerza de la tristeza, tanto que se derrumbó sobre Aurora escondiendo el rostro en su cuello.

Ella lo abrazó, no con la fuerza de quien recibe a alguien que creía perdido, sino sosteniéndolo en su momento más vulnerable.

Solo cuando el llanto terminó, él persiguió sus labios con la torpeza de un inexperto y con la desesperación del que sufre y busca un bálsamo. Aurora lo besó de vuelta tratando de recibir a través de ese contacto todo el sufrimiento, la rabia y la culpa, y arrebatárselos del todo, si era posible.

Tristan le hizo el amor allí en el suelo, sin palabras pero cada caricia llena de significado, como si quisiera recordar cada parte de la historia que habían compartido. Estaba hambriento, sí, pero eso no evitó que fuera delicado.

Solo cuando todo terminó, justo en ese momento en que el pensamiento regresa al mismo tiempo que el corazón se desacelera, ella notó la diferencia.

No sabía si el cambio fue deliberado o simplemente se trató de un accidente. Sin embargo, no era momento para preguntar, no esa noche, no en el medio de una reconexión nacida de la tristeza.

Habría otro momento para saber por qué su esposo, por primera vez, no se había detenido antes del final.

Capítulo 25

La mañana siguiente sorprendió a Aurora, nuevamente, sola. El lugar a su lado estaba vacío y frío, como si la noche anterior no hubiese existido nunca.

Llamó a Marie, quien le informó de que Tristan aún estaba en la casa y, cubriéndose con el albornoz del que se había adueñado, fue a buscarlo.

Lo encontró en el invernadero. Ese fue el primer sitio de la casa que remodeló y desde ese momento siempre habían desayunado allí, juntos, rodeados de luz y plantas pero protegidos por el techo de cristal abovedado.

—Buenos días, amor —la saludó sin voltear, sintiéndola incluso antes de verla—. No quise despertarte.

Con un mal presentimiento, Aurora se acercó hasta la mesa donde el desayuno estaba dispuesto.

Era su esposo, aunque vestido con un poco más de finura de lo acostumbrado, pero el problema no era ese. Las palabras eran las adecuadas, el sitio era el acostumbrado, la mesa estaba dispuesta como cada día, pero el calor, la familiaridad estaban ausentes.

Tomó asiento en su lugar acostumbrado y no le hizo falta escudriñar mucho en la expresión de Tristan, quien leía una carta, para darse cuenta de que, nuevamente, toda expresión estaba borrada de su rostro, dejando solo un peligroso rastro de ira en el fondo de sus ojos. Incluso ese gesto cotidiano de, distraídamente, acercarle los periódicos, estaba desprovisto de la consideración usual. Era solo un movimiento mecánico.

—Señora, su correspondencia —Marie la sorprendió justo cuando estaba a punto de gritar, frustrada.

—Gracias.

Recelosa, Aurora tomó un único sobre cerrado de la bandeja de plata. Había pospuesto la tarea de escribir las notas de agradecimiento por los regalos de bodas poniendo mil excusas en el camino: primero porque no tenía tarjetas que dijeran: «Señor y señora Tristan Van Aken» y no podía escribir los agradecimientos con su nombre de soltera, después se dijo que mejor era esperar a que la casa estuviese lista, pues escribir esos agradecimientos era una tácita invitación para visitas informales. No obstante, en el fondo simplemente quería disfrutar de su vida sin que los ojos curiosos de Manhattan vinieran a interrumpir su felicidad.

Por ello le extrañaba recibir algún tipo de correspondencia.

Curiosa abrió el sobre y por un momento su corazón dejó de latir y luego lo hizo con tanta fuerza que Aurora creyó que iba a morir: Milton Crawford, tras unas breves palabras de pésame, le informaba de que el comité editorial quería publicar sus artículos y darle una columna semanal.

La mejor noticia de su vida llegaba en el momento menos oportuno.

Quería estar feliz, reír, saltar de alegría; pero no podía. Eso hubiese sido una desconsideración hacia su esposo, quien aún enfrentaba la pérdida de su hermano de una forma violenta.

—¿Qué pasa?

Sobresaltada, pues todo lo que la rodeaba había desaparecido momentáneamente, Aurora miró a Tristan, quien la observaba por encima del documento que leía. No había curiosidad en su mirada, ni calor alguno; lucía amenazante. Un frío extraño le recorrió la columna, como si alguien hubiese pasado un dedo helado por su espalda.

—Nada de importancia —Aurora relajó el rostro al tiempo que doblaba la carta—. Es del periódico, quieren discutir algunas cosas.

—No puedes salir de la casa.

—¿Por qué? —la pregunta se le escapó con un reflejo, así como la gente levanta las manos para defenderse de un golpe.

—Estamos de luto. Sería un escándalo que te vieran paseando por Manhattan a los pocos días de la muerte de mi hermano.

Por un momento Aurora cerró los ojos tratando de poner sus ideas en orden, también sus sentimientos. Estaba feliz por su éxito y frustrada por no poder tomarlo. Una parte de ella quería gritar que le importaba poco lo que la gente pensara y otra, más callada e insidiosa, le recordaba que estaba siendo egoísta, que ya no era una niña traviesa sino una mujer casada cuya obligación estaba, primero que nada, hacia su esposo.

Lo peor era que no tenía ningún poder de decisión. Robert no era su familia, por lo que el tiempo que estuviese de luto no dependía de ella. Estaría de luto mientras Tristan lo estuviese, saldría a la calle cuando él lo dispusiese.

—Aurora... —levantó la vista y se encontró con la mirada de Tristan. Tal vez lo imaginaba, pero creyó ver cierta preocupación—. Creo que deberías ir por una temporada a la residencia Van Aken.

La protesta se quedó atorada en su garganta porque, poco a poco, sentía que las paredes de cristal del hermoso invernadero se cerraban sobre ella, imposibilitándole respirar, pero sin duda quería hacerlo. Si iba a estar encerrada, prefería quedarse en su casa, donde podía desayunar en bata, recibir a sus hermanos sin todo el protocolo que rodeaba cualquier acto social en la casa de su cuñado, escribir artículos a la hora que quisiera, saltarse las comidas, tomar té y galletas en la cocina mientras conversaba con Berta y Beauford le traía personas que serían de utilidad para sus artículos.

—Leticia y su familia se quedarán allí una temporada —prosiguió Tristan—. Hay mucho por hacer: cartas de condolencias que contestar, personas a las que recibir...

—Pero Caroline...

—La mayoría de las condolencias y las flores son para la familia Van Aken, no para Caroline, y ahora yo soy la cabeza de la familia. Es tu responsabilidad como mi esposa encargarte de enviar las notas de agradecimiento y contestar a las cartas.

Además, una temporada allá te ayudará a familiarizarte con la casa y su funcionamiento, así como con los empleados. Podrás aprovechar el tiempo para organizar la mudanza.

—¿Quién se muda?

—Nosotros. La cabeza de la familia siempre ha vivido en la residencia Van Aken.

—¡Pero es la casa de Caroline!

—Ella seguirá viviendo allí si lo desea y todas sus necesidades cubiertas, pero ahora esa es nuestra casa, tu casa —Tristan se puso de pie—. A partir de hoy las responsabilidades de Caroline son tuyas, tanto domésticas como sociales, y cuando el luto termine serás la encargada de manejar todas nuestras actividades: deberás recibir, visitar, organizar cenas, bailes, eventos de caridad, decidir cuándo iremos a la ópera y con quién... ese tipo de cosas. Eventualmente las grandes matronas irán de visita, y es bueno que te encuentren en el lugar que te corresponde y correctamente entrenada; Caroline y León te ayudarán para que la transición sea lo más delicada posible.

Tristan le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta del invernadero.

—¿Adónde vas? —le preguntó Aurora sintiendo que la conversación no había terminado. Es más, no habían tenido ninguna conversación. Simplemente le había cambiado la vida sin pedirle su opinión.

—Tengo negocios que atender. Pide a Beauford que te lleve a la residencia Van Aken en el carruaje, todavía las ventanas están cubiertas, así que no se verá mal; yo enviaré a la hermana de Sherry para que te haga unos vestidos de luto nuevos.

«¿Por qué tú puedes salir a encargarte de tus asuntos y yo no?», pensó Aurora, pero mientras veía la espalda de Tristan desaparecer una risa cínica sonó en el fondo de su mente, recordándole que él era un hombre y ella una mujer; él era el esposo y ella la esposa. Nadie esperaba que Tristan Van Aken dejara de atender sus negocios, tanto los viejos como los recientemente heredados, y se encerrara en su casa durante seis meses; lo que sí era esperado era que la señora Van Aken guardara la compostura necesaria para alguien de su estatus.

Aurora quería gritar hasta que la garganta le ardiera, barrer con el brazo la fina cristalería que estaba sobre la mesa haciéndola añicos en el suelo dejándola en el mismo estado que ahora estaban su futuro y sus esperanzas. No lo hizo. El grito de frustración resonó en su mente e hizo temblar su cuerpo pero nunca salió, pues palabras como «egoísta», «insensible», «malcriada» se repetían en su cabeza una y otra vez.

Por muchos años le habían inculcado que una mujer de su clase, más si estaba casada, no podía tener sueños y esperanzas distintas a las de su marido. Era una sombra, un instrumento, la hermosa decoración del plato principal, y aunque toda su vida había desestimado esas nociones, ahora le era mucho más difícil rebelarse, porque eso significaría dañar a Tristan.

Con Robert muerto y Tristan destrozado y distante, seguir con su vida como si nada le parecía un acto de desamor. No obstante, renunciar a sus sueños era una

traición hacia ella misma.

Aurora respiró hondo un par de veces, bruscamente secó las lágrimas que ni siquiera se dio cuenta que habían escapado de sus ojos y se fue a la cocina a buscar a Beauford.

Antes de ser la señora Van Aken ella era Aurora Haigh, una mujer que siempre encontraba la manera de hacerlo todo, aunque debajo de las mismas narices de la sociedad.

Esta vez no sería diferente.

Capítulo 26

Desayunar en la residencia Van Aken, aunque era un asunto mucho menos elaborado que una cena, bajo ningún concepto podía calificarse como algo informal.

Era requerido que todos los habitantes de la casa se reunieran a la hora indicada, correctamente vestidos con sus ropas de día y ocuparan sus asientos para tomar la primera comida servida por una cantidad innecesaria de personal supervisada por el mayordomo.

Aunque la mudanza no era oficial, ahora Tristan ocupaba la cabeza de la mesa, cuando tenía a bien aparecer, y el lugar de Aurora estaba justo a su derecha, solo que esa mañana permanecía vacío.

La nueva señora Van Aken caminaba apurada por el corredor principal buscando al mayordomo. No obstante, solo se topó con una de las incontables criadas, de la cual aún no sabía el nombre.

—¿Dónde está Burke? —le preguntó a la muchacha sin miramiento alguno por la ceremonia o los buenos modales.

—Buenos días señora, Van Aken —le respondió la chica con una leve reverencia—. Debe estar atendiendo el desayuno en el comedor.

—¿Y los periódicos de hoy?

—Fueron llevados a la mesa.

Con una exclamación que ninguna dama respetable debía pronunciar en voz alta, mucho menos si no estaba sola, Aurora giró sobre sus talones y se encaminó al comedor.

Expresamente le había pedido al mayordomo que le llevara los periódicos del día a ella, pero claro, el viejo Burke no ocultaba su poca complacencia por las maneras informales de Aurora y su resistencia a ocuparse de la casa. Beauford le había contado, en la más estricta confidencia, que en más de una oportunidad el mayordomo había señalado que incluso la señora Silvia, aun no siendo de tan alta cuna, se interesaba más por las cuestiones domésticas que la nueva señora Van Aken. Así que pasaba por alto las pocas órdenes que daba, prefería consultarle a Caroline o simplemente hacía lo que quería con la excusa de que «siempre se ha hecho de este modo».

Normalmente Aurora no le prestaba mayor atención. Manejar una casa tan grande no estaba en sus planes, ya bastante tenía con la correspondencia y las visitas de condolencias que parecían no terminar nunca y sobre las que, obligatoriamente, tenía que presidir. Sin embargo, precisamente esa mañana, el asunto de los periódicos era de vida o muerte.

Necesitaba hablar con Tristan de ello, había planeado hacerlo, la cuestión era que no lo veía mucho últimamente. No sabía dónde dormía, pues no lo hacía con ella, y,

de acuerdo con Marie, eran más las veces que sus ropas llegaban con sangre y olor a alcohol que las que llegaban limpias.

Su entrada abrupta al comedor generó el típico silencio de quien interrumpe. Últimamente le ocurría mucho, se sentía una intrusa en su propia vida, una personita molesta que la ataba a formalidades innecesarias.

—Buenos días, amor —le dijo Tristan sin levantar los ojos del periódico—, muy gracioso de tu parte reunirte con nosotros finalmente.

Aurora acusó el golpe sin inmutarse, pero no se trataba de la velada reprimenda. Simplemente, cada vez que la llamaba «amor» sentía el vacío tras la palabra, cuando en otro momento, solo de escucharla, miles de mariposas volaban en su estómago.

Pero ahora no podía perder tiempo tratando de dilucidar cuántas partes de rabia, frustración o tristeza había en sus sentimientos, tampoco en revolcarse en la agria cotidianidad de su vida que había cambiado de la noche a la mañana y que cada día empeoraba. Tristan tenía en sus manos el periódico que necesitaba. Era el momento para tratar de rectificar al menos eso.

—Buenos días —dijo entrando al comedor con esa fachada calmada que había aprendido a despreciar—, me quedé dormida.

Uno de los mozos se apresuró a apartar su silla y la ayudó a sentar. Seguidamente regresó al mostrador a por la tetera.

—Mi esposa bebé café —lo amonestó Tristan sin levantar la vista del periódico, y el mozo se envaró. Todo el personal de la casa temía a esa figura hostil y distante que era ahora el nuevo señor Van Aken.

—Está bien —dijo Aurora al joven con una sonrisa. Ella sabía bien lo que era ser el recipiente de esos comentarios que pinchaban por su frialdad—. Hoy estoy de humor para un poco de té.

Con una expresión agradecida, el mozo llenó su taza y se retiró a prepararle un plato.

—Aurora, querida —dijo Caroline distrayéndola de su tarea de mirar de forma insistente el periódico que ahora Tristan tenía en sus manos, como si así pudiese hacerlo aparecer en su regazo—, sería bueno que instruyeras a tu sirvienta para que te levantara a una hora precisa. Una dama que duerme más de lo necesario es de mal gusto. ¿Qué pensaría la gente si se entera de que vives guiada por tus impulsos?

Aurora tenía varias respuestas para eso. La primera era que la gente no vivía en su dormitorio para saber a qué hora se levantaba; que, en caso de que lo supieran, no podría importarle menos; que si viviera «guiada por sus impulsos» sería una persona muy diferente y, sobre todo, feliz.

Sin embargo, no dijo nada. Caroline era una mujer devastada por la tragedia y, aunque intentaba llevarlo lo mejor posible (a diferencia de Leticia, que todavía pasaba los días encerrada en su habitación llorando), había ciertos rastros de dolor que eran inconfundibles en caso de que alguien decidiera pasar por alto las severas ropas negras que todos estaban forzados a llevar o lo oscura que se había vuelto la

casa perpetuamente con las cortinas corridas.

—Sí, lo haré —se limitó a decir antes de volver a estudiar a Tristan tratando de dar con una excusa válida para pedirle el periódico.

No hizo falta. Supo exactamente el momento en que leyó lo que no se suponía que debería haber leído. Probablemente nadie se dio cuenta en el cambio en su expresión, en la línea dura que formaron sus labios y en la forma como su mandíbula se tensó. Solo Aurora lo notó, porque lo estaba esperando, temiendo incluso.

Tristan dobló el periódico sin apuro y miró a su esposa con una expresión de hielo antes de ponerse de pie.

—Aurora, ven conmigo —dijo antes de emprender su camino hacia la puerta del comedor.

Ella se permitió cerrar los ojos por un par de segundos antes de seguirlo, y no pudo evitar pensar que era como ser citada por la directora del colegio tras una travesura. La cosa era que había terminado el colegio hacía mucho tiempo, y Tristan era su esposo, y en otro tiempo su amigo y compañero de aventuras, no una directora, tampoco su padre y, lo que acababa de leer, definitivamente no era una travesura.

¿Por qué sentía entonces que estaba a punto de ser castigada?

Tristan cruzó el pasillo que hacía poco Aurora había recorrido a la carrera, abrió la puerta del recibidor, la invitó a entrar y cerró tras él. En ningún momento dijo nada, lo que solo incrementó las contracciones nerviosas en el estómago de Aurora.

—¿V. A. Shelly? —preguntó levantando el periódico sin que su expresión delatara nada—. ¿No pudiste pensar en un nombre mejor?

—Estaba apurada —respondió ella, también de forma neutra, como si estuvieran discutiendo el estado del tiempo. Por un segundo estuvo tentada a creer que todo iría bien, que de un momento a otro ambos estallarían en carcajadas cómplices, hasta que se dio cuenta de que Tristan lucía la misma expresión que cuando peleó con los maleantes en el callejón.

—¿Te gustó ver tu artículo en el periódico?

—No lo he visto. Tú tienes el periódico.

Tristan bufó, aunque era imposible discernir si estaba exasperado o trataba de ocultar una risa involuntaria.

—Enviaré a Burke a que compre todas las ediciones disponibles y te las dé. Te recomiendo que las guardes bien, que las leas una y otra vez hasta que esa imagen quede grabada en tu memoria, porque esta será la última vez.

—¿Qué? —replicó Aurora indignada—. ¡No!

—Expresamente te pedí que no salieras de la casa.

—No me lo pediste, Tristan. Me lo ordenaste, pero no te preocupes, tus mandatos fueron cumplidos. No he salido. Puedes preguntar, si gustas.

—De cualquier forma, esta profesión tuya —escupió, como si la palabra le supiera mal en la boca— es muy riesgosa. Mi esposa no va a exponerse buscando historias al oeste de Broadway. Ahora mismo podrías estar esperando un hijo mío.

¡Por Dios santo!

—No lo estoy —le respondió ella sintiéndose más violenta con cada segundo que pasaba—, y si te hubieras molestado en hablar conmigo en los últimos días, lo sabrías.

—No importa. De todas formas tenemos una imagen que mantener que, definitivamente, no involucra a la señora Van Aken investigando los bajos fondos y hablando sobre ellos en el periódico.

—Hipócrita —lo acusó—. ¿Acaso has dejado tus negocios nocturnos? ¿Es digno del poderoso señor Van Aken llegar cada noche con la ropa llena de sangre y los nudillos en carne viva?

—Tú sabías exactamente quién era yo cuando nos casamos.

—¡Y tú sabías quién era yo! Sabías que no quería ser una dama de sociedad.

—Las cosas han cambiado —por un segundo la pena afloró en el rostro de Tristan—. Mi hermano está muerto, asesinado...

—Pero yo estoy viva —la exclamación le salió como un murmullo avergonzado. Era lo que sentía y aun así se sentía terrible por hacer la comparación—. Me lo prometiste, Tristan. Cuando me pediste que me casara contigo me prometiste que me darías lo que nadie más podía darme.

El rostro de Tristan se volvió de piedra.

—Robert me pidió que me casara contigo para salvar sus negocios con los Haigh. Hubiese dicho cualquier cosa con tal de convencerte. Debiste escuchar a tu padre.

Aurora sintió que alguien la golpeaba y el dolor se extendía dentro de ella como una mancha oscura que lo contaminaba todo.

Finalmente cada símil que alguna vez leyó sobre tener un corazón roto tomó sentido, pues sintió algo dentro de su pecho quebrarse casi de forma audible hasta quedar reducido a un montón de añicos.

Era un conocimiento tan abrumador que tuvo que recargarse en el respaldo de una silla. Se había enamorado de Tristan y para él nada había cambiado. Todo seguía siendo una transacción de negocios.

—Aurora —alarmado, Tristan dio un par de pasos hacia ella—, amor.

—¡No! —el cariñoso calificativo solo sirvió para desterrar el entumecimiento que fue sustituido por cólera, y Tristan pudo verlo claramente porque se detuvo antes de llegar a ella—. Nunca más me llames así a menos que de verdad lo sientas.

—Aurora —bajó el rostro apenado—, cualquier mujer de esta ciudad se sentiría afortunada de ocupar tu posición.

—¡Debiste entonces casarte con cualquier mujer! —le gritó—. Aunque, claro, no hubiese sido tan bueno para los negocios Van Aken.

Por instinto o reflejo, Tristan estiró la mano hacia ella, pero desistió de la idea, cerrando los dedos en un puño apretado.

—No puedo permitir que arriesgues el buen nombre de esta familia por un capricho, no puedo dejar que te pongas en peligro. Si algo te sucediera...

—Trata de detenerme.

Le dio la espalda y con paso decidido se encaminó hacia la puerta.

—No fuerces mi mano, Aurora —le dijo con ese tono bajo y amenazante que podía llenar de terror a los más terribles matones.

—¿Y qué vas a hacer? —Aurora volteó al llegar a la puerta y lo vio por encima del hombro—. No dependo de ti, Tristan. Tengo familia, tengo mi propio dinero.

—¡Eres mi esposa! —gritó, y ella se volvió para enfrentarlo, negándose a ser amedrentada.

—Y no estamos en la Inglaterra de principios de siglo, ni tú eres un señor feudal. No soy un mueble de tu propiedad, tampoco un perro de compañía. Soy una persona.

—Yo te di el trabajo que tanto amas y puedo quitártelo —Tristan la señaló con el dedo, amenazante—. Crawford todavía me debe dinero.

—No lo hagas —curiosamente, en los ojos de Aurora no había súplica alguna, sino más bien una advertencia—. Te amo, Tristan, pero nunca te lo perdonaría.

Los ojos de Tristan se abrieron ligeramente y su boca tomó una pequeña bocanada de aire que contuvo por unos segundos. Luego, simplemente negó con la cabeza.

—Es curioso —le dijo Aurora tratando de ocultar con cinismo la vergüenza que le había producido expresar sus sentimientos en voz alta, por primera vez, y no obtener más que una mirada consternada—, la gente cree que la opinión de la sociedad te importa poco, cuando lo cierto es que cada una de tus acciones ha tenido como único objetivo hacer que reaccionen ante ti de una forma u otra. Te importa mucho lo que la gente piense, pero a mí no.

Capítulo 27

Aurora regresó a su habitación con la misma furia que exhibe un animal acorralado que está dispuesto a arriesgarlo todo ante la mínima posibilidad de escapar.

«Eres tan estúpida», se decía una y otra vez.

Se había permitido enamorarse de Tristan creyendo que, contrario a toda la evidencia que había acumulado a lo largo de su vida, finalmente podría tenerlo todo. Ahora se había quedado sin nada: no tenía libertad, tampoco amor, y su esposo se había encargado de arrebatarle también su sueño.

Su cuento de hadas personal era ahora una pesadilla mundana.

El escándalo hubiese sido preferible. Ahora estaría en cualquier otra ciudad, los negocios de su padre habrían sufrido, pero el dinero siempre encontraba el camino. La cosa era que, viéndolo en retrospectiva, había accedido a casarse con Tristan tan rápido, sin explorar sus opciones, porque en el fondo quería hacerlo, lo quería a él. Incluso ahora, en medio de la rabia y la desilusión, todavía quería a ese hombre que conoció en un callejón; pero nunca a la versión inhumana y fría en la que se había convertido.

Pensó que podía esperar, pacientemente, hasta que el hombre con el que se había casado reapareciera superando el dolor de la muerte de su hermano pero ¿y si no lo hacía nunca?

Escribió una carta para su hermano John pidiéndole que viniera a verla. Necesitaba algún tipo de perspectiva, consejo antes de, como era usual en ella, dejarse llevar por el primer impulso que, en ese instante, era darle la espalda a todo.

Llamó a Marie para que la enviara, pero la chica se quedó parada en la puerta con el sobre danzando de una mano a la otra.

—¿Qué sucede? —preguntó Aurora recelosa.

—El señor Van Aken ordenó... —Marie vio de un lado a otro, como si esperara que Tristan se materializara de repente.

—¿Ordenó qué?

—Que toda su correspondencia le fuese llevada primero a él.

—Bastardo —musitó Aurora en voz baja—. La llevaré yo misma.

—El señor se llevó a Beauford consigo.

—Caminaré.

—Dejó a Florian aquí.

—Lidiaré con Florian.

—Señora... —Marie palideció como si la sola idea de enfrentarse a Florian fuese motivo de pánico.

En otro momento Aurora se hubiese tomado el tiempo de decirle a la asustadiza

Marie que todo estaría bien, pero estaba tan encendida que prefería pelear con Florian. Tomó su sombrero y su abrigo y bajó la escalera sin desviar ni un segundo la vista de la puerta principal.

Por un momento, en lo que traspasó el umbral, se dejó deleitar por el suave brillo del sol mañanero, por los ruidos de la calle.

Ella no pertenecía a las cuatro paredes de una casa. La vida estaba afuera. Ahora más que nunca y, por sobre todas las cosas, quería sentirse viva.

—¿Adónde crees que vas, Aurora Bonita?

Florian estaba sentado en un banco de piedra en el pequeño jardín frontal, cerca de la verja, en esa forma holgazana que lo caracterizaba, como si no tuviese ninguna preocupación en la vida.

—A visitar a mi hermano —dijo sin detener su avance.

—El señor Thomas Haigh partió a Washington esta mañana para atender unos negocios de su esposo.

—A mi padre entonces —dijo sin dar indicios que en su situación actual le sentaba mejor el buen humor de John que las correctas maneras de Thomas quien, seguramente, la recibiría con alguna reprimenda por no haberle hecho caso en un primer momento.

—Le recuerdo que está de luto.

—Voy a salir, Florian.

—No puedo permitírselo —le cortó el paso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Apuntarme con un arma? ¿Cargarme sobre tu hombro como un saco de patatas? Voy a pelear, a gritar, a crear el escándalo más grande que la Quinta Avenida recuerde.

—No soy un caballero —Florian se encogió de hombros—. No me importa el escándalo.

—Pero a tu jefe sí. Él quiere que sea la serenísima señora Van Aken, que...

—Solo quiere que estés segura —la interrumpió con una sonrisa dulce—. Eres tan joven, Aurora Bonita, tan voluntariosa, no lo entiendes...

—¿Y por qué nadie me lo explica? —Aurora lo empujó tratando de abrirse paso hasta la verja, y Florian la tomó por el brazo.

Más por un reflejo que por una decisión consciente, Aurora trató de zafarse. No estaba acostumbrada a ser tratada de esa forma.

—¿Qué significa esto? —la voz colérica de Elliott Van Bruggen interrumpió el forcejeo. Tanto Aurora como Florian se quedaron paralizados por un segundo—. Le sugiero que quite sus manos de la señora Van Aken.

Nunca, en todo el tiempo que llevaba conociéndolo, Aurora se había alegrado tanto de ver a Elliott Van Bruggen.

—No es nada de consecuencia —Aurora se separó de Florian y este se lo permitió. Estaba demasiado concentrado en estudiar a Van Bruggen con una guardada curiosidad—. En un impulso quise ir a visitar a mi padre y el señor Florian intentaba

recordarme que la familia está de luto y no sería propio que se me viera caminando sola por las calles de Manhattan.

—Pero no es manera de tratar a una dama —insistió Van Bruggen lanzando a Florian una mirada reprobatoria.

—Le puedo asegurar —prosiguió Aurora con una sonrisa tranquilizadora—, que sus acciones son nacidas de la preocupación.

—Mi coche está aquí mismo —Van Bruggen señaló un carruaje—. Venía a presentar mis condolencias a la familia. Yo puedo llevarla. Así no tendría que caminar y estaría acompañada.

—No creo que sea apropiado —comenzó a protestar Florian.

—Soy un caballero, un conocido de la familia Haigh desde que vinieron a Manhattan —repuso Elliott ligeramente ofendido—, y un amigo de la señora Van Aken incluso antes de que se casara. Soy un escolta más que respetable.

—Gracias, señor Van Bruggen —Aurora volvió a regalarle una de sus sonrisas estudiadas antes de lanzar una miradita de triunfo a Florian.

Elliott le ofreció el brazo y Aurora lo tomó, saliendo, por primera vez en muchos días, de la residencia Van Aken.

Capítulo 28

«Te amo, Tristan».

Esas tres malditas palabras habían estado a punto de hacerle caer de rodillas. Quería tomarla allí, en el medio del recibidor, y mostrarle con su cuerpo que él también, explicarle con caricias que, por sobre todas las cosas, quería mantenerla segura; que el solo pensamiento de ella en las calles lo aterraba.

Estaba asustado. Asustado por la fuerza de sus sentimientos por ella; asustado porque la vida que había forjado con sangre y violencia, en un pestañeo, podía arrebatarlo de este mundo con el único pensamiento de que no la vería nunca más; asustado de que, en medio de su valiente inocencia, Aurora fuese incapaz de ver el peligro que la rodeaba precisamente por ser su esposa, por quererlo.

Por valiente, impetuosa y brillante la amaba, y por esas mismas razones también la odiaba. Tenía un trabajo que realizar y una promesa que cumplir, y ella se lo ponía más difícil cada día, le hacía preguntarse si cumplir con lo que siempre pensó que era importante valía la pena.

Pasión y miedo eran dos sentimientos que se mezclaban en el interior de Tristan, creando una peligrosa tormenta.

Muy a su pesar reconocía que se había convertido en un caso clásico: un hombre adulto casado con una jovencita hermosa que lo tenía embobado, llevado a rastras por la punta de su masculinidad.

Se había mantenido alejado todos estos días porque cuando la tenía entre sus brazos lo único que quería era desaparecer con ella a un lugar donde la venganza y las promesas hechas en un lecho de muerte no existiesen; donde ella pudiese ser todo lo que deseara y él una persona distinta a la que era.

—¿Jefe? —Beauford lo miraba con expresión preocupada desde la puerta del despacho de su casa en la Calle 34, donde se había encerrado tras su partida de la residencia Van Aken dando órdenes de que nadie lo molestara a menos que se tratara de un asunto urgente.

—¿Qué sucede? —preguntó más molesto de lo que realmente se sentía. A fin de cuentas no podía quedarse todo el día pensando en lo mucho que Aurora significaba en su vida y, al mismo tiempo, en lo mucho que la quería lejos de ella.

—Paolo Viscutti está aquí.

Tristan se incorporó en la silla. Todos sus sentidos en alerta máxima.

—¿Solo?

—Dos de sus hombres lo acompañan.

—¿Florian?

—Aún no ha regresado de su casa, jefe.

—Lo recibiré. Busca a alguien que cuide la entrada y tú estarás conmigo.

—Sí, jefe.

—Beauford —Tristan le lanzó una mirada llena de significado—. Armado hasta los dientes.

Con un seco asentimiento de cabeza, Beauford abandonó el estudio y Tristan aprovechó el momento de soledad para revisar que sus armas estuvieran donde se suponían que debían estar, además de esconder otras en su vestimenta.

Normalmente consideraba a Paolo Viscutti, si no un amigo, un hombre de negocios confiable. Hacía algunos años que ambos habían decidido trazar una línea imaginaria, que nadie se atrevía a cruzar, y que mantenía sus intereses separados pero cordiales. No obstante, tras las acciones de su sobrino en los últimos meses y el consecuente conocimiento público que Tristan lo buscaba vivo para imponer castigo, la visita no podía ser casual y, probablemente, tampoco cordial.

Beauford abrió la puerta nuevamente escoltando a Paolo Viscutti y a dos de sus hombres. No era una persona excesivamente alta, pero tenía esa constitución que solo se logra trabajando duro, cargando cajas en los muelles y reses en las carnicerías. Su tez olivácea y sus ojos oscuros revelaban su origen mediterráneo, así como el cabello oscuro y rizado que hacía algún tiempo ya había empezado a mostrar áreas grises.

A pesar de sus ropas finas y la cadena de oro que guiaba hacia un reloj del mismo material escondido en su chaleco, había en Viscutti esa franqueza llana de aquellos que se han elevado desde una posición humilde y la dureza de quien no ha tenido ningún tipo de escrúpulos en su avance.

Inmediatamente, Tristan se adelantó con la mano extendida para saludar con respeto al recién llegado.

—Paolo, mi buen amigo.

—Tristan, me alegro de que aún me consideres así —Viscutti estrechó con fuerza la mano ofrecida.

—Por favor, siéntate —hizo un gesto vago, dejándole claro que podía hacerlo donde le gustara—. ¿Vino?

—No, muchacho —hizo un gesto negativo con la mano antes de ocupar la silla que estaba justo al frente del escritorio de Tristan—. Tal vez después.

Una vez que Viscutti estuvo sentado Beauford cerró la puerta y se quedó en el lugar custodiando la entrada. Uno de los hombres de Viscutti se apostó a su lado y el otro fue a pararse en el otro extremo de la habitación, cerca de la ventana.

—¿A qué debo el placer? —preguntó Tristan sentándose tras su escritorio.

—Voy a ser honesto contigo. Así es como siempre hemos llevado nuestra relación.

—Y espero que continúe así.

Paolo Viscutti dio un leve asentimiento con la cabeza.

—Mi sobrino, Fabio, regresó a casa. Ahora está bajo mi protección —Viscutti se encogió de hombros como si estuviese relatando un hecho desagradable de la vida que no podía ser evitado—. Es un imbécil, un bueno para nada, pero es el hijo de mi

hermana, es familia.

—Mató a mi hermano —las palabras de Tristan eran contenidas y nada en su expresión dejaba ver que quería saltar sobre la mesa y asesinar a Viscutti con sus propias manos para luego ir por el pequeño granuja que era su sobrino—. Mi familia.

—Sabes tan bien como yo que el hombre que mató a tu hermano apareció muerto dos días después del sepelio, flotando en el Hudson, y dicen que visiblemente golpeado.

—Puede que tu sobrino no empuñara el cuchillo —Tristan siguió impassible sin confirmar o negar si estaba involucrado, directa o indirectamente, en la muerte del asaltante—, pero dio la orden.

—Fabio es un pedacito de mierda que no tiene lo necesario para ordenar una muerte que pondría un blanco en su espalda. Me avergüenza, pero es así —Viscutti hizo un gesto despectivo con la mano—. Es como esos perros cobardes que muestran los dientes pero que cuando llega la hora de la refriega corren con el rabo entre las piernas. Llegó a casa llorando y está escondido en un cuarto, asustado. Te aseguro, con todo el peso de mi palabra, que mi sobrino no tuvo nada que ver con la muerte de tu hermano más allá de darle a un hombre poderoso el nombre de alguien para hacer un trabajo que, por cierto, no involucraba su muerte.

—¿Entonces estás aquí para pedirme que le perdone la vida a tu sobrino? —Tristan se permitió una sonrisita perversa que dejaba bien claro que, aunque se desatara una guerra al oeste de Broadway, iría por el muchacho—. ¿Así de fácil?

—Somos hombres de negocios —Viscutti abrió los brazos a sus costados—. Vengo a proponerte uno.

—¿Y cuál crees que es el precio que tiene para mí la vida de mi hermano?

—La identidad del hombre que ordenó ir por él para que puedas terminar con este asunto de una vez por todas —Viscutti sonrió mostrando un par de dientes de oro—. Tienes semanas buscando a esa persona y no das con ella porque alguien de tu confianza, alguien que trabaja para ti, te está llevando deliberadamente en la dirección equivocada. Puedo darte esos nombres, el del traidor y el de quien pagó por la muerte de Robert Van Aken, si me das tu palabra de que la vida de mi sobrino será respetada y, como compensación por las molestias que el muchacho ha causado en tus otros negocios, te traje esto.

Paolo Viscutti hurgó en el bolsillo de su abrigo, sacó una pequeña bolsa y la arrojó sobre el escritorio.

Sin mayores florituras, aunque sin demostrar tampoco ningún tipo de impaciencia, Tristan vació el contenido en una de sus manos.

Era un meñique, ya rígido y ennegrecido, y con rastros de sangre seca en el lugar donde había sido cortado.

—Es de Fabio —aclaró Viscutti con rostro serio—. Soy consciente de que debía pagar un precio por su estupidez, pero soy un sentimental —hizo un mohín con la boca—. Preferí hacerlo yo mismo en caso de que alguno de tus hombres se

entusiasmarla demasiado. Si requieres otra parte, no tengo objeción, dentro de los límites de lo razonable, claro. Necesito que sirva para algo en el futuro.

Tristan se tomó más del tiempo requerido en devolver el dedo a la bolsa. Había enfocado tanta ira en Fabio Viscutti que trasladarla a otra persona no era fácil. Era como soltar una horda de caballos salvajes en un prado; recuperarlos requería el doble de esfuerzo.

Además, si bien sabía que alguien más estaba detrás de todo, Fabio tampoco estaba libre de culpa.

Estaba a punto de ofrecer una tregua temporal a Viscutti mientras consideraba sus opciones cuando la puerta del despacho se abrió violentamente, empujando a Beauford y causando que los acompañantes de Viscutti sacaran sus armas.

Tristan levantó la mano en un gesto de calma al ver que se trataba de Florian seguido por ¿John Sinclair?

—Estoy en medio de una conversación de negocios —los amonestó Tristan. No sabía bien qué hacer con la proposición, pero parecer un hombre incapaz de controlar a sus subordinados era un riesgo en cualquier situación, mucho más en presencia de alguien como Paolo Viscutti.

—Lo siento, jefe —se disculpó Florian sin que nada en su rostro indicara que lo sentía en lo más mínimo—, pero tenemos un problema.

—Tendrá que esperar.

—No voy a esperar —John se adelantó. Por primera vez desde que Tristan lo conocía no había ni un solo rastro de burla o cinismo en su mirada. Lucía violento, preocupado. Si no supiera que era solo un muchacho, diría que hasta dispuesto a matar a alguien—. Aurora ha desaparecido.

Por un momento el mundo pareció sufrir una sacudida. Todo frente a los ojos de Tristan se volvió de un blanco brillante, ese era el color resultante de la mezcla de pánico y furia que estaba sintiendo.

—¿Cómo que desapareció? —gritó Tristan olvidando a Viscutti, dejando salir parte de esa ira incandescente que llevaba semanas consumiéndolo—. ¡La gente en esta ciudad no desaparece a menos que yo lo ordene!

—Salió a visitar a su padre —explicó Florian—. Nunca llegó a la residencia Haigh.

—Te ordené que la vigilaras —Tristan dio un paso hacia Florian, los puños apretados en sus costados.

—Está actuando más rápido de lo que pensé —dijo Viscutti en voz baja, pero no la suficiente para que sus palabras pasaran desapercibidas.

Tristan volteó hacia su visitante bruscamente y necesitó de todo su autocontrol para no tomarlo del cuello y demandar respuestas mientras lo estampaba repetidas veces sobre el escritorio.

—¿Qué más sabes? —le preguntó, dejando bien claro con su tono y su mirada que estaba a diez segundos de comenzar a asesinar gente con sus propias manos.

—Su blanco principal ha sido siempre tu esposa —Paolo Viscutti no lucía visiblemente agitado, y eso hablaba maravillas de la confianza que tenía en sus habilidades, así como en la puntería de los hombres que lo acompañaban—, y porque te aprecio, amigo mío, pongo a tu disposición mi gente para encontrar a ese maldito si, claro está, aceptas mi oferta inicial.

—Dios te cuide si averiguo que estás detrás de esto.

—Conoces mis reglas —Viscutti levantó las manos en un gesto de paz—. No inmiscuyo en mis negocios ni a mujeres ni a niños.

Tristan trató de evaluar sus opciones, pero solo se tomó tres segundos. La única opción posible estaba muy clara en su mente.

—No iré tras tu sobrino por sus crímenes pasados —Tristan se adelantó, ofreciendo su mano a Viscutti—. La inmunidad no se extiende a lo que pueda hacer a partir de ahora.

—Me parece justo.

Viscutti estrechó la mano de Tristan.

—Ahora el nombre Paolo.

Capítulo 29

Aurora despertó un poco mareada y con la boca seca. Sus miembros parecían no acatar ningún tipo de órdenes, como si fueran nada más que una masa inerte y amorfa. Desorientada, no podía recordar dónde estaba, tampoco qué día era. Sin embargo, tenía un inexplicable sentido de urgencia, un recordatorio lejano que le indicaba que tenía que salir de allí.

Haciendo un ejercicio inconmensurable de concentración pudo notar que estaba tendida en la cama de una habitación que desconocía. Era una habitación sin mayores distinciones; más que modesta, impersonal. Las cortinas estaban corridas, pero por el reflejo podía ver que era de día.

«¿Dónde estoy?», consiguió preguntarse en medio de la niebla de su mente.

Intentó ponerse de pie, pero algo la retenía. Dio un tirón, luego otro, hasta darse cuenta de que su mano izquierda estaba atada a la cama con una gruesa soga rematada con un intrincado nudo.

Incluso atontada, su cuerpo respondió antes que su mente tirando desesperadamente de sus ataduras.

—Piensa —se dijo en voz alta, aliviada de escuchar su propia voz que, aunque un poco pastosa, seguía siendo la suya.

Cerró los ojos y se concentró en respirar confiando en que así los recuerdos volverían. Intentar forzarlos no estaba dando resultado.

Recordó haber salido de la residencia Van Aken furiosa, enfrentarse con Florian y el caballeroso rescate de Elliott. La había conducido hasta su faetón, ayudado a subir, indicado al cochero que se dirigían a la residencia Haigh...

Conversaron sobre algo. ¿La muerte de Robert tal vez? No recordaba con exactitud. Lo que sí estaba más o menos claro en su mente era que Elliott le había pedido disculpas por muchas cosas que no tenían sentido, haciéndola sentir incómoda; tanto que le pidió al cochero que parara, anunciando que haría el resto del trayecto caminando sola.

Había algo más, algo que ocurrió después que bajó del coche, algo violento que solo con tratar de acordarse la hacía temblar, pero era como esos sueños que tratas de recordar pero cuyas imágenes se escapan entre tus dedos.

Con su mano libre, intentó nuevamente desatarse, pero el nudo estaba tan apretado que era imposible hacerlo ceder.

Estaba a punto de gritar, no para pedir auxilio, sino de frustración, cuando sintió que alguien intentaba abrir la puerta de la habitación.

Se quedó muy quieta sentada en la cama, tratando de que el pánico no la embargara. Necesitaba manejar lo que viniera con cabeza fría.

Finalmente la puerta se abrió y la figura espigada y siempre correctamente vestida

de Elliott Van Bruggen hizo su entrada con su acostumbrada sonrisa plácida que no tenía lugar en un escenario donde ella estaba atada a una cama en una habitación desconocida.

—Ya estás despierta —dijo con un suspiro de alivio—. ¿Estás sedienta? ¿Necesitas algo?

Solícito se apresuró hasta la cama y Aurora se empleó a fondo para no recular.

—¿Por qué estoy atada? —preguntó tranquila, empleando el mismo tono de Elliott, como si estuvieran conversando del estado del tiempo. Despreciaba profundamente la teatralidad, odiaba posar como damisela en apuros y, sobre todo, algo le decía que era la mejor manera de conseguir algún tipo de información—. Estoy muy confundida.

—Lo siento tanto, cariño —Elliott se sentó en la cama y tomó la mano libre de Aurora entre las suyas, dándole un par de palmaditas, como quien conforta a una niña pequeña—. Todo ha sido mi culpa, pero te prometo que lo arreglaré. No debes preocuparte por nada.

—No comprendo.

—Claro que no. Eres tan dulce, tan buena, que las pasiones humanas están más allá de tu comprensión —sonrió tiernamente—. Todavía recuerdo la primera vez que te vi en esa cena. Lucías tan hermosa, tan despegada de este mundo lleno de suciedad, que inmediatamente lo supe: ella es la única que puede mantenerme limpio —se inclinó y besó cada uno de sus dedos con reverencia—. Debí haberte hecho una proposición antes, pero traté de esperar un tiempo prudencial, aproximarme poco a poco para que no te asustaras, y eso le permitió a ese monstruo de Tristan Van Aken comprometerte por órdenes de su miserable hermano y robarte bajo mis narices —el tono de Elliott comenzó a subir con cada palabra y su rostro transformarse en una máscara cruel—. Quedé en ridículo delante de todo el mundo, tachado para siempre como el incapaz que perdió el premio que significa la mujer perfecta a manos de un rufián.

Las últimas palabras fueron escupidas por un rostro transfigurado. Aurora trató de retroceder, retirar su mano, pero Elliott la retuvo.

—¿Te asusté? —volvió a preguntar de forma dulce, como si la escena anterior no hubiese ocurrido—. Lo siento, perdóname, sé que no fue tu culpa. Quién sabe lo que ese hombre te ha hecho para que reacciones así... Pero ya no importa. Finalmente estamos juntos, como siempre debió ser. Te mantendré a salvo de los Van Aken.

—¡No! —dio un tirón a su mano tratando de recuperarla, pero el fuerte agarre de Elliott estaba en contraposición a su dulce tono.

—Aurora, cariño mío —sonrió benevolente—, por eso estás atada. Sé que eres demasiado educada, demasiado dama, para consentir una situación así de escandalosa. Pero, créeme, yo sé lo que es mejor para ti.

—¿Y qué es lo mejor para mí? —preguntó dándose por vencida en lo que a recuperar su mano se refería y dándose cuenta de que pelear, en su situación actual,

estaba descartado.

—Nos iremos de Nueva York y seremos felices en cualquier lugar que desees — con lo que quería pasar por una sonrisa tierna, Elliott acarició su mejilla y Aurora retrocedió.

—¿Te duele? —con una preocupación excesiva tocó delicadamente su mejilla—. Ese idiota de mi asistente apretó muy fuerte el paño con cloroformo en tu cara — Elliott gritó frustrado—. ¡Nadie hace nada bien! Primero el pobre diablo que mandé tras Robert Van Aken no supo hacer su trabajo y lo mató...

—¿Mandaste a asesinar a Robert Van Aken?

—¡Claro que no! Nunca le daría a Tristan Van Aken más poder del que ya tenía —ahora Elliott parecía el señor de sociedad que hacía visitas correctas en los recibidores—. La idea era secuestrarlo para que entre eso y el ataque a sus clubes, no te prestara mucha atención y pudieras escapar conmigo.

—¡Nunca escaparía contigo! —gritó indignada, tratando nuevamente de zafarse.

—Eres tan correcta —la miró con dulzura—. Por eso vamos a casarnos lo más pronto posible.

—Elliott —trató de emplear un tono calmo, como quien le habla a un animal que está a punto de atacarte, ayudaba que, de pronto, se sentía muy cansada—, yo ya estoy casada.

—No puedes entender, claro. Eres tan solo una mujer. Los planes complicados hay que dejárselos a los hombres —lentamente se puso de pie y Aurora tuvo que morderse la lengua para no decirle claramente qué pensaba de sus supuestos planes complicados—. Ahora descansa, recupera tus fuerzas. El cloroformo fue necesario, espero no deje secuelas en tu delicada constitución.

—Puedo intentar entender —Aurora alzó un poco la voz al ver que Elliott se disponía a dejar la habitación. Necesitaba que la soltara, no que la dejara confinada nuevamente. Cuando Elliott se volvió a verla, tímidamente bajó los ojos, haciendo su mejor actuación de lo que suponía era una mujer de delicada constitución—, si me lo explicas, claro. Estoy tan asustada.

—No, Aurora, por favor, no temas. Todo se arreglará. Pronto serás viuda.

Elliott exhibió entonces una sonrisa enorme que le heló la sangre. No había ni el más mínimo rastro de cordura en ella.

Capítulo 30

Elliott Van Bruggen.

De todas las opciones que Tristan había manejado, esa ni siquiera había cruzado por su mente.

Sí, era un hombre despechado; sí, había quedado mal parado delante de la sociedad, pero había que tener cierto talento innato para una vida violenta y, ciertamente, el siempre compuesto Van Bruggen ni siquiera tenía el tipo de los que se lanzan al alcohol, el juego y las mujeres para afrontar la vergüenza.

Además, ordenar muertes, secuestrar y reclutar a matones de los barrios bajos era un poco excesivo para un simple despecho por una mujer que apenas conocía.

Florian ya había comprobado que Van Bruggen no había regresado a su residencia, por lo que tanto los hombres de Tristan como los de Viscutti habían sido desperdigados por toda la ciudad recolectando información sobre su paradero: el comisionado de policía Buggart, discretamente, mantenía vigilada la estación de trenes; y John Sinclair fue enviado a hacer algunas visitas sociales a la familia de Van Bruggen tratando de obtener alguna pista sobre sus planes.

En tanto, Tristan emprendió su propia cacería. Sabía que el tiempo era vital, pero esta parada era una que no podía evitarse, más cuando no tenía sentido dar más golpes a ciegas.

La corte de *Madame* Giselle durante el día parecía un desierto salón de baile donde los restos de la fiesta de la noche anterior eran aún visibles. El lugar había cambiado mucho desde la primera vez que Tristan lo visitó siendo apenas un muchacho y se ganó, con dinero y mucho encanto, los favores exclusivos de la dueña. Ahora le pertenecía, y Giselle era su empleada, por lo que las mujeres que allí trabajaban eran bien tratadas y el ambiente mucho más refinado que el agujero que había sido.

Sin embargo, mientras caminaba por los pasillos desiertos, Tristan no tuvo ninguna remembranza de esos años pasados o de la significación que el lugar había tenido durante su vida. Los únicos recuerdos que acudían a su mente eran de Aurora, como si su vida se hubiese iniciado el día que la conoció en un callejón en el Tenderloin.

Sin preocuparse en lo más mínimo en preguntar si Giselle tenía compañía, entró en su habitación para, sorpresivamente, encontrarla preparándose para salir.

—Tristan —exclamó con sorpresa—. No te esperaba hoy.

—Y yo que creía que siempre me esperabas —teatralmente Tristan se llevó una mano al corazón y casualmente caminó hasta lo que en otra época había sido su sillón favorito—. ¿Qué haces fuera de la cama?

Giselle rio coqueta.

—Pasa del mediodía querido.

—Nunca antes te importó —con un gesto displicente se sentó.

—Solo cuando tú estabas conmigo.

—Tengo un problema, Giselle —anunció Tristan con una media sonrisa en la boca.

—Vamos a oírlo —como muchas otras veces en el pasado, se sentó a sus pies y apoyó la cabeza en sus piernas—. Seguro tiene solución.

—Aurora ha desaparecido, con Elliott Van Bruggen.

Algo se tensó dentro de Giselle, fue casi imperceptible, un leve estremecimiento. Luego subió el rostro para encarar a Tristan con una expresión tan condolidada que alguien que la conociera menos hubiese creído que esa mujer era capaz de sentir pena.

—Lo siento, cariño; pero no me sorprende. No cualquier mujer puede vivir contigo, y ellos eran cercanos antes —sonrió con algo que quería pasar por entendimiento—. De todas formas, su huida te beneficia. Todo el escándalo caerá sobre ella, los Haigh no tendrán base para interrumpir su relación comercial contigo y tú podrás dejar de pretender que eres un señor respetable y dedicarte a lo que es realmente importante.

—¿Y qué es lo realmente importante? —preguntó mientras acariciaba distraídamente la parte posterior del cuello de Giselle.

—Dinero, poder y, no olvidemos a Viscutti. Hacer un ejemplo de ese bueno para nada elevará tu posición al oeste de Broadway.

—Paolo fue a verme hoy —Tristan continuó con su caricia distraída.

—No puedes creer nada de lo que te diga —replicó tal vez demasiado rápido—. Sabes lo manipulador que puede llegar a ser.

—¿Más que tú, cariño mío? —Tristan dejó de acariciar el cuello de Giselle para cerrar su mano sobre él. Luego se inclinó hasta quedar muy cerca de su rostro—. En honor a todos los años que estuvimos juntos, a todo lo que me enseñaste, te lo voy a preguntar una sola vez Giselle: ¿dónde está mi esposa?

—Me estás haciendo daño —protestó ella tratando de sacudirse.

—Solía gustarte rudo y mucho más cuando estaba de mal humor —Tristan sonrió de forma cruel—. Debo gustarte mucho en este momento.

—Tristan, cariño, yo no...

—No mientas, Giselle —por un momento Tristan apretó un poco más su agarre—. Si me dices lo que sabes te dejaré salir de aquí con todo lo que puedas llevar. Mientras más tardes, te quitaré algo hasta que no te quede más que tu belleza y luego me encargaré de eso también.

—Tú nunca...

—¿No? —Tristan levantó una ceja en un gesto sardónico—. Sabes que la amo, lo supiste incluso antes que yo. La quiero, la deseo, me vuelve loco —con satisfacción, vio el rostro de Giselle contraerse en una mueca de desprecio—. Es la única que me

mantiene cuerdo, y por ella sería capaz de destruir esta maldita ciudad y a todos los que viven en ella —la soltó con brusquedad—. Habla.

—Tras conocerse de tu compromiso, Elliott Van Bruggen comenzó a venir a aquí —explicó ella en un tono de negocios como si le estuviese facilitando la información de buena gana, como si siempre hubiese sido su intención—. Buscaba siempre chicas pelirrojas y tenía ciertas manías.

—¿Manías?

—Ellas no debían desnudarse completamente, yacer muy quietas y si lloraban un poco les dejaba una buena propina. Si a alguna se le ocurría participar de forma activa o tan siquiera hablar las golpeaba, y siempre insistía en limpiarlas rigurosamente, antes y después. ¡Una vez hasta usó lejía!

—¡Por Dios!

—Estaba muy asustada, Tristan, por las chicas, así que decidí encargarme de Van Bruggen por mi cuenta.

—O mejor dicho, decidiste tratar de enredar al próximo joven, rico y atribulado, para sacar provecho. Un nuevo amante que te mantuviera cubierta de joyas.

—¡Pero Elliott Van Bruggen no es como tú! —exclamó Giselle sin negar las suposiciones de Tristan—. Ni siquiera es normal. Hablaba cosas sin sentido sobre lo sucias que eran las personas en esta ciudad. Solía llorar llamando a tu esposa entre sollozos. Así como el llanto comenzaba, terminaba y entonces se ponía violento, rompía cosas y amenazaba con matarte. No está en sus cabales —para ilustrar su punto dio un par de golpecitos al lado de su cabeza—. Yo solo trataba de calmarlo para que no fuera por ti. Le dije que seguro Aurora todavía lo esperaba, que ese matrimonio era algo de negocios, concertado por Robert, quien te había obligado.

—¿Cómo entró Viscutti en el panorama? —Giselle lo miró de forma contrita, sin atreverse a hablar—. Hasta ahora has intentado parecer una víctima, y sé que me traicionaste. Quiero la verdad, solo así saldrás de aquí con lo que más atesoras.

—Una vez me dijo que cuando estuvieses distraído tomaría a Aurora y se la llevaría, así que pensé... —Giselle se mordió el labio— que Viscutti sería una buena distracción.

—¿Y mi hermano?

—Elliott quería secuestrarlo para distraerte aún más, pero Robert opuso más resistencia de la esperada y toda la situación se salió de control.

—¡Por Dios, Giselle! —Tristan se pasó las manos por los ojos—. Sabías que mi hermano estaba en peligro, que un loco estaba tras mi esposa, y no solo lo callaste sino que contribuiste —negó con la cabeza y, por primera vez desde que llegó la vio con una expresión triste—. ¿Por qué? Éramos amigos, te di todo lo que podías desear y te quise mucho.

—Supongo que —hizo un gesto que quería pasar con desinteresado— nunca me diste lo que más deseaba. Yo te quiero, Tristan, en presente, no en pasado.

—«Un hombre despechado bebe, juega y quiere ser consolado» —dijo Tristan en

voz alta, repitiendo una de las antiguas enseñanzas de Giselle—. «Una mujer despechada hace planes».

—Y por eso es más peligrosa —completó ella.

—¿Dónde está mi esposa?

—Una propiedad deshabitada de los Van Bruggen en Gramercy —sin dar ninguna despedida, Tristan caminó hasta la puerta—. Ten cuidado. Elliott me escribió esta mañana pidiéndome que encontrara a alguien para matarte.

—¡Que espere su turno! —dijo Tristan sin voltear.

Capítulo 31

Luego que Elliott se marchara, y a pesar de que la bruma de su mente no se había disipado completamente, Aurora no se permitió adormecerse. Se obligó a repasar los hechos nuevamente, intentando en vano que dejaran de horrorizarla.

Más allá de la consternación que significaba haber conocido todo de golpe, no se sentía desolada ni asustada, como cualquier heroína de novela en su situación.

Su relación con Tristan, incluso antes de casarse, la había preparado para un mundo violento. Lo que sí estaba era furiosa, y un poco preocupada. Volvía, una y otra vez, a todas y cada una de las interacciones que tuvo con Elliott Van Bruggen tratando de encontrar ese comportamiento extraño que le hubiera indicado que estaba completamente loco; pero lamentablemente esa forma distante y acartonada en que las relaciones se llevaban a cabo en la buena sociedad imposibilitaban conocer realmente el carácter de las personas.

«Debiste haberte dado cuenta», se repetía una y otra vez, ya que su torpeza de ver más allá de la apariencia del compuesto caballero había causado la muerte a su cuñado y amenazaba la de su esposo.

En lo que Aurora no se atrevía a pensar era en la vida que la esperaba en caso de que Van Bruggen tuviese éxito. No, eso no ocurriría nunca. Eran las maquinaciones de un demente.

En el momento en que pudiera poner un pie fuera del lugar donde estaba retenida, mandaría su buena educación y su orgullo de paseo. Gritaría como toda una damisela desesperada y pediría ayuda a cualquier transeúnte con aspecto de caballero. No obstante, para lograr eso necesitaría que Elliott confiara en ella lo suficiente para que la dejara salir con sus propios pies, sin ataduras, sin mordazas y, sobre todo, sin drogas que la mantuvieran inconsciente.

Trató de formar un plan, pero era complicado en vista que desconocía dónde estaba y cuáles eran las particularidades de los planes de Elliott.

Como convocado por sus pensamientos, Van Bruggen volvió a abrir la puerta de la habitación. No estaba calmado y compuesto, como otras veces; parecía atribulado.

—Aurora, cariño mío —dijo avanzando presuroso hacia ella—. Debemos partir antes de lo previsto.

—Como tú decidas —respondió tímidamente.

Elliott se sentó en la cama y comenzó a desatarla. Una expresión de horror se hizo presente en su rostro cuando vio el grueso círculo rojo que rodeaba la muñeca de Aurora. Tuvo ella que tranquilizarlo con palabras dulces, pues otra de sus diatribas enamoradas solo lograría retrasarlos y ella estaba ansiosa por salir de allí y poner en marcha su plan.

En lo que salieron de la habitación, se dio cuenta de que la habitación en que la

mantenía estaba en la parte posterior del primer piso, seguramente destinada a la servidumbre. Elliott comenzó a guiarla por estrechos corredores hasta que llegaron a la cocina.

—Le pedí a mi cochero que nos esperara en la parte posterior, así no nos verá nadie.

Sintiendo su objetivo cada vez más cerca, Aurora rebasó a Elliott en su avance hacia lo que parecía ser la puerta trasera.

—¿Por qué estás tan ansiosa? —como la garra de un animal de rapiña, la mano de Elliott se cerró en su brazo impidiéndole llegar a la puerta y la hizo voltear con violencia. Su cara no reflejaba más que disgusto—. Deberías estar atemorizada, avergonzada por estar escapando con un hombre distinto a tu esposo. ¿Me harías eso a mí cuando estemos casados? ¿Es que no sientes ni un poco de remordimiento al romper tus votos?

—Yo... —comenzó a decir, buscando de forma frenética una excusa en su mente.

—¡Ese maldito te ha contaminado! —gritó Elliott apretándola todavía más—. Tu pureza... la ha ensuciado. Te convirtió en una de esas mujerzuelas que frecuenta, dispuestas a cualquier cosa. ¡Mujerzuela!

La mano libre de Elliott se movió rápido, tanto que pareció un destello de luz hasta estrellarse con fuerza en el rostro de Aurora. Luego la soltó, dejando que la fuerza del golpe la enviara hacia una mesa de picar.

Por un momento solo había dolor: el que estalló en su rostro, despojando al mundo de color y sonido y dejando solo el sabor salado de la sangre en su boca, y el que se produjo en su espalda debido a la abrupta caída, dejando sus pulmones en una urgente necesidad de aire.

No tuvo tiempo de reaccionar. Apenas consiguió tomar una bocanada, cuando el peso de Elliott sobre su cuerpo convirtió en titánica la tarea de tomar otra, y su boca cerca de su labio partido la llenaban de repulsión.

—Te hice daño —sollozó Elliott mientras volvía a besar el punto cubierto de sangre—, pero fue necesario. Me encargaré de componerte, con oración y penitencia; con castigos y recompensas. Como una niña desobediente deberás ser disciplinada.

El aliento poco a poco había regresado a la garganta de Aurora, y comenzó a luchar por abandonar su precaria posición bajo Elliott, más cuando sentía hincharse su masculinidad con cada movimiento. Intentó empujarlo cuando sintió una de sus manos meterse bajo sus faldas y comenzar a subir por su pierna.

Desesperada, dejó de empujar a Elliott y prefirió usar sus brazos para hacer algún tipo de fuerza contra la mesa y revertir la situación. Su mano consiguió algo en el camino.

—Deja de luchar, Aurora —dijo Elliott a su oído con la respiración entrecortada—. Una dama cumple con sus deberes maritales sin protestar.

—Tú no eres mi esposo.

Sin considerar si era una buena idea, Aurora levantó la enorme sartén que había

sido olvidada sobre la mesa, golpeando a Elliott en la cabeza con todas las fuerzas que le restaban.

Escuchó el sonido de algo quebrarse, luego el cuerpo de Elliott quedar inerte antes de resbalar por el suyo y terminar en el suelo.

Por unos momentos solo se permitió sentir alivio, solo la sensación, sin pensamientos definidos que la respaldaran. Respiró hondo varias veces y cuando sintió las lágrimas llenar sus ojos y los temblores hacerse presentes en su cuerpo, los hizo retroceder. Todavía tenía que salir de allí.

Las piernas casi no la sostuvieron cuando se levantó de la mesa. Tuvo que apoyar las manos en ella para estabilizarse, pero en los segundos que estuvo allí, de pie, esperando que su cuerpo captara el mensaje de que debía echar a correr, se permitió ser cobarde y no ver a Elliott Van Bruggen.

Sabía que estaba allí tendido en el suelo, podía ver sus lustrosos zapatos por el rabillo del ojo; pero no sabía cómo reaccionaría al percatarse de si estaba vivo o muerto.

Ese pensamiento le dio ese pequeño toque de valor que le faltaba para poner en movimiento sus piernas.

Atravesó el umbral y el cochero los estaba esperando en el pescante. Por un momento pareció confundido.

Aurora corrió con las fuerzas que le quedaban, salió de esa casa sin mirar atrás, recorriendo calles sin verlas realmente, cruzándose con personas sin percatarse de sus caras.

Solo una figura que se aproximaba, también a la carrera, llamó su atención de forma casi instintiva. Podría tratarse de una alucinación, de un deseo de su mente inquieta que tomaba forma solo como un síntoma de locura.

No importaba.

Corrió hacia él porque, real o no, eran los únicos brazos que quería a su alrededor en ese momento.

Se estrelló contra su pecho sin disminuir ni un poco, queriendo de alguna manera esconderse bajo su piel. Su olor la envolvió al igual que esos brazos de los que había aprendido a distinguir cada músculo y cada cicatriz, aun a través de la ropa.

—Aurora —era su voz la que mencionaba su nombre como una plegaria.

Dejó de esconder el rostro en su pecho y levantó la vista hacia él.

—Tristan.

Tristan la abrazó tan fuerte que no podía tratarse de un sueño. Era como si quisiera mantenerla así por siempre.

—¿Qué sucedió? —le preguntó, y la separó un poco de su cuerpo como para comprobar que era ella y que estaba en una sola pieza. Sus ojos destellaron con furia cuando se percató del labio partido y del rabioso enrojecimiento en su mejilla izquierda, producto del golpe—. ¿Dónde está Van Bruggen?

—Cacé a mi propio dragón —dijo y consiguió reírse un poco en medio de su

agotamiento—, aunque mi espada fue una sartén.

Tristan comenzó a reírse también, pero había en su risa mucho más alivio que alegría.

—Aurora, amor —dijo, y la apretó nuevamente contra su pecho—. Te llamo así porque lo siento —Aurora comenzó a temblar, no estaba segura si por sus palabras o porque ya había contenido por demasiado tiempo las sensaciones de la situación que había vivido en las últimas horas—. No sé con exactitud cuándo ocurrió. Si me enamoré de ti sin saberlo cuando te vi pelear con unos maleantes en un callejón o cuando me explicaste por qué querías ser periodista. Tal vez fue la primera vez que sentí tu cuerpo bajo el mío, o simplemente fue algo que ocurrió poco a poco, cada vez que mi alma sentía un sobresalto en tu presencia. Lo cierto es que te amo, mi arriesgada, valiente y brillante esposa, y no sé cuándo ocurrió, pero necesito que me ames, que alimentes esto que siento para que no muera de soledad.

Si bien no podría atribuir el temblor a una causa precisa, el vuelco que dio su corazón al escuchar sus palabras le hizo preguntarse si moriría allí, en ese instante, antes de recuperar la vida que la tragedia, y sobre todo Elliott Van Bruggen, le había arrebatado.

—A partir de ahora será como tú quieras —la besó en la cabeza—. ¿Sí? ¿Comenzaremos donde lo dejamos? ¿Felices encerrados en nuestro propio mundo, con nuestras propias reglas?

—Pregúntame mañana —Aurora sonrió tan ampliamente que su mejilla le recordó que estaba herida—. Ahora solo bésame y llévame a casa.

Epílogo

Aurora Van Aken abrió la puerta de su casa escapando del frío. Le gustaba Londres aunque el clima había hecho de ese amor un sentimiento lento de asimilar.

Más lento todavía había sido el recibimiento de una pareja americana con muchas peculiaridades en el seno de la alta sociedad. Su tío, el conde, había probado ser un hombre mucho más agradable que su abuelo, y había hecho todo lo posible por defender la presencia del matrimonio Van Aken recordando a todo quien quisiera escucharlo que se les debía el respeto debido por estar emparentados con una de las ramas más antiguas y respetadas de la nobleza.

El dinero también ayudaba. Los negocios de Tristan eran ahora, en su mayoría, legales, y su olfato le había hecho aliarse con emprendedores de éxito, multiplicando su capital.

Esas dos excusas eran suficientes para que la mayoría hiciera la vista gorda ante los artículos de Aurora en varios periódicos, publicados ahora con su nombre. «Americanos», decían no con suficiente desdén, achacando el hecho a su procedencia y recibéndolos con la curiosidad que recibe un artefacto extraño.

Aurora se reía cada vez que los escuchaba. Muchos de ellos no sabían que en Manhattan una esposa trabajadora de su posición era todo un escándalo. En el viejo Nueva York habían compensado su falta de nobleza con comportamientos mucho más restrictivos.

Definitivamente no extrañaba Nueva York, aunque sí a la familia. Caroline y León se encargaban de preservar el peso del apellido Van Aken; George Haigh era ahora el albacea de los bienes de Robert, manteniéndolos a todos cómodos; y Florian se encargaba de The Gents, el único de sus viejos negocios que Tristan había decidido conservar.

—Señora Van Aken —la recibió el ama de llaves.

—Buenas noches, señora Figart —solicita la mujer la ayudó a despojarse de su abrigo y Aurora supo exactamente el momento en que decidió amonestarla por trabajar hasta tan tarde en su condición, por lo que decidió no darle tiempo—. ¿El señor Van Aken está en casa?

—Sí. La niñera tendrá pronto un ataque de nervios —Aurora sonrió complacida. Era bueno desviar las quejas de Figart hacia Tristan—. Insistió en darle de comer al pequeño, bañarlo y dormirlo él mismo.

—Sí, eso suena exactamente al señor Van Aken.

Antes de escuchar otra retahíla de consejos sobre la forma adecuada de criar a un niño que, aunque lejano, tenía un lugar en la línea sucesora, Aurora dejó atrás al ama de llaves.

Llegó a la puerta de su habitación y sintió un ramalazo de ternura que amenazaba

con saltarle lágrimas cuando vio a Tristan, no por primera vez, con el pequeño Robert, de un año, dormido sobre su pecho mientras le cantaba bajito.

«Lo tengo todo y más», pensó.

En lo que sintió su presencia, Tristan levantó la vista y sonrió como un niño.

Este nuevo Tristan, del que solo había tenido vistazos antes, se había instalado a vivir con ella el día que habían dejado Nueva York. Parecía mucho más joven, menos serio y, aunque conservaba esa advertencia en el fondo de sus ojos que señalaba peligro con tanto solo aproximarse, con Aurora y su pequeño hijo, esa violencia que vivía siempre bajo su piel se escondía, dejando solo un hombre amoroso, apasionado y feliz.

—No vale la pena que tengamos una niñera si no la dejas hacer su trabajo —lo amonestó, pero sin poner mucho en el regaño.

—Me gusta tenerlo conmigo —dijo antes de dar un beso suave en la cabeza llena de rizos rojos de su hijo—. No quiero que Robert se sienta solo, nunca.

Aurora se aproximó y tomó al pequeño entre sus brazos, quien inmediatamente se rebeló al ser privado del calor del pecho de su padre y lo acunó, dejándose embargar por ese olor que la había capturado desde la primera vez.

Hablándole suavemente comenzó a llevarlo hasta su habitación con Tristan siguiéndole los pasos, vigilante. La niñera salió a su encuentro y tras resistir una mirada de reprobación por parte del señor Van Aken retrocedió, permitiendo que Aurora lo acostara, abrigará y se despidiera dándole un beso en la frente.

Regresaron a su habitación tomados de la mano. Tristan la ayudó a quitarse los zapatos, desvestirse y ponerse el camisón. Mientras ella deshacía su peinado y trenzaba su cabello, él se sentó en la cama a sacarse las botas.

Era todo tan cotidiano, tan familiar, pequeños actos comunes que nunca se habían sentido extraños entre ellos, como cuando cada mañana le acercaba los periódicos distraídamente mientras desayunaban.

—¿Algo interesante hoy? —le preguntó Tristan.

—No, fue solo una pieza que pidió el periódico sobre un almacén nuevo que abrirá pronto —Aurora lo vio a través del espejo—. Aunque claro, siempre se pueden encontrar historias interesantes entre el personal.

—Tú encontrarías una historia interesante entre las capas de hielo del Polo Norte —le guiñó un ojo antes de ponerse serio—. Estaba pensando que deberíamos tener otro hijo.

Aurora sonrió, se puso de pie y caminó hasta él. Tomó sus manos y las colocó sobre su estómago redondeado.

—En caso que no lo hayas notado, estamos esperando otro. Estoy segura que te lo mencioné.

—Es que quiero una niña —Tristan besó su vientre antes de apoyar en él el oído, aunque ambos sabían que era demasiado pronto para escuchar algo—. Aterrorizar muchachos interesados en ella, negarme a conocer a sus pretendientes, dispararle a

alguien, esas cosas.

—Podríamos estar esperando una niña —dijo sin que Tristan la viera poner los ojos en blanco—, así podrías llevar a cabo tus violentos deseos.

—Pero si es una niña, entonces Robert estaría solo. Los chicos deben tener un hermano. Fíjate cómo son Thomas y John, más cercanos que ladrones de la misma banda. ¡Hasta completan sus frases!

Aurora podía haberle recordado que Thomas y John no eran hermanos de sangre, sino de la vida, pero sabía que no se estaba refiriendo a sus hermanos, no realmente.

—Pregúntame mañana —Aurora le tomó la cara entre sus manos y la obligó a verla—. Por ahora, podemos solo practicar.

Una chispa se encendió en los ojos de Tristan. Adoraba el cuerpo de Aurora cuando estaba esperando, su redondez, su suavidad pero, por sobre todas las cosas, lo inflamaba el solo pensar que parte de él crecía dentro de ella, que era él quien había puesto ese bebé allí. Claro que se cuidaba mucho de decirlo. Aurora seguramente tendría mucho que opinar si a él se le ocurría soltar alguna palabra en ese sentido.

Así que, simplemente, Tristan se dejó caer sobre la cama, aunque no pudo refrenar completamente su lengua.

—He probado que sé exactamente cómo se hace —estiró los brazos en sus costados.

—Pero la práctica hace la perfección —Aurora dijo coqueta mientras subía sobre él.

—Ya somos perfectos —delicadamente comenzó a subir el camisón de ella hasta dejarla desnuda sobre él—. Tú eres perfecta —y para respaldar sus palabras comenzó a acariciarla—. No practiquemos cómo amar, simplemente sigamos haciéndolo. Hoy, mañana, siempre.

Momentos después, mientras la penetraba y también cuando ella se movía sobre él, arrancando de su garganta jadeos y de sus labios palabras probablemente sin sentido, agradeció cada error que cometió durante su vida, cada acto violento y cada tristeza, porque solo gracias a ellos había llegado a este momento tan perfecto.

También recordó las palabras de su hermano y comprometió en su memoria la visión de su esposa sobre él, archivándolo en esa colección de pequeños momentos, casi imperceptibles, pero que al mirar atrás y recordarlos siempre le generaban una sonrisa.



ERIKA FIORUCCI (Nacionalidad venezolana).

Periodista. Se graduó en la Universidad Central de Venezuela, la más prestigiosa del país, en 1996.

Sus veinte años de ejercicio en la profesión la han llevado a campos tan variados como la producción de noticieros de televisión, la prensa escrita, la conducción de espacios radiales y el periodismo digital.

Fue finalista del Premio HQÑ Digital en el año 2013 con *Cuatro días en Londres*.

Aburrida de la monotonía que representaba escribir noticias políticas se dio un descanso del periodismo y actualmente vive en Los Teques, una pequeña ciudad satélite a la capital, Caracas, donde es gerente de ventas de una fábrica de zapatillas de *ballet*.